

# La predicación

*punte entre dos mundos*

JOHN R. W. STOTT

# La predicación

*puente entre dos mundos*

«El ministerio del Dr. John Stott reúne, en una integración poco común, al pastor y al maestro experimentado, al escritor prolífico y al predicador elocuente, lo que hace de este libro un manual extraordinario. Sus profundas convicciones evangélicas y pastorales son para Stott siempre más importantes que todo método o técnica, y esto hace de la presente obra no sólo un recurso pedagógico excelente para la enseñanza de la homilética, sino una fuente de inspiración y desafío para quienes anhelan predicar con unción y bendición.

Damos una cálida bienvenida a la edición castellana de este ya clásico tratado sobre la ciencia y el arte de la predicación, pues viene a enriquecer la todavía pobre bibliografía que en nuestra lengua hay sobre el tema. Le auguramos el mismo impacto y fruto que tuviera y tiene la versión inglesa. Lo recomendamos como lectura obligada para quienes, enamorados y cautivados por la vocación y ministerio de la predicación, viven para proclamar la Buena Nueva de Dios».

## **Dr. Osvaldo L. Mottesi**

Professor de Religión y Sociedad  
y Director de Estudios Hispanos  
Northern Baptist Theological Seminary  
Lombard, Illinois, EE.UU.

**John R. W. Stott** es conocido en todo el mundo como un experimentado pastor, evangelista, predicador, escritor y erudito reformado. Fue rector de All Souls Church (Londres), y fundador y director del London Institute for Contemporary Christianity.

**Libros Desafío** tiene, además, otros libros excelentes del Dr. Stott, *La fe cristiana frente a los desafíos contemporáneos*, *Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento* y *El cristiano contemporáneo*.



LIBROS DESAFÍO  
2850 Kalamazoo Ave. SE  
Grand Rapids, Michigan 49560-1100  
EE.UU.  
info@librosdesafio.org  
www.librosdesafio.org

ISBN 1-55883-118-5

# La predicación

*punte entre dos mundos*

# La predicación

*punte entre dos mundos*

---

JOHN R. W. STOTT



2000

# Contenido

Introducción del autor . . . . .	7
<b>1 La gloria de la predicación: un esbozo histórico . . . . .</b>	<b>13</b>
Jesús, los apóstoles y los padres de la Iglesia. . . . .	14
Monjes y reformadores . . . . .	19
Puritanos y evangélicos . . . . .	26
El Siglo XIX . . . . .	30
El Siglo XX . . . . .	35
<b>2 Objeciones contemporáneas a la predicación . . . . .</b>	<b>45</b>
La actitud en contra de la autoridad . . . . .	46
Una respuesta cristiana. . . . .	51
La predicación dialogal. . . . .	55
La revolución cibernética . . . . .	60
La influencia de la televisión . . . . .	65
El proceso de aprendizaje. . . . .	71
La pérdida de confianza en el Evangelio por parte de la Iglesia . . . . .	79
El retorno a la moral cristiana . . . . .	83
<b>3 Fundamentos teológicos para la predicación . . . . .</b>	<b>87</b>
Convicción acerca de Dios . . . . .	88
Convicción acerca de las Escrituras . . . . .	91
Convicción acerca de la Iglesia . . . . .	104
Convicción acerca de la labor pastoral . . . . .	111
Convicción acerca de la predicación . . . . .	119
<b>4 La predicación como puente de comunicación . . . . .</b>	<b>128</b>
Cruzar el abismo cultural . . . . .	132
Precedentes históricos y bíblicos. . . . .	138
Cristo, nuestro contemporáneo . . . . .	144
La ética cristiana . . . . .	148
Cuestiones de carácter político y social . . . . .	153
Tratar temas controvertidos . . . . .	162
El camino cristiano a la madurez . . . . .	167

EX LIBRIS ELTROPICAL

Título original: *I Believe in Preaching*  
John Stott  
Con permiso especial de  
Hodder and Stoughton, Londres.

Título: *La predicación: Puente entre dos mundos*  
Traducido por: Anabella Rivas  
Edición revisada por: Alejandro Pimentel  
Impreso en los EE.UU.

Diseño de cubierta: Pete Euwema  
Fotografía de la cubierta: © Joe Cornish/Tony Stone Images

Para las citas de la Biblia se usó la Nueva Versión Internacional © 1999.

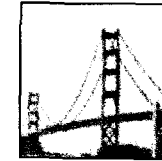
Libros Desafío es un ministerio de CRC Publications, casa de publicaciones de la Iglesia Cristiana Reformada en Norteamérica, Grand Rapids, Michigan, EE.UU.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO  
2850 Kalamazoo Ave. SE  
Grand Rapids, Michigan 49560  
EE.UU.  
info@librosdesafio.org  
www.librosdesafio.org

© 2000 Derechos reservados  
ISBN 1-55883-118-5

<b>5 El llamado al estudio</b> . . . . .	173
El estudio de la Biblia . . . . .	175
El mundo moderno . . . . .	184
Grupos de lectura y debate . . . . .	188
Hábitos de estudio . . . . .	194
Obstáculos para el estudio . . . . .	198
<b>6 La preparación de sermones</b> . . . . .	205
Escoger el texto . . . . .	208
Meditar al respecto . . . . .	214
Determinar la idea central . . . . .	218
Distribuir el material de modo que refuerce la idea principal . . . . .	222
Agregar la introducción y la conclusión . . . . .	238
Redactar el mensaje y orar al respecto . . . . .	248
<b>7 Sinceridad y seriedad</b> . . . . .	255
Sinceridad . . . . .	255
El predicador como persona . . . . .	258
Argumentos en favor de la sinceridad . . . . .	260
Seriedad . . . . .	267
Mente y corazón . . . . .	273
El humor en el púlpito . . . . .	278
La duración del sermón . . . . .	284
<b>8 Valor y humildad</b> . . . . .	289
Valor . . . . .	289
Una tradición de predicadores valientes . . . . .	290
Confortar e inquietar . . . . .	295
El valor de la exposición sistemática . . . . .	305
Humildad . . . . .	310
La Palabra de Dios . . . . .	312
La gloria de Cristo . . . . .	314
El poder del Espíritu Santo . . . . .	318
Epílogo . . . . .	327
Bibliografía selecta . . . . .	331



## Introducción del autor

Para cualquier predicador es una empresa arriesgada y temeraria el predicar sobre la predicación. Por mi parte, ciertamente no aseguro ser un experto en la materia. Por el contrario, debo confesar que a menudo me veo embargado por la “frustración de la comunicación” en el púlpito, puesto que hay un mensaje que arde en mí, pero no puedo comunicar a otros lo que pienso, por no decir lo que siento. Y rara vez, por no decir nunca, dejo el púlpito sin un sentido de fracaso parcial, un ánimo penitente, sin clamar a Dios por su perdón, y la resolución de volver a él por gracia para mejorar en el futuro.

Al mismo tiempo confieso ser —por razones que saldrán a luz en los capítulos siguientes— un creyente impenitente en la necesidad esencial de predicar tanto para el evangelismo como para el sano crecimiento de la Iglesia. La actual situación hace la predicación más difícil, pero no menos necesaria en modo alguno.

Se ha escrito un sinnúmero de libros sobre la predicación. Por mi parte, he leído cerca de cien libros sobre homilética, comunicación y otros temas asociados. ¿Cómo justificar otro libro más aún? Si algo distingue a *La predicación*, creo que es que he tratado de armonizar aspectos complementarios del tema que a menudo han sido separados. Es así que, en el esbozo histórico con que voy a comenzar, espero que los lectores sientan, como yo, que existe cierta “gloria” en el ministerio de la predicación, lo cual nos preparará para enfrentar con integridad los problemas contemporáneos que trata el capítulo dos. Si bien en los capítulos cinco y seis busco entregar consejos prácticos sobre el estudio y la preparación de los sermones, poco se menciona acerca de materias como formas de expresión, elocución y gesticulación. Esto se debe en parte a que estas materias se aprenden mejor cuando uno se ubica como aprendiz de un predicador experimentado, mediante pruebas y errores, y gracias a los críticos amables. Pero, por sobre todo, deseo comenzar por lo primero, pues creo que sin lugar a dudas los secretos más importantes de la predicación no son técnicos, sino teológicos y personales. De esta idea surgen el capítulo tres, sobre “Fundamentos teológicos para la predicación”, y los capítulos siete y ocho sobre las características personales del predicador, tales como sinceridad, seriedad, valor y humildad. También he puesto particular énfasis, producto de una creciente experiencia y convicción, en “La predicación como puente de comunicación” (capítulo cuatro). Un verdadero sermón actúa como un puente sobre la división cultural entre los mundos bíblico y moderno, y debe apoyarse de igual forma en ambos.

Todos los predicadores están conscientes de la penosa tensión entre ideales y realidad. Muchos lectores opinarán que no sólo he incluido una pléthora de citas, sino que demasiadas provienen de autores de alguna era pasada y lejana a nuestra situación. Con respecto a las citas en general, he querido simplemente compartir los frutos de mi lectura. Aun cuando he escrito también con la libertad y franqueza que provienen de mi propia experiencia, hubiera sido arrogante restringirme a ella. La predicación tiene una tradición ininterrumpida de casi veinte siglos en la Iglesia. Tenemos

mucho que aprender de los grandes predicadores del pasado cuyo ministerio ha sido bendecido en forma insigne por Dios. El hecho de que nuestra realidad sea tan distinta a la suya no me parece razón para no compartir sus ideales.

Otros lectores me considerarán muy idealista en otro sentido, es decir, no considero lo suficiente los problemas bajo los cuales trabajan muchos predicadores el día de hoy. Trabajan demasiado y su paga es poca. Están expuestos a presiones implacables de orden espiritual, moral, social e intelectual que nuestros antepasados no conocieron. Su moral está decaída. Muchos sufren de soledad, desánimo y depresión. Algunos deben cuidar de varias congregaciones en distintas localidades (recuerdo a un presbítero de la Iglesia del Sur de India que atendía a treinta, y sólo tenía una bicicleta para visitarlas). Otros luchan en los barrios más pobres de las grandes ciudades, con unos pocos miembros y todavía sin líderes. ¿No será que mis normas de estudio y preparación son inalcanzables y apropiadas sólo para una iglesia urbana o suburbana establecida hace mucho, pero no para la plantación de iglesias de carácter pionero? Sí, es cierto que mi experiencia ha estado limitada en gran medida a la Iglesia All Souls de Londres y a otras similares en otros lugares, y que al escribir he tenido en cuenta principalmente las iglesias del primer tipo. Sin embargo, me he esforzado por recordar otras situaciones.

Creo que los ideales que he desarrollado son válidos a nivel universal, si bien ciertamente necesitan ser adaptados a cada realidad particular. Ya sea que el predicador se dirija a una gran congregación en una iglesia moderna del centro de la ciudad, u ocupe un púlpito antiguo en una añosa iglesia de una villa europea, o bien esté apilado junto con un remanente pequeñísimo, en una esquina llena de corrientes de aire de un viejo edificio ruinoso, que hace mucho dejó de ser útil, o se dirija a una multitud de campesinos en un bohío en Latinoamérica o bajo un árbol en África, o esté cómodamente sentado en un hogar occidental con un pequeño grupo a su alrededor; aun así, con toda esta diversidad, mucho continúa siendo igual. Contamos con la misma Palabra de Dios, y los mismos seres humanos; el mismo predicador falible llamado por el mismo

Dios viviente para estudiar tanto la Palabra como el mundo, con el fin de relacionar ambos elementos con honestidad, convicción, valor y mansedumbre.

Hoy en día el privilegio de predicar es dado a un número creciente de personas distintas. Si bien he escrito considerando principalmente a los pastores asalariados a tiempo completo, creo fervientemente en la validez y utilidad de un ministerio en equipo, y he recordado a los pastores auxiliares y predicadores laicos que pueden pertenecer a él. Asimismo, si bien me dirijo a los predicadores, no he olvidado a sus oyentes. En casi todas las iglesias serían de provecho las relaciones más cordiales y estrechas entre los pastores y la gente, predicadores y oyentes. Es necesaria una cooperación mayor entre ambos al preparar los sermones, y mayor candor al evaluarlos. La congregación promedio puede llegar a tener una influencia mucho mayor de lo que cree acerca del nivel de predicación que recibe, si solicita sermones más bíblicos y contemporáneos, si libera a sus pastores de la administración de modo que tengan mayor tiempo para estudiar y prepararse; si da a conocer su aprecio y aliento cuando sus pastores toman la responsabilidad de predicar con seriedad.

Finalmente quiero agradecer a algunas de entre muchas personas que me han ayudado a redactar este libro. Comienzo por el Reverendo E.J.H. Nash, quien me mostró el camino a Cristo cuando tenía casi diecisiete años, me nutrió y oró por mí con una fidelidad asombrosa, hizo crecer mi apetito por la Palabra de Dios y me dio a probar por primera vez el gozo de exponerla.

A continuación quiero agradecer a la sufrida congregación de la Iglesia All Souls, que ha sido el telar sobre el cual he forjado las habilidades de predicación con que cuento, sean cuales sean, y la familia eclesial que me ha rodeado con su amor, ánimo y oraciones. También le agradezco a Michael Baughen, quien llegó a All Souls como párroco en 1970, me sucedió como Rector en 1975 y me ha concedido el privilegio de ser miembro de su equipo pastoral y de continuar predicando.

Expreso mi especial gratitud hacia Frances Whitehead, mi secretaria por más de veinticinco años, cuya laboriosidad y eficiencia son

proverbiales, y quien ha descifrado laboriosamente los garabatos en los que degenera mi letra manuscrita cuando la musa celestial desciende sobre mí. Ella ha mecanografiado o participado en la mecanografía de unos veinte libros.

Doy las gracias a Ted Schroder, quien nació en Nueva Zelanda y hoy ministra en los Estados Unidos, y quien persistió en su desafío a que yo relacionara el evangelio con el mundo moderno durante sus cuatro años como pastor asistente en All Souls. Quiero agradecer también a un sinnúmero de pastores en conferencias, seminarios y talleres sobre la predicación realizados en los seis continentes; y a los estudiantes del Trinity Evangelical Divinity, Gordon-Conwell Seminary, el Seminario Teológico Fuller, y la Theological Students' Fellowship, quienes han escuchado mis charlas sobre el tema. Estos pastores y estudiantes me han estimulado con sus preguntas.

Estoy agradecido de Roy McCloughry, Tom Cooper y Mark Labberton, quienes me han ayudado, uno tras otro, como asistentes de estudio de medio tiempo, especialmente de Mark, quien además leyó el manuscrito de este libro tres veces e hizo sugerencias útiles, a la par con la perspectiva de los seminaristas. Agradezco a mis amigos Dick y Rosemary Bird, quienes por muchos años me han acompañado en mi casa de campo galesa (llamada *The Hookses*), y en forma desprendida crearon las condiciones en las que escribí con tranquilidad y sin distracciones. También debo agradecer a muchas personas que han contestado a mis preguntas formuladas por escrito, especialmente el obispo Lesslie Newbigin, el catedrático James Steward, Malcolm Muggeridge, Iain Murray, Leith Samuel, Oliver Barclay, el obispo John Reid y el obispo Timothy Dudley-Smith.

Vayan mis agradecimientos especiales a Os Guinness, Andrew Kirk, Michael Baughen y Rob Warner por darse el tiempo de leer el manuscrito y enviarme sus comentarios. También, a pesar de un ataque de bronquitis, lo leyó Michael Green.

John Stott  
Pascua de 1981





## La gloria de la predicación: un esbozo histórico

La predicación es indispensable para el cristianismo. Sin ella se pierde una parte necesaria de su autenticidad, puesto que el cristianismo es por su misma esencia la religión de la Palabra de Dios. Todo intento de entender el cristianismo fracasará si pasa por alto o niega la verdad de que el Dios viviente ha tomado la iniciativa de revelarse a sí mismo, con el propósito de salvar a la humanidad caída; o que su autorrevelación ha sido entregada mediante el medio de comunicación más directo que conocemos, esto es, mediante palabras; o bien que él llama a aquellos que han oído su Palabra a que la divulguen a otros.

Primero, Dios habló por los profetas, interpretando para ellos el significado de sus obras en la historia de Israel, e instruyéndolos al mismo tiempo para transmitir este mensaje a su pueblo, fuera por medio del habla, la escritura o ambas. Luego, y en forma suprema, habló en su Hijo, el «Verbo se hizo hombre», y en las palabras del Verbo, fuera en forma directa o por medio de sus apóstoles. En ter-

cer lugar, habla mediante su Espíritu, quien por sí mismo da testimonio de Cristo y las Escrituras y hace que ambos estén vivos para el actual pueblo de Dios. Esta afirmación trinitaria de un Padre, Hijo y Espíritu Santo que habla, y por ende, la afirmación de una Palabra de Dios bíblica, encarnada y contemporánea es fundamental en la religión cristiana. Lo que Dios habla es lo que hace necesarias nuestras palabras. Debemos hablar lo que él ha hablado. De aquí radica la obligación monumental de predicar.

Más aún, este énfasis es único y exclusivo del cristianismo. Ciertamente cada religión tiene sus maestros acreditados, sean gurús hindúes, rabinos judíos o bien los intérpretes musulmanes de la ley. No obstante, estos instructores de la religión y la ética, aun cuando están dotados de autoridad oficial y carisma personal, son esencialmente los expositores de una tradición ancestral. Sólo los predicadores cristianos afirman ser heraldos de las buenas nuevas de Dios y osan pensar de sí mismos como los embajadores o representantes suyos que pronuncian «palabras de Dios» (1 P. 4:11). «La predicación es una parte esencial y una característica del cristianismo» según lo escribió E.C. Dargan en su obra de dos volúmenes *History of Preaching*. Luego reafirma: «la predicación es claramente una institución cristiana».<sup>1</sup>

El hecho de que la predicación es esencial y característica para el cristianismo ha sido reconocido durante toda la larga y colorida historia de la Iglesia. Por cierto, ni las opiniones del pasado que el tiempo ha honrado, ni las voces de influencia del presente son infalibles. Sin embargo, la impresionante unanimidad de su convicción acerca de la primacía y poder de la predicación (y citaré intencionalmente un amplio espectro de tradición eclesiástica), nos dará una buena perspectiva desde la cual podremos visualizar la posición opuesta, y nos pondrá en buena disposición para hacerlo.

### **Jesús, los apóstoles y los padres de la Iglesia**

El único punto de comienzo es Jesús mismo. «El mismo fundador del cristianismo fue también el primero de sus predicadores, pero fue precedido por San Juan Bautista y seguido de los apósto-

les; en la predicación de los apóstoles, la proclamación y enseñanza de la Palabra de Dios mediante una alocución pública se hizo una característica esencial y permanente de la religión cristiana».<sup>2</sup> Sin duda los evangelistas presentan a Jesús, ante todo, como un predicador itinerante. «Jesús se fue... a anunciar...», escribe Marcos al introducir el ministerio público de Jesús (Mr. 1:14; véase Mr. 4:17). Por ello, era completamente legítimo que George Buttrick, futuro capellán de Harvard, tomara estas tres palabras como título para sus charlas en honor a Lyman Beecher, llevadas a cabo en 1931 en Yale. Los evangelios sinópticos resumen su ministerio en Galilea en estos términos: «Recorría Jesús todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia». (Mateo 9:35, véase 4:23 y Mr. 1:39). Sin duda ésta fue la propia visión de Jesús sobre su misión en ese período. En la sinagoga de Nazaret afirmó que, en cumplimiento de la profecía de Isaías 61, el Espíritu del Señor lo había ungido para predicar su mensaje liberador. Consecuentemente, era «preciso que anuncie» su mensaje, «porque para esto fui enviado», explicó (Lucas 4:18, 43, véase Mr. 1:38: «para esto he venido.»). El testimonio de Jesús que entrega Juan sobre su misión consciente de predicador y maestro es similar. Aceptó el título de «Maestro», afirmó haber hablado «abiertamente al mundo» y que «en secreto no he dicho nada»; dijo a Pilato que había venido al mundo «para dar testimonio de la verdad» (Juan 13:13; 18:20, 37).

En Hechos 6 se menciona específicamente que luego de Pentecostés los apóstoles dieron prioridad al ministerio de la predicación. Resistieron la tentación de participar en otras formas de servicio con el fin de dedicarse de lleno a «la oración y al ministerio de la palabra» (v. 4), pues era para ello que Jesús los había llamado principalmente. Durante su vida en la tierra los había enviado a predicar (Mr. 3:14), si bien temporalmente restringió su ministerio a las «ovejas descarriadas del pueblo de Israel» (Mt. 10:5-7). Luego de su resurrección, sin embargo, los comisionó solemnemente para llevar el evangelio a las naciones (Mt. 28:19; Lc. 24:47). De acuerdo con el final más extenso de Marcos, «salie-

<sup>1</sup> Dargan, vol. I, pp. 12, 552.

<sup>2</sup> Dargan, vol. II, p. 7.

ron y predicaron por todas partes» (16:20). En el poder del Espíritu Santo predicaron las buenas nuevas de la muerte y resurrección, o de los sufrimientos y gloria del Cristo (1 P. 1:11, 12). En Hechos los vemos hacer esto, comenzando por Pedro y los demás apóstoles de Jerusalén, quienes «proclamaban la palabra de Dios sin temor alguno» (Hch. 4:31); luego lo hace Pablo, héroe de Lucas, en sus tres expediciones misioneras, hasta que Lucas se despidió de él en Roma estando Pablo bajo arresto domiciliario, y sin embargo «predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo sin impedimento y sin temor alguno» (Hch. 28:31). En esto Lucas refleja la percepción personal de Pablo sobre su ministerio. Escribió que Cristo lo había enviado a predicar el evangelio, no a bautizar; en otras palabras, sintió una cierta «necesidad» o compulsión de predicar. Por otro lado, la predicación era la forma designada por Dios para que los pecadores escucharan sobre el Salvador y lo invocaran para salvación, porque «¿...cómo oirán si no hay quien les predique?» (Ro. 10:14; véase 1 Co. 1:17; 9:16). Luego, casi al final de su vida, consciente de haber peleado la batalla y terminado su carrera, entregó la comisión a su joven lugarteniente Timoteo. En presencia de Dios y anticipando el regreso de Cristo para reinar y juzgar, le encomendó solemnemente que predicara la palabra, que persistiera en hacerlo, sea o no oportuno; que corrigiera, reprendiera y animara con mucha paciencia, y que no dejara de enseñar. (2 Ti. 4:1, 2).

Tan prominente era el lugar de la predicación en el ministerio de Jesús y sus apóstoles que no nos sorprende encontrar el mismo énfasis en ella entre los primeros padres de la Iglesia.

La *Didajé*, o «Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles», data probablemente de comienzos del siglo II y es un manual de la iglesia sobre ética, los sacramentos, el ministerio y la segunda venida de Jesús. Hace mención a una variedad de ministerios de enseñanza: a los «obispos y diáconos» por un lado, y a los «maestros, apóstoles y profetas» itinerantes por otro. Los maestros viajeros deben ser bienvenidos, pero se entregan pruebas prácticas por las cuales determinar su autenticidad. Si un maestro contradice la fe apostólica, si se queda más de dos días, solicita dinero o

ambas cosas, y si no practica lo que predica se trata de un falso profeta (XI.1-2; XII.1-5). Si es auténtico, se le debe escuchar con humildad. «Sé paciente y compasivo y sincero y tranquilo y bueno y temeroso en todo tiempo de las palabras que oíste.» Nuevamente, «Hijo mío, te acordarás noche y día del que te habla la palabra de Dios y le honrarás como al Señor». (III.8; IV.1)<sup>3</sup>

Aproximadamente a mediados del siglo II se publicó la *Primera Apología* de Justino Mártir. En ella se dirige al Emperador, defiende al cristianismo de las representaciones erróneas y argumenta que es verdadero, puesto que el Cristo que murió y resucitó era la personificación de la verdad y el Salvador de la humanidad. Hacia el final entrega una descripción de «la adoración semanal de los cristianos». Es notable debido a la prominencia dada a la lectura y predicación de las Escrituras y a la combinación de Palabra y sacramento:

El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente, nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces [súplicas], y éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus preces y acciones de gracias y todo el pueblo exclama diciendo «amén».<sup>4</sup>

A fines del siglo II el padre latino Tertuliano escribió su *Apología* con el fin de defender a los cristianos de falsas acusaciones y demostrar la injusticia de las persecuciones que en ese entonces debían sobrellevar. Al escribir sobre «las peculiaridades de la sociedad cristiana» hizo hincapié en el amor y unidad que los vinculaba, y luego describió sus reuniones:

Nos reunimos para leer nuestros escritos sagrados... Con las palabras sagradas nutrimos nuestra fe, animamos nuestra esperanza, fortalecemos nuestra confianza, y confirmamos además los buenos hábitos al

<sup>3</sup> La *Didajé*, en *Padres Apostólicos*, pp. 80-81.

<sup>4</sup> Justino Mártir, *Apología I*, 67.3-5, en *Padres apologetas griegos*, p. 258.

inculcar los preceptos de Dios. En el mismo lugar también se exhorta y administra santa censura y reprensión...<sup>5</sup>

Un contemporáneo de Tertuliano, el padre griego Ireneo, Obispo de Lyon, destacó la responsabilidad de los presbíteros de adherirse a las enseñanzas de los apóstoles:

Estos también preservan nuestra fe en un Dios que consumó tan maravillosa voluntad divina en favor nuestro; y nos exponen las Escrituras a nosotros sin ningún peligro, sin blasfemar a Dios, sin deshonrar a los patriarcas o rechazar a los profetas.<sup>6</sup>

Eusebio, obispo de Cesarea a comienzos del siglo IV y padre de la historia de la Iglesia, fue capaz de resumir doscientos años de la era cristiana en términos del trabajo de predicadores y maestros:

Efectivamente, muchos de los discípulos de entonces, heridos en sus almas por la palabra divina con un amor muy fuerte a la filosofía, primeramente cumplían el mandato salvador repartiendo entre los indigentes sus bienes, y luego emprendían viaje y realizaban obra de evangelistas, empeñando su honor en predicar a los que todavía no habían oído la palabra de fe y en transmitir por escrito los divinos evangelios.<sup>7</sup>

Del período patrístico tardío sólo tomaré un ejemplo, el más notable por cierto es Juan Crisóstomo, quien predicó doce años en la catedral de Antioquía antes de ser Obispo de Constantinopla en el 398 d.C. Al exponer Efesios 6:13 («pónganse toda la armadura de Dios...»), manifestó su convicción acerca de la importancia única de la predicación. Tal como el cuerpo humano, dijo, el Cuerpo de Cristo está sujeto a muchas enfermedades. Los medicamentos, una dieta correcta, un clima y sueño apropiados; todo ello contribuye a restaurar nuestra salud física. ¿Pero cómo será sanado el cuerpo de Cristo?

Sólo un medio y un camino a la cura nos ha sido dado... y ello es la enseñanza de la Palabra. Ella es el mejor instrumento, el mejor clima y dieta; sirve en lugar de la medicina, y reemplaza a la incisión y al

<sup>5</sup> Tertuliano, capítulo XXXIX, en *Ante-Nicene Fathers*, vol. III, p. 46.

<sup>6</sup> Ireneo, *Adversus Haereses*, en *Ante-Nicene Fathers*, vol. I, p. 498.

<sup>7</sup> Eusebio, III. 37.2.

cauterio; sea que se necesite quemar o amputar, debe utilizarse este método; sin él ninguna otra cosa es de ayuda.<sup>8</sup>

Fue más de un siglo después de su muerte que su grandeza como predicador fue reconocida, y se le dio el sobrenombre de «boca de oro». «Generalmente se le considera, y con justicia, el más grande predicador de la iglesia griega. Tampoco fue igualado o superado entre los padres latinos. Hasta el día de hoy sigue siendo un modelo para los predicadores de las grandes ciudades».<sup>9</sup>

Es posible mencionar cuatro características fundamentales de su predicación. En primer lugar, ella era bíblica. No sólo predicó sistemáticamente en varios libros, sino que sus sermones están llenos de citas y alusiones bíblicas. En segundo lugar, su interpretación de las Escrituras era simple y directa. Era seguidor de la escuela de Antioquía, de exégesis literal, la cual contrastaba con las caprichosas alegorizaciones alejandrinas. En tercer lugar, sus aplicaciones morales eran prácticas. Al leer su sermones en la actualidad, es posible imaginar fácilmente la pompa de la corte imperial, los lujos de la aristocracia, las desenfrenadas carreras en el hipódromo; en efecto, toda la vida de una ciudad oriental a fines del siglo cuarto. En cuarto lugar, no tenía temor de condenar. De hecho, «fue mártir del púlpito, porque fue fundamentalmente su fiel predicación la que causó su exilio».<sup>10</sup>

### Monjes y reformadores

Avanzamos ahora quinientos años, en esta breve visión, hasta la fundación de las Órdenes Mendicantes medievales, puesto que «La era de la predicación», escribe Charles Smyth, «data de la aparición de los frailes... La historia del púlpito tal como la conocemos comienza con los frailes predicadores. Se reunían y estimulaban una creciente demanda popular de los sermones. Ellos revolucionaron la técnica. Ellos engrandecieron el oficio».<sup>11</sup> Si bien Francisco de Asís (1182-1226) era más bien un servidor compasivo que un hombre letrado y, además, insistió en que «nuestros actos y enseñanzas debían ser coincidentes», estaba sin embargo «tan

<sup>8</sup> Fant y Pinson, vol. I, pp. 108-9.

<sup>9</sup> Schaff, vol. IX, p. 22

<sup>10</sup> En el mismo lugar.

<sup>11</sup> Smyth, *The Art*, p. 13.

dedicado a la predicación como a la pobreza: 'A menos que uno predique dondequiera que vaya', dijo Francisco, 'no sirve ir a predicar a ninguna parte'. Este había sido su lema desde el comienzo mismo de su ministerio». <sup>12</sup> Su contemporáneo Domingo (1170-1221) hizo un hincapié aun mayor en la predicación. Combinó la austeridad personal con el celo evangelístico; viajó extensamente por causa del evangelio, especialmente en Italia, Francia y España y organizó la Orden de los Predicadores a partir de sus «monjes de negro». Un siglo después, Humberto de Romans, (m. 1277), uno de los mejores ministros generales de la orden, dijo: «Cristo escuchó la misa sólo una vez... , pero hacía gran énfasis en la oración y la predicación, especialmente en esta última». <sup>13</sup> Unos cien años después, el gran predicador franciscano Bernardino de Siena (1380-1444), hizo esta inesperada afirmación: «Si ustedes sólo pudieran hacer una de dos cosas, oír la misa o bien oír el sermón, deberían dejar de lado la misa, y no el sermón.... Existe menos peligro para su alma cuando no escuchan la misa que cuando no escuchan el sermón». <sup>14</sup>

A partir de esta sorprendente afirmación de la primacía de la Palabra por parte de franciscanos y dominicos, no era necesario un gran paso para llegar al precursor o «estrella matutina» de la Reforma: John Wycliffe (1329-1384). Vinculado toda su vida a la Universidad de Oxford, era un autor prolífico; su agudo intelecto se alejó gradualmente del escolasticismo medieval, y proclamó a las Sagradas Escrituras como la suprema autoridad de la vida y la fe. Fue responsable de instigar la primera Biblia completa del idioma inglés (traducida de la Vulgata), y probablemente asumió parte de la traducción él mismo; era un predicador bíblico y diligente, y a partir de las Escrituras atacó al papado, las indulgencias, la transubstanciación y la opulencia de la Iglesia. No tenía duda de que la principal vocación del clero era predicar:

El servicio más elevado que los hombres puedan alcanzar en la tierra es predicar la Palabra de Dios. Este servicio recae en forma peculiar en los presbíteros, y por ende Dios lo exige de ellos en forma más severa.... Y es por esta causa que Jesucristo dejó otras labores y se

ocupó principalmente en la predicación, y así lo hicieron sus apóstoles, y por ello, Dios los amó.... La Iglesia, no obstante, es la más honrada por la predicación de la Palabra de Dios, y por ello, éste es el mejor servicio que los presbíteros pueden prestar a Dios.... Luego, si nuestros obispos no la predicán por su parte e impiden que los verdaderos sacerdotes la prediquen, cometen el pecado de los obispos que dieron muerte al Señor Jesucristo. <sup>15</sup>

El Renacimiento no sólo precedió a la Reforma, sino que le abrió camino. Luego de sus comienzos en la Italia del siglo XIV, con brillantes académicos como Petrarca, cuyo «humanismo» se expresaba en el estudio de los textos griegos y romanos clásicos, tomó un cariz más cristiano en el siglo siguiente al alcanzar el norte de Europa, debido a que la preocupación de los «humanistas cristianos» como Erasmo y Tomás Moro fue el estudio de los clásicos cristianos, tanto bíblicos como patrísticos. Como resultado, tuvieron una actitud crítica hacia la corrupción en la Iglesia, llamaron a una reforma que concordara con la Palabra de Dios, y reconocieron el papel clave de los predicadores para asegurar tal reforma.

La función más importante del sacerdote es la enseñanza (escribió Erasmo), por la cual puede instruir, advertir, reprender, y consolar. Un laico puede bautizar. Todos pueden orar. El sacerdote no siempre bautiza, no siempre absuelve, pero siempre debe enseñar. ¿Cuál es la utilidad de ser bautizado si no se ha recibido la catequesis, cuál la de acudir a la mesa del Señor si no se conoce su significado? <sup>16</sup>

Así que el viejo adagio «Erasmo puso el huevo que Lutero empujó» parece ser cierto. Ciertamente la insistencia de Erasmo en la supremacía de la Palabra por sobre el sacramento, basada en que para su eficacia el sacramento depende de la interpretación que entrega la Palabra, fue respaldada y ampliada por Lutero. «La Reforma dio carácter central al sermón. El púlpito estaba más elevado que el altar, pues Lutero sostuvo que la salvación es mediante la Palabra, y sin la Palabra los elementos carecen de su calidad sacramental; sin embargo, la Palabra es estéril a menos que sea pronunciada.» <sup>17</sup> En todos sus escritos Lutero no perdió oportunidad

<sup>12</sup> Fant y Pinson, vol. I, pp. 174-5

<sup>13</sup> Smyth, obra citada, p. 16

<sup>14</sup> En el mismo lugar, pp. 15, 16.

<sup>15</sup> *Contra Frates*, citado por Fant y Pinson, vol. I, p. 234.

<sup>16</sup> Tratado de Erasmo *On Preaching*, citado en *Erasmus*, de Bainton, p. 324.

<sup>17</sup> Bainton, *Erasmus*, p. 348

alguna de magnificar el poder liberador y sustentador de la Palabra de Dios. Es así como «la Iglesia debe su vida a la Palabra de promesa, y es nutrida y preservada por esta misma Palabra; las promesas de Dios conforman la Iglesia, la Iglesia no conforma las promesas de Dios».<sup>18</sup> Más aun, sólo existen dos sacramentos auténticos, el «Bautismo y el Pan», puesto que «sólo en estos dos encontramos el signo instituido en forma divina y la promesa del perdón de los pecados».<sup>19</sup> La Palabra de Dios, por lo tanto, es indispensable para nuestra vida espiritual. «El alma puede prescindir de todas las cosas excepto de la Palabra de Dios... si tiene la Palabra es rica y nada le falta, pues ésta es la Palabra de vida, de verdad, de luz, de paz, de rectitud, de salvación, de gozo, de libertad.» Ello es así porque la Palabra se centra en Cristo. De ahí la necesidad de predicar a Cristo a partir de la Palabra, «porque predicar a Cristo es alimentar el alma, hacerla recta, liberarla y salvarla, si ella cree en la predicación».<sup>20</sup> Puesto que la salud del cristiano y de la Iglesia dependen de la Palabra de Dios, predicarla y enseñarla son «la parte más importante del servicio divino»<sup>21</sup> y «el más alto y único deber y obligación» de todo obispo, pastor y predicador.<sup>22</sup> Es asimismo una pesada responsabilidad, extremadamente exigente. Lutero indica nueve «propiedades y virtudes» de un buen predicador. Las primeras siete son bastante predecibles. Debe, por supuesto «enseñar sistemáticamente, ... , ser despierto, ... , ser elocuente, ... , tener una buena voz y ... una buena memoria». Luego «debe saber cuándo poner fin», y, podríamos agregar, cómo comenzar, puesto que «debe estar seguro de su doctrina». A continuación, «en octavo lugar, debe arriesgar y dedicar cuerpo y sangre, riqueza y honor, por la Palabra» y «en noveno, debe tolerar ser la burla y mofa de todos».<sup>23</sup> El riesgo del ridículo, el de perder vida, riqueza y nombre, eran, de acuerdo con Lutero, la prueba definitiva de «un buen predicador».

Tal afirmación no era una mera teoría académica. Lutero mismo la experimentó, más visiblemente durante la mayor crisis de su vida. Excomulgado por una bula papal en 1521, en abril fue convocado a presentarse ante la Dieta de Worms, presidida por el Emperador Carlos V. Se negó a retractarse a menos que el testimo-

nio de las Escrituras y la razón obvia probaran que erraba, puesto que dijo: «Mi conciencia me obliga y estoy firme en la Palabra de Dios». Durante los días que siguieron se le concedió una audiencia ante un tribunal de jueces letrados, pero en realidad ya había sido condenado antes que comenzara el juicio. La audiencia finalizó con su ultimátum: «Aun si perdiera mi cuerpo y vida por causa de ello, no podría separarme de la verdadera Palabra de Dios». Fue la predicación de esta Palabra divina y no la intriga política o el poder de la espada la que estableció la Reforma en Alemania. Lutero señaló posteriormente: «Simplemente enseñé y prediqué la palabra de Dios. Nada hice fuera de ello. Y mientras dormía o tomaba cerveza de Wittemberg con mis amigos Felipe [Melanchton] y [Nicolás de] Amsdorf, la Palabra debilitó sobremanera al Papado, con un daño que nunca le había infligido príncipe o emperador alguno. Yo nada hice. Todo fue obra de la Palabra».<sup>24</sup>

Al escribir su Institución en la relativa paz de Ginebra, Calvino también exaltó la Palabra de Dios. «En todo lugar en que la Palabra de Dios es predicada y escuchada en forma pura», escribió, «y los sacramentos son administrados de acuerdo con la institución de Cristo, allí existe, sin duda, una Iglesia de Dios». En efecto, este ministerio de Palabra y Sacramento, la proclamación audible y visible del evangelio, debe ser considerada formalmente como «una marca perpetua por la cual se distingue la Iglesia».<sup>25</sup>

Los reformadores ingleses recibieron gran influencia de parte de Calvino. Aceptaron en gran medida su enseñanza de que la eficacia de los sacramentos deriva de la Palabra y que estos carecen de eficacia sin ella, de que la Palabra y los sacramentos son sellos indispensables de la Iglesia, y que el sacerdocio es esencialmente el ministerio de la Palabra. De este modo, el Artículo Anglicano XIX declaró que «la iglesia visible de Cristo es una congregación de fieles (es decir, creyentes), en la que se predica la Palabra de Dios pura, y los sacramentos son administrados debidamente de acuerdo con la ordenanza de Cristo....» Y el obispo, al ordenar candidatos al presbiterado, no sólo dio a cada uno una Biblia como símbolo de su oficio, sino que los exhortó a ser «diligentes... en la lectura y aprendizaje de las Escrituras» y los autorizó por el poder

<sup>18</sup> Lutero, *A Prelude on the Babylonian Captivity of the Church*, citado por Rupp, pp. 85-6.

<sup>19</sup> En el mismo lugar.

<sup>20</sup> Lutero, *Of the Liberty of a Christian Man*, en Rupp, p. 87.

<sup>21</sup> *Luther's Works*, ed. Lehmann, vol. 53, p. 68.

<sup>22</sup> Lutero, *Treatise on Good Works*, en *Luther's Works*, ed. Lehmann, vol. 44, p. 58.

<sup>23</sup> *Luther's Table-Talk*, «Of Preachers and Preaching», § cccc.

<sup>24</sup> Rupp, pp. 96-9.

<sup>25</sup> Calvino, IV, 1.9 y 2.1.

del Espíritu Santo «a predicar la Palabra de Dios y ministrar los santos sacramentos a la congregación».

Ningún reformador tomó más en serio esta tarea que Hugh Latimer, el popular predicador de la Reforma inglesa. Nacido alrededor de 1485, hijo de un pequeño agricultor de Leicestershire y consagrado obispo de Worcester en 1535, nunca pontificó o perdió su toque sencillo y rústico. En lugar de ello, «habló desde el corazón, y sus palabras... llegaban al corazón».<sup>26</sup>

Su gran pesar era que el pueblo inglés aún se encontraba perdido en la oscuridad espiritual, y que se debía culpar de ello al clero, puesto que habían descuidado el ministerio de la Palabra. Particularmente culpables eran los obispos. Estaban tan ocupados, dijo, «alardeando con sus alquileres, danzando en sus dominios... masticando sus manjares y afanándose en sus vistosas casas señoriales y mansiones» que no tenían tiempo para predicar.<sup>27</sup>

El discurso más conocido de Latimer, y quizás el más poderoso, es conocido como «El sermón del arado». Fue predicado en la Catedral de Saint Paul, el 18 de enero de 1548, poco después de ser liberado de su encarcelamiento en la Torre de Londres. Tenía por tema «La Palabra de Dios es una semilla a plantar en los campos de Dios» y que «el predicador es el sembrador». En su desarrollo recurrió a su experiencia personal de la agricultura adquirida en la finca de su padre en Leicestershire. El predicador, argumentó, debe ser como el labrador: debe «laborar en todas las estaciones del año». Sin embargo, lamentaba el hecho de que, en lugar de lo anterior, el clero pasaba su tiempo en negocios y placer. Como resultado, «por el señorío y haraganeo, la predicación y el arar laborioso han desaparecido». Luego, Latimer mantuvo en suspenso a su audiencia mediante este famoso pasaje:

Y ahora os haré una extraña pregunta: ¿quién es el obispo y prelado más diligente en toda Inglaterra, que a todos sobrepasa en su oficio? Os lo puedo decir, porque lo conozco bien. Pero, ya que ahora veo que estáis escuchando y prestando atención, os diré su nombre. Uno hay que sobrepasa a todos y es el prelado y predicador más diligente en toda Inglaterra. ¿Y sabéis quien es? Os lo diré: es el diablo. Es el predicador más diligente; nunca deja la diócesis; nunca deja su cargo

espiritual; nunca lo encontraréis desocupado; está en su parroquia permanentemente; mantiene siempre su residencia; siempre sale al camino; llamadlo cuando queráis, siempre está en casa. Es el predicador más diligente en todo el reino: siempre está labrando; no existe señoreo o haraganeo que le impida hacer su trabajo; se dedica constantemente a sus negocios; nunca lo encontraréis ocioso; os lo garantizo... Donde reside el diablo y funciona su arado, ¡afuera con los libros y que vengan las velas! ¡afuera con las Biblias y que vengan las cuentas del rosario! ¡afuera con la luz del evangelio y que venga la luz de vela!... sí, al mediodía; ... que vengan las tradiciones humanas y sus leyes, afuera con las tradiciones divinas y su palabra santísima; ... ¡Oh, si nuestros prelados fueran tan diligentes en sembrar el trigo de la buena doctrina como lo es Satanás cuando siembra cizaña y mala hierba! ... Nunca ha habido en Inglaterra un predicador como él.

La conclusión del sermón fue de esta forma:

Los prelados... son señores, no trabajadores; pero el diablo es diligente con su arado. No es un prelado que no predique; no es un señor holgazán de su feligresía, sino un labrador laborioso... Por lo tanto, vosotros, prelados que no predicáis, aprended del diablo: sed diligentes en vuestro oficio... Si no habéis de aprender de Dios, ni de los buenos hombres a ser diligentes en vuestro llamado, aprended del diablo.<sup>28</sup>

Me he referido a Lutero y Calvino con respecto a la reforma continental, y a Latimer por la inglesa. Eran predicadores y creían en la predicación. Sin embargo eran los ejemplos que encabezaban una convicción y práctica generalizadas. El siguiente es el comentario de E.C. Dargan:

Los grandes eventos y logros de esa poderosa revolución fueron obra, en gran medida, de los predicadores y la predicación; fue por la Palabra de Dios, mediante el ministerio de hombres determinados que creían en ella, la amaban y enseñaban, que se llevó a cabo la mejor y más duradera obra de la Reforma. Y viceversa: los eventos del movimiento y sus principios tuvieron una poderosa reacción en la predicación misma, entregándole un nuevo espíritu, nuevo poder, nuevas formas, de modo que la relación entre la Reforma y la predi-

<sup>26</sup> De «Brief Account» de la vida de Latimer que precede a los *Select Sermons*, p. 10.

<sup>27</sup> Moorman, p. 183.

<sup>28</sup> *Works of Hugh Latimer*, vol. I, pp. 59-78.

cación puede ser descrita en forma sucinta como una relación de mutua dependencia, guía y ayuda.<sup>29</sup>

### Puritanos y evangélicos

La prominencia dada a la predicación por los primeros reformadores continuó, por parte de los puritanos, en la segunda parte del siglo XVI y en el XVII. Han sido descritos de muchas formas, unas más amables que otras, pero «el calificativo que mejor resume su carácter», escribe Irvonwy Morgan, es el de «Predicadores Santos». A continuación explica el porqué:

Lo esencial para entender a los puritanos es que eran, ante todo, predicadores cuyo énfasis particular los distinguía de otros predicadores ante sus oyentes... Aquello que los vinculaba, sustentaba sus esfuerzos y les daba la dinámica para continuar fue su conciencia de estar llamados a predicar el Evangelio. «¡Ay de mí si no predico el evangelio!» era su inspiración y justificación. La tradición puritana debe ser evaluada, en primera instancia, en términos del púlpito; las palabras del ex fraile dominico Thomas Sampson, uno de los líderes y primeras víctimas en el movimiento puritano... pueden considerarse su lema: «Que otros sean obispos», decía, «yo tomaré el oficio de predicador o bien ningún otro».<sup>30</sup>

Entre los puritanos del siglo XVII, se destaca Richard Baxter, autor de *The Reformed Pastor* (1656), como un ejemplo consistente de los ideales que representan la tradición puritana y también su propio libro. Se sentía oprimido por la ignorancia, pereza y libertinaje del clero, la cual había sido expuesta por un comité parlamentario en su informe titulado: «The First Century of Scandalous Malignant Priests» [El primer siglo de sacerdotes escandalosos y malvados] (1643), el que entregaba cien casos graves. Es así como Baxter dirigió su *The Reformed Pastor* al resto del clero, en especial a los miembros de la Asociación Ministerial de Worcestershire, y compartió con ellos los principios que dirigieron su propio trabajo pastoral en la parroquia de Kidderminster. «En resumidas cuentas» escribió, «debemos enseñarles, cuanto más podamos, de la *Palabra*

y obras de Dios. ¡Oh, qué volúmenes son estos para la predicación de un ministro! ¡Qué grandiosos, qué excelentes, qué maravillosos y misteriosos! Todos los cristianos son discípulos o pupilos de Cristo; la Iglesia es su escuela, somos sus ujieres; la Biblia es su gramática; es lo que debemos enseñarles diariamente.»<sup>31</sup>

Los métodos de Baxter constaban de dos aspectos. Por un lado, fue pionero de la práctica de catequizar familias. Dado que había unas 800 familias en su parroquia y que él quería saber de su progreso espiritual al menos una vez al año, él y su colega invitaban a sus casas a quince o dieciséis familias cada semana. Cada familia venía sola y se quedaba una hora. Se les pedía que recitaran el catecismo, se les ayudaba a comprenderlo, y se les preguntaba sobre su experiencia personal de estas verdades. La catequesis le ocupaba a Baxter dos días completos a la semana, y era parte esencial de su trabajo. No obstante la otra parte, «y la más excelente puesto que tiende a obrar en muchos», era «la predicación pública de la Palabra». Era un trabajo, insistió, «que requería una habilidad mayor y, especialmente, mayor vivacidad y fervor de la que cualquiera de nosotros brinda. No es poca cosa pararse frente a una congregación y entregar un mensaje del Dios vivo, en nombre de nuestro Redentor».<sup>32</sup>

Sería un gran error suponer, sin embargo, que la importancia de la predicación fue reconocida en el siglo XVII sólo por los puritanos. Sólo cuatro años antes de que Baxter escribiera su *The Reformed Pastor*, George Herbert escribió *A Priest to the Temple* (también titulado *The Country Parson, his Character and Rule of Holy Life* [El párroco rural, su carácter y dominio de la vida santa]), si bien no fue publicado hasta veinte años después. Existe evidencia de que ambos se conocían y respetaban. Sin duda Baxter aplaudía la poesía y piedad de Herbert, si bien este último ha sido descrito como un anglocatólico temprano. No obstante, otorgó una importancia esencialmente «puritana» a la predicación. El capítulo siete, titulado «The Parson Preaching», comienza de esta forma: «El párroco rural predica constantemente; el púlpito es su trono y su gozo. Más aún, extrae su mensaje del libro de libros, la fuente inagotable, revista de la vida y el bienestar, las Sagradas Escrituras,

<sup>31</sup> Baxter, *The Reformed Pastor*, p. 75.

<sup>32</sup> En el mismo lugar, p. 81.

<sup>29</sup> Dargan, vol. I, pp. 366-7

<sup>30</sup> Morgan, I., *Godly Preachers*, pp. 10, 11.



pues es ahí donde absorbe y vive. Su principal característica no es ser ingenioso, letrado o elocuente, sino santo, y tan serio es su deseo de comunicar que incluso interrumpe su propio sermón con muchos apóstrofes a Dios como: 'Oh, Señor, bendice a mi pueblo y enséñales este tema'». <sup>33</sup>

Al otro lado del Atlántico, unos años después, Cotton Mather, el puritano americano ejercía un ministerio en Boston cuya influencia se hacía sentir a ambos lados del océano. Miembro graduado de Harvard, teólogo académico y escritor prolífico, entregó en su libro *Student and Preacher* lo que denominó «Directions for a Candidate of the Ministry». Su visión del ministro cristiano en general, y del predicador en particular, era de una distinción extrema. Su prefacio comienza así:

El oficio del ministerio cristiano, entendido en forma correcta, es el más honorable e importante que cualquier hombre en todo el mundo pueda ostentar; ¡y será una de las maravillas y ocupaciones de la eternidad el considerar las razones por las que la sabiduría y bondad de Dios asignaron este oficio al hombre imperfecto y culpable! ... El gran designio e intención del oficio de un predicador cristiano son restaurar el trono y dominio de Dios en las almas de los hombres; mostrar con los colores más vivos y proclamar en el lenguaje más claro la maravillosa perfección, oficios y gracia del Hijo de Dios; y atraer las almas de los hombres a un estado de perpetua amistad con él... Es un trabajo que podría desear un ángel, como honor a su carácter; sí, un oficio que cada ángel en el cielo codiciaría como empleo por los futuros mil años. Es un oficio útil, honorable e importante en tal grado que de poner Dios a un hombre en ello, y de ser él hecho fiel y exitoso a lo largo de su vida, puede mirar con desdén una corona, y derramar una lágrima de pena por el monarca más radiante de la tierra. <sup>34</sup>

Cotton Mather falleció en 1728. Sólo una década después, cuando acababa de regresar de dos años en Georgia, desilusionado por ser a juicio propio un inconverso, se le concedió a John Wesley una experiencia que lo reconfortó, en la que, según dijo, puso su «confianza en Cristo, sólo en Cristo para salvación», y le fue dada la seguridad de que sus pecados habían sido quitados, incluso los

suyos, y que Cristo lo había salvado de la ley de la muerte y el pecado. De inmediato comenzó a predicar la salvación gratuita que acababa de recibir. Sin duda, bajo la influencia de haber leído a Richard Baxter, dio impulso a un ministerio casa por casa y al catecismo de los conversos. No obstante la predicación era su ministerio característico. En las iglesias y sus patios, en los prados de las villas, en los campos y anfiteatros naturales proclamó el Evangelio y «ofreció a Cristo» a las vastas multitudes que se reunían para escucharlo. «Ciertamente vivo por la predicación», comentó en su diario el 28 de agosto de 1757. Todo ese tiempo su libro de texto fue la Biblia, porque sabía que el propósito dominante de las Escrituras era señalar a Cristo e iluminar a sus lectores para salvación. En su prefacio a los *Standard Sermons* escribió:

Soy un espíritu venido de Dios que vuelve a Él: simplemente planeo sobre un gran abismo, hasta que pocos momentos después, no soy visto más; ¡caigo en una eternidad inmutable! Una cosa quiero saber: el camino al cielo: ... Dios mismo se ha dignado enseñar el camino: para este mismo fin vino del cielo. Lo hubo escrito en un libro. ¡Oh dadme ese libro! ¡A cualquier precio, dadme el libro de Dios! Lo tengo aquí: este es conocimiento suficiente para mí. Dejarme ser *homo unius libri* (hombre de un solo libro). Aquí me encuentro entonces, lejos de los caminos atareados de los hombres. En soledad tomo asiento: sólo Dios está aquí. En su presencia abro y leo su libro; con este fin, el de encontrar el camino al cielo. <sup>35</sup>

Y era a partir de sus meditaciones bíblicas que Wesley predicaba, compartiendo con otros lo que había descubierto, y señalando el camino tanto al cielo como a la santidad.

Si bien John Wesley es un personaje más conocido por el público que su contemporáneo menor George Whitefield, (probablemente debido a la denominación cristiana mundial que lleva el nombre de Wesley), Whitefield era casi sin lugar a dudas el predicador más poderoso. En Gran Bretaña y Norteamérica (la cual visitó siete veces), en el interior y al aire libre, hizo un promedio de veinte sermones semanales durante treinta y cuatro años. Elocuente, entusiasta, dogmático, y apasionado, dio vida a su predicación con vívi-

<sup>33</sup> Herbert, pp. 20-4.

<sup>34</sup> Mather, pp. iii-v.

<sup>35</sup> Wesley, *Sermons*, p. vi.

das metáforas, ilustraciones cotidianas y gestos dramáticos. Con ellas mantenía encantada a su audiencia, puesto que les preguntaba directamente o bien les rogaba encarecidamente que se reconciliaran con Dios. Tenía completa confianza en la autoridad de su mensaje, y estaba determinado a que éste recibiera el respeto que merecía como la Palabra de Dios. En una ocasión, en una casa de reuniones en Nueva Jersey, notó a «un anciano acomodándose para su acostumbrada siesta durante el sermón», escribe John Pollock, uno de sus biógrafos. Whitefield empezó calmadamente su sermón, sin perturbar el sopor del caballero. Pero luego dijo «en palabras medidas e intencionadas»:

¡Si hubiera venido a hablarles en mi nombre, podrían descansar sus codos en las rodillas, su cabeza entre las manos y dormir!... Pero he venido a ustedes en nombre del Señor, Dios de las huestes, y (palmeté y taconeó) *quiero y debo ser escuchado*. El anciano despertó perplejo.<sup>36</sup>

## El Siglo XIX

Charles Simeon nació en 1759, el mismo año que William Wilberforce, quien se convertiría en su amigo de toda la vida. Su carrera coincidió diez años con la de Whitefield y treinta y dos años con la de Wesley. Convertido mientras era un estudiante de bachillerato en Cambridge, anhelaba tener la oportunidad de predicar el evangelio ahí. Al pasar por la Iglesia de la Santa Trinidad, ubicada en el centro del campo universitario, solía decirse: «Cuál no sería mi regocijo si Dios me entregara esa iglesia, de modo que pudiera predicar ahí su evangelio, y ser su heraldo en medio de la universidad».<sup>37</sup> Dios contestó esa oración, y en 1782 fue nombrado pastor de la iglesia. Sin embargo en sus comienzos encontró la oposición más violenta. Los líderes boicotearon los cultos y cerraron con llave las puertas de acceso a las bancas, de modo que por más de 10 años la congregación tuvo que estar de pie, y a menudo hubo escenas de pelea. Pero Simeon perseveró y gradualmente se ganó el respeto de la gente del pueblo y los miembros de la universidad. Por cuarenta y cuatro años ocupó el púlpito de Iglesia de la Santa

Trinidad, revelando sistemáticamente las Escrituras, con una determinación inmovible «de no conocer cosa alguna que no fuera Jesucristo y su crucifixión», según se lee en la lápida en su memoria del presbiterio.

La comprensión eminente de Simeon sobre la predicación surgió de su concepto del ministro como un embajador. Escribió a John Venn, con ocasión de su ordenación en 1782, unos cuatro meses después de la suya propia:

Muy querido amigo, te felicito con la mayor sinceridad, no por el estipendio de £40 o £50 anuales, ni por el título de Reverendo, sino por tu ascenso al oficio más valioso, el más importante y el más glorioso en el mundo: el de un embajador del Señor Jesucristo.<sup>38</sup>

Sin duda esta es la forma en que veía su propio ministerio. En cierta ocasión expuso el texto que contiene el mandato de Jesús «Por lo tanto, pongan mucha atención» (Lucas 8:18), de tal modo que daba «Instrucciones para oír un Sermón». Una de las razones por las que Jesús dio esta advertencia, argumentó, era «porque Dios mismo nos habla mediante el predicador». Prosiguió de esta forma:

Los ministros son embajadores de Dios, y hablan en lugar de Cristo. Si predicán lo que se funda en las Escrituras, y en la medida en que sea agradable a la mente de Dios, su palabra debe ser considerada de Dios. Ello fue afirmado por nuestro Señor y sus apóstoles. Por tanto, debemos recibir la palabra del predicador como la Palabra de Dios mismo. ¡Con tal humildad, entonces, debemos prestarle atención! ¡Qué juicios no hemos de esperar, si la menospreciamos!<sup>39</sup>

A lo largo el siglo XIX, y a pesar de los asaltos de la alta crítica en contra de la Biblia (asociados con el nombre de Julius Wellhausen, sus contemporáneos y sucesores), y a pesar de las teorías evolucionistas de Charles Darwin, el púlpito mantuvo su prestigio en Inglaterra. La gente llegaba en grandes cantidades a escuchar a los mejores predicadores de ese entonces y leía con ansias sus sermones impresos. Algunos de ellos fueron John Henry

<sup>36</sup> Pollock, *George Whitefield*, p. 248.

<sup>37</sup> Carus, p. 41

<sup>38</sup> En el mismo lugar, p. 28

<sup>39</sup> Simeon, *Wisdom*, pp. 188-89.

Newman (1801-1890) en la University Church de Oxford, el Canónigo H.P. Liddon (1829-1890) en la Catedral de San Pablo, F.W. Robertson (1816-1853) en Brighton, y eminentemente Charles Haddon Spurgeon (1834-1892) en su Tabernáculo Metropolitano en Londres.

Sea el eminente escocés de la era victoriana, Thomas Carlyle (1795-1881), quien resume para nosotros la influencia única de este predicador. Su testimonio causa mayor impresión porque era en cierta medida un extraño, puesto que escribió como historiador y era un crítico elocuente de las iglesias y sus credos. Y, sin embargo, en su lista de «héroes» o «grandes hombres» que ejercen un liderazgo en la comunidad, nombró al «presbítero», refiriéndose al «predicador», «el Capitán espiritual de la gente». Como modelos escogió a Lutero y a Knox: «a estos dos hombres los consideraremos nuestros mejores presbíteros, en la medida en que fueron nuestros mejores reformadores». Lo que Carlyle admiraba en ellos era su valor en la soledad. En la Dieta de Worms, Lutero se mantuvo impasible ante los más imponentes dignatarios de la Iglesia y el Estado. A un lado se sientan «la pompa y poder del mundo»; del otro «defiende la verdad de Dios un hombre, el hijo del pobre minero Hans Lutero». «Aquí estoy», dijo, «no puedo hacer otra cosa. ¡Dios me ayude!» En la opinión de Carlyle, esto fue «el momento más grande en la historia moderna del hombre». Sin duda, el vasto trabajo de liberación humana en los siglos siguientes, tanto en Europa como en América, comenzó con este hecho; «el germen de todo aquello reside ahí». La deuda de Escocia hacia John Knox, «el más valiente de todos los escoceses» era similar: «Aquello que hizo Knox por su nación, en verdad, podríamos llamarlo una resurrección de la muerte... La gente comenzó a vivir». Tal es el poder de la Palabra predicada.<sup>40</sup>

El respeto, casi el temor reverente que se tuvo al púlpito, sustentado por muchos durante la era victoriana, encuentra una buena ilustración en *Moby Dick*, de Herman Melville (1851). Él entrega un relato gráfico del sermón del capellán naval de New Bedford, en el sur de Massachusetts, el cual merece ser citado en su totalidad. En un tormentoso domingo de diciembre, Ismael aguardaba para

abordar un buque ballenero con el fin de viajar hacia el sur. Al ser, según explica más tarde, «un buen cristiano, nacido y criado en el seno de la infalible Iglesia Presbiteriana»,<sup>41</sup> asistió al servicio divino en una pequeña «capilla de los balleneros». En su interior encontró «una pequeña congregación dispersa de marineros, sus esposas y viudas»; «su silencio contenido» contrastaba con «los chillidos de la tormenta en el exterior». Pronto entró el capitán, un hombre mayor llamado el Padre Mapple. Luego de ser arponero en su juventud, retuvo su amor por el mar y su vocabulario náutico. No se accedía al gran púlpito mediante escalones, sino por medio de una escalera perpendicular de buque. Con ambas manos y la habilidad de un viejo marino, el Padre Mapple trepaba al lugar de predicación, y para gran asombro de Ismael, tiraba la escalera hacia arriba «hasta que quedaba toda depositada dentro, dejándolo inexpugnable en su pequeño Quebec». Melville prosigue describiendo los paneles del frente del púlpito, hechos «a la manera de la levantada proa de un buque», mientras que «la Santa Biblia descansaba sobre una pieza saliente de una voluta moldeada según los espolones en forma de espiral». «¿Qué podía tener más significado?», pregunta.

Pues el púlpito es el lugar más prominente en la tierra, todo lo demás lo sucede; el púlpito lidera el mundo. Es desde ahí que la tormenta de la ira de Dios se divisa por primera vez, y la proa debe soportar los embates más tempranos. Es desde ahí que se invoca al Señor de las brisas propicias y adversas para que traiga vientos favorables. Sí, el mundo es un buque que parte, y aún no termina viaje; y el púlpito es su proa.<sup>42</sup>

El capítulo que sigue se titula «El Sermón» y proporciona un ejemplo sorprendente del poder del púlpito. El Padre Mapple, dirigiéndose a su congregación como «compañeros a bordo», predicó sobre la historia de Jonás. Si bien este libro, según explicó, es «uno de los cabos más pequeños en el grandioso cable de las Escrituras», sin embargo contiene «una lección de dos hebras, una lección para todos nosotros los pecadores, una lección para mí como piloto del Dios vivo». Para los fugitivos de Dios, Jonás era un modelo de arre-

<sup>41</sup> Melville, p. 147.

<sup>42</sup> En el mismo lugar, pp. 128-34.

<sup>40</sup> Carlyle, cap. 4, «The Hero as Priest», pp. 181-241.

pentimiento verdadero; pero asimismo representa una advertencia temible para todo piloto o predicador que esquiva su deber hacia el evangelio y «¡como lo expresa el gran piloto Pablo!, que al predicar a los demás él es también un náufrago!»<sup>43</sup>

«El púlpito lidera el mundo». Pocos osarían defender esta afirmación en la actualidad, pero no habría sonado exagerado en el siglo pasado. Al mismo tiempo, aquellos que discernieron el privilegio de la predicación sentían inquietud por los que no lo veían. Un ejemplo de esta inquietud fue el Doctor James Alexander, hijo de Archibald Alexander, el primer catedrático del nuevo Seminario Teológico de Princeton en 1812, y profesor él también del mismo seminario entre 1849 y 1851. Por 20 años había sido pastor; no obstante, como dijera de él Charles Hodge, «el púlpito era la esfera apropiada para él».

Temo que ninguno de nosotros aprende como debiera el valor del oficio de predicador. Nuestros jóvenes no se preparan para él con el espíritu de aquellos a quienes les espera un gran conflicto; tampoco se preparan como quienes deberán imponer manos sobre la fuente de las más poderosas pasiones y estimular en su gran profundidad el océano de los sentimientos humanos. Donde prevalece esta apreciación del trabajo, logran mucho incluso hombres de una formación inferior... El púlpito seguirá siendo el más grandioso medio de alcanzar a la masa humana. Es el método propio de Dios y él lo honrará... En todas las edades, los grandes reformadores han sido grandes predicadores...<sup>44</sup>

La predicación no sólo tiene su influencia en las vidas de otros, argumentó Alexander posteriormente; es también muy gratificador para el predicador:

Hay felicidad en predicar. Puede llevarse a cabo de modo que sea tan aburrido para el emisor como para su audiencia, pero en sus instancias favorables la predicación brinda las más puras y nobles emociones, y en ello está la felicidad. En ningún lugar se experimenta como en el púlpito el claro vuelo del intelecto hacia los cielos, el osado vuelo de la imaginación o la dulce agitación de la pasión santa.<sup>45</sup>

Debido a este poder y placer, no es de asombrarse que Alexander White de Edimburgo reprendiera a un ministro metodista desani-

mado, poco después del cambio de siglo, con las siguientes palabras: «¡Nunca pienses en abandonar la predicación! Los ángeles alrededor del trono envidian tu gran labor».<sup>46</sup>

Esto ocurría en 1908. El año anterior fue testigo de la publicación del libro *Positive Preaching and the Modern Mind*, del teólogo congregacional P.T. Forsyth. Éstas son sus palabras de apertura: «Quizás éste sea un comienzo temerario en extremo, pero me atreveré a decir que el cristianismo permanece o decae debido a la predicación».<sup>47</sup>

## El siglo XX

Nuestro siglo comenzó con una atmósfera de euforia. Las expectativas, al menos las de la minoría occidental favorecida y educada, eran las de un periodo de estabilidad política, progreso científico y riqueza material. No había nubes sobre los horizontes del mundo. La Iglesia compartió el sentido general de agrado. Aún seguía siendo una institución social respetable, y quienes ocupaban sus púlpitos eran estimados, incluso eran mirados con deferencia.

El mejor ejemplo que he encontrado de este periodo de confianza sin límites, en los efectos beneficiosos de la predicación, es el del Reverendo Charles Silvester Horne, quien en 1914 dictó las Charlas Beecher sobre Predicación en Yale, y las llamó *The Romance of Preaching*. Murió pocos días después en el barco que lo llevaba a casa. Debe de haber preparado las charlas en 1913, puesto que no dan muestra de aprehensión con respecto a una guerra. Horne era tanto un ministro congregacional como un miembro del Parlamento británico. Tenía una reputación de elocuencia en la Cámara de los Comunes, y una pasión por el púlpito. H.H. Asquith iba a oírlo predicar a menudo porque, en sus palabras, «tenía una pasión ardiente». Al ser un político y un predicador pudo comparar ambas vocaciones desde su experiencia personal, y no tenía duda acerca de cuál era la más influyente:

El predicador, el cual es mensajero de Dios, es el verdadero señor de la sociedad; no ha sido elegido por la sociedad para gobernarla, sino

<sup>43</sup> En el mismo lugar, pp. 135-43.

<sup>44</sup> Alexander, pp. 9 y 10.

<sup>45</sup> En el mismo lugar, p. 117.

<sup>46</sup> Barbour, p. 307.

<sup>47</sup> Forsyth, p. 1.

por Dios, para formar sus ideales, y por medio de ellos para guiar y regir la sociedad. Muéstrenme al hombre que, en medio de una comunidad, sin importar cuán secularizada esté, puede instarla a pensar junto a él, encender su entusiasmo, reavivar su fe, purgar sus pasiones, purificar sus ambiciones, y dar firmeza a su voluntad, y yo les mostraré al verdadero señor de la sociedad, sin importar qué partido lleve nominalmente las riendas del gobierno, sin importar qué testafierro ocupe el puesto visible de autoridad.<sup>48</sup>

Horne estaba muy consciente de aquellos que competían con el predicador en las artes y en las comunicaciones. Mencionaba al dramaturgo, al periodista, al agitador social, al novelista, al estadista, y al poeta. Hoy agregaríamos a esta lista al guionista y productor de televisión. Él sabía, como nosotros, que los oídos de la gente son asediados por voces rivales. Y aun así, asignó el primer lugar de la jerarquía de poder social y moral al predicador:

El verdadero romance de la historia es el del predicador: el milagro sublime del alma intoxicada de Dios con la visión de una Voluntad eterna, el sentido de un Imperio al que pertenecen todos los continentes, lenguas y razas. Este hombre se encuentra sereno ante el choque de las armas y la necia jactancia de la Fuerza, y sólo pide la espada llamada Verdad, la armadura de Justicia, y el espíritu de Paz. Éste es el Héroe del mundo, inconquistable e irresistible. Todas sus victorias más duraderas le pertenecen.<sup>49</sup>

Entonces, continuó Horne, «¿quién debiera estar orgulloso de su llamado si no nosotros? ¿Qué otra historia ha igualado jamás a la nuestra? ¡Piensen en aquella procesión de predicadores!... Ante su mensaje sucumbieron paulatinamente imperios paganos ancestrales, y los déspotas paganos se inclinaron».<sup>50</sup> Mencionó en especial a Savonarola, Calvino y Knox como «supremos ejemplos del poder que el hombre del Evangelio puede ejercer para moldear la vida civil y nacional de los pueblos libres».<sup>51</sup>

Otro ministro congregacional que consideraba la predicación como algo más poderoso que la política fue el Doctor J.D. Jones (fallecido en 1917), quien por casi cuarenta años fue ministro de la Iglesia Congregacional de Richmond Hill en Bournemouth.

Instado por el líder de un partido político a presentarse como candidato parlamentario, él declinó, y citó como razón la respuesta de Nehemías a Sanbalat y Tobías, cuando intentaron impedir que construyera las murallas de Jerusalén: «Yo hago una gran obra», les dijo, «y no puedo ir» (Neh. 6:3, RV60). J.D. Jones hizo hincapié en estas tres últimas palabras «...no puedo ir». «El dejar el púlpito por la arena política hubiera significado el cese de la obra», declaró. «No menosprecio la labor que el Parlamento puede efectuar para mejorar las condiciones humanas, pero la sanidad definitiva para el dolor del mundo no será obra de la legislación, sino de la gracia redentora de Dios, y la proclamación de tal gracia divina es el trabajo más sublime al que pueda estar llamado un hombre.»<sup>52</sup>

El optimismo de los primeros años de este siglo fue destrozado por el estallido de la Primera Guerra Mundial y luego por los horrores del lodo y sangre de las trincheras. Europa emergió con un ánimo castigado de aquellos cuatro años, lo que pronto empeoró la depresión económica. Las declaraciones de los pastores se tornaron más sobrias. Y sin embargo, subsistió la confianza en el privilegio y poder del ministerio del púlpito. Por cierto, teólogos perceptivos como Karl Barth, cuyo antiguo optimismo liberal fue destruido por la guerra y reemplazado por un nuevo realismo con respecto a la humanidad y una nueva fe en Dios, expresaron su convicción de que la predicación había ganado una importancia aun mayor que la que había tenido.

Es simplemente una verdad manifiesta [declaró Barth en 1928], que no existe nada más importante, urgente, de mayor ayuda o redención, más curativo, no existe nada más relevante para la situación real, desde el punto de vista de los cielos y la tierra, que el hablar y escuchar la Palabra de Dios en el poder regulador y productor de su verdad, en su determinación que todo lo erradica y todo lo reconcilia, con la luz que ella arroja no sólo sobre el *tiempo* y sus confusiones sino más allá, hacia el brillo de la eternidad, revelando el tiempo y la eternidad *mediante* ambos y *en* ambos: la palabra, el Logos del Dios vivo».<sup>53</sup>

<sup>48</sup> Horne, p. 15.

<sup>49</sup> En el mismo lugar, p. 19.

<sup>50</sup> En el mismo lugar, p. 37-8.

<sup>51</sup> En el mismo lugar, p. 178.

<sup>52</sup> Gammie, p. 169.

<sup>53</sup> Barth, p. 123-4.

Es lógico que cualquier recuperación de la confianza en la Palabra de Dios, y de esta forma en un Dios vivo que ha hablado y habla, sin que importe cómo se defina su doctrina, resultará en la recuperación de la predicación. Esto debe ser la razón por la cual muchos grandes predicadores han pertenecido a la tradición reformada. Otro ejemplo es James Black de Edimburgo, quien en una serie de disertaciones en honor a Warrack en Escocia y en honor a Sprunt en Norteamérica, ambas en 1923, exhortó en forma conmovedora a sus audiencias de estudiantes a considerar seriamente su predicación: «El nuestro es un servicio grandioso, magnífico», afirmó, «y merece la consagración de cualquier don que poseamos... me permito pedirles, por ende, que resuelvan tempranamente hacer de su predicación el gran trabajo de su vida». <sup>54</sup> Y reitera, «nuestra labor es lo suficientemente extensa como para que utilicemos todo el talento y preparación que podamos... la suya será el cuidado y pastoreo de almas. Traigan a ella todo el entusiasmo y la pasión de la vida plena que hay en ustedes». <sup>55</sup>

Mayor sorpresa causa la importancia dada a la predicación por un hombre de una visión teológica liberal como la del Obispo Hensley Henson. No obstante, en sus sermones e instrucciones para la ordenación, publicados en 1927 bajo el título *Church and Parson in England*, deploró: «¡Qué lástima! el espectáculo demasiado frecuente de una congregación que se hunde lentamente en llanto resignado, o quizás hasta en letargo descarado, ante el fastidio de un sermón». <sup>56</sup> En contraste con este rechazo al púlpito, Henson declaró su propia convicción: «De todas las obras del ministerio cristiano, la predicación es la suprema; la reverencia hacia nuestra profesión queda probada en nuestro desempeño del deber de predicar». <sup>57</sup> Consecuentemente exhortó a sus compañeros del clero: «Jamás permitan tener una visión negativa de su deber de predicadores... En un sentido podemos decir que todas las actividades del pastoreo confluyen en el ministerio de la predicación». <sup>58</sup>

La vida y obra de Dietrich Bonhoeffer aún están siendo evaluadas. Al tiempo que es universalmente admirado el valor con que fue a su ejecución en el campo de concentración de Flossenbürg

en 1945, los estudiosos continúan en el debate de algunas de sus afirmaciones teológicas. Quienes mejor lo conocían, como su amigo Eberhard Bethge, nos aseguran que nunca fue su intención prescindir de la adoración verdadera de la comunidad reunida, en su interpretación «no religiosa» del cristianismo. Por el contrario, esta reunión es esencial porque se trata de la ocasión en que podemos escuchar el llamado de Cristo:

Si hemos de escuchar su llamado a seguirlo, debemos hacerlo donde él se encuentre, es decir, en la iglesia, por medio del ministerio de la Palabra y el sacramento. La predicación de la iglesia y la administración de los sacramentos es el lugar donde Cristo está presente. Si escuchas el llamado de Jesús, no necesitas una revelación personal; todo lo que tienes que hacer es escuchar el sermón y recibir el sacramento, es decir, escuchar el evangelio de Cristo crucificado y resucitado». <sup>59</sup>

En una de sus charlas sobre la predicación anteriores al estallido de la guerra, Bonhoeffer hace hincapié en forma aun más enfática en la importancia de la predicación:

El mundo y todas sus palabras existen por causa de la palabra proclamada. En el sermón se asientan los fundamentos de un nuevo mundo. Es ahí donde la palabra original se torna audible. No hay evasión ni escape de la palabra pronunciada del sermón, nada nos releva de la necesidad de dar testimonio, ni siquiera el culto o la liturgia... El predicador debe tener la certeza de que Cristo entra en la congregación mediante las palabras que proclama de la escritura. <sup>60</sup>

Incluso la Segunda Guerra Mundial, aun cuando aceleró el proceso de secularización europea, no apagó la predicación. Durante la guerra y posteriormente, tres distinguidos ministros metodistas ocuparon los púlpitos londinenses y reunieron a grandes multitudes: Leslie Weatherhead en el City Temple, Donald Soper en Kingsway Hall (como también al aire libre en Marble Arch y Tower Hill), y Will Sangster en el Westminster Central Hall. Según un ingenioso comentario, la mejor manera de distinguirlos era mediante sus tres amores, puesto que «Sangster amaba al Señor,

<sup>54</sup> Black, p. 4.

<sup>55</sup> En el mismo lugar, pp. 168-9.

<sup>56</sup> Henson, *Church and Parson in England*, p. 143.

<sup>57</sup> En el mismo lugar, p. 153.

<sup>58</sup> En el mismo lugar, p. 138.

<sup>59</sup> De *The Cost of Discipleship*, 1937, citado por Fant, en *Bonhoeffer*, p. 28.

<sup>60</sup> Fant, *Bonhoeffer*, p. 130.

Weatherhead a su pueblo y Soper amaba el debate». De los tres, Sangster era probablemente el más elocuente. Nacido en la clase popular londinense, dejó la escuela a los quince años para trabajar como mensajero de oficinas; no obstante se convirtió en predicador metodista local a los 18, y fue electo Presidente de la Conferencia Metodista de Gran Bretaña en 1950. En su conocido libro *The Craft of the Sermon* (1954), apenas pudo encontrar palabras suficientemente grandiosas para describir el difícil trabajo del predicador. Poco después de su inicio escribió:

¡Llamados a predicar! ¡Enviados por Dios a enseñar la Palabra! ¡Ser heraldo del gran Rey! ¡Un testigo del Evangelio Eterno! ¿Existe acaso labor más sublime y santa? A esta labor suprema envió Dios a su Hijo unigénito. En la frustración y confusión de esos tiempos, ¿es posible imaginar un trabajo de importancia comparable a la de proclamar la voluntad de Dios a hombres descarriados?<sup>61</sup>

No es ni por accidente, ni aun por medio del egotismo propulsor de los hombres, que le fue dado al púlpito un lugar central en las Iglesias Reformadas. Está ahí por un propósito y por devoción. Está ahí por lógica. Está ahí como el *trono de la Palabra de Dios*.<sup>62</sup>

Luego, casi al finalizar el libro, expresó su convicción personal de que «predicar las Buenas Nuevas de Jesucristo es la más sublime, más santa actividad a la que puede entregarse un hombre: una tarea que los ángeles envidiarían y por la que los arcángeles abandonarían la corte celestial». <sup>63</sup> Como comentara Andrew Blackwood, «la predicación debe ser considerada el trabajo más noble de toda la tierra». <sup>64</sup>

De este modo llegamos a las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. La ola de predicación menguó, y se mantiene baja en la actualidad. Al menos en el mundo occidental la caída de la predicación es un síntoma de la caída de la Iglesia. Una era de escepticismo no conduce a recuperar la proclamación confiada. No obstante, no hay carencia de voces que declaren su vital importancia y llamen a una renovación. Escuchamos estas voces prácticamente

en todas las iglesias. He escogido muestras de la Iglesia Católica-Romana, la Anglicana y las Iglesias Libres.

Algunos escritores católico-romanos muestran gran preocupación por el bajo nivel de la predicación contemporánea. De acuerdo con el anciano teólogo jesuita, Karl Rahner, una de las preguntas candentes de hoy tiene que ver con lo que denomina «el problema de la predicación». Es el no relacionar el mensaje cristiano con el mundo cotidiano. «Muchos dejan la Iglesia porque el lenguaje que fluye del púlpito no tiene sentido para ellos». No tiene relación con su propia vida y simplemente evita muchos temas amenazantes e ineludibles... 'El problema de la predicación' se está tornando aun más problemático». <sup>65</sup>

Esto no debiera ser así para quienes han leído los documentos emanados del Concilio Vaticano Segundo. El capítulo sexto de la «Constitución dogmática sobre la revelación divina» titulado «Las Sagradas Escrituras en la vida de la Iglesia», contiene fuertes afirmaciones acerca del deber de estudiar y aplicar las Escrituras:

Los exégetas católicos... y otros estudiantes de la teología sagrada deben dedicar sus energías a la exploración y exposición de las escrituras divinas, bajo el cuidado atento del oficio sagrado de la enseñanza de la Iglesia, utilizando los medios adecuados y trabajando diligentemente en conjunto. Esta tarea debe hacerse de tal modo que el mayor número posible de ministros de la Palabra divina pueda brindar en forma efectiva al pueblo de Dios la nutrición de las Escrituras, iluminando por este medio sus mentes, fortaleciendo su voluntad y encendiendo los corazones de los hombres con amor a Dios... <sup>66</sup>

Por ende, todo el clero debe mantenerse firme en las Sagradas Escrituras mediante la lectura sacra diligente y un estudio cuidadoso... Este cultivo de las Escrituras es necesario para que ninguno de ellos se convierta en «un predicador vacío de la Palabra de Dios en lo externo, alguien que no la escucha en su interior» (Agustín), puesto que deben compartir la abundante riqueza de la Palabra divina con los fieles encargados a ellos... <sup>67</sup>

El pueblo cristiano, continúa el texto, debe leer por cuenta propia las Escrituras. «Por ende, de este modo, mediante la lectura y

<sup>61</sup> Sangster, *The Craft*, pp. 14-15.

<sup>62</sup> En el mismo lugar, p. 7.

<sup>63</sup> En el mismo lugar, p. 297.

<sup>64</sup> Blackwood, p. 13.

<sup>65</sup> Rahner, p. 1.

<sup>66</sup> Abbott, § 23.

<sup>67</sup> En el mismo lugar, § 25.

estudio de los libros sagrados, permitimos que «la Palabra del Señor corra y sea glorificada» (2 Ts. 3:1), y que el tesoro de la revelación confiado a la Iglesia llene cada vez más los corazones de los hombres».<sup>68</sup>

El «Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros» retoma este tema y llama al clero romano a predicar el evangelio:

Puesto que nadie ha sido salvado que no haya creído primero, los presbíteros, como colaboradores de sus obispos, tienen el deber primordial de proclamar la Palabra de Dios a todos... La tarea de los presbíteros no consiste en enseñar su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios, y llamar con urgencia a todos los hombres a la conversión y la santidad... Dicha predicación no debe presentar la Palabra de Dios en forma general y abstracta solamente, sino que debe aplicar la verdad perenne del evangelio a las circunstancias concretas de la vida.<sup>69</sup>

La Iglesia Anglicana, tal como hemos visto, ha sido adornada con una larga sucesión de predicadores dotados. Sin embargo, últimamente ningún predicador ha contribuido en mayor medida a recuperar la predicación en la Iglesia de Inglaterra que Donald Coggan, Arzobispo de Canterbury, de 1974 a 1980. Es un predicador capaz que se describió a sí mismo diciendo que ha estado durante medio siglo «bajo la gozosa tiranía de ser un ministro de la Palabra»;<sup>70</sup> fue en gran medida bajo su iniciativa que se fundó en Inglaterra el College of Preachers (ya bien establecido en Washington D.C.). En su primer libro sobre la predicación, *Stewards of Grace* (1958), expresó en estos términos su convicción sobre el carácter indispensable de la predicación:

Aquí reside el milagro de la economía divina: entre el perdón de Dios y el pecado del hombre se encuentra ¡el predicador! Que entre la provisión de Dios y la necesidad humana se encuentra ¡el predicador! Que entre la verdad de Dios y la búsqueda del hombre se encuentra ¡el predicador! Es su tarea conectar el pecado humano con el perdón, la necesidad humana con la omnipotencia divina, la búsqueda humana con la revelación divina...<sup>71</sup>

Mi ejemplo de la Iglesia Libre es el Dr. Martyn Lloyd-Jones, quien entre 1938 y 1968 ejerció un ministerio de tremenda influencia en Westminster Chapel de Londres. Sin faltar nunca a su propio púlpito los domingos (excepto en vacaciones), su mensaje alcanzó los rincones más alejados del mundo. Su formación médica y anterior práctica como tal, su compromiso indestructible con la autoridad de las Escrituras y con el Cristo en ellas, su aguda mente analítica, su comprensión penetrante del corazón humano y su temperamento galés apasionado se combinaron para hacer de él el predicador británico más poderoso de las décadas de los cincuenta y sesenta. En *Preaching and Preachers* (1971), entregado primero en forma de charlas en el Seminario Teológico Westminster de Filadelfia, comparte con nosotros sus más fuertes convicciones. El primer capítulo se titula «The Primacy of Preaching». En él declara, «Para mí la labor de predicar es el llamado más sublime, más grande y glorioso que cualquiera pueda recibir jamás. Si quieren agregar algo a lo anterior, les diría sin titubear que la necesidad más urgente de la Iglesia cristiana hoy en día es una predicación verdadera».<sup>72</sup> Hacia el final del libro escribe sobre «el romance de la predicación»: «No hay nada como ello. Es la labor más grandiosa del mundo, la más espeluznante, la que más emociona, la más provechosa y la más maravillosa».<sup>73</sup>

Con estos superlativos concluyo mi breve visión histórica. Está lejos de ser completa, y no aspira a ser una «historia de la predicación» comprensiva. En lugar de ello, se trata de una selección muy subjetiva de testigos. No obstante, al menos tiene un doble valor.

En primer lugar, demuestra cuán amplia y antigua es la tradición cristiana, la cual da gran importancia a la predicación. Cubre un lapso de casi veinte siglos; comienza con Jesús y sus apóstoles, continúa con los primeros padres y los grandes predicadores-teólogos después del concilio de Nicea, como Crisóstomo en Oriente y Agustín en Occidente, pasa por los frailes y predicadores medievales, Francisco y Domingo, los reformadores y puritanos, Wesley y Whitefield, y culmina con los pastores modernos de los siglos XIX y XX. En segundo lugar, esta tradición amplia y duradera es consecuente. Sin duda han existido excepciones que han descuidado e

<sup>68</sup> En el mismo lugar, § 26, pp. 126-28.

<sup>69</sup> En el mismo lugar, § 4, pp. 539-40.

<sup>70</sup> Coggan, *On Preaching*, p.3.

<sup>71</sup> Coggan, *Stewards*, p. 18.

<sup>72</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, p. 9.

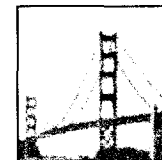
<sup>73</sup> En el mismo lugar, p. 297.



incluso denigrado la predicación, las cuales he omitido en mi historia. Pero han sido excepciones, desviaciones deplorables fuera de la norma. El consenso cristiano a lo largo de los siglos ha sido magnificar la importancia de la predicación, y recurrir a los mismos argumentos y vocabulario con el fin de hacerlo. Es casi imposible no verse inspirado por este testimonio común.

Ésta es, entonces, una tradición que no puede ser dejada de lado livianamente. Sin duda puede ser escriturada y evaluada. Sin duda, hoy está bajo el desafío de la revolución social de nuestra era. Ciertamente, los desafíos deben ser encarados con apertura e integridad; ese será nuestro objetivo en el siguiente capítulo. No obstante, podremos evaluarlos con una imparcialidad mayor, sentirnos menos amenazados por el ataque y menos perplejos ante los argumentos ahora que hemos revisado la historia de la Iglesia y captado la gloria de la predicación en la mirada de sus campeones de todos los siglos.

## CAPÍTULO DOS



# Objeciones contemporáneas a la predicación

Los profetas agoreros en la Iglesia de hoy predicen confiadamente que los días de la predicación han terminado. Es un arte que agoniza, señalan, una forma obsoleta de comunicación, «eco de un pasado abandonado».<sup>1</sup> No sólo ha sido superada por los medios de comunicación modernos, sino que es incompatible con la atmósfera actual. Consecuentemente, el sermón ya no ostenta el honor que se le solía conceder, expresado en las citas recopiladas en el capítulo uno. Incluso ha pasado de moda el «probar sermones», esa clase reprobable de ronda eclesiástica, la cual consiste en visitar iglesias en forma errática con la mera intención de hacer un muestreo y comparar posteriormente los predicadores eminentes del momento. La publicación de libros de sermones, que solían ser populares, se ha convertido en una empresa arriesgada. En algunas iglesias, el sermón se ha reducido a cinco minutos de apología; en otras, ha sido reemplazado por un «diálogo» o un «suceso». De

<sup>1</sup> Welsh, p. 32.

acuerdo con el franco veredicto del Dr. Howard Williams, «el sermón está extinto».<sup>2</sup>

Igualmente franca es la afirmación, en sentido opuesto, del Dr. Donald Coggan quien dice que esta visión de la predicación es una «mentira aparentemente cierta», perpetrada por nuestro «Padre de Abajo» (nombre dado al diablo por C.S. Lewis), como resultado de la cual ha ganado una victoria estratégica. No sólo ha silenciado eficazmente a algunos predicadores, sino que ha desmoralizado a aquellos que continúan predicando. Llegan a sus púlpitos «como hombres que han perdido la batalla antes de comenzar; su base de convicción ha desaparecido bajo sus pies».<sup>3</sup>

Mi propósito en este capítulo es tratar de descubrir las raíces de este desencanto contemporáneo de la predicación. Quisiera considerar los tres argumentos principales contra la predicación: la actitud en contra de la autoridad, la revolución cibernética y la pérdida de confianza en el evangelio, y al mismo tiempo deseo entregar una respuesta preliminar a ellos.

I

## La actitud en contra de la autoridad

Es quizás la primera vez en su larga historia que el mundo es testigo de tal rebelión consciente ante la autoridad. No es que el fenómeno de protesta y rebelión sea algo nuevo. Desde la caída del hombre, la naturaleza humana ha sido rebelde, ha mostrado ser «enemiga de Dios», y tener una falta de voluntad, incluso incapaz, de someterse a la ley de Dios (Ro. 8:7). Y esta verdad básica acerca de la condición humana ha tenido miles de manifestaciones desagradables. Sin embargo, lo que parece ser nuevo hoy, es tanto la envergadura mundial de la rebelión como los argumentos filosóficos en que a veces se apoya. No hay duda de que el siglo XX se ha visto atrapado en una revolución global, cuyo máximo ejemplo han sido las guerras mundiales. El antiguo orden está dando lugar a uno nuevo. Todas las autoridades aceptadas (la familia, la escuela, la universidad, el estado, la Biblia, el Papa, Dios) están siendo cuestionadas. Cualquier cosa que tenga un dejo de las instituciones del orden social establecido, es decir, un dejo de privilegio arraigado o

poder irreductible, es puesto bajo escrutinio y contradicho. Un «radical» es precisamente alguien que hace preguntas incómodas e irreverentes con respecto a alguna «institución establecida» que solía considerarse inmune a la crítica.

Sería insensible reaccionar en forma negativa ante toda la corriente de rebelión o generalizarla de maligna, puesto que parte de ella es cristiana en todo sentido. Esta parte surge de la doctrina cristiana de que la humanidad está hecha a la imagen de Dios y protesta por ello ante todas las formas de deshumanización. Se sitúa en contra de las injusticias sociales que insultan a Dios el Creador, busca proteger a los seres humanos de la opresión, y ansía liberarlos para que disfruten de la libertad que Dios tiene como propósito. En el área de la política, protesta contra todo régimen autoritario, ya sea de izquierda o derecha, que discrimine a las minorías, les niegue a las personas sus derechos civiles, prohíba la libre expresión de opiniones o encarcele a las personas sólo por sus posturas. En términos económicos, protesta contra la explotación de los pobres y contra la nueva servidumbre social, la esclavitud al consumismo y a la máquina. En la industria, esta corriente cristiana protesta contra la confrontación de clases entre directivos y sindicatos, y llama a incrementar la participación responsable de los trabajadores. En la educación, protesta contra el adoctrinamiento, el mal uso de la sala de clases para moldear las dúctiles mentes de los jóvenes y darles formas predeterminadas, y en su lugar llama a adoptar un proceso educacional que estimule a niños y jóvenes a desarrollar su propio potencial.

Cuando la rebelión se expresa en estos términos, lejos de oponerse, los cristianos deberían estar a la vanguardia de quienes la promueven puesto que su inspiración es la gloria de Dios, que se lleva a cabo en el acto humanizador de los seres humanos hechos a su imagen. Estamos obligados a separarnos de este cambio cuando sus defensores sobrepasan los términos antes mencionados, y anuncian su determinación de abolir el proceso democrático mismo, y con ello todas las formas de censura de común acuerdo; proclaman que ya no existen normas objetivas de verdad o bondad. Y es que los cristianos distinguen entre autoridad verdadera y falsa,

<sup>2</sup> H. Williams, *My Word*, pp. 1-17.

<sup>3</sup> Coggan, *Stewards*, p.13.

es decir, entre la tiranía que apabulla nuestra humanidad y la autoridad racional y benévola bajo la cual encontramos nuestra auténtica libertad humana.

En tanto que la actitud actual prevalece, quienes hacen un esfuerzo temerario por lograr la anarquía y quienes buscan verdadera libertad tienden a ver el púlpito como un símbolo de autoridad ante la cual se rebelan. La igualdad educacional, al menos en Occidente, ha agudizado las facultades críticas de la gente. Hoy todos tienen sus propias opiniones y convicciones, y las consideran tan buenas como las del pastor. «¿Quién se cree que es —preguntan, ya sea en silencio o en voz alta— para hacerse el presumido imponiéndome la ley?» El uso común de palabras asociadas al púlpito refleja esta distorsión. «Predicar ha pasado a ser reprender agriamente a uno de un vicio o defecto»,<sup>4</sup> mientras que «sermonear» es amonestar o reprender.

Si bien la resistencia a los pronunciamientos autoritarios del púlpito se ha generalizado en nuestro siglo, lo cierto es que comenzó por lo menos con la Ilustración en el siglo XVIII y tuvo más resonancia en el XIX. Nadie lo ha expresado en forma más vigorosa (o humorística) que Anthony Trollope en *Barchester Towers*, publicada por primera vez en 1857. El personaje principal de la novela es el reverendo Obadiah Slope, capellán doméstico para el importuno obispo Proudie de Barchester. Trollope no calla su antipatía activa hacia él. Lo describe en términos muy poco halagadores:

Su cabello es lacio, de un color rojizo pálido y opaco. Siempre tiene forma de tres masas abultadas... su cara tiene casi el mismo color que su cabello, si bien es quizás algo más rojiza: casi como un bistec crudo, de mala calidad eso sí. Su nariz es, no obstante, la facción que lo redime: decididamente recta y bien formada, aunque la encontraría más agradable si no tuviera una apariencia porosa, algo esponjosa, como si hubiera sido formada hábilmente con un corcho de color rojizo.<sup>5</sup>

Luego de despertar la antipatía de sus lectores hacia la apariencia del señor Slope, («el deslucido, de cabello color arena, ojos de huevo frito, y manos rojizas»),<sup>6</sup> Trollope está listo para despertar

hostilidad hacia su predicación. Si bien el clero de Barchester pertenecía a la Alta Iglesia, la elevada Iglesia, Obadiah Slope (un clérigo de la Iglesia Anglicana no conservadora) no tuvo respeto hacia su sensibilidad y procedió a anatematizar en su primer sermón todas las opiniones y hábitos que tenían en más alta estima. Ello concede a Trollope la excusa que busca para criticar la predicación y a los predicadores:

Actualmente no existe, quizás, mayor penuria infligida sobre la humanidad en los países civilizados libres que la necesidad de escuchar sermones. Nadie sino un clérigo que predica tiene en esos dominios el poder de exigir que una audiencia se siente en silencio y sea atormentada. Nadie sino un clérigo que predica puede deleitarse con lugares comunes, verdades manifiestas y falsedades, y ser objeto, sin embargo, como privilegio indiscutible, de la misma conducta respetuosa que si salieran de sus labios palabras de elocuencia apasionada o lógica persuasiva. Dejen a un profesor de leyes o física entrar a una sala de conferencias para decir palabras sin sustancia y frases vacías e inútiles, y entonces las derramará ante bancas vacías. Dejen a un abogado hablar sin propiedad, y entonces no lo hará más que rara vez. Las instrucciones de un juez sólo deben ser escuchadas forzosamente por el jurado, el prisionero y el carcelero. Es posible obviar a un miembro del Parlamento tosiendo cuando habla o ignorando su presencia. Los concejales pueden ser proscritos, pero nadie puede deshacerse del clérigo que predica. Es el tedio de esta era... la pesadilla que perturba nuestro descanso dominical, el sueño tormentoso que sobrecarga nuestra religión y hace que el servicio al Señor sea desagradable. ¡Nadie nos fuerza a ir a la iglesia! No; pero deseamos más que eso. Queremos no ser forzados a mantenernos lejos de ella. Deseamos, o mejor dicho, estamos resueltos a gozar el bienestar de la adoración pública; pero también deseamos poder hacerlo sin esa dosis de tedio que la naturaleza humana común no puede soportar pacientemente; poder dejar la casa de Dios sin el ansia angustiada de escapar, lo cual es la consecuencia natural de los sermones comunes.<sup>7</sup>

La antipatía de Trollope hacia los sermones no sólo se basa en que causan aburrimiento, sino que le parecían un ejercicio impropio de la autoridad, especialmente cuando el predicador era joven. Cuando el reverendo Francis Arabin, anteriormente catedrático de

<sup>4</sup> *Diccionario de la Real Academia Española*, vigésima primera edición.

<sup>5</sup> Trollope, p. 28.

<sup>6</sup> En el mismo lugar, p. 50.

<sup>7</sup> En el mismo lugar, pp. 46-7.

poesía de la Universidad de Oxford, fue instalado como pastor de la Iglesia de Saint Ewold's en Ullathorne, estaba extremadamente nervioso al predicar su primer sermón. Trollope expresó su estuor ante el hecho de que «incluso hombres muy jóvenes» que «apenas han dejado de ser niños» reúnen el valor de predicar y «ascender a una plataforma que está muy por encima de las cabezas de la multitud sumisa». «Nos parece extraño», agrega, «que no quede pasmado ante la nueva y tremenda solemnidad de su cargo... Los clérigos que no pueden predicar serían tal bendición; valdría la pena el soborno para que sigan fieles a su incompetencia».<sup>8</sup>

Hoy, más de un siglo después, estamos conscientes del mismo odio hacia las figuras de autoridad. Lo que ha cambiado es la resistencia más generalizada, abierta y estridente. Con respecto a las iglesias, en muchas predominan los adultos y ancianos, los cuales han salido de la fase de protesta y se puede esperar de ellos que sean comparativamente dóciles. Sin embargo, en muchos casos, los jóvenes muestran su voto de protesta marchándose de la iglesia, y evitan tales instituciones arcaicas. La actitud en contra de la autoridad alcanzó su punto máximo y erupcionó en la década de los sesenta. El campo universitario de Berkeley, en California, se convirtió en el campo de batalla del Free Speech Movement [Movimiento para la libertad de expresión], y en París los estudiantes se unieron a los trabajadores para salir a las calles y armar barricadas. Hoy, luego de un lapso de más de una década, al menos algunos gobiernos y universidades han aprendido algunas lecciones. Existe menos censura y más libertad; la hostilidad de los jóvenes ha cambiado de objetivo (ya que se ha ganado parcialmente esa batalla), se ha pasado de las instituciones a las ideas, y especialmente las ideas que las antiguas instituciones desacreditadas persisten en imponer a otros. Charlie Watts, de los Rolling Stones, expresa esta actitud a la perfección: «Me opongo a cualquier forma de pensamiento organizado. Me opongo a... la religión organizada, como la iglesia. No veo como sea posible organizar diez millones de mentes para pensar lo mismo».<sup>9</sup> Otros dieron un paso más y se opusieron a cualquier pensamiento; los setenta fue la década de lo no racional.

<sup>8</sup> En el mismo lugar, pp. 191-2.

<sup>9</sup> *Guardian Weekly*, 19 de octubre de 1967.

Por lo tanto, no es posible organizar las mentes y no se puede forzar a la gente a tener una idea determinada. Ninguna institución, sin importar cuan venerable sea, tiene el derecho de imponer una idea sobre nosotros por el peso de su propia autoridad. Tampoco puede una idea imponerse a sí misma sobre todos nosotros, puesto que no existe tal cosa como una verdad absoluta y por ende universal. Por el contrario, todo es relativo y subjetivo. Antes de poder creer en cualquier idea, ella debe comprobar ser auténtica para mí, en forma personal; y antes que se espera que uno crea en ella, debe ella por sí misma demostrar ser auténtica. Hasta que esto ocurra no debemos ni podemos creer.

### 5 Recomendaciones Una respuesta cristiana

¿Cómo, entonces, deben reaccionar los predicadores ante la actitud hoy en día en contra de la autoridad? ¿Cuál sería la crítica y la respuesta claramente cristiana al respecto? No debemos permitir que se nos fuerce a abandonar en estampida la predicación. Tampoco debemos cometer el error opuesto de caer en un dogmatismo creciente, de tal forma que cada vez que nuestras creencias y afirmaciones sean cuestionadas, las repitamos cada vez más fuerte. ¿Será posible, en lugar de someterse a estos extremos, mantener nuestra fidelidad a la fe cristiana histórica y reconocer y respetar al mismo tiempo la disposición moderna de duda y negación? Creo que es posible. Permítanme sugerir algunas verdades que sería sabio recordar, ciertas actitudes que sería sabio cultivar.

1) En primer lugar, necesitamos recordar la naturaleza de los seres humanos según la comprensión cristiana. De acuerdo con los primeros dos capítulos del Génesis, Dios creó a la humanidad, hombre y mujer, para ser moralmente responsables (al recibir los mandamientos) y libres (invitados, y no forzados, a obedecer en forma amorosa). Por ende, no podemos consentir el libertinaje (que niega la responsabilidad) ni la esclavitud (y negar la libertad). Los cristianos saben, por las Escrituras y la experiencia, que la realización humana es imposible fuera de algún contexto de autoridad. La libertad ilimitada es una ilusión. La mente es libre sólo bajo la autoridad de la verdad, y la voluntad bajo la de la rectitud. Es bajo

el yugo de Cristo que encontramos el descanso que él promete, no al desecharlo (Mt. 11:29-30). De modo similar, los ciudadanos sólo pueden disfrutar de libertad en una sociedad ordenada. Los padres de hijos adolescentes también conocen este principio puesto que aquellos que se rebelan contra la autoridad paternal no sólo buscan experimentar mayor libertad sino también descubrir sus límites. Al tratar de pasar cierta línea esperan devotamente que nada colapse. Lo mismo sucede con los adultos. Necesitamos lo que P.T. Forsyth llamó «la autoridad que los hombres no quieren pero al mismo tiempo buscan con ansia».<sup>10</sup>

2) En segundo lugar, necesitamos recordar la doctrina de la revelación. Es una doctrina básica de la religión cristiana que creemos, no porque haya sido inventada por seres humanos, sino porque Dios la ha revelado. En consecuencia, existe una autoridad inherente al cristianismo que no puede ser destruida jamás. Los predicadores que comparten esta certeza se ven a sí mismos como depositarios de la revelación divina, o bien, como lo expresara el apóstol Pablo, «encargados de administrar los misterios de Dios» (I Co. 4:1), es decir, los secretos que él ha revelado. Esta convicción no debe conducirnos a una clase de dogmatismo malsano, engreído, inflexible y arrogante, sino permitirnos proclamar el evangelio con una confianza tranquila en su calidad de buenas nuevas de Dios.

Theodore Parker Ferris, tuvo a su cargo el curso de homilética del Episcopal Theological School, y luego pasó a ser Rector de Trinity Church en Boston. En 1950 se ofreció una serie de conferencias en honor a George Craig Stewart, las cuales fueron posteriormente publicadas bajo el título *Go Tell the People*. En la conferencia inaugural, Ferris hizo hincapié en lo siguiente: El propósito de un sermón, afirmó, es declarar, divulgar, revelar algo. Muchos sermones se escriben «en modo imperativo», mientras que la religión de la Biblia «está escrita básicamente en el lenguaje revelador del modo indicativo». Prosiguió diciendo: «escuchen algunas de las grandes declaraciones de la Biblia», y citó versículos del Antiguo Testamento como «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra», «El Señor es mi luz y mi salvación», y «los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas» (Gn. 1:1; Sal. 27:1; Is. 40:31). No se trata de

<sup>10</sup> Forsyth, p. 81.

argumentos o exhortaciones o especulación. Son afirmaciones simples y directas acerca de la naturaleza de las cosas que han sido reveladas a los hombres... El poder de la religión de la Biblia radica en sus afirmaciones». Ello también se cumple en las grandes proclamaciones del Nuevo Testamento como «Yo soy el camino, la verdad y la vida» o «...en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo» (Jn. 14:6; 2 Co. 5:19).<sup>11</sup> «Este libro sobre la predicación —resumió el Dr. Ferris— tiene únicamente un tema. Y el tema es éste: Un sermón es por naturaleza una revelación, no una exhortación».<sup>12</sup> *La Biblia sobre los dos: reve. y exhorta. y como*

3) En tercer lugar, necesitamos recordar dónde reside la autoridad. Consideremos nuevamente las afirmaciones citadas por T.P. Ferris, y las de muchos otros como él en la Biblia. ¿Dónde reside la autoridad de ellos? Reside sólo en el Dios que creó a estos autores, y ciertamente no en quienes los citamos hoy. Hay algo inherentemente horrible acerca de los seres humanos que claman e intentan ejercer una autoridad que no poseen. Es particularmente inapropiado en el púlpito. Cuando un predicador pontifica como un demagogo inservible, o se jacta de su poder y gloria, tal como lo hiciera Nabucodonosor sobre la terraza de su palacio real en Babilonia (Dn. 4:28, 29), merece el juicio que cayó sobre aquel dictador: fue sacado loco de su palacio, «y comió pasto como el ganado, ... y hasta el pelo y las uñas le crecieron como plumas y garras de águila» (Dn. 4:33, 37).

4) Pero supongamos que somos cuidadosos en demostrar en nuestra predicación que la autoridad para predicar no es algo inherente en nosotros como personas, ni tampoco reside principalmente en nuestro oficio de clérigos o predicadores, ni siquiera en la iglesia de la que somos miembros y pastores acreditados, sino que yace suprema en la Palabra de Dios que exponemos. Entonces todos deberían estar dispuestos a escuchar, en particular si no dejamos duda de ello al mostrar nuestro deseo de vivir bajo esa autoridad. Según dijera Donald Coggan, para «predicar, el hombre debe conocer la autoridad de estar bajo la Autoridad».<sup>13</sup> Es por esta razón que seremos sabios si no decimos «Así dice el Señor» (ya que no tenemos la autoridad de un profeta inspirado del Antiguo

<sup>11</sup> Ferris, pp. 22, 23.

<sup>12</sup> En el mismo lugar, p. 32.

<sup>13</sup> Coggan, *Convictions*, p. 160.

Testamento) ni tampoco «Os digo» (puesto que no tenemos la autoridad de Jesucristo y sus apóstoles), sino, al menos en la mayoría de los casos, utilizaremos la forma «nosotros», puesto que así aclaramos que nada predicamos a los demás que no nos prediquemos antes a nosotros mismos, y que la autoridad y la humildad no son mutuamente excluyentes. «Es autoridad lo que el mundo principalmente necesita, escribió P.T. Forsyth en 1907, y la predicación del momento carece del Evangelio de autoridad que vive en una personalidad humilde».<sup>14</sup>

En cuarto lugar, necesitamos recordar la relevancia del evangelio. Una razón frecuente por la que se obvian algunos sermones es que la gente percibe su falta de relación con la vida que conocen. El hecho de que sean predicados con autoridad sólo los hace más desagradables. Pero cuando el mensaje predicado suena real, y tiene una relación evidente con la realidad humana, éste lleva autoridad propia, y se hace auténtico por sí mismo. Entonces, no basta pronunciar cierta autoridad; debemos argumentar por qué es razonable lo que declaramos y demostrar su importancia. Entonces escucharán con respeto.

Es lo que el Dr. Clement Welsh, director de estudios y rector del American College of Preachers en Washington D.C. desde 1963, se esfuerza por resaltar en su libro *Preaching in a New Key* [Predicando en una nueva clave musical] (1974). Dice él que no puede aceptar la afirmación de Karl Barth en cuanto a que «la predicación es la Palabra de Dios que Dios mismo ha pronunciado», porque en esta «alta» doctrina «penan los fantasmas de muchas preguntas sin respuesta sobre la autoridad de las Escrituras» y «hace surgir preguntas inquietantes sobre la posibilidad de confundir la voz humana con la divina».<sup>15</sup> Por ello, sugiere Welsh, se debe comenzar por el extremo opuesto, el del oyente; por la creación, no la redención, puesto que el oyente vive en el mundo creado y siendo él «el procesador de información más fantástico que haya visto el mundo»,<sup>16</sup> quiere dar sentido a la complejidad de su experiencia humana. Con el fin de ayudarlo a ello, el predicador «debe brindar a la creación (es decir, al fenómeno de la vida humana) el mismo cuidado exegético que le concedería a un pasaje de las Escrituras».<sup>17</sup> Sin

duda, el Dr. Welsh insta a lograr «una combinación de ambas doctrinas homiléticas: de aquella que destaca la revelación y las escrituras, y de la que realza la apologética y la razón».<sup>18</sup> No me parece que esté negando el lugar a una «palabra de autoridad», si bien pareciera acercarse a ello peligrosamente en ocasiones; más bien rechaza la clase de predicación *ex cathedra* que se divorcia de la realidad mundana, responde a las interrogantes equivocadas, y desalienta la reflexión responsable en la congregación. Incluso los sermones autoritarios hablan bien de sí mismos al predicarse en «un nuevo tono», al abordar las interrogantes elementales de la vida humana en forma significativa.<sup>19</sup>

#### *La predicación dialogal*

5) En quinto lugar, debemos recordar el carácter dialogal de la predicación. Es decir, un sermón verdadero no es el monólogo que parece ser. Para describirlo, a veces se utiliza la expresión «un monótono monólogo ministerial». El Rvdo. R.E.O. White, rector del Baptist Theological College de Escocia, cita una definición aun más ofensiva: «un monólogo monstruoso de un mentecato para mudos».<sup>20</sup> No obstante quisiera aducir que la verdadera predicación es siempre dialogal. No en el sentido de los «sermones en diálogo», en que dos predicadores debaten un tema, o uno entrevista e interroga al otro, (un arreglo excelente para una reunión posterior al culto o a mediados de la semana, pero, según me parece, algo fuera de lugar en el contexto de la adoración pública). Tampoco sugiero que estimulemos a los provocadores, si bien es cierto que algunas interrupciones fuera del guión animarían el procedimiento en la mayoría de las iglesias occidentales y nos traerían a los predicadores a nuestro elemento.

No obstante, entre los afroamericanos de los EE.UU., el diálogo vocal entre el predicador y la congregación es algo muy común en sus cultos. El Dr. Henry Mitchell, director fundador del Ecumenical Center for Black Church Studies, en Los Ángeles, lo describe vívidamente en sus libros *Black Preaching (1970)* y *The Recovery of Preaching (1977)*. Este último contiene un capítulo titulado «Preaching as Dialogue». «Libres de la cautividad teutona de

<sup>14</sup> Forsyth, p. 136.

<sup>15</sup> Welsh, pp. 102-103.

<sup>16</sup> En el mismo lugar, p. 15.

<sup>17</sup> En el mismo lugar, p. 109-10.

<sup>18</sup> En el mismo lugar, p. 104.

<sup>19</sup> En el mismo lugar, pp. 114-17.

<sup>20</sup> White, R.E.O., *A Guide*, p. 5.

la teología blanca», tal como señala, e «incólumes ante las orgullosas abstracciones del mundo occidental», los afroamericanos de los EE.UU. han sido capaces de expresar su propia identidad en la adoración. La religión afroamericana es «la religión del alma», que no teme a la emoción y el éxtasis.<sup>21</sup> «Los habitantes del continente africano han usado, durante siglos, el diálogo entre predicador y congregación, y los afroamericanos de los EE.UU. ya llevan tres siglos practicando esto». <sup>22</sup> En particular, «el adorador afroamericano no sólo reconoce la Palabra pronunciada por el predicador; ¡él responde! Puede que a veces hasta grite. Hasta no hace mucho, y no creo que haya pasado, el adorador afroamericano consideraba el servicio de adoración un fracaso si no había aclamación o vitoreo». <sup>23</sup> El Dr. Mitchell admite que esta clase de réplica audible o «reverencia estridente de la gente real»<sup>24</sup> (gritos de ¡Amén!, ¡Dígame!, ¡Así es!, ¡Seguro que sí! ¡Sí, señor!, ¡Muy cierto!, etc.), en ocasiones no es más que un hábito o convención cultural, y que en otras «tal ruido es en realidad un sustituto de la acción». <sup>25</sup> En términos generales, no obstante, es una expresión genuina de la participación de la audiencia y un gran apoyo y estímulo para el predicador. Sin duda que cuando el corazón y mente de una congregación afroamericana son capturados por un sermón, «el diálogo resultante entre el predicador y la gente es el ejemplo máximo de la adoración creativa». <sup>26</sup>

Sin embargo, en otros contextos, el tipo de predicación dialogal que recomiendo es distinto. Se refiere al diálogo silente que debiera desarrollarse entre el predicador y su audiencia, porque lo que dice provoca preguntas en sus mentes que él procede a contestar. Uno de los dones que más necesita un predicador es una comprensión muy sensible de las personas y sus problemas, que le permita anticipar sus reacciones ante cada parte del sermón y reaccionar ante ellas. La predicación se parece al juego del ajedrez, en la medida que el jugador experto anticipa varios movimientos más que su oponente, y siempre está listo a responder, sin importar qué pieza decida mover a continuación.

Recuerdo haber leído un interesante artículo de Peter Fiddick en <sup>27</sup> el *Guardian Weekly* acerca «del difícil arte de ser audiencia».

Llevaba por título «None shall sleep» (Ninguno dormirá). Confesó tener un problema para mantenerse despierto durante los conciertos. Su primer recuerdo de quedarse dormido en público, dice, fue en el Methodist Central Hall, en Slough, cuando tenías unos siete años de edad. Dormitó durante el sermón, y despertó «mortificado, en medio del himno siguiente». No obstante, con el tiempo aprendió a vencer «el problema del sermón simulando debates mentales con el predicador», una técnica que le falló en un recital de Chopin, «porque los vales no son susceptibles a argumentos». Probablemente Peter Fiddick imagina que los predicadores se enfurecerían si pensaran que sus oyentes tienen debates mentales con ellos; pero, por el contrario, debiéramos estar complacidos, sin duda. No deseamos estimular la pasividad en nuestra congregación. Queremos provocarla para pensar, respondernos y argumentar con nosotros en sus mentes, y debemos mantener un diálogo tan animado (si bien silencioso) que les resulte imposible quedarse dormidos.

Es particularmente importante hacer lo anterior cuando nuestro tema es en cierta forma controversial. Nuestra tendencia natural es expresar nuestras propias convicciones, en cuyo caso podemos pasar por alto los problemas que éstas crean en las mentes de otros; ya sea en la de los creyentes (o medio creyentes) de la iglesia o en la de los incrédulos que verán en su oficina o negocio al día siguiente. Por ejemplo, no podemos predicar «toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6:3) e ignorar el hecho de que la tierra está plagada tanto de terremotos, rapiña y hambruna como de orden, plenitud y belleza. Asimismo, no podemos predicar sobre la providencia de Dios y decir que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman» (Ro. 8:28), sin mostrar cierta conciencia del mal y el dolor.

Los ejemplos son múltiples. No debemos predicar sobre el matrimonio olvidando a los solteros de la congregación, o acerca del gozo cristiano sin recordar las penas y tragedias que algunos pueden estar experimentando. No podemos exponer la promesa que Cristo contesta a la oración sin recordar que algunas oraciones permanecen sin respuesta, o bien su mandato de no estar afanosos sin

<sup>21</sup> Mitchell, *Black Preaching*, pp. 26-43.

<sup>22</sup> Mitchell, *The Recovery*, p. 116.

<sup>23</sup> Mitchell, *Black Preaching*, p. 44.

<sup>24</sup> Mitchell, *The Recovery*, p. 124.

<sup>25</sup> Mitchell, *Black Preaching*, p. 106.

<sup>26</sup> En el mismo lugar, p. 98.

<sup>27</sup> 31 de octubre de 1970.

reconocer que existen razones válidas para la ansiedad. Anticipar las objeciones que la gente pueda tener es cubrir nuestros flancos ante el contraataque.

A menudo, en las Escrituras se desarrolla un diálogo entre el orador y sus oyentes, entre el escritor y sus lectores. En el Antiguo Testamento lo encontramos en el libro de Malaquías. «Yo los he amado», dice el Señor. «¿Y cómo nos has amado?», replican ustedes» (1:2). Y reitera «Ustedes han cansado al Señor con sus palabras. Y encima preguntan: ‘¿En qué lo hemos cansado?’» (2:17). Y luego: «¿Acaso roba el hombre a Dios? ¡Ustedes me están robando! Y todavía preguntan: ‘¿En qué te robamos?’ En los diezmos y en las ofrendas». (3:8).

En el Nuevo Testamento Jesús mismo utilizó, a menudo, un método similar. Varias de sus parábolas finalizan con una pregunta, y es probable que en estos casos esperara que le respondieran en voz alta. Hacía que todos participaran de un diálogo. Por ejemplo, «¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» Y «Ahora bien, cuando vuelva el dueño, ¿qué hará con esos labradores?» (Lc. 10:36; Mt. 21:40). O bien, luego de lavar los pies de los apóstoles, les preguntó: «¿Entienden lo que he hecho con ustedes?» (Jn. 13:12).

El maestro de este arte en la antigüedad, sin embargo, fue el apóstol Pablo, y el mejor ejemplo es su carta a los Romanos. A lo largo de sus primeros capítulos, según fueron dictados a Tercio, está consciente de las objeciones judías ante su argumento. En muchas ocasiones da voz a las objeciones de ellos y responde. Tomemos éste diálogo como ejemplo:

Entonces, ¿qué se gana con ser judío, o qué valor tiene la circuncisión?

Mucho, desde cualquier punto de vista. En primer lugar, a los judíos se les confiaron las palabras mismas de Dios.

Pero entonces, si a algunos les faltó la fe, ¿acaso su falta de fe anula la fidelidad de Dios?

¡De ninguna manera! Dios es siempre veraz, aunque el hombre sea mentiroso...

Pero si nuestra injusticia pone de relieve la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Que Dios es injusto al descargar sobre nosotros su ira? (Hablo en términos humanos.)

¡De ninguna manera! Si así fuera, ¿cómo podría Dios juzgar al mundo?

(Ro. 3:1-6; véase vv. 27-31)

Bien pudo haber sido, tal como lo han indicado algunos estudiosos, que Pablo copiara deliberadamente las «diatribas» estoicas, cuyas características relevantes, de acuerdo a las palabras del catedrático Jame Stewart, «eran sus preguntas retóricas, su preferencia por las frases cortas inconexas, el uso del objetante imaginario como instrumento, el salto del cuestionamiento a la respuesta y viceversa».<sup>28</sup> Ellas son un instrumento del predicador, más que del escritor, pero se encuentran en autores que también predicán. Es así como Lutero, cuyos comentarios fueron primero disertaciones, agregaba con no poca frecuencia: «¿Oigo que alguien dice...?» o bien «Ustedes ni se imaginan que...», mientras que Billy Graham constantemente dice: «Pero ustedes me preguntarán: Billy, y qué de esto...», expresando así el problema que se imagina tienen los no cristianos de la audiencia.

En su esbozo autobiográfico *Crowded Canvas* (1974) el canónigo Max Warren, antiguo secretario general de Church Missionary Society, definió el término comunicación como una habilidad especial de pensar en forma «cuádruple»:

Esta técnica consiste en pensar en lo que voy a decir; luego, en la forma en que la otra persona va a entender lo que voy a decir; luego, volver a pensar lo que voy a decir, de modo que al decirlo, la persona se imagine lo que yo me imagino... El pensamiento cuádruple requiere esfuerzo mental y una gran sensibilidad espiritual.<sup>29</sup>

Por más difícil que sea esta técnica, es esencial para predicar en forma dialogal y disminuir la ofensa que en otro caso produciría la predicación autoritaria.

<sup>28</sup> Stewart, *A Man in Christ*, pp. 57-58.

<sup>29</sup> Warren, p. 143.



## II La revolución cibernética

La «cibernética» (de *kubernētēs*, un timonel) es el estudio de los mecanismos de comunicación, tanto humanos como electrónicos, es decir, en el cerebro y los computadores. La «revolución cibernética» se refiere a los cambios radicales en la comunicación como resultado del desarrollo de equipos electrónicos complejos.

El sumo sacerdote de la revolución cibernética fue el notable católico romano canadiense, el catedrático Marshall McLuhan, fundador del Centre for Culture and Technology, en la Universidad de Toronto en 1963, y director de éste por catorce años. Falleció el 31 de diciembre de 1980. El apogeo de su influencia ocurrió en la década de los sesenta. El primero de sus libros en atraer la atención pública generalizada, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, fue publicado en 1962, y el más conocido, *Understanding Media: The Extensions of Man*, en 1964. Durante los setenta su popularidad disminuyó, y todo su esquema fue sometido a severas, incluso hostiles críticas. Ciertamente es culpable de una exageración desbordante. Sin embargo, el Dr. Jonathan Miller, uno de sus críticos más acérrimos, quien no duda en calificar sus conclusiones como «excéntricas», «absurdas», «incoherentes» e incluso «sin sentido», reconoce sin embargo «el intenso entusiasmo» con que lo leyó por primera vez y el hecho de que «ha convalidado con éxito a un debate sobre un tema que había sido descuidado durante mucho tiempo». <sup>30</sup>

Cuando se calme la controversia parece seguro que el nombre de Marshall McLuhan será incluido entre los pioneros de la ciencia de las comunicaciones. La historia difícilmente olvidará su contribución al idioma inglés de expresiones como «the global village» (la aldea global), «the medium is the message —as well as ‘the message’» (el medio es el mensaje —como también «el masaje»), y términos como «hot» y «cool» para expresar los grados de comunicación. Sería insensato, entonces, considerar sus teorías como pasadas de moda; debemos abordarlas.

Comenzaremos por su lectura de la historia. McLuhan describió al hombre primitivo diciendo que éste gozó de una existencia armónica por medio del uso simultáneo y equilibrado de sus cinco

sentidos. Cuando los jefes tribales se sentaban alrededor del fuego del campamento, se comunicaban en forma casual o tranquila, absorbiendo información e impresiones mediante la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. Sin embargo, esta situación idílica fue destruida por dos invenciones desastrosas. La primera fue el alfabeto fonético. Previamente, la antigua escritura pictográfica (en China) y la jeroglífica (en Babilonia), preservaban la relación entre el oído y la vista, debido a su significado visual, pero en el alfabeto fonético «las letras sin sentido semántico corresponden a sonidos sin sentido semántico», lo cual causa una «brecha súbita entre la experiencia visual del hombre y su experiencia auditiva». <sup>31</sup> En consecuencia, el alfabeto fonético alteró el equilibrio sensorial de la humanidad al hacer de la vista el sentido dominante y, de hecho, transformó los oídos del lector en un órgano visual.

El segundo evento desastroso (en el esquema de McLuhan) fue la invención de los tipos móviles en el siglo XV, obra de Johann Gutenberg (fallecido en 1468), el principal villano de esta historia. La tipografía trajo el fin de la vida tribal y rompió la unidad colectiva de la sociedad humana primitiva. Convirtió a cada ser humano en un individualista, un especialista, puesto que «su capacidad de leer y escribir... lo separa de su mundo tribal colectivo y lo hace encallar en el aislamiento individual». <sup>32</sup> Ahora pudo sentarse solo en una esquina, de espaldas al mundo, leyendo un libro. Más aun, mientras lee y sus ojos siguen cada línea impresa descubre que se encuentra atrapado en la lógica lineal, y debido a esto pierde el encanto del aprendizaje multisensorial. Asimismo, se convierte en literalista, porque su imaginación se atrofia.

En 1844, una tercera invención (el telégrafo de Samuel Morse) anunció el nacimiento de una nueva era, la era electrónica. Mientras que el alfabeto y la imprenta habían alienado cada vez más a los seres humanos, «la tendencia de los medios eléctricos es crear una suerte de interdependencia entre todas las instituciones de la sociedad». <sup>33</sup> Los seres humanos, cuyas vidas tribales fueron desbaratadas por la imprenta, vuelven a formar tribus mediante nuestros artefactos electrónicos cada vez más sofisticados. «La simultaneidad de la comunicación electrónica... nos presenta y

<sup>30</sup> Miller, *McLuhan*, pp. 131-32.

<sup>31</sup> McLuhan, *Understanding Media*, p. 93.

<sup>32</sup> En el mismo lugar, p. 25.

<sup>33</sup> En el mismo lugar, p. 263.

hace accesibles a cualquier persona en el mundo». <sup>34</sup> Por lo tanto, el mundo entero se ha convertido en una «aldea global». <sup>35</sup>

En esta revolución social la televisión ha cumplido un papel de gran importancia. McLuhan argumenta que la televisión ha revertido los procesos dañinos que iniciaran el alfabeto fonético y la imprenta, ya que ha vuelto a ofrecer a la vida humana los beneficios de una comunicación que él denomina «cool» (fría). «Un medio caliente» (hot medium), escribe, «es uno que amplía un solo órgano sensorial hacia una ‘máxima definición’ (es decir, hasta alcanzar un estado ‘saturado de información’). Un medio «frío», por otra parte, en lugar de bombardear un solo órgano sensorial con bastante información, permite que varios órganos sensoriales junten la información poco a poco. La diferencia crucial reside en la cantidad de información provista por el medio de información y la cantidad correspondiente que debe ser provista por el oyente o el espectador. «Los medios de comunicación calientes... requieren una baja participación, y los medios de comunicación fríos, una alta participación o cumplimiento por parte de la audiencia». <sup>36</sup> Tanto la televisión como la comunicación oral son considerados «fríos», puesto que ambos demandan participación de la audiencia. En consecuencia, «la televisión no funciona como algo subordinado a la comunicación oral. Compromete a la persona. Se debe estar con la televisión». <sup>37</sup>

Entonces, ¿es la televisión un rival serio para la predicación, como medio de comunicación? ¿Será que el aparato en la sala ha reemplazado al púlpito en la iglesia? Marshall McLuhan no respondió a esta pregunta, porque nunca la formuló. Pero de haber sido así, me parece que la respuesta hubiera sido necesariamente ambivalente. Por una parte, él aprobaba la comunicación oral (su enemigo número uno era la imprenta), ya que ésta es considerada un medio frío e «involucra, en forma dramática, a todos los órganos sensoriales». <sup>38</sup> Por lo tanto, cuando dos personas hablan, no sólo se escuchan, sino que observan sus expresiones faciales y gestos, y quizás hacen contacto físico o se abrazan, e incluso detectan el olor característico de cada una. Estos aspectos tienen su equivalente en la relación predicador-congregación; ¡la mayoría de las iglesias tie-

nen un olor reconocible! Por otro lado, el futuro del lenguaje está en peligro por la tecnología electrónica, dado que esta última no necesita palabras. «La electricidad muestra la ruta hacia una extensión del proceso de conciencia mismo, a escala global, y sin pronunciar palabra alguna». Al parecer McLuhan veía con aprobación esta tecnología, y la elogió como la reconstrucción de la Torre de Babel, e incluso —inspirado en el evento de Pentecostés— como «una condición pentecostal de comprensión y unidad universal». Los lenguajes serían obviados completamente en favor de una «conciencia cósmica general» y «la condición de carencia de habla que brindaría la perpetuidad de armonía y paz colectivas». <sup>39</sup>

Si bien Marshall McLuhan soñó acerca de las bendiciones comparativas del habla y la falta de ella, personalmente creo que la facultad del habla es un don característicamente humano, un medio de comunicación maravillosamente versátil, y un reflejo de la imagen divina que llevamos. Porque si bien las palomas pueden arrullar, los burros rebuznar, los monos chillar, y los cerdos gruñir, sólo los seres humanos pueden hablar. De acuerdo con la Biblia, el mismo Dios vivo es un Dios que habla. Se ha comunicado con nosotros mediante el habla, y su intención es que los seres humanos nos comuniquemos de la misma forma. El negarse a hacerlo sería empobrecernos en forma inconmensurable, y disminuir nuestra dignidad a la de aves y bestias.

Desde el apogeo de Marshall McLuhan, la invención del transistor —el cual utiliza cristales de silicio como poderosos amplificadores electrónicos— ha transformado aun más la ciencia de la computación. Los computadores a transistores o microprocesadores, cuyos primeros modelos fueron comercializados recién en 1975, ya habían hecho que sus incómodos ancestros de la década de los cincuenta se vieran tan arcaicos como los fósiles de dinosaurios. No sólo son tan pequeños como para ser portátiles, y más baratos de producir y operar, sino que ya tienen una memoria mejorada tan vasta que pueden almacenar toda una enciclopedia en un solo chip, y alcanzar velocidades de procesamiento inimaginables.

Los observadores sociales están tratando de evaluar las consecuencias de la revolución del chip. Predicen que, al menos en cier-

<sup>34</sup> En el mismo lugar, p. 264.

<sup>35</sup> McLuhan, *Gutenberg*, p. 31.

<sup>36</sup> En el mismo lugar, p. 31.

<sup>37</sup> En el mismo lugar, p. 332; véase *The Medium*, p. 125.

<sup>38</sup> En el mismo lugar, p. 87.

<sup>39</sup> En el mismo lugar, p. 90.

tos aspectos, el mundo puede que sea un lugar más seguro puesto que un sistema de tarjetas de crédito universal dejará obsoleto el crimen basado en dinero, mientras que los dispositivos de protección ante el peligro harán los automóviles a prueba de colisiones. Al mismo tiempo, será menos necesario viajar. Los viajes al trabajo disminuirán, puesto que la industria será operada por robots, las horas de empleo disminuirán, y los negocios serán descentralizados; «se combinarán la oficina y el hogar, el sistema de transporte público dejará lugar a redes de comunicación e información gigantes, y el automóvil de negocios será cambiado por el más reciente sistema de videoconferencia».<sup>40</sup>

La revolución del computador se relaciona principalmente con el procesamiento de datos; es decir, su almacenaje, recuperación, clasificación y comunicación. Seguramente todas las formas de comunicación actuales se verán afectadas por ella. Uno de los capítulos del libro de Christopher Evans, *The Mighty Micro* [El poderoso microchip] (1979) se titula: «The Death of the Printed Word» (La muerte de la palabra impresa).<sup>41</sup> Luego de señalar que tanto los computadores como los libros son «instrumentos para el almacenamiento de información», prosigue argumentando que los computadores son «tremendamente superiores» a los libros, no sólo porque cada vez son más pequeños y económicos, sino porque «los libros electrónicos» serán «dinámicos», capaces de recopilar, seleccionar y presentar material. Más aun, sus poderes de presentación incluirán tanto el visual (en la pantalla de televisión) como el auditivo (por medio de esa extraña lengua sintética llamada «computaspeak»).

Es difícil imaginar el mundo de aquí a cien años; para ese entonces es posible que los versátiles microprocesadores sean tan comunes como lo son hoy en día las simples calculadoras. Ciertamente debemos aprobar el hecho de que el chip de silicio trascenderá el poder del cerebro humano, tal como la máquina ha trascendido el poder muscular. Menos bienvenida recibirá la posible reducción del contacto humano, puesto que la nueva red electrónica hace las relaciones personales menos necesarias aún. En una sociedad tan deshumanizada, la comunión de la iglesia local crecerá en impor-

tancia; sus miembros se reúnen, hablan y se escuchan en persona y no en pantalla. En este contexto humano de amor mutuo también es posible que, para preservar nuestra humanidad, la necesidad de hablar y escuchar la Palabra de Dios sea mayor, no menor.

### *La influencia de la televisión*

Retomo entonces la rivalidad entre el aparato de televisión y el púlpito. Sin duda la televisión es un factor de importancia en la vida de todos. En Gran Bretaña el 98% de los hogares tiene al menos un televisor, y el hogar promedio lo mantiene encendido entre 30 y 35 horas a la semana. El tiempo real que un adulto mira TV es de entre 16 y 18 horas semanales, lo que significa que pasa unos buenos ocho años de su vida ante una pantalla de televisión.<sup>42</sup> Las estadísticas norteamericanas son aun más altas. De acuerdo con las encuestas de 1970 y 1971, el promedio semanal de observación para un adulto era de 23.3 horas.<sup>43</sup> Ya para 1999, de acuerdo a Nielsen Media Research, el promedio ascendió a casi 28 horas por semana.

Es extremadamente difícil estimar en forma equilibrada los efectos sociales de la televisión. Sin duda los efectos positivos han sido enormes. La televisión permite participar en eventos de los que de otro modo estaríamos excluidos por falta de tiempo, privilegios, dinero o salud. Es posible tener parte en grandes eventos de celebración o luto nacional (una boda o funeral, la coronación de un monarca o la investidura presidencial, la visita de un jefe de estado), también viajar al extranjero cuando no sería posible financiar una visita personal, y conocer algunas maravillas de la naturaleza. Podemos ver películas, obras de teatro y eventos deportivos, mantenernos al tanto de las noticias mundiales, y recibir estímulo para abordar los temas políticos, sociales y morales que se debaten en el momento. Todo ello es gran ganancia.

Sin embargo, existe otra cara que se relaciona particularmente con la predicación y el escuchar sermones. La televisión dificulta el escuchar con atención y responder, y por ende, el que los pastores mantengan la atención de la congregación sin pensar siquiera en

<sup>40</sup> Evans, p. 142.

<sup>41</sup> En el mismo lugar, p. 103-109

<sup>42</sup> *Broadcasting, Society and the Church*, p. 3.

<sup>43</sup> Winn, p. 4.

una respuesta apropiada. ¿Cuál es la razón? Trataré de resumir cinco tendencias nocivas de la televisión.

1 En primer lugar, la televisión tiende a hacer a las personas físicamente perezosas. Les brinda entretenimiento a domicilio con sólo pulsar un botón. Así es que ¿por qué no relajarse en un confortable sillón e incluso «adorar» ante la pantalla? ¿Por qué molestarse en aparecer en la iglesia? Las personas condicionadas por la televisión se vuelven más renuentes a salir, y les molestan más las interrupciones. Si bien la llamada «iglesia electrónica» de los Estados Unidos, que tiene una enorme audiencia televisiva, ha sido de gran bendición para las personas confinadas en sus hogares debido a edad o enfermedad, se cuestiona que las personas físicamente capaces deban considerarla un sustituto a su participación en la iglesia local. La pantalla inhibe la participación cabal en la adoración congregacional, sacramental y comunitaria, sin mencionar el servicio y testimonio activos.

2 En segundo lugar, la televisión tiende a hacer a las personas poco críticas intelectualmente. Por supuesto que esto no ocurre necesariamente, y la mayoría de los canales incluyen programas destinados a despertar la reflexión. No obstante pienso que Marshall McLuhan exageró el elemento de participación televisiva. Muchas personas se desploman ante la TV precisamente porque, luego de un duro día de trabajo, quieren gozar de entretenimiento, no ser obligados a participar, y menos a pensar. Así se extiende la enfermedad conocida como «espectadoritis». La gente ya no puede sólo escuchar sin observar. La televisión ofrece más imágenes que argumentos.

Por supuesto, McLuhan lo sabía. Los asesores republicanos de Richard Nixon estaban convencidos de que él había perdido la elección presidencial de 1960, debido a la mejor imagen que John F. Kennedy había mostrado en la televisión. Por esta razón, la preocupación de los asesores de Nixon para la campaña electoral de 1968, fue la de conseguir que él se «proyectara electrónicamente»,<sup>44</sup> es decir, cómo convertir la imagen televisiva de un abogado parco y sin humor en la de un ser humano cálido y animado. Para ello contrataron a Marshall McLuhan en calidad de consultor

y distribuyeron a todo el séquito político un resumen de la obra de McLuhan, *Understanding Media*. Escribió para ellos: «Las legislaciones y temas políticos no tienen utilidad para propósitos electorales... La formación de la imagen integral de un candidato ha reemplazado al debate de los puntos de vista conflictivos».<sup>45</sup> William Gavin, uno de los principales asesores de Nixon, insistió que se usara esta política: «Debemos apartarnos de la lógica lineal; tenemos que presentar una serie de impresiones».<sup>46</sup> Luego resumió su postura en las palabras «si logramos hacer que a los votantes les agrade el candidato, habremos ganado dos tercios de la batalla».<sup>47</sup> No hay necesidad de estar en desacuerdo que las imágenes son más poderosas que los temas de discusión y los argumentos. Pero sustituir unas por otras sería rendir la dignidad humana ante la debilidad humana. Los cristianos no deben callar ante cualquier cosa que limite las facultades críticas de las personas.

3 En tercer lugar, la televisión tiende a insensibilizar en términos emotivos. En un sentido, el caso es el opuesto. La TV ha tenido el efecto positivo de traer a nuestros hogares y conciencias, en forma visual, escenas que de otro modo jamás podríamos haber experimentado: los horrores de la guerra, la privación de la hambruna y la pobreza, la devastación de los terremotos, las inundaciones y huracanes, la grave situación de los refugiados; estas cosas captan forzosamente nuestra atención (tal como debiera ser), como nunca antes. No podemos seguir cerrando los ojos ante ellas. Y sin embargo, tenemos la libertad de hacerlo y lo hacemos. Es sin duda comprensible, porque hay un límite al volumen de dolor y tragedia que podemos tolerar. Después de un tiempo, la carga se hace demasiado pesada y, entonces, pulsamos el control remoto para cambiar de canal o apagar la TV, o bien continuamos mirando sin sentimiento, después de haber apagado nuestras emociones internas. Nos hacemos hábiles en el arte de la defensa propia, a saber, de nuestras emociones. A estas alturas, las apelaciones son contraproducentes; no nos quedan sentimientos para responder a ellas; a veces me pregunto si estamos criando una generación endurecida ante el evangelio, puesto que ha estado sometida, *ad nauseam*, no a los estereotipos locuaces de las buenas nuevas, sino a las imágenes televisivas que

<sup>44</sup> McGinniss, p. 23.

<sup>45</sup> En el mismo lugar, p. 21.

<sup>46</sup> En el mismo lugar, p. 221.

<sup>47</sup> En el mismo lugar, p. 199.

han dañado permanentemente sus mecanismos de reacción emocional.

4) En cuarto lugar, la televisión tiende a causar confusión psicológica, puesto que pertenece al reino de lo artificial y lo fabricado. La mayoría de los programas que vemos no fueron filmados en la vida real, sino en un estudio. McLuhan usa un juego de palabras en inglés que causa sobresalto a sus críticos. Refiriéndose a estos programas, dice él que no pertenecen, tal como las películas, al mundo real («the real world»), sino al mundo cinematográfico («the reel world»).<sup>48</sup> Los programas filmados fuera del estudio también carecen de una medida de autenticidad, puesto que luego de la filmación, estos son editados (por ejemplo las noticias o documentales), o bien, al transmitirse en vivo, se nos entrega una experiencia indirecta, y nuestra participación es sólo de segunda mano. Es cierto que podemos observar un partido de fútbol, (si bien en la pantalla) y escuchar el grito de la multitud (por un parlante), pero sin embargo no hay forma de sentir el viento de un tornado o el olor presente en un barrio pobre y superpoblado.

Fue este elemento irreal de la televisión el que enfatizó Malcolm Muggeridge en su serie de conferencias en Londres en 1976, bajo el tema *Contemporary Christianity*, y tituladas *Christ and the Media*. Contrastó «la fantasía de los medios con la realidad de Cristo».<sup>49</sup> Expresó su anhelo personal de «mantenerme... en la realidad de Cristo» y persuadir a otros a hacerlo, «a aferrarse a él, como antaño, cuando los marineros de vela se amarraban al mástil al soplar las tormentas y crispase los mares».<sup>50</sup> Éstas son las preguntas que dicho contraste hace surgir en mi mente: ¿Qué tan fácilmente pueden las personas cambiar de un mundo al otro? ¿Reconocen, al escuchar la Palabra de Dios y adorarlo, que finalmente han entrado en contacto con la realidad verdadera? ¿O es que, según temo, pasan de una situación irreal a otra, sonámbulos como en un sueño, porque la televisión los ha introducido en un mundo de fantasía del que nunca escapan realmente?

En quinto lugar, la TV tiende a causar un desorden moral. No quiero decir con ello que los televidentes imiten automáticamente el comportamiento que ven en pantalla. El estudio de investigación

hecho en 1977 por Home Office y titulado *Screen Violence and Film Censorship* (Violencia en la pantalla y censura cinematográfica), si bien confiesa que la investigación social ha sido inadecuada, concluye que es poco probable que la violencia en pantalla «impulse a los televidentes comunes a comportarse en formas que de otro modo no hubieran adoptado».<sup>51</sup> El informe Annan de 1977 sobre *The Future of Broadcasting* (El futuro de la teledifusión) llegó a una conclusión similar, si bien agregó que existía una preocupación real del público por la violencia en la televisión, y que éste tiene un argumento al que deben responder las entidades difusoras.<sup>52</sup>

La influencia moral de la televisión que causa trastornos y a la cual me refiero es más sutil e insidiosa que la incitación directa. Lo que a todos nos sucede, a menos que nuestros poderes de juicio moral sean agudos y estén alerta, es que nuestra comprensión de «lo normal» comienza a ser modificada. Bajo la impresión de que «todo el mundo lo hace», y que nadie cree mucho en Dios o en los absolutos de verdad y bondad hoy en día, nuestras defensas bajan y nuestros valores se alteran imperceptiblemente. Comenzamos a asumir que la violencia física (al ser provocados), la promiscuidad sexual (al ser incitados) y los gastos de consumo extravagante (al ser tentados) son las normas aceptadas de la sociedad occidental para fines del siglo XX. Hemos sido estafados.

Por supuesto, los miembros más vulnerables de la población son los niños, y sin embargo, son los mayores adictos a la TV. En Gran Bretaña, dos de cada tres niños ven televisión entre 3 y 5 horas diarias (21 a 35 horas semanales).<sup>53</sup> En los Estados Unidos, los niños en edad preescolar constituyen la mayor teleaudiencia, y su promedio semanal es de al menos 30,4 horas.<sup>54</sup> «A la edad de diecisiete años el niño norteamericano promedio ha completado 15.000 horas mirando televisión, el equivalente de casi dos años, día y noche».<sup>55</sup>

Marie Winn documentó los efectos de la televisión en los niños norteamericanos en su inquietante libro *The Plug-In Drug* [La droga que se enchufa] (1977). Su tesis es que el daño que sufren los niños no se debe tanto al contenido de los programas televisivos, sino a la experiencia televisiva misma, la cual inhibe el trabajo

<sup>48</sup> McLuhan, *Understanding Media*, p. 303.

<sup>49</sup> Muggeridge, *Christ and the Media*, p. 73.

<sup>50</sup> En el mismo lugar, p. 43.

<sup>51</sup> *Screen Violence*, p. 126.

<sup>52</sup> *The Future of Broadcasting*, ver capítulo 16, «Programme Standards».

<sup>53</sup> *Children and Television*, informe abreviado, p. 1.

<sup>54</sup> Winn, p. 4.

<sup>55</sup> *El New Internationalist*, n° 76, junio de 1979.

en casa y el juego al aire libre. Deteriora el desarrollo del niño en cuanto a lenguaje, imaginación, percepción, aprendizaje, autodirección y las relaciones. Estimula la pasividad y disminuye la creatividad, y rompe la vida familiar natural. Lo peor de todo es que induce al llamado «trance televisivo». «No sólo ha borrado la distinción entre lo real y lo irreal para los televidentes regulares, sino que... al hacerlo ha entorpecido su sensibilidad hacia los eventos reales».<sup>56</sup>

A modo de resumen, la pereza física, la flaccidez intelectual, el agotamiento emocional, la confusión psicológica y la desorientación moral se ven incrementadas por una exposición extensa a la televisión, y son los niños los que sufren el mayor daño.

¿Cómo debemos reaccionar ante esta crítica negativa de los efectos de la televisión contemporánea? No abogo por vender o hacer pedazos nuestros aparatos, o que tratemos de retroceder en el tiempo a la era anterior a la televisión. Este comportamiento reaccionario es innecesario, y asimismo imposible. La mayoría de las tendencias dañinas que he descrito se deben, en mayor medida, a la poca calidad de algunos programas, y a ser un espectador incondicional y obsesionado más que al medio mismo. Al sopesar todo, la televisión como medio trae más bendición que maldición. ¿Qué es lo que se necesita, entonces?

En primer lugar, los padres cristianos deben ejercer mayor disciplina sobre el acceso que sus hijos tienen al televisor. En Gran Bretaña, el 19% de los niños «dicen que sus padres no ejercen un control sobre el número de horas que ven televisión diaria o semanalmente».<sup>57</sup> Sin embargo, el ver televisión de modo indiscriminado expone a la generación siguiente a la «propaganda del consenso», a lo que Peter Abbs llama «mass-culture» (cultura de las masas). Su tesis es que el hombre es «la criatura más imitativa del mundo, y es así como aprende» (Aristóteles); que los niños absorben los símbolos que representan valores de la cultura, y que las elites comerciales crean estos valores en nuestra sociedad.<sup>58</sup>

En segundo lugar, los cristianos deben buscar penetrar el mundo de los medios masivos, y formarse como libretistas, productores y actores televisivos. Difícilmente podremos quejarnos del bajo nivel

<sup>56</sup> Winn, p. 80.

<sup>57</sup> *Children and Television*, resumen del informe, p. 1.

<sup>58</sup> De un artículo titulado *Mass Culture and Mimesis*, publicado en el n.º 22 de *Tract*.

de los programas actuales si no tomamos iniciativas constructivas para proveer alternativas que no sólo sean técnicamente iguales, sino mejores, y también más edificantes. En eras pasadas, al desarrollarse un nuevo medio de comunicación (escritura, pintura, música, teatro, imprenta, cine, radio), los cristianos estuvieron entre los primeros en discernir su potencial y perseverar hasta ponerlos al servicio de la adoración y el evangelismo. Debe suceder lo mismo con la televisión. Por cierto, en algunas partes del mundo ya es así.

En tercer lugar, los pastores deben contar con que tendrán una congregación condicionada por la televisión. Tendremos en nuestras manos una tarea colosal, si esperamos contrarrestar las tendencias perniciosas de gran parte de la televisión moderna. No podemos seguir asumiendo que las personas quieren escuchar los sermones o son capaces de hacerlo. Considerando que ya están acostumbradas a las veloces imágenes en la pantalla, ¿cómo podemos esperar que presten atención a una persona que habla, sin adornos extravagantes, sin el relieve de la iluminación y nada más en que fijarse? ¿Está acaso más allá de su capacidad? En consecuencia, cuando comienza el sermón, pulsan el interruptor mental y se desconectan. Casi se puede oír el clic. No creo que ésta sea razón suficiente para abandonar la predicación, puesto que (como argumentaré en breve) tiene una cualidad única e irremplazable, si bien tenemos que luchar, sin duda, por ganar la atención de las personas. Cualquier cosa aburrida, monótona, anticuada, lenta o que causa letargo no puede competir en la era de la televisión. La televisión desafía a los pastores a hacer atractiva nuestra presentación de la verdad por medio de la variedad, el color, la ilustración, el humor y secuencias rápidas. Y por otro lado, si bien nada reemplaza a la predicación, es definitivamente necesario complementarla.

#### *El proceso de aprendizaje*

Los seres humanos aprenden de cuatro formas: al escuchar, discutir, observar y descubrir. Podríamos llamarlas audición, conversación, observación y participación. La primera es la más directa: de

la boca al oído, del orador al oyente, y por supuesto, incluye la predicación. No obstante, y sin duda, no siempre es la más efectiva. «Para la mayoría de las personas es difícil comprender conceptos puramente verbales. *Sospechan* del oído, no confían en él. En general, nos sentimos más seguros cuando las cosas son *visibles*, cuando podemos ‘ver con nuestros propios ojos’». <sup>59</sup> Es por ello que los tres aspectos restantes del proceso de aprendizaje deben tener un lugar en el programa de educación cristiana de cada iglesia local.

2) *Dialegethai*, «razonar» o «argüir», es un verbo utilizado frecuentemente por Lucas para describir la predicación evangelística de Pablo. Los convencía sobre la base de las Escrituras, particularmente a los judíos. Presumiblemente era un diálogo en voz alta en que él presentaba su argumento, algunos lo cuestionaban, otros lo contradecían, y él respondía a sus preguntas y críticas. No hay duda de que empleó los mismos métodos para la *catechēsis*, la instrucción de los conversos. Tal como hoy en las universidades las disertaciones son complementadas con seminarios o tutorías (con un estrecho contacto entre tutores y alumnos), del mismo modo el sermón en la iglesia debería de ser complementado con una variedad de clases de estudio y grupos de discusión.

Un amigo mío, conferencista de una universidad, compartió conmigo en forma muy franca la frustración que sintió al predicar en su propia iglesia. «Por meses, años incluso, he esquivado el problema», me dijo, «y he deseado mucho la oportunidad de poder responder a esta situación». Él está convencido de que los líderes laicos de la iglesia debieran participar con el pastor en decidir los temas de los sermones, y hasta predicar en ocasiones, si cuentan con los dones y la formación; pero su mayor preocupación es el contraste entre los métodos de enseñanza de la universidad y la iglesia. «En una clase universitaria hay una oportunidad *inmediata* de responder, interrumpir y hacer preguntas; y ello es estimulado, puesto que la clase es un foro de discusión». En esta iglesia, sin embargo, no existía una oportunidad similar; para decir la verdad, se desalentaba cualquier clase de intercambio.

En Londres hemos tratado de estimular distintas formas de respuesta. Además de los «Beginners’ Groups» (Grupos de principian-

tes), para nuevos cristianos, y los «Fellowship Groups» (Grupos de compañerismo) para los cristianos más establecidos, los «Agnostics Anonymous» (Agnósticos anónimos) estimulan a quienes indagan, a mencionar sus problemas y dar voz a sus dudas abiertamente. Las oportunidades de «replicar» a veces se ofrecen después de los cultos. Luego de un sermón matutino sobre un tema actual, hemos invitado a las personas a traer una merienda para el almuerzo, quedarse y participar en la discusión del tema. Se llevan a cabo reuniones más generalizadas para hacer preguntas, en particular, luego de una serie de sermones, y ocasionalmente hemos organizado reuniones extraordinarias más extensas.

Recientemente, uno de nuestros predicadores brindó a la congregación tres oportunidades distintas para responder a las preguntas que él formuló en base a Filipenses 1:12-19, en el que Pablo se refiere a los cristianos que se atrevían «a anunciar sin temor la Palabra de Dios», como resultado de su ejemplo y de los distintos motivos por los que predicaban a Cristo. Para comenzar, nos pidió que escribiéramos formas específicas de estimular a otros a dar testimonio sin temor o bien de ser más valientes nosotros mismos. Luego, nos invitó a discutir con quienes se sentaban cerca nuestro en la iglesia los factores de nuestra situación que contribuían o impedían que diéramos testimonio. Y en tercer lugar, utilizó un proyector para mostrar una lista de ocho motivos distintos para el evangelismo, y nos pidió confesar en silencio cuáles de ellos nos habían motivado. Cada sesión duraba tres minutos. Pensé que era un experimento que valía la pena; hizo que la gente participara, quisiera o no, en el diálogo y nos obligó en forma muy práctica a enfrentar el desafío del texto. No veo razón por la que no sea posible, al menos en ocasiones, estimular las preguntas relacionadas con el sermón inmediatamente después de terminado éste, en la atmósfera más informal de una congregación menor.

3) La «observación» nos conduce a una amplia gama de ayuda visual. Sin duda que los dos sacramentos, el Bautismo y la Santa Cena han provisto ayuda visual en forma divina: «palabras visibles» que dramatizan la gracia de Dios en la salvación, por medio de Cristo. Algunos predicadores utilizan una pizarra o un proyector

<sup>59</sup> McLuhan, *The Medium*, p. 117.

con grandes resultados, mientras otros utilizan películas o diapositivas, e inclusive aprovechan el uso de los videocasetes. Las presentaciones teatrales breves, que ilustran alguna verdad de la lección o sermón pueden tener un poderoso impacto. Hay un precedente bíblico para ello en las parábolas dramatizadas de Ezequiel. Algunas iglesias han vuelto a introducir la «danza» litúrgica, si bien creo que «mímica», sería la palabra exacta, ya que la acción es una expresión de adoración silenciosa. Siempre necesita un acompañamiento musical. Mejor aun, la «danza» debe acompañar y buscar interpretar las palabras de un himno o salmo. Cuando se combinan el teatro, la danza y el diálogo, casi se podría hablar de «adoración tridimensional».

Luego, existen dos ayudas visuales que Dios mismo diseñó. En primer lugar, él espera que el pastor sea una ayuda visual para la congregación. A Tito se le dijo: «Con tus buenas obras, dales tú mismo ejemplo en todo». Del mismo modo Timoteo debía ser «ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza». (Tit. 2:7; 1 Ti. 4:12). En ambos textos la palabra es *tupos*, un «tipo» o «patrón», una palabra utilizada también para los personajes del Antiguo Testamento, cuyo ejemplo puede ser una advertencia o estímulo para nosotros. Los predicadores no podemos esperar una comunicación oral desde el púlpito si visualmente nos contradecemos.

En segundo lugar, Dios quiere que la congregación sea una ayuda visual para el mundo. Si queremos que nuestro evangelio sea verosímil, debemos encarnarlo. Desafortunadamente, tal como escribiera Gavin Reed: «ya sea que la iglesia quiera o no, todo el tiempo comunica algo en forma no verbal, y mucho de lo que 'dice' es lo opuesto a su mensaje real».<sup>60</sup>

La cuarta forma en que los seres humanos aprenden es al descubrir y actuar. Por cierto, las personas siempre aprenden por sí mismas de este modo. Un niño aprende a nadar nadando, y a andar en bicicleta andando en ella. Desde tiempos inmemoriales, el pasar por la etapa de aprendiz ha sido aceptado como la mejor forma de aprender un oficio. Pero hoy se acentúa más que nunca la «participación» en la toma de decisiones políticas y en el proceso de apren-

dizaje. Se estimula a los niños en edad escolar a hacer proyectos por sí mismos, especialmente en matemáticas y ciencias, y a descubrir cosas por sí mismos. Ésta es la educación «centrada en el niño» o el método de aprendizaje «heurístico».

Para los adultos el mejor ejemplo es viajar. Tomemos como ejemplo la Tierra Santa. Podemos escuchar charlas, leer, ver películas y diapositivas y hablar con los viajeros, pero nada se compara con ir al lugar. Podemos absorber impresiones con los cinco sentidos, podemos ver el mar de Galilea, los cerros ondulantes de Samaria con nuestros propios ojos. Escuchamos el sonido del regateo en los mercados y el balido de un redil de ovejas y cabras. Tocamos un viejo olivo rugoso o dejamos que las aguas del río Jordán corra a chorros entre nuestros dedos. Probamos el jugo de las uvas de Israel, o la dulzura de un higo, una naranja o granada. Sentimos el aroma de las flores en el campo, ¡y toda la Biblia cobra vida! Hemos «descubierto» esa tierra por nuestra cuenta.

El mismo principio debe operar en la iglesia local. Asumo que la predicación y enseñanza de temas como la oración y el evangelismo son indispensables. Pero en estas actividades prácticas no basta con comprender la teoría. Sólo podemos aprender a orar orando, especialmente en un grupo de oración. Y sólo podemos aprender a evangelizar al salir con un cristiano de mayor experiencia, ya sea para dar testimonio en una esquina o para visitar hogares. Más aun, es mediante la participación como miembros activos en el cuerpo de Cristo que aprendemos el significado de la iglesia del Nuevo Testamento. Una reunión de miembros de la Iglesia es aquella donde el individuo es aceptado, bienvenido y amado. Luego toman forma concreta los conceptos abstractos de perdón, reconciliación y comunión, y la verdad predicada cobra vida.

Así es que nuestra forma de aprendizaje es un proceso rico y diverso. Asimilamos conocimiento y experiencia todo el tiempo, directa e indirectamente, en forma consciente o inconsciente, mediante palabras e imágenes, al escuchar y observar, al discutir y descubrir, mediante la absorción pasiva y al participar activamente.

¿Cómo, entonces, podemos justificar la predicación en particular? Permítanme intentarlo. Ya son bien conocidos los elementos

<sup>60</sup> Reid, G., *The Gaggling*, p. 108.



de la reciente ciencia de la «teoría de la comunicación». Como ejemplo propio tomaré la introducción de David K. Berlo, *The Process of Communication* [El proceso de comunicación] (1960). Berlo elabora su teoría sobre la base del trío «orador, audiencia y lenguaje», que entregó Aristóteles en su *Retórica*. En primer lugar, existe una «fuente» (la persona que desea comunicarse), junto con el «mensaje» a comunicar. En segundo lugar, la persona debe «codificar» el mensaje en símbolos (palabras o imágenes) y en tercer lugar, seleccionar un «canal» o medio para transmitirlo (si es mediante palabras, puede pronunciarlo, escribirlo, telefonar, o enviarlo por radio; si utiliza imágenes, puede dibujarlas, pintarlas, actuarlas o filmarlas). Finalmente está el «receptor», el objeto de la comunicación que debe «descodificarla», es decir, interpretarla. El Dr. Berlo lo resume así: «La comunicación requiere seis ingredientes básicos: una fuente, un codificador, un mensaje, un canal, un descodificador y un receptor. La fuente codifica el mensaje, y el mensaje codificado es transmitido por algún canal. El mensaje es descodificado e interpretado por el receptor».<sup>61</sup>

Puesto que la fuente y el codificador son usualmente la misma persona, y el receptor es el descodificador, prefiero simplificar este modelo en cuatro ingredientes, esto es, la fuente (quien comunica), el mensaje (lo que debe comunicar), el código y el canal (cómo se comunica) y el receptor (a quien va dirigida la comunicación). Mi punto de vista es que si bien la predicación como medio de comunicación se ajusta a todos los medios restantes es, sin embargo, *sui generis*. No existe otra forma de comunicación que se le parezca y por ende que la reemplace. Todos estos cuatro ingredientes son especiales, y en combinación pasan a ser únicos. Permítanme explicar.

La fuente, la mayoría de las veces, es un pastor (o bien puede tratarse de un predicador laico) quien posee la convicción de haber sido llamado por Dios a predicar. La iglesia reconoce su llamado y lo autoriza, por ende, mediante una solemne comisión, a ejercer su ministerio, y ora para que Dios confirme su llamado dándole la autoridad del Espíritu Santo. Por ello, ésta no es una fuente de comunicación común. Por lo menos, en términos ideales, este pre-

dicador está en el púlpito, por llamado divino, comisionado y con autoridad, un siervo de Dios, un embajador de Cristo, un testigo de Cristo lleno del Espíritu.

Quienes reciben el mensaje, los «receptores», son la congregación cristiana (no me refiero aquí a la predicación evangelística) quienes se han reunido en forma deliberada en el día del Señor para declarar su digna alabanza y escuchar su santísima palabra. Existe, por ende, profunda empatía entre el predicador y la congregación, la que surge de su fe compartida. El pastor tiene el mandato de alimentar el rebaño, y el mayordomo de administrar el hogar. Ambos lo saben. Es en parte por este propósito que se han reunido, y hay expectación en el aire. La oración desde el púlpito antes de comenzar no es (o no debiera ser) una mera formalidad. Es más bien una oportunidad vital para el predicador y los asistentes de orar los unos por los otros, entregarse en manos de Dios, humillarse ante él y orar que su voz sea oída y su gloria sea vista.

El «mensaje» es la propia Palabra de Dios, puesto que no se han reunido para escuchar a un ser humano, sino para encontrarse con Dios. Quieren, tal como María de Betania, sentarse a los pies de Jesús y escuchar su enseñanza. Tienen hambre espiritual. El pan que desean es la Palabra de Dios.

Luego, ¿cuáles son el código y el canal de comunicación? Es obvio que el código corresponde a las palabras y el canal es el habla. Sin embargo, la comunicación no debe ser entendida en términos físicos (del púlpito a las bancas), ni siquiera en términos humanos (uno habla, muchos escuchan), sino en términos divinos (Dios habla a su pueblo por medio de su ministro).

Es este contexto, en su totalidad, el que hace única la predicación, puesto que aquí se reúne el pueblo de Dios en presencia de Dios mismo, para escuchar su Palabra de boca de su ministro.

A esto me refiero cuando digo que, incluso en esta era saturada con los más elaborados medios de comunicación, la predicación sigue siendo *sui generis*. No existe película u obra de teatro, representación o diálogo, no hay seminario o charla, escuela dominical o grupo de discusión que combine todos estos elementos. No se trata de un ideal o atmósfera única, sino de una realidad. El Dios

<sup>61</sup> Berlo, p. 99.

vivo está presente, de acuerdo con la promesa de su pacto, en medio de su pueblo que lo adora, y ha prometido darse a conocer ante ellos mediante la Palabra y el sacramento. Nada puede reemplazar esto jamás.

Aunque en el lenguaje más bien florido de hace un siglo, Matthew Simpson fue quien resumió, en forma admirable, el carácter único del evento del sermón. Sobre el predicador escribió:

Su trono es el púlpito; está ahí en nombre de Cristo; su mensaje es la palabra de Dios y a su alrededor hay almas inmortales; el Salvador, sin ser visto, está junto a él; el Espíritu Santo se cierne sobre la congregación, los ángeles observan el cuadro, y cielo e infierno esperan el tema. ¡Qué asociaciones, y qué vasta responsabilidad!<sup>62</sup>

De este modo, la Palabra y la adoración tienen una pertenencia mutua indisoluble. Toda adoración es una respuesta inteligente y amorosa a la revelación de Dios, puesto que es adoración a su Nombre. Por ende, la adoración apropiada es imposible sin la predicación, puesto que predicar es dar a conocer el nombre del Señor, y adorar es alabar su Nombre, el que ha sido dado a conocer. Lejos de ser una intrusión extraña en la alabanza, la lectura y la predicación de la Palabra son de hecho indispensables para ella. No es posible divorciarlas. Por cierto, es este divorcio antinatural el responsable del bajo nivel de una gran parte de la adoración actual. Nuestra alabanza es pobre porque nuestro conocimiento de Dios es pobre, y nuestro conocimiento de Dios es deficiente porque nuestra predicación lo es también. Pero cuando la Palabra del Señor es expuesta plenamente, y la congregación comienza a ver la gloria del Dios vivo, ésta se arrodilla en solemne reverencia y gozoso asombro ante su trono. Es la predicación la que lo logra, la proclamación de la Palabra de Dios en el poder del Espíritu de Dios. Es por ello que la predicación tiene carácter único e irremplazable.

<sup>62</sup> Simpson, M., *Lectures*, p. 98.

### III La pérdida de confianza en el Evangelio por parte de la Iglesia

La pérdida de confianza contemporánea en el evangelio es, entre todos los obstáculos, la más fundamental contra la predicación, puesto que predicar (*kērussein*) es asumir el papel de heraldo o pregonero y proclamar públicamente un mensaje, mientras que «evangelizar» (*euangelidseszai*) es difundir las buenas noticias. Ambas metáforas presuponen el que nos es dado algo que decir: *kērussein* depende de *kērugma* (la proclamación o anuncio) y *euangelidseszai* depende del *euangelion* (el evangelio). Sin un mensaje claro y confiado, la predicación es imposible. Y sin embargo, es precisamente aquello lo que parece faltarle a la iglesia.

No es que este fenómeno sea totalmente nuevo. A lo largo de la historia de la Iglesia el péndulo ha oscilado entre eras de fe y eras de duda. Por ejemplo, en 1882, Macmillan publicó un ensayo de Sir John Pentland Mahaffy titulado: *The Decay of Modern Preaching* [La decadencia de la predicación moderna]. Ya comienzos de este siglo el canónigo J.G. Simpson de Manchester, lamentaba la ausencia en Inglaterra de la predicación con autoridad: «No sólo parece extinta la gran raza de predicadores, sino que el poder del púlpito ha declinado... El púlpito de hoy en día no tiene un mensaje determinado, claro y resonante». No es sorprendente que un niño, cansado por la aburrida alocución de un predicador dijera: «Mamá, págale a ese hombre y vámonos a casa».<sup>63</sup>

En cambio, al terminar el siglo XX estamos conscientes de que ha persistido la erosión de la fe cristiana en Occidente. La relatividad se ha aplicado a la doctrina y la ética, y los absolutos han desaparecido. Darwin ha convencido a muchos de que la religión es una fase evolutiva, Marx de que es un fenómeno sociológico, y Freud de que es una neurosis. La autoridad bíblica ha sido minada para muchos por la crítica. El estudio comparado de las religiones ha tendido a rebajar el cristianismo a ser una religión entre muchas, y ha estimulado el crecimiento del sincretismo. El existencialismo rompe con nuestras raíces históricas, e insiste en que nada importa, salvo el encuentro y decisión del momento. Luego está la negación flagrante por parte de la teología radical o secular, que niega la personalidad infinita y amorosa de Dios, además de la dei-

<sup>63</sup> Simpson, J.G., *Preachers*, pp. 222-23.

dad esencial de Jesús. Estas cosas han contribuido a la pérdida del temple entre los predicadores. Algunos confiesan francamente que ven su función como la de compartir las dudas de su congregación.

Otros asumen una falsa modestia al insistir que la «presencia cristiana» en el mundo no sólo necesita ser servicial sino silenciosa. O si los cristianos tienen un papel activo alguno, lo entienden en términos de un diálogo en lugar de una proclamación; dicen que necesitan sentarse con humildad junto al hombre secular y permitir que él les enseñe. Recuerdo vívidamente como en la Cuarta Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias en Uppsala, Suecia, en 1968, uno de los miembros de la secretaría de Ginebra propuso incluir en el informe la siguiente frase: «En este diálogo, Cristo habla por medio del hermano, corrigiendo nuestra imagen distorsionada de la verdad». Al oírla por primera vez sonaba inocua, hasta darse cuenta que «hermano» se refería al participante no cristiano del diálogo. Si esta oración hubiera sido aceptada, habría sido la única referencia a que Cristo habla, y ¡habría dado un vuelco en el evangelismo, convirtiéndolo en una proclamación del evangelio por parte de los no cristianos para los cristianos!

Éste puede ser un caso extremo, pero ejemplifica la moda de la falsa humildad que no quiere afirmar el carácter único y final de nuestro Señor Jesucristo. Toda la Iglesia parece estar sumida en una crisis de identidad, en la cual está insegura de sí misma y confundida con respecto a su mensaje y misión. Michael Green lo resume con su acostumbrada franqueza en su prefacio a *The Truth of God Incarnate* [La verdad del Dios encarnado], su vívida réplica al *The Myth of God Incarnate* [El mito del Dios encarnado]. Su prefacio se titula: «Scepticism in the Church». En él escribe: «Durante los últimos cuarenta y cinco años... hemos visto una creciente renuencia a aceptar el cristianismo genuino y tradicional en forma completa, incluyendo una Biblia inspirada y un Cristo encarnado, y una tendencia creciente a acomodar el cristianismo al espíritu de los tiempos».<sup>64</sup>

Ahora bien, no hay posibilidad de una recuperación de la predicación sin recuperar previamente la convicción. Necesitamos recuperar nuestra confianza en la verdad, relevancia y poder del evange-

<sup>64</sup> Green, p. 9.

lio, y comenzar nuevamente a entusiasmarnos con él. El evangelio ¿es o no las buenas nuevas de Dios? Campbell Morgan, dotado expositor y ministro de Westminster Chapel en Londres durante dos periodos, fue muy claro a este respecto:

La predicación no es la proclamación de una teoría, o la discusión de una duda. El hombre está en perfecto derecho de proclamar una teoría de cualquier tipo, o discutir sus dudas. Pero eso no es predicación: «Muéstrame el beneficio de tus convicciones, si es que las tienes. Quédate con tus propias dudas, tengo ya suficientes», dijo Goethe. Jamás estaremos predicando cuando nos aventuramos en la especulación. Por supuesto que especulamos; seguramente los hacemos en ocasiones. A veces digo: «Estoy especulando: dejen de tomar nota». La especulación no es predicación. La declaración de negaciones tampoco lo es. Predicar es proclamar la Palabra, la verdad tal como ésta ha sido revelada.

#### *El retorno a la moral cristiana*

¿Podríamos esperar entonces que se recupere la moral cristiana? ¿Podremos algún día hacer eco de la afirmación de Pablo al considerar claramente la posibilidad de su visita a la Roma imperial? «Estoy en deuda con todos, sean cultos o incultos, instruidos o ignorantes. De allí mi gran anhelo de predicarles el evangelio también a ustedes que están en Roma. A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos primeramente, pero también de los gentiles» (Ro. 1:14-16). Actualmente, la actitud de la Iglesia hacia el evangelismo puede ser resumida precisamente en términos contrarios: «no existe entusiasmo, existe poco sentido del deber, y vergüenza considerable». ¿Cómo es posible revertir lo anterior a la declaración apostólica: «Estoy en deuda... mi gran anhelo... no me avergüenzo»?

Primero, es necesario hacer una distinción entre palabras que son superficialmente similares como seguridad, convicción, presunción y fanatismo. La convicción es el estado de estar convencido, y la seguridad el estar seguro de que algo es cierto por evidencia o un argumento adecuado. La presunción consiste en asumir

<sup>65</sup> Morgan, G.C., *Preaching*, p. 21.

en forma prematura su verdad, es una confianza que descansa sobre premisas inadecuadas o no estudiadas. El fanatismo es tanto ciego como obstinado; el fanático cierra sus ojos a la información y se aferra a sus opiniones a toda costa. La presunción y el fanatismo son incompatibles con cualquier interés serio en la verdad y con la adoración del Dios de la verdad. Cierta grado de convicción y seguridad cristianas es, al menos, compatible y razonable, porque se basa en la evidencia histórica correcta o, según lo llaman los autores del Nuevo Testamento, en el «testimonio». Los verbos «conocer», «creer» y «estar persuadido» fueron esparcidos generosamente en el Nuevo Testamento. La fe y la confianza se consideran normas de la vida cristiana, no excepciones. Por cierto, los evangelistas indican a sus lectores con cierta frecuencia que el propósito de sus escritos (ya sea su testimonio personal de Jesús o el de otros testigos visuales) es que tengan plena seguridad o que crean (Lc. 1:1-4; Jn. 20:31; 1 Jn. 5:13). Siento la necesidad de mencionarlo puesto que, en la época actual de duda, algunos cristianos ¡sienten cargo de conciencia por creer! Pero no; *pleroforia*, que significa «seguridad plena» e incluso «certeza», caracteriza tanto nuestro acercamiento a Dios en oración como nuestra proclamación de Cristo al mundo (Heb. 10:22; 1 Ts. 1:5). La mente cristiana hace preguntas, comprueba problemas, confiesa ignorancia, siente perplejidad, pero ello sucede en el contexto de una confianza creciente y profunda en la realidad de Dios y de su Cristo. No debemos permitir una condición de duda esencial crónica, como si fuera parte de la normalidad cristiana. No lo es; es más bien síntoma de una enfermedad espiritual en una época espiritualmente enferma.

En segundo lugar, necesitamos reconocer que hoy en día los teólogos están haciendo preguntas reales e importantes que no pueden ser eludidas. ¿En qué medida el condicionamiento cultural de las Escrituras afecta la naturaleza normativa de su enseñanza? ¿Tenemos libertad de revestir su enseñanza con un atuendo cultural moderno, sin ser culpables de manipulación? El lenguaje en que han sido formuladas las doctrinas —ya sea en la Escritura o en la tradición—, ¿limita a la Iglesia para siempre, o podemos partici-

par en su reformulación? ¿Cuál es la relación entre historia y fe, Jesús y Cristo, las Escrituras y la tradición de la Iglesia? ¿Cómo podemos presentar las buenas nuevas de Jesucristo al Occidente secular, en forma inteligible, sin distorsionarlas? Éstas son algunas de las preguntas urgentes que a todos hoy nos salen al encuentro. Si no estamos de acuerdo con todas las respuestas que se nos ofrecen, no significa que tengamos motivos de disputa con respecto a las preguntas.

En tercer lugar, necesitamos estimular a los estudiosos cristianos a abordar temas fronterizos y participar en el debate, y a retener al mismo tiempo su participación activa en la comunidad de la fe. Sé que éste es un tema delicado, y no es fácil definir la relación correcta entre la libre indagación y la fe establecida. Sin embargo, a menudo he sentido preocupación por la soledad de algunos estudiosos cristianos. Ya sea que ellos se hayan alejado lentamente de la comunidad, o que ésta los haya dejado que se alejen, en ambos casos su aislamiento es una condición poco sana y peligrosa. Por el bien de su propia integridad, los estudiosos cristianos necesitan preservar la tensión entre apertura y compromiso, como asimismo aceptar una cierta medida de respuesta y responsabilidad mutuas en el cuerpo de Cristo. Pienso que en una comunidad debidamente preocupada presenciáramos menos desastres por un lado, y mayor creatividad teológica por otro.

En cuarto lugar, es necesario que oremos en forma más persistente y expectante, pidiendo la gracia del Espíritu Santo de verdad. La comprensión cristiana no es posible sin su luz, ni la seguridad cristiana sin su testimonio. Si bien son vitales el cuestionamiento histórico honesto y la participación en la comunidad creyente para crecer en la comprensión y certeza cristianas, sólo Dios puede, en definitiva, convencernos acerca de Dios mismo. Nuestra mayor necesidad, tal como insistieran los reformadores, es el *testimonium internum Spiritus Sancti*. El testimonio de la experiencia cristiana a lo largo de los siglos es importante, pero debemos asignarle un tercer lugar. El testimonio de los testigos oculares apostólicos es indispensable, pero aún así es solamente secundario. El testimonio primario es el que Dios el Padre da acerca de Dios el Hijo, mediante

Dios el Espíritu Santo (véase Jn. 15:26, 27). Sin embargo, debemos disponernos a recibirlo como testigos objetivos al estudiar las Escrituras, y como testigos subjetivos al humillarnos ante él en nuestros estudios bíblicos, y clamar su misericordia.

Los cristianos creen que el Dios vivo es Señor de la historia. Algunos creemos también que éste es el momento en que hará retroceder las fuerzas de la incredulidad y hará que el péndulo comience a oscilar nuevamente en dirección a la fe. Por cierto, hay señales de que ello ya es así. Para apoyar esta afirmación recurro a Peter Berger, sociólogo y autor norteamericano, y en particular a su «Call for Authority in the Christian Community», que forma parte de su libro *Facing up to Modernity* [Enfrentando a la modernidad] (1977). Contrasta la crisis actual de la sociedad y de la iglesia norteamericana con la situación existente en 1961, año en que se publicara su libro, *The Noise of Solemn Assemblies* [El ruido de las asambleas solemnes]. ¿Qué ha sucedido en los siguientes dieciséis años? «En ese entonces», escribe, «el crítico parecía dar golpes en los portales cerrados de los edificios institucionales, majestuosamente confiados en sí mismos. Hoy se parece más a un hombre que entra abruptamente por las puertas que un terremoto abrió de par en par. El suelo sobre el que estamos ha sido remecido profundamente, y la mayoría de nosotros está convencida de ello»<sup>66</sup> Peter Berger prosigue argumentando que la pérdida de temple en la iglesia, con sus «orgías de duda y denigración de sí misma», se debe a su capitulación ante la cultura secular predominante. No obstante, ahora es necesario «afirmar la trascendencia y autoridad del cristianismo sobre cualquier constelación cultural histórica, actual o futura, ‘establecida’ o que lucha por ‘establecerse’»<sup>67</sup> Los líderes cristianos deben dejar de «danzar alrededor de los becerros de oro de la modernidad». En lugar de preguntar: «¿qué puede decirle el hombre moderno a la Iglesia?», deben comenzar a preguntar: «¿qué puede decirle la Iglesia al hombre moderno?»,<sup>68</sup> puesto que hoy existe «un hambre generalizado y aparentemente cada vez más profundo por respuestas religiosas entre una gran variedad de personas», lo cual posiblemente anuncia «una reversión potencialmente poderosa del proceso de secularización».<sup>69</sup> A modo de pre-

paración para el inicio de una nueva era de fe, hagamos que la Iglesia adopte una nueva «actitud de autoridad» que contraste con la desmoralización actual, y reasuma la proclamación valiente de su mensaje inmutable.<sup>70</sup> Consiste en un llamado provocador.



Hemos buscado abordar los tres principales obstáculos actuales a la predicación. La disposición en contra de la autoridad, que provoca una renuencia de las personas a escuchar; la adicción a la televisión, que las hace incapaces de escuchar; y la atmósfera de duda contemporánea, que hace que muchos predicadores se rehúsen a hablar y no puedan hacerlo. Es así como existe una parálisis en ambos extremos: el hablar y el escuchar. Un predicador mudo ante una congregación sorda representa una temible barrera para la comunicación. Estos problemas han socavado la moral de algunos predicadores, en forma tan profunda que se han rendido definitivamente. Otros siguen luchando, pero han perdido el ánimo. Sin duda, todos nos hemos visto afectados por los argumentos negativos, aun al haber comenzado a desplegar argumentos contrarios. Sin embargo, la mejor forma de defensa es el ataque, por lo que en el siguiente capítulo propongo tomar la ofensiva y dar argumentos teológicos en favor del sitio permanente e indispensable de la predicación como parte del propósito de Dios para su Iglesia.

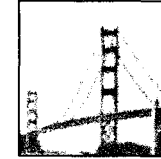
<sup>66</sup> Berger, p. 183.

<sup>67</sup> En el mismo lugar, p. 186.

<sup>68</sup> En el mismo lugar, p. 189.

<sup>69</sup> En el mismo lugar, pp. 190-91.

<sup>70</sup> En el mismo lugar, pp. 192-93.



## Fundamentos teológicos para la predicación<sup>1</sup>

**E**n un mundo que aparentemente no está dispuesto a escuchar o no es capaz de hacerlo, ¿cómo podemos estar persuadidos de continuar predicando, y aprender a hacerlo en forma efectiva? El secreto esencial no es dominar ciertas técnicas sino estar dominado por ciertas convicciones. En otras palabras, la teología es más importante que la metodología. Al exponer el tema en forma simple no desestimo la homilética como tema de estudio en seminarios, sino afirmo que la homilética pertenece debidamente al departamento de teología práctica y no puede ser enseñanza sin fundamentos teológicos sólidos. Sin duda, existen principios de predicación por aprender y una práctica a desarrollar, pero es fácil poner demasiada confianza en ellos. La técnica sólo puede hacernos oradores; si queremos ser predicadores, teología es lo que necesitamos. Si nuestra teología es válida, tenemos toda la comprensión básica que necesitamos para saber qué debemos estar haciendo, y todo el incentivo que necesitamos para inducirnos a hacerlo con fe.

<sup>1</sup> Parte del material de este capítulo ya apareció en el tributo al Dr. Wilbur Smith titulado *Evangelical Roots*, ed. Kenneth S. Kantzer (Nelson, 1978).

La verdadera predicación cristiana (con lo que quiero decir «bíblica» o «expositiva», según argumentaré más tarde) es extremadamente infrecuente en la Iglesia de hoy. Jóvenes reflexivos de muchos países piden por ella, sin encontrarla. ¿Cuál es el motivo? La razón más importante sería una falta de convicción acerca de su importancia, porque es razonable y benévolo suponer que si aquellos de nosotros llamados a predicar (tanto pastores como predicadores laicos) estuviéramos persuadidos de que éste es nuestro deber, deberíamos ir y hacerlo. Entonces, si no es lo que hacemos (en general, éste es el caso) la explicación debe ser que carecemos de la convicción necesaria.

Por ello mi tarea en este capítulo es intentar convencer a mis lectores de la necesidad indispensable de la predicación bíblica cuidada, para la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Mi intención es *introducir cinco argumentos teológicos que subyacen en la práctica de la predicación y la sustentan*. Tienen relación con las doctrinas de Dios y las Escrituras, de la Iglesia y la obra pastoral, y de la naturaleza de la predicación como exposición. Cualquiera de estas verdades debiera ser suficiente para convencernos; las cinco en conjunto nos dejan sin excusa.

### Convicción acerca de Dios

Detrás del concepto y el acto de predicar yace una doctrina de Dios, una convicción acerca de su ser, su acción y propósito. La clase de Dios en quien creemos determina la clase de sermón que predicamos. Un cristiano debe ser al menos un teólogo aficionado antes de aspirar a predicar. Tres afirmaciones acerca de Dios son particularmente relevantes.

En primer lugar, *Dios es luz*. «Éste es el mensaje que hemos oído de él y que les anunciamos: Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad» (1 Jn. 1:5). Ahora bien, el simbolismo bíblico de la luz es rico y diverso, y la aserción de que Dios es luz ha sido interpretada de distintas formas. Puede significar que Dios es perfecto en santidad, porque a menudo en las Escrituras la luz simboliza pureza, y la oscuridad el mal. Pero en la literatura juanina la luz representa

con mayor frecuencia a la verdad, como cuando Jesús dijo ser «la luz del mundo» (Jn. 8:12); asimismo, dijo a sus seguidores que dejaran brillar su luz en la sociedad humana, en lugar de esconderla (Mt. 5:14-16). En este caso, la afirmación de Juan es que Dios es luz; que no contenga oscuridad quiere decir que está al descubierto, no es un secreto, y que se goza en darse a conocer. Podemos decir que tal como la naturaleza de la luz consiste en brillar, la de Dios consiste en revelarse a sí mismo. Ciertamente se esconde de sabios y entendidos, pero sólo porque son orgullosos y no quieren conocerle; él se revela a «niños», es decir a aquellos suficientemente humildes como para recibir su autorrevelación (Mt. 11:25-26). La razón principal por la que las personas no conocen a Dios no es que él se esconda de ellas, sino que ellas se esconden de él. Describimos como «comunicativas» a las personas que ansían compartir sus pensamientos con otros. ¿No podríamos aplicar debidamente el mismo adjetivo a Dios? Él no juega a las escondidas con nosotros, o se escabulle fuera de nuestra vista entre las sombras. La oscuridad es el hábitat de Satanás; Dios es luz.

Todo predicador necesita el gran aliento que trae esta seguridad. Sentados en la iglesia ante nosotros hay personas en una gran variedad de estados: algunos enemistados con Dios, otros perplejos, incluso pasmados por los misterios de la existencia humana, y aun otros rodeados de la oscura noche de duda e incredulidad. Al hablarles, necesitamos estar seguros de que Dios es luz y de que quiere hacer brillar su luz en la oscuridad de ellos (véase 2 Co. 4:4-6).

En segundo lugar, *Dios ha actuado*. Es decir, ha tomado la iniciativa de revelarse a sí mismo en obras. Para comenzar, ha mostrado su poder y deidad en el universo creado, de modo que el cielo y la tierra muestran su gloria.<sup>2</sup> Pero Dios reveló aun más de sí mismo en la redención que en la creación, puesto que cuando el hombre se rebeló contra su Creador, Dios, en lugar de destruirlo planeó una misión de rescate cuyo desarrollo es central en la historia humana. Puede decirse que el Antiguo Testamento consiste en tres ciclos de liberación divina: el llamado de Dios a Abraham en Ur, luego los esclavos israelitas en Egipto, y luego los exiliados de Babilonia.

<sup>2</sup> Véase Sal. 19:1; Is. 6:3; Ro. 1:19, 20.

Cada una fue una liberación, y llevó a formular o renovar el pacto por el que Yahvé los hizo su pueblo y se comprometió a ser su Dios.

El Nuevo Testamento se centra en una nueva redención y pacto, el cual describe como «mejor» y «eterno».<sup>3</sup> Estos fueron asegurados por los actos más grandiosos de Dios: el nacimiento, muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo.

Así es que el Dios de la Biblia es un Dios cuya actividad es liberadora, quien vino al rescate de la humanidad oprimida, quien se reveló a sí mismo como el Dios de gracia o generosidad.

En tercer lugar, *Dios habló*. No sólo es comunicativo por naturaleza, sino que de hecho se ha comunicado con su pueblo mediante el habla. La afirmación de los profetas del Antiguo Testamento constantemente reiterada es que «la Palabra del Señor» vino a ellos. En consecuencia, solían burlarse de los ídolos paganos puesto que, al estar muertos, eran mudos: «Tienen boca, pero no pueden hablar» (p. ej., Sal. 115:5). Hacían un contraste con el Dios vivo. Al ser espíritu no tiene boca, sin embargo, se atrevían a decir: «El Señor mismo lo ha dicho» (Is. 40:5; véase 55:11).

Es importante agregar que el que Dios hablara se relacionaba con su actividad: se molestó en explicar lo que hacía. Al llamar a Abraham en Ur, luego le habló sobre su propósito y le dio el pacto de la promesa. Cuando llamó al pueblo de Israel a salir de la esclavitud en Egipto, comisionó a Moisés que les enseñara cuál era la razón: cumplir la promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob, confirmar su pacto con ellos, entregarles sus leyes e instruirlos en su adoración. Al llamar a su pueblo a salir de la humillación del exilio en Babilonia, levantó profetas que explicaran las razones por las que este juicio había caído sobre ellos, las condiciones para su restauración, y la clase de pueblo que deseaba que fueran. Al enviar a su Hijo a hacerse hombre, vivir y servir en la tierra, a morir, a levantarse, reinar y derramar su Espíritu, escogió y equipó a los apóstoles para que vieran sus obras, escucharan sus palabras, y dieran testimonio de lo que vieron y oyeron.

La tendencia teológica moderna es hacer mucho hincapié en la actividad histórica de Dios y negar que haya hablado; decir que la autorrevelación divina ha sido en obras, no en palabras, y que es

personal, no declarativa; y de hecho insistir en que la redención es en sí misma la revelación. Pero ésta es una distinción falsa, que las Escrituras mismas no contemplan. En lugar de ello, las Escrituras afirman que Dios ha hablado mediante hechos históricos, como también mediante palabras explicativas, y que ambas tienen una relación indisoluble. Incluso la palabra hecha carne, el clímax de la progresiva autorrevelación divina, habría seguido siendo un enigma si él no hubiera hablado y los apóstoles no lo hubieran descrito e interpretado.

Aquí reside entonces una convicción fundamental acerca del Dios vivo, redentor, que se revela a sí mismo. Es el fundamento en que descansa toda predicación cristiana. Jamás debiéramos presumir ocupar un púlpito si no es éste el Dios en que creemos. ¿Cómo osar hablar, si Dios no lo ha hecho? Por nuestra parte no tenemos nada que decir. Dirigirse a una congregación sin tener la certeza de ser portadores de un mensaje divino alcanzaría el carácter de arrogancia y locura. Es al estar convencidos de que Dios es luz (y de que quiere ser conocido), que Dios ha actuado (y así se ha dado a conocer), que Dios ha hablado (y explicado sus actos), que debemos hablar y no podemos quedarnos en silencio. Como lo expresara Amós: «Ruge el león; ¿quién no temerá? Habla el Señor omnipotente; ¿quién no profetizará?» (3:8). Una lógica similar subyace en la afirmación de Pablo: «Escrito está: 'Creí, y por eso hablé.' Con ese mismo espíritu de fe también nosotros creemos, y por eso hablamos» (2 Co. 4:13; cita el Salmo 116:10). El «espíritu de fe» al que se refiere es la convicción de que Dios ha hablado. Si no estamos seguros de esto, sería mejor cerrar la boca. Una vez persuadidos de que Dios ha hablado, no obstante, también nosotros debemos hablar. Hay una compulsión sobre nosotros. Nada ni nadie será capaz de silenciarnos.

### Convicción acerca de las Escrituras

Nuestra doctrina de Dios nos conduce natural e inevitablemente a nuestra doctrina de las Escrituras. Si bien he titulado esta sección: «Convicción acerca de las Escrituras», se trata en realidad de una

<sup>3</sup> Comparar el uso de los adjetivos «mejor» y «eterno» en Heb. 7:19, 22; 8:6; 9:12; 14, 15, 23; 13:20 y la expresión «más glorioso» en 2 Co. 3:4-11.



convicción de varios aspectos, que puede dividirse en al menos tres creencias distintas pero relacionadas.

En primer lugar, *las Escrituras son la Palabra de Dios escrita*. Esta definición está tomada del Artículo 20 de los 39 Artículos de la Iglesia de Inglaterra. Se titula «De la Autoridad de la Iglesia» y declara que «no es lícito a la Iglesia ordenar cosa alguna contraria a la Palabra de Dios escrita». Por otro lado, si bien me referiré a ello en otro párrafo, «la Palabra de Dios escrita» es una excelente definición de las Escrituras, puesto que es una cosa creer que «Dios ha actuado», revelándose a sí mismo en la obra histórica de la salvación, y en forma suprema en la Palabra hecha carne. Es otra creer que «Dios ha hablado», inspirando a profetas y apóstoles a interpretar sus obras. Una tercera etapa es creer que el habla divina, que registra y explica la actividad divina, ha sido puesta por escrito. Y sólo así podía la revelación particular de Dios hacerse universal, y lo que dijo e hizo en Israel y en Cristo podía alcanzar a todas las personas en todo tiempo y lugar. Es así como la acción, el habla y la escritura se relacionan en el propósito de Dios.

Sin embargo, cuando las Escrituras se definen como «la Palabra de Dios escrita», es poca o ninguna la referencia a los agentes humanos por los que Dios habló y por medio de los cuales su Palabra fue escrita. De ahí la necesidad de especificar la que me refería. Cuando Dios hablaba, el método normal no era clamar en voz alta desde un cielo azul. La inspiración no es dictado. En lugar de ello, puso sus palabras en las mentes y labios humanos de tal modo que las ideas concebidas y sus palabras fueron al mismo tiempo completamente de ellos y completamente suyas. La inspiración no era en modo alguno incompatible con su investigación histórica o el libre uso de sus mentes. Por ende, si hemos de ser fieles al relato que la Biblia hace de sí misma, es esencial afirmar tanto la paternidad literaria humana como la divina. No obstante, debemos ser cuidadosos al afirmar la doble paternidad literaria de la Biblia (si siempre hemos de ser fieles a su propia comprensión), para mantener tanto los factores divinos como los humanos, sin permitir que se separen unos de otros. Por un lado, la inspiración divina no anuló la paternidad literaria humana; por otro, la paternidad

literaria humana no lo hizo con la inspiración divina. La Biblia corresponde igualmente a palabras de Dios y de los hombres; de forma similar (no idéntica) Jesucristo es tanto el Hijo de Dios como el hijo del hombre. La Biblia es la Palabra de Dios escrita, la Palabra de Dios enunciada por medio de las palabras de los hombres, de boca de humanos y de puño y letra humanos.<sup>4</sup>

Retomo ahora la importancia de nuestra doctrina de la Biblia para nuestro ministerio de la predicación. Todos los cristianos creemos que Dios hizo y dijo algo único en Jesucristo; difícilmente podemos llamarnos cristianos si no creemos en ello. ¿Pero qué objeto habría tenido esta obra y palabra definitiva de Dios en Jesús si se hubiera perdido irremediablemente en la penumbra de la antigüedad? Puesto que la obra y la Palabra de Dios en Jesús estaba destinada a las personas de todas las épocas, Él proveyó, como era predecible, un registro fidedigno para que ellas fueran escritas y preservadas. Sin ello habría fracasado su propio propósito. Como resultado, aun cuando nos separan casi 2.000 años de su obra y Palabra, Jesucristo está a nuestro alcance. Podemos llegar a él y conocerlo. Pero este acceso es sólo mediante la Biblia, ya que en sus páginas el Espíritu Santo da vida a su propio testimonio de Cristo. Es verdad que Tácito hizo una referencia breve y casual a Cristo en sus famosos *Anales*, y existen alusiones más cuestionables a Jesús en Suetonio y Josefo. También es verdad que la tradición ininterrumpida de la Iglesia cristiana da testimonio elocuente de la dinámica realidad de su Fundador. Asimismo, es cierto que los cristianos de hoy dan un testimonio contemporáneo de Jesús en base a su propia experiencia. No obstante, si queremos conocer todos los hechos del nacimiento y vida, palabra y obra, muerte y resurrección de Jesús, y la explicación veraz del propio Dios, sólo podemos encontrarlos en la Biblia; es decir, si queremos escuchar la Palabra de Dios mismo, debemos recordar que ésta habló en Cristo y en el testimonio bíblico de Cristo.

Aquí comienza a emerger nuestra responsabilidad como predicadores. No consiste principalmente en entregar nuestro testimonio del siglo veinte sobre Jesús (la mayoría de la predicación actual en Occidente tiende a ser demasiado subjetiva), sino traspasar fiel-

<sup>4</sup> He desarrollado las implicancias de la doble paternidad literaria de la Escritura, especialmente en relación con las culturas humanas, en mi charla en honor a Olivier Beguin de 1979, publicada por la Sociedad Bíblica en Australia y el Reino Unido, y por Inter-Varsity Press en los Estados Unidos.

mente al siglo veinte el único testimonio fidedigno que existe, el testimonio que el propio Dios da de Jesús mediante los testigos oculares apostólicos del siglo primero (y respaldarlo con nuestra propia experiencia). A este respecto la Biblia es única. Es la «Palabra de Dios escrita», puesto que es ahí y sólo ahí que encontramos la interpretación divina de su acción redentora. Sin duda los documentos del Nuevo Testamento fueron escritos en el ambiente de las comunidades cristianas del siglo I. Estas comunidades preservaron y, hasta cierto grado, moldearon la tradición en el sentido que (en términos humanos) fueron sus necesidades de evangelización, catequesis y adoración las que determinaron en gran medida lo que se preservaba. Cada vez se reconoce más la idea de que los autores del Nuevo Testamento escribían como teólogos, y cada uno seleccionaba y presentaba su material de acuerdo con su propósito teológico particular. No obstante, ni las iglesias ni los escritores inventaron o distorsionaron su mensaje. La autoridad de éste tampoco deriva de ellos o de su fe, puesto que ninguno de los apóstoles escribió en nombre de una iglesia o iglesias. Por el contrario, confrontaban a las iglesias en nombre de Jesucristo y con la autoridad proveniente de él. Y llegada la hora de establecer el canon del Nuevo Testamento, lo que hizo la Iglesia no fue conferir autoridad a los libros incluidos, sino reconocer la autoridad que ya poseían por contener la enseñanza de los apóstoles.

Con seguridad no podremos manejar las Escrituras apropiadamente en el púlpito si nuestra doctrina de las Escrituras no es la adecuada. Por otro lado, los cristianos evangélicos, quienes tienen la mejor doctrina de las Escrituras en la Iglesia, deben ser claramente los predicadores más concienzudos. El hecho de no serlo debiera causar que inclinemos nuestra cabeza en señal de vergüenza. Si las Escrituras fueran ante todo un simposio de ideas humanas, aun cuando reflejaran la fe de las primeras comunidades cristianas, iluminadas ocasionalmente por una luz de inspiración divina, sería perdonable el tener una actitud algo casual hacia ellas. Pero en ellas tenemos las palabras mismas del Dios vivo, no «palabras que enseña la sabiduría humana sino con las que enseña el Espíritu» (1 Co. 2:13), la palabra de Dios en las palabras de los

hombres, su propio testimonio sobre su propio Hijo, por lo que ningún esfuerzo por estudiarlo y exponerlo es bastante grande.

Más aún, es necesario que en nuestra predicación mantengamos unidos los actos de salvación y las palabras escritas de Dios. A algunos predicadores les fascina hablar de la «obra poderosa» de Dios, y realmente parecen creer en ella, pero lo que dicen tiende a ser su propia interpretación al respecto, en lugar de lo que Dios mismo dijo acerca de ella en las Escrituras. Otros predicadores son completamente fidedignos en la exposición de la Palabra de Dios, pero son académicos y aburridos porque han olvidado que el centro de la Biblia no es lo que Dios ha dicho, sino lo que ha hecho para nuestra salvación mediante Cristo Jesús. Los del primer grupo intentan ser «heraldos de Dios», proclamando las buenas nuevas de la salvación, pero fallan en su administración de la revelación. Los del segundo grupo tratan de ser «servidores» de Dios, guardando y dispensando en forma comprometida su Palabra, pero han perdido el entusiasmo propio de la tarea del heraldo. El verdadero predicador es tanto un servidor fiel, «encargado de administrar los misterios de Dios» (1 Co. 4:1, 2) como un heraldo ferviente de sus buenas nuevas.

A veces utilizamos la expresión «en resumidas cuentas», para referirnos a la conclusión de un asunto. Ahora bien, los cristianos creemos que, en resumidas cuentas, todo lo que ha tenido que decirse se ha dicho, porque Dios ha hablado y actuado en Jesucristo. Más aún lo ha hecho *hapax*, de una vez y para siempre. En Cristo, la revelación y redención de Dios están completas. Nuestra tarea es levantar nuestras voces y darlas a conocer a otros y a nosotros mismos, para lograr una comprensión y experiencia de ellas cada vez mayor.

Nuestra segunda convicción acerca de las Escrituras es que *Dios sigue hablando mediante lo que ya ha dicho*. Si nos contentáramos con afirmar «las Escrituras son la Palabra de Dios escrita», y nos detuviéramos allí, nos expondríamos a la crítica de que, de no estar muerto nuestro Dios, al menos puede darse por muerto. Porque damos la impresión de que aquel que habló hace siglos guarda silencio hoy, y que la única palabra que podemos oír de él proviene

de un libro, un eco débil del pasado distante, con un fuerte olor al moho de las bibliotecas. Pero no, esto no es en absoluto lo que creemos. Las Escrituras son mucho más que una colección de documentos antiguos en que se preservan las palabras de Dios. No se trata de un tipo de museo en que la Palabra de Dios se exhibe tras un vidrio, como un fósil o una reliquia. Por lo contrario, es una Palabra viva, dirigida a personas vivas, que proviene del Dios vivo; es un mensaje contemporáneo para el mundo contemporáneo.

Claramente los apóstoles comprendieron esto y creyeron en ello con respecto a los oráculos del Antiguo Testamento. Siempre presentaban sus citas bíblicas con una de dos fórmulas: *gegraptai gar* («Porque escrito está») o bien *legei gar* («Porque dice», «así dice»). El contraste entre estas fórmulas no es sólo el del tiempo perfecto y el presente continuo, y por ende entre un evento del pasado y una actividad del presente, sino entre la escritura y el habla. Ambas expresiones dan por sentado que Dios ha hablado; pero en el primer caso lo que dijo fue escrito y es un registro escrito permanente, mientras que en el segundo continúa diciendo lo que ya había dicho una vez.

Tomemos como ejemplo las afirmaciones de Pablo en Gálatas 4. El versículo 22 comienza así: «¿Acaso no está escrito (*gegraptai gar*) que Abraham tuvo dos hijos...?»; en el verso previo, Pablo preguntaba: ¿por qué no le prestan atención a lo que la ley misma dice?, y en el versículo 30 pregunta: «¿qué dice la Escritura?» Estas son expresiones extraordinarias, porque la «Ley» y «la Escritura» son libros antiguos. ¿Es posible decir que un libro antiguo «habla» de modo que lo podemos «oír»? Sólo de una forma, a saber, que Dios habla por medio de él, y que debemos escuchar su voz.

En Hebreos 3 y 4 se destaca este concepto de la voz contemporánea de Dios. El autor cita el Salmo 95: «Si ustedes oyen su voz, no endurezcan el corazón», y presenta la cita con las palabras «como dice el Espíritu Santo». Con ello implica que el Espíritu Santo hace «hoy» el mismo llamado a escucharlo que hace siglos, cuando el salmo fue escrito. Por cierto, es posible detectar aquí cuatro etapas en las que Dios ha hablado y habla. La primera fue el tiempo de prueba en el desierto, cuando Dios habló pero Israel endureció su

corazón. Luego viene la exhortación del Salmo 95 a no repetir la antigua necedad de Israel. En tercer lugar venía la aplicación de la misma verdad a los hebreos cristianos del siglo primero d.C.; en cuarto lugar, el llamado llega a nosotros al leer la Epístola a los Hebreos hoy. Es de esta forma que la Palabra de Dios es contemporánea. Avanza con los tiempos y continúa dirigiéndose a cada nueva generación.

Puede citarse otro ejemplo para demostrar que este principio se aplica en igual forma a las Escrituras del Nuevo Testamento. Cada una de las siete cartas a las iglesias de Asia que se encuentran en Apocalipsis 2 y 3 concluyen con una petición idéntica del Señor Jesús resucitado: «el que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». Es una oración notable. Presuntamente cada iglesia habrá escuchado la lectura en voz alta de su carta particular en la asamblea pública, y cada una sabía que Juan la había escrito en la isla de Patmos, semanas o incluso meses antes. Y sin embargo, cada carta concluye con la afirmación de que el Espíritu estaba hablando a las iglesias. Ello demuestra que las cartas a cada iglesia en particular se aplicaban también a «las iglesias» en general; que el mensaje proveniente de Juan tuvo su origen con el Espíritu; y que el Espíritu aun decía en voz viva lo que Juan había escrito tiempo atrás, incluso a cada miembro de la iglesia en particular que tenía oídos para escuchar.

Una vez que hayamos comprendido que «Dios sigue hablando mediante lo que ya ha dicho», estaremos bien protegidos ante dos errores opuestos. El primero es creer que, si bien fue escuchada en tiempos antiguos, la voz de Dios calla hoy. La segunda es la idea de que Dios ciertamente habla hoy, pero que su Palabra tiene poco o nada que ver con la Escritura. Lo primero lleva a coleccionar antigüedades cristianas; lo segundo, al existencialismo cristiano. La seguridad y verdad residen en las convicciones asociadas de que Dios ha hablado y Dios habla, y que ambos mensajes están estrechamente relacionados, porque habla *por medio* de lo que ya dijo. El hace que su Palabra sea viva, contemporánea y relevante, hasta el punto de encontrarnos nuevamente en el camino a Emaús con Cristo mismo exponiendo las Escrituras, y con nuestros corazones

ardiendo. Otra forma de expresar la misma verdad es que debemos mantener juntos la Palabra de Dios y su Espíritu, puesto que lejos del Espíritu la Palabra está muerta, mientras que lejos de la Palabra el Espíritu es ajeno.

No hay mejor forma de expresar este tema que tomando prestado una expresión que he oído del Dr. James I. Packer. «Habiendo estudiado la doctrina de las Escrituras durante toda una vida», dijo, «el modelo de descripción más satisfactorio que he encontrado es el siguiente: 'La Biblia es Dios predicando'».

La tercera convicción necesaria para un predicador es que *la Palabra de Dios es poderosa*. Porque Dios no sólo ha hablado; no sólo continúa hablando mediante sus palabras, sino que cuando habla, él actúa. Su palabra hace más que explicar su accionar; es activa en sí misma. Dios logra su propósito mediante su Palabra; ésta «hará lo que yo deseo y cumplirá con mis propósitos» (Is. 55:11).

Tiene particular importancia que estemos seguros del poder de la Palabra de Dios, porque en nuestros días hay un desencanto generalizado hacia todas las palabras. Se escriben y pronuncian millones cada día, con un efecto aparente muy reducido. La Iglesia es uno de los peores transgresores, y en consecuencia algunos la consideran una habladora profesional inútil. Más aún, la crítica prosigue: si la Iglesia habla demasiado, es que hace muy poco. Tiene una gran boca, pero manos encogidas. Ha llegado la hora de dejar de hablar y comenzar a actuar. En particular, ¡que bajen de sus púlpitos esos clérigos parlanchines, que pongan las manos en la masa y hagan algo productivo para variar!

Existe demasiada verdad en esta acusación como para poder restarle importancia. Ciertamente la Iglesia tiene un mejor historial por sus palabras que por sus hechos, y algunos de nosotros debemos confesar que hemos fallado en seguir las Escrituras en lo referente a defender a quienes no tienen poder y buscar la justicia social. Pero no debemos poner las palabras y los hechos como si fueran alternativas opuestas. De Jesús se escribe que «anduvo haciendo el bien» y que «recorría... enseñando... sanando...» (Hch. 10:38; Mt. 4:23; 9:35). En su ministerio combinó palabras y hechos, no vio necesidad de escoger, y nosotros tampoco debiéramos

hacerlo. Por otro lado, ¿de dónde proviene esta desconfianza hacia las palabras? Ellas están lejos de ser impotentes. El diablo las utiliza constantemente en la propaganda política y la explotación comercial. Y si sus mentiras tienen poder, ¿cuánto más poderosa es la verdad de Dios? James Stalker lo expresó así:

Parece la más frágil de todas las armas: porque ¿qué es una palabra? Es sólo un soplo de aire, una vibración que tiembla en la atmósfera por un momento y desaparece luego... (Y sin embargo), aunque sólo sea un arma de aire, la palabra es más fuerte que la espada del guerrero.<sup>5</sup>

Lutero creía en ello. En su famoso himno *Ein' Feste Burg* (c. 1529), en que hizo alusión al poder del diablo, agregó *ein Wörtlein wird ihn füllen*, «una pequeña palabra lo derribará». J.B. Cabrera tradujo el himno, *Castillo fuerte es nuestro Dios*. Éste fue el resultado de la estrofa en cuestión:

Aunque demonios mil estén prontos a devorarnos,  
no temeremos porque Dios sabrá cómo ampararnos.  
¡Que muestre su vigor,  
Satán y su furor!  
Dañarnos no podrá,  
pues condenado es ya  
por la Palabra santa.

Uno de nuestros contemporáneos con la misma confianza es Alexander Solzhenitsyn. Tituló su discurso de recepción del Premio Nobel de 1970, *One Word of Truth* (Una palabra de verdad). En él preguntó:

En este mundo cruel, dinámico, explosivo, al borde de una docena de destrucciones, ¿cuál es el sitio y el papel del escritor? Los escritores no tenemos cohetes que explotar, ni siquiera hacemos rodar el vehículo auxiliar más insignificante; sin duda somos todos despreciados por aquellos que sólo respetan el poder material...<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Stalker, p. 93.

<sup>6</sup> Solzhenitsyn, p. 22.

Por tanto, ¿qué pueden hacer los escritores «en presencia de la embestida furiosa e inmisericorde de la violencia visible», en especial cuando la violencia «va ligada a la mentira» y «la mentira sólo puede mantenerse mediante la violencia»?<sup>7</sup> La persona valiente, por supuesto, se rehusará a participar en la mentira. Pero Solzhenitsyn prosigue:

los escritores y artistas pueden hacer algo más: pueden derrotar la mentira... No debemos buscar excusas argumentando no tener armas... debemos salir a batallar... *Una palabra de verdad pesa más que todo el mundo.* Y en tal fantástico incumplimiento de las leyes de conservación de la masa y la energía se basan mis actividades personales y mi apelación a los escritores del mundo».<sup>8</sup>

No es que nuestras palabras siempre sean escuchadas; a menudo no tienen efecto. Caen en oídos sordos y son pasadas por alto. No obstante la Palabra de Dios es diferente, porque en sus palabras se conjugan el habla y la acción. Él creó el universo por su Palabra: «porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme» (Sal. 33:9). Y ahora recrea y salva por la misma palabra de autoridad. El evangelio de Cristo es poder de Dios para salvación de todo creyente, porque a Dios le place salvar a quienes creen mediante el *kêrugma*, el mensaje proclamado (Ro. 1:16; 1 Co. 1:21; véase 1 Ts. 2:13). En la Biblia se utilizan muchos símiles para ilustrar la influencia poderosa de la Palabra de Dios. «Ciertamente, la Palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos» (Heb. 4:12), porque penetra mente y conciencia. Como un martillo puede partir corazones de piedra y puede quemar basura como el fuego. Ilumina nuestro camino, y brilla como una lámpara en una noche oscura; como un espejo nos muestra lo que somos y debiéramos ser. También se asemeja a la semilla que germina, la leche que hace crecer, el trigo que fortalece y la miel que endulza, y al oro que enriquece sin medida a quien lo posee.<sup>9</sup>

Un predicador que conocía por experiencia el poder de la Palabra de Dios era John Wesley. Su diario está lleno de referencias

a ella, especialmente sobre su poder para apaciguar una multitud hostil y traerla a la convicción de pecado. El 10 de septiembre de 1743, sólo cinco años después de su conversión, Wesley predicó al aire libre a una congregación excepcionalmente numerosa cerca de St. Just en Cornwall: «Exclamé, con toda la autoridad del amor, ‘¿Por qué moriréis, casa de Israel?’». La gente tembló y quedó en calma. Hasta ese momento no había visto nada así en Cornwall». El 18 de octubre de 1749 encontró dura oposición en Bolton, Lancashire. Una turba rodeó la casa, tiró piedras por las ventanas y luego irrumpió dentro.

Creando que había llegado el momento, caminé hacia el medio de la turba. Para ese entonces habían llenado todas las habitaciones del piso de abajo. Pedí una silla. Dejaron de hablar, y todo estuvo calmo y silencioso. Mi corazón estaba lleno de amor, mis ojos de lágrimas, y mi boca de argumentos. Estaban asombrados, avergonzados, deshechos; devoraron cada palabra. ¡Qué giro fue ese!»

Veinte años después, el mismo poder estaba presente en la predicación de Wesley. El 18 de mayo de 1770 escribió: «Confío en que esta noche el Señor haya quebrantado algunos de los corazones de piedra de Dunbar». El 1 de junio de 1777 predicó en el patio de una iglesia en la Isla de Man, y «la Palabra de Dios fue poderosa». En la Iglesia de St. Luke en la Old Street de Londres, el 28 de noviembre de 1778: «el temor de Dios parecía poseer a toda la audiencia». Más de una década después, cuando Wesley tenía 85 años, «Dios se movió maravillosamente en los corazones de las personas» en Falmouth, Cornwall (el 17 de agosto de 1789), mientras en Redruth se reunió «una inmensa multitud» y «la Palabra de Dios parecía penetrar profundo en cada corazón» (22 de agosto de 1789).

No debemos imaginar que estas experiencias eran exclusivas del siglo XVIII o de John Wesley. Billy Graham, el evangelista más conocido mundialmente hoy en día y que más ha viajado, afirma lo mismo. En la Asamblea de Líderes Cristianos Panafricana de Nairobi (diciembre de 1976), lo escuché decir: «He tenido el privi-

<sup>7</sup> En el mismo lugar, p. 26.

<sup>8</sup> En el mismo lugar, p. 27.

<sup>9</sup> Jer. 23:29; Sal. 119:105; Stg. 1:18, 22-5; 1 P. 1:23-2:2; Sal. 19:10.

legio de predicar el evangelio en cada continente y en la mayoría de los países del mundo, y cuando presento el mensaje del simple evangelio de Jesucristo con autoridad, él lleva el mensaje y lo introduce en los corazones humanos en forma sobrenatural».

Alguien pudiera comentar: «Está muy bien citar a Lutero, Wesley y Billy Graham. Sin duda sus palabras han tenido poder. ¿Pero acaso no se trataba de personas excepcionales, con dones y talentos excepcionales? ¿Y qué de mí? Me desvivo predicando domingo tras domingo, y la buena semilla cae al costado del camino y es pisoteada. ¿por qué no es más poderosa la Palabra de Dios cuando viene de *mis* labios?» A ello debo responder que sí, por supuesto que en cada generación Dios levanta personas especiales, les da dones especiales y los reviste de un poder especial. Sería un error envidiar a Lutero o a Wesley, y una tontería imaginar que cada uno de nosotros tiene el don evangelístico de Billy Graham. No obstante, las Escrituras justifican la expectativa de que, al menos en ocasiones, nuestra predicación de la Palabra será efectiva. Consideren la Parábola del Sembrador, a la que se hizo referencia anteriormente. Por un lado, Jesús nos enseñó a no esperar que toda nuestra siembra lleve fruto. Debemos recordar que parte del suelo es duro y pedregoso, y que los pájaros, la maleza y el sol ardiente hacen lo suyo con la semilla. Por ello no debemos sentir demasiado desaliento. Por otro lado, Jesús ciertamente nos animó a esperar que parte del suelo sea bueno y productivo, y que la semilla que ahí caiga lleve fruto duradero. Hay vida y poder en la semilla, y cuando el Espíritu prepara el suelo y riega la semilla, aparecerá el crecimiento y los frutos.

Es lo que quería decir P.T. Forsyth al referirse al evangelio como algo más que una afirmación, doctrina o promesa. Es más que ello. «Es un acto y es poder: es el *acto* de redención de Dios... Un sermón real es una verdadera obra... La palabra del predicador es una obra efectiva al predicar el evangelio y no sólo un sermón; está cargada de bendición o de juicio».<sup>10</sup> Ello se debe a que trae al presente en forma vívida la obra redentora de Cristo en la historia.

Quizás no hay un autor contemporáneo que haya expresado su fe en el poder de la Palabra en forma más elocuente que el sueco

<sup>10</sup> Forsyth, pp. 3, 15, 56.

Gustaf Wingren, catedrático luterano de teología de la Universidad de Lund, en su libro *The Living Word*. Argumenta que el tema de toda la Biblia es el conflicto, el duelo entre Dios y Satanás, y que es el evangelio el que libera a las personas. Entre la victoria de Cristo y la consumación «yace un espacio vacío de espera. Es en esta brecha, este espacio vacío que la *predicación* hace sentir su voz».<sup>11</sup> Y reitera: «El tiempo entre la Pascua y la Parusía es el tiempo de predicar».<sup>12</sup> La predicación brinda pies y voz al Cristo vivo: «Es la predicación la que provee los pies sobre los que Cristo camina al acercarse a nosotros y alcanzarnos... la predicación tiene un único objetivo, y es que Cristo pueda venir a aquellos que se han reunido para escuchar».<sup>13</sup> Y señala: «la predicación no es una charla acerca de un Cristo del pasado, sino la voz por la que el Cristo del presente nos ofrece vida hoy».<sup>14</sup> El profesor Wingren considera a los seres humanos como «derrotados», «conquistados», esclavos al pecado, la culpa y la muerte, y ve a la predicación como el medio de liberación para ellos. «El tener un lugar en la batalla entre Dios y el diablo pertenece a la naturaleza del oficio de predicar».<sup>15</sup> «La Palabra del predicador es un ataque a la prisión en que se mantiene al hombre».<sup>16</sup> Ella abre la prisión y lo libera.

Estas convicciones acerca de Dios y el hombre, acerca del hombre como prisionero y de Dios como el que libera mediante su Palabra, transforman el trabajo de predicar. Llegamos al púlpito con una Palabra poderosa en nuestras manos, corazón y boca; esperamos resultados; buscamos conversiones. Tal como lo dijera Spurgeon al dirigirse a los pastores:

Orad y predicad de tal manera, que quedéis atónitos, asombrados y quebrantados si no hay conversiones. ¡Buscad la salvación de vuestros oyentes con el mismo deseo que el ángel que hará sonar la última trompeta espera el despertar de los muertos! ¡Creed en vuestra doctrina! ¡Creed en vuestro Salvador! ¡Creed en el Espíritu Santo que mora en vosotros! Porque así veréis el deseo de vuestro corazón, y será glorificado Dios.<sup>17</sup>

Se cuenta una historia divertida acerca de un predicador itinerante que pasaba por la puerta de seguridad de un aeropuerto.

<sup>11</sup> Wingren, p. 45.

<sup>12</sup> En el mismo lugar, p. 146.

<sup>13</sup> En el mismo lugar, 207-8.

<sup>14</sup> En el mismo lugar, p. 108.

<sup>15</sup> En el mismo lugar, p. 95.

<sup>16</sup> En el mismo lugar, p. 124.

<sup>17</sup> Spurgeon, *All Round Ministry*, p. 187.

Esto ocurrió antes de la era del escáner electrónico. Mientras el funcionario de seguridad inspeccionaba desordenadamente el equipaje del predicador, se encontró con una caja de cartón negra que contenía la Biblia del predicador, y sintió curiosidad de saber qué contenía. «¿Qué hay en la caja?», preguntó con sospecha, y recibió una inesperada respuesta: «¡Dinamita!» Desafortunadamente, la historia no indica qué sucedió después. Sin embargo, creer en el poder explosivo de la Palabra de Dios (poder que no es como un encantamiento mágico, sino se basa en que el Dios que habló habla otra vez) debiera bastar por sí mismo para convertir en un predicador eficiente a cada persona llamada a este ministerio privilegiado.

### **Convicción acerca de la Iglesia**

Sin duda tenemos numerosas convicciones acerca de la Iglesia, pero para este propósito consideraré sólo una: que la Iglesia es creación de Dios realizada mediante su Palabra. Más aún, la nueva creación de Dios (la Iglesia) depende tanto de su Palabra como la antigua creación (el universo). No sólo la hizo nacer por su Palabra, sino que la mantiene y sustenta, dirige y santifica, reforma y renueva mediante la Palabra misma. La Palabra de Dios es el cetro mediante el cual Cristo gobierna la Iglesia y el alimento con que la nutre.

La dependencia de la Iglesia en la Palabra no es una doctrina de fácil aceptación para todos. En el periodo de la polémica católico-romana, por ejemplo, sus defensores insistían en que «la Iglesia escribió la Biblia», y por ende tiene autoridad sobre ella. Incluso hoy en día es posible, en ocasiones, escuchar este argumento bastante simplista. Ahora bien, por cierto es verdad que ambos testamentos fueron escritos en el contexto de una comunidad creyente, y que la esencia del Nuevo Testamento, según la providencia de Dios, tal como hemos hecho notar, fue determinada en cierta medida por las necesidades de las congregaciones cristianas locales. En consecuencia, la Biblia no puede ser separada del ambiente en el que surgió, ni ser comprendida aislándola de él. Sin embargo,

los protestantes siempre han enfatizado que es engañoso, incluso erróneo, decir que «la Iglesia escribió la Biblia»; la verdad es casi lo opuesto, «que la Palabra de Dios creó la Iglesia», porque podemos decir que el pueblo de Dios comenzó a existir cuando su Palabra vino a Abraham, y lo llamó e hizo un pacto con él. De forma similar, fue por medio de la predicación apostólica de la Palabra de Dios, en el poder del Espíritu Santo, en el día de Pentecostés, que el pueblo de Dios pasó a ser el Cuerpo de Cristo lleno del Espíritu.

No es difícil demostrar la dependencia del pueblo de Dios en su Palabra, puesto que en todas las Escrituras Dios se dirige a su pueblo, enseñándole sus caminos y llamándolo por causa suya y por la de ellos que escuchen y atiendan este mensaje. Si es cierto que «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt. 8:3, citado por Jesús en Mt. 4:4), lo mismo se aplica a la Iglesia. El pueblo de Dios vive y florece sólo al creer y obedecer su Palabra.

El Antiguo Testamento está repleto de exhortaciones de Dios para que su pueblo lo oiga. La caída de Adán se debió a la locura de escuchar la voz de la serpiente y no la de su Creador. Cuando Dios estableció su pacto con Abraham, él fue hecho justo por creer en su promesa, y Dios reiteró su bendición «puesto que me has obedecido» (Gn. 15:1-6; 22:15-18). Cuando Dios confirmó su pacto con Israel en cumplimiento de sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob, y prometió hacer de ellos su posesión especial entre todos los pueblos, la condición fue: «si ahora ustedes me son del todo obedientes» (Ex. 2:24; 19:3-6). Fue así que cuando el pacto fue ratificado por el sacrificio, y «todas las palabras y disposiciones del Señor» fueron dichas al pueblo, ellos respondieron al unísono: «Haremos todo lo que el Señor ha dicho» (Ex. 24:3). Debido a la trágica historia de desobediencia durante los cuarenta años de viaje por el desierto, («Pero muy pronto olvidaron sus acciones... y no obedecieron al Señor», Sal. 106:13, 25), el pacto fue renovado y se reiteró la ley para beneficio de la nueva generación, antes de que entraran a la tierra prometida. Una de las frases que se reiteran en Deuteronomio es: «Escuchen, israelitas». Su mensaje se resume en estas palabras: «Ahora, israelitas, escuchen los preceptos y las nor-

mas que les enseñé, para que los pongan en práctica. Así vivirán y podrán entrar a la tierra... De este modo a ti y a tus descendientes les irá bien».<sup>18</sup>

Una vez que hubieron poblado la tierra y la monarquía comenzó, la literatura profética y sapiencial continuó con los mismos temas de la bendición divina sobre la fe y la obediencia de la gente, y del juicio divino sobre su incredulidad y desobediencia. Una pequeña muestra bastará para demostrarlo:

Salmo 81:8, 11: «Escucha, pueblo mío, mis advertencias; ¡ay Israel, si tan sólo me escucharas!... Pero mi pueblo no me escuchó; Israel no quiso hacerme caso».

En el libro de Proverbios, la sabiduría es personificada y es representada gritando por las calles y las plazas:

A ustedes los hombres, los estoy llamando; dirijo mi voz a toda la humanidad. Ustedes los inexpertos, ¡adquieran prudencia! Ustedes los necios, ¡obtengan discernimiento!... Opten por mi instrucción, no por la plata; por el conocimiento, no por el oro refinado. Vale más la sabiduría que las piedras preciosas, y ni lo más deseable se le compara... Yahora, hijos míos, escúchenme; dichosos los que van por mis caminos... Dichosos los que me escuchan y a mis puertas están atentos cada día, esperando a la entrada de mi casa. En verdad, quien me encuentra, halla la vida y recibe el favor del Señor. Quien me rechaza, se perjudica a sí mismo; quien me aborrece, ama la muerte.<sup>19</sup>

En el mismo tono, los profetas a quienes vino la Palabra del Señor llamaron a Israel a escucharla. Tomemos a Isaías como ejemplo, el cual escandalizó a la gente cuando comparó la ciudad santa de Jerusalén con Sodoma y Gomorra: «¡Oigan la palabra del Señor, gobernantes de Sodoma! ¡Escuchen la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra!... ¿Están ustedes dispuestos a obedecer? ¡Comerán lo mejor de la tierra! ¿Se rehúsan y se rebelan? ¡Serán devorados por la espada! El Señor mismo lo ha dicho». Y reitera más adelante: «Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia como las olas del mar». Sin embargo, tal como están las cosas, «no hay paz para el malvado».<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Por ejemplo, Dt. 4:1, 40; 5:1; 6:1-3; 11:26-28; 12:28; 15:5; 28:1.

<sup>19</sup> Pr. 8:1-36, véase 1:20-33.

<sup>20</sup> Véase Is. 1:2, 10, 9, 20; 42:18-25; 43:8; 48:17-19, 22.

Aun más explícito es el profeta Jeremías, aliado cercano del buen rey Josías, durante cuyo reinado se volvió a descubrir en el templo el libro de la ley. Ambos, profeta y rey, llamaron al arrepentimiento y rededicación nacional, pero la respuesta del pueblo fue superficial y pasajera. La queja divina de boca de Jeremías fue franca:

Lo que sí les ordené fue lo siguiente: 'Obedézanme. Así yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo. Condúzcanse conforme a todo lo que yo les ordene, a fin de que les vaya bien.' Pero ellos no me obedecieron ni me prestaron atención, sino que siguieron los consejos de su terco y malvado corazón. Fue así como, en vez de avanzar, retrocedieron. Desde el día en que sus antepasados salieron de Egipto hasta ahora, no he dejado de enviarles, día tras día, a mis servidores los profetas. Con todo, no me obedecieron ni me prestaron atención, sino que se obstinaron y fueron peores que sus antepasados.<sup>21</sup>

Entonces el juicio de Dios cayó sobre ellos, Jerusalén fue sitiada y tomada, el templo fue demolido y el pueblo fue conducido a su cautividad en Babilonia. El epitafio nacional escrito por el cronista hizo eco del lenguaje de los profetas:

Por amor a su pueblo y al lugar donde habita, el Señor, Dios de sus antepasados, con frecuencia les enviaba advertencias por medio de sus mensajeros. Pero ellos se burlaban de los mensajeros de Dios, tenían en poco sus palabras, y se mofaban de sus profetas. Por fin, el Señor desató su ira contra el pueblo, y ya no hubo remedio.<sup>22</sup>

Queda claro en este breve recuento de la historia del Antiguo Testamento que Dios ha hecho depender el bienestar de su pueblo consistentemente de que escuchen su voz, crea en sus promesas y obedezca sus mandamientos.

Algo similar sucede en el Nuevo Testamento, si bien ahora los voceros de Dios son apóstoles en lugar de profetas. Ellos también afirman ser portadores de la Palabra de Dios (1 Ts. 2:13). Designados por Cristo e investidos con su autoridad hablan sin temor en su nombre, y esperan que las iglesias crean en su instruc-

<sup>21</sup> Jer. 7:23-26; véase 25:3-7; 32:33; 35:12-16; 4:1-6.

<sup>22</sup> 2 Cr. 36:15, 16.



ción y obedezcan sus órdenes (p. ej., 2 Ts. 3). Entonces, por medio de los escritos de ellos, Cristo se dirige a su Iglesia, en la misma forma en que él lo hace en sus cartas dirigidas a las siete iglesias. Él los instruye, amonesta, reprende y alienta, les da promesas y advertencias, y los llama a escuchar, creer, obedecer y mantenerse firmes hasta su venida. En todo el Nuevo Testamento se hace evidente que la salud del pueblo de Dios depende de la atención que prestan a la Palabra de Dios.

Los predicadores de hoy no son apóstoles ni profetas, porque no son los receptores de una nueva revelación de tipo directo. La Palabra de Dios no nos llega a nosotros como a ellos; más bien debemos llegar a la Palabra. Sin embargo, si exponemos las Escrituras en forma fidedigna, será su Palabra la que se encuentre en nuestra boca y manos; el Espíritu Santo puede hacerla palabra viva y poderosa en los corazones de nuestros oyentes. Por otro lado, nuestra responsabilidad nos parecerá más pesada cuando recordemos el vínculo indisoluble que hemos trazado entre la Palabra de Dios y su pueblo. Una iglesia sorda es una iglesia muerta: éste es un principio inalterable. Dios da vida a su pueblo, lo alimenta, inspira y guía mediante su Palabra. Porque siempre que la Biblia es expuesta en forma verdadera y sistemática, Dios la utiliza para darle a su pueblo la visión, sin la cual perecen. Primero, comienzan a ver lo que él quiere que sean: su nueva sociedad en el mundo. Luego, llegan a utilizar los recursos que él les ha dado en Cristo para cumplir su propósito. Es por ello que la Iglesia sólo puede alcanzar la madurez, servir al mundo y glorificar a su Señor cuando escucha en forma humilde y obediente.

Al hacer hincapié en la Palabra de Dios como algo indispensable para el bienestar de la Iglesia, no olvido los sacramentos del evangelio, y en particular la Santa Cena. El que Agustín designara los sacramentos como «palabras visibles» (*verba visibilia*), nos brinda una clave esencial en cuanto a su función y valor. Ellos hablan también. Tanto la Palabra como el sacramento dan testimonio de Cristo. Ambos prometen salvación en Cristo, ambos dan vida a nuestra fe en Cristo y nos permiten alimentarnos de Cristo en nuestros corazones. La mayor diferencia entre ellos es que uno está diri-

gido a los ojos y el otro a los oídos. Es así como los sacramentos necesitan la Palabra para su interpretación. El ministerio de la Palabra y el sacramento es uno; en él la Palabra proclama y el sacramento escenifica las promesas de Dios. Sin embargo, la palabra es primaria, puesto que sin ella el significado del signo se hace secreto, si no completamente oculto.

La historia proporciona amplia evidencia de la relación indestructible entre la Iglesia y la Palabra, entre el estado de la comunidad cristiana y la calidad de su predicación. El Dr. D.M. Lloyd-Jones pregunta: «¿No es cierto que al observar la historia general de la Iglesia, nos damos cuenta que los periodos y eras decadentes de su historia siempre fueron aquellos en que la predicación declinó?» Y prosigue: «¿Qué es lo que siempre anuncia el nacimiento de una reforma o un avivamiento? Es la predicación renovada».<sup>23</sup>

La extensa obra en dos volúmenes, *History of Preaching*, del Dr. E.C. Dargan, la cual abarca desde el 70 d.C. a 1900, confirma ampliamente esta visión. Él escribe:

El decaimiento de la vida y actividad espirituales en las iglesias va acompañada comúnmente de una predicación formal, sin vida ni fruto, y ello es en parte la causa y, en parte, el efecto. Por otro lado, es posible indagar en los grandes avivamientos de la historia cristiana hasta llegar al púlpito; en su progreso han desarrollado y hecho posible una predicación de alto rango.<sup>24</sup>

Sería imposible describir la Iglesia mundial de hoy en día haciendo generalizaciones drásticas, puesto que su condición varía enormemente de país a país, y de cultura en cultura. La secularización de Europa, (junto con aquellas partes del mundo occidental que han mantenido estrechos vínculos con ella) sigue avanzado en forma constante desde los últimos dos siglos. En los Estados Unidos existe un auge religioso impresionante, el cual sin embargo deja perplejos a los observadores que están a su favor, los cuales no pueden reconciliarlo fácilmente con las estadísticas alarmantes de crimen, violencia, aborto y divorcio en esa nación. En algunos países no democráticos, y en aquellos en que predomina la cultura islá-

<sup>23</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, p. 24.

<sup>24</sup> Dargan, Vol. 1, p. 13.

mica, la Iglesia es inhibida, y hasta recibe oposición o persecución abierta. No obstante, en algunos de los países en desarrollo, en Asia, África y Latinoamérica, el ritmo de crecimiento de la Iglesia es tan rápido que de continuar así el liderazgo internacional de la Iglesia pronto pasará a manos del Tercer Mundo, o quizás ya ha acontecido. Aun así los mismos líderes confiesan que, de la mano con el vigor y el entusiasmo de la vida en sus iglesias, existe aun mucha superficialidad e inestabilidad.

En esta situación tan abigarrada, en que a grandes rasgos la Iglesia está perdiendo terreno, ¿será posible identificar una única causa de debilidad? Muchos dirían que no, y ciertamente existen muchas causas. No obstante, en lo personal no dudo en afirmar que una razón importante (quizás la mayor) del decaimiento de la Iglesia en ciertas áreas y de inmadurez en otras, es lo que Amós llamó: «hambre de oír las palabras del Señor» (Amós 8:11). El bajo nivel de la vida cristiana se debe, más que cualquier otra cosa, al bajo nivel de predicación cristiana. Aunque nos cueste trabajo reconocerlo, la banca es un reflejo del púlpito. Rara vez, o quizás nunca, la banca supera al púlpito.

En el último día de 1979, la revista estadounidense *Time* incluyó un artículo titulado: *American Preaching: A Dying Art?* (La predicación estadounidense: ¿Un arte moribundo?) Su editor escribió: «El enfriamiento de la Palabra es uno de los principales contribuyentes a la desazón evidente en más de una principal denominación protestante en estos días», mientras que para los católico-romanos el sermón nunca fue muy importante, sino «más bien una clase de aperitivo espiritual antes de la Eucaristía». Dos siglos atrás, sin embargo, «toda Nueva Inglaterra se estremecía cuando Jonathan Edwards predicaba».

Por ello, si la Iglesia ha de florecer de nuevo no hay mayor necesidad que recobrar la predicación bíblica, poderosa y llena de fe. Dios aún dice a su pueblo: «si escucharas hoy mi Palabra» (véase Sal. 95:7) y a los predicadores «si la proclamaran».

### Convicción acerca de la labor pastoral

Existe mucha inseguridad en la Iglesia moderna acerca de la naturaleza y funciones del ministerio cristiano profesional. En primer lugar, el prestigio social del que disfrutó el clero en los países de Occidente ha disminuido considerablemente. Asimismo, y puesto que el estado ha asumido mucha de la obra filantrópica de la cual la Iglesia fue pionera (p. ej., en medicina, educación y asistencia social), algunos que podrían haberse interesado por la ordenación descubren que pueden servir igualmente en la llamada «ciudad secular». Luego, y en su mayor parte como resultado del movimiento carismático, ha sido recuperada la doctrina neotestamentaria del cuerpo de Cristo, con su corolario de que cada miembro posee un don y por ende un ministerio. Al ser así, algunos se preguntan si sigue siendo necesario un ministerio profesional. ¿No ha pasado a ser redundante el clero? Éstas son algunas de las tendencias que contribuyen al presente con la reducción del estado anímico del clero.

En esta situación, se hace urgente reafirmar la enseñanza del Nuevo Testamento de que Jesús aún brinda supervisores a su Iglesia y busca que sean un rasgo permanente de su estructura. «Se dice, y es verdad, que si alguno desea ser obispo, a noble función aspira» (1 Ti. 3:1).

Por otro lado, al buscar restablecer esta verdad, sería útil recuperar simultáneamente para estos obispos la designación neotestamentaria de «pastor». «Ministro» es un término equívoco, puesto que su carácter genérico y no específico, demanda siempre un adjetivo calificativo para indicar qué ministerio se tiene en mente. Desafortunadamente, «sacerdote» también es un término equívoco, ya que significa: «hombre dedicado y consagrado a hacer, celebrar y ofrecer sacrificios» (DRAE). Este término se utiliza para traducir el griego *hierous* —referido al sacerdote que ofrece sacrificios—, el cual nunca es usado en el Nuevo Testamento para referirse a ministros cristianos. El llamar «sacerdotes» al clero (si bien es una práctica común en los círculos católico-romanos, luteranos y anglicanos) da la falsa impresión de que el ministerio se dirige primeramente a Dios, mientras que el Nuevo Testamento lo des-

cribe como un ministerio dirigido a la Iglesia. Por lo tanto, «pastor» sigue siendo el término más exacto. La objeción de que significa pastor de ganado, y que el término es irrelevante para las grandes ciudades del siglo XX, puede abordarse al recordar que el Señor Jesús se llamó a sí mismo «el Buen Pastor», que aun los cristianos de las ciudades siempre piensan en él como tal, y que su ministerio pastoral (con sus características de conocimiento íntimo, sacrificio, liderazgo, protección y cuidado), sigue siendo un modelo permanente para todos los pastores.

Antes que la Reforma llegara a Inglaterra (y aún es así en la Iglesia Católica Romana), predominaba el concepto sacerdotal del ministerio ordenado. El obispo que impartía la ordenación investía al candidato con una casulla y decía: «Recibe la vestidura sacerdotal», y le entregaba una patena y un cáliz, diciendo: «Recibe poder para ofrecer sacrificio a Dios y para celebrar la misa para vivos y muertos». Los reformadores ingleses alteraron considerablemente esta *porrectio instrumentorum*, o entrega de los símbolos del oficio. Su primer Libro de Oración Común de 1550 indicaba que, además de la patena y el cáliz, se entregara una Biblia al ordenando, y se le confiriera la autoridad «de predicar la Palabra de Dios y ministrar los sagrados sacramentos». En 1552, sólo dos años después, se discontinuó la entrega de la patena y el cáliz, y la Biblia pasó a ser el único «instrumento» entregado al candidato. El Libro de Oración Común anglicano se ha mantenido sin cambios substanciales hasta nuestros días.

Este cambio del simbolismo fue expresión de un cambio en la comprensión del ministerio ordenado. Su esencia era considerada ahora como pastoral, no sacerdotal. Era y es un ministerio de la Palabra, puesto que la principal responsabilidad del pastor que «apacienta» sus ovejas es «alimentarlas». Al tiempo que Dios reprendió a los pastores de Israel por alimentarse a sí mismos en lugar de alimentar su rebaño, el Divino Pastor hace que sus ovejas descansen «en verdes pastos» (Ez. 34:1-3; Sal. 23:1, 2). Al elaborar esta imagen retórica del Nuevo Testamento, Jesús no sólo promete que sus ovejas entrarán, y saldrán, y hallarán pastos, seguras bajo su cuidado, sino que volvió a entregar esta comisión a Pedro repi-

tiendo la instrucción: «Apacienta mis corderos» y «Apacienta mis ovejas» (Jn. 10:9; 21:15, 17). Los apóstoles nunca olvidaron este mandato. Pedro mismo escribió más tarde: «Cuiden como pastores el rebaño de Dios que está a su cargo», mientras que Pablo se dirigió a los ancianos de la Iglesia de Éfeso con las palabras: «Tengan cuidado de sí mismos y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos (guardianes) para pastorear la iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre» (1 P. 5:2; Hch. 20:28). Con toda seguridad que los ancianos entendieron el privilegio de que el Sumo Pastor les había delegado el cuidado pastoral de sus propias ovejas, a las que había comprado con su vida y sangre.

Por supuesto, alimentar el rebaño de Dios es una expresión metafórica que significa enseñar a la Iglesia. Así es que el pastor es esencialmente el maestro. Es cierto, Cristo le ha prohibido estrictamente enseñar en forma autoritaria, que busque usurpar la prerrogativa del Espíritu de verdad y hacer que la congregación se vuelva dócil y dependiente del pastor (Mt. 23:8). Es cierto también que, de acuerdo con la promesa del nuevo pacto de Dios de que «todos... me conocerán», el Espíritu Santo es dado a todos los creyentes, de modo que todos tienen la unción del Santo, han aprendido de Dios, y por ende, en última instancia, no necesitan maestros humanos (Jer. 31:34; 1 Ts. 4:9; Jn. 2:20-27). Es cierto también que todos los miembros de la Iglesia tienen la responsabilidad de permitir que la Palabra de Dios habite con toda su riqueza en su interior, instruyéndose y aconsejándose unos a otros con toda sabiduría (Col 3:16). Sin embargo, todas estas verdades no son incompatibles con la formación, llamado y comisión de especialistas, es decir pastores que se dediquen a un ministerio de predicación y enseñanza, porque entre los muchos dones que el Señor resucitado confiere a su Iglesia están los de pastores y maestros (Ef. 4:11). Al comentar este versículo en su contexto, Calvino escribe en su *Institución*: «Notemos que, aunque Dios pueda perfeccionar a los suyos en un momento, no quiere que lleguen a edad perfecta sino poco a poco. Fijémonos también en que lo consigue por medio de la predicación de la doctrina celestial, encomendada a los pasto-

res». Prosigue advirtiendo a sus lectores sobre la arrogancia y tontería de rechazar esta provisión divina. «Muchos llegan a persuadirse, bien sea por orgullo o presunción, o por desdén o envidia, de que podrán aprovechar mucho leyendo y meditando a solas, y así menosprecian las asambleas públicas, pensando que el oír sermones es cosa superflua... Esto sería como intentar borrar la imagen de Dios que resplandece en la doctrina».<sup>25</sup> «Porque ni el sol, ni los alimentos y la bebida son tan necesarios para la conservación de la vida presente, como lo es el oficio de los apóstoles y pastores para la conservación de la Iglesia».<sup>26</sup>

La enseñanza de Calvino en Ginebra sería comprendida pronto por los reformadores ingleses. Nada parecía más importante para ellos que el que los pastores predicaran la pura Palabra de Dios, y que las personas la escucharan. John Jewel, Obispo de Salisbury, escribe al respecto:

No desprecien, hermanos míos, no desprecien la declaración de la Palabra de Dios. Al cuidar con ternura sus propias almas, vengan con diligencia a los sermones, porque ese es el lugar usual donde son conmovidos los corazones humanos y revelados los secretos de Dios. Porque sin importar cuán débil sea el predicador, la Palabra de Dios es tan poderosa y capaz como siempre.<sup>27</sup>

En contraste, nada puede ser más dañino para la Iglesia que los predicadores poco fieles a la Palabra, como declarara francamente Thomas Becon en el prefacio a su libro *The Demands of Holy Scripture*:

Así como no existe mayor joya en un grupo cristiano que un predicador fervoroso, fiel y constante de la Palabra del Señor, no puede haber plaga mayor en pueblo alguno que estar bajo el reino de guías ciegos, perros torpes, hipócritas vendidos y profetas papistas que no los alimentan con el trigo puro de la Palabra de Dios, sino con la experiencia amarga de las tradiciones humanas insignificantes.<sup>28</sup>

No conozco a nadie que en este siglo haya expresado esta comprensión fundamental del pastorado en forma tan enérgica como

<sup>25</sup> Calvino, IV.1.5.

<sup>26</sup> En el mismo lugar, IV.III.2.

<sup>27</sup> *Works*, Vol. II, p. 1034.

<sup>28</sup> *Works*, Vol. III, p. 598.

Samuel Volbeda, cuyas charlas de homilética en el Calvin Theological Seminary de Grand Rapids, fueron editadas y publicadas tras su muerte bajo el título de: *The Pastoral Genius of Preaching* (El ingenio pastoral para la predicación). Luego de definir la predicación como «la proclamación oral de la Palabra escrita de Dios, en lugar de su Palabra hablada»,<sup>29</sup> prosigue afirmando que «dicha Palabra escrita de Dios tiene carácter pastoral en la totalidad de su mensaje, espíritu y propósito». Por lo tanto, el verdadero predicador nunca es «un mero altavoz o trompeta... que reproduce en forma perfecta pero mecánica el mensaje de la Palabra de Dios escrita»; en lugar de ello, debe ser un pastor «quien por su parte está en *perfecta armonía*, en corazón y mente, con las Escrituras pastorales que debe predicar».<sup>30</sup> Por otro lado, el cuidado que el buen pastor tiene de sus ovejas consta de cuatro aspectos:<sup>31</sup> nutrición, guía (puesto que las ovejas se pierden fácilmente), protección (ante los lobos predadores) y sanidad (vendar las heridas de las lesionadas). Estas cuatro actividades son aspectos del ministerio de la Palabra.

Sin embargo, no debemos imaginar que el identificar a los pastores fundamentalmente como maestros es parte de la idiosincrasia de los cristianos reformados o evangélicos. Esto es reconocido igualmente por muchos de una tendencia católica. Permítanme citar, por ejemplo, las instrucciones que Michael Ramsey entregó en una ordenación, mientras era Arzobispo de Canterbury. Se titula «¿Por qué el sacerdote?», y la primera respuesta a su propia pregunta es la siguiente:

En primer lugar, el sacerdote es maestro y predicador, y como tal es *teólogo*. Está comprometido a ser un estudiante dedicado de la teología, y su estudio no necesita ser vasto en extensión sino profundo en su integridad, no para que él sea un erudito, sino para que sea sencillo. Aquellos cuyos estudios son superficiales son los que están confundidos y confunden».<sup>32</sup>

Por ello, al referirse a un ministerio «pastoral» como ministerio «de enseñanza», no creo necesario entrar en el debate sobre la

<sup>29</sup> Volbeda, p.24.

<sup>30</sup> En el mismo lugar, p. 26.

<sup>31</sup> En el mismo lugar, p. 79-85.

<sup>32</sup> Ramsey, M., *The Christian Priest*, p. 7.

«ordenación», y sobre lo que distingue, de haberlo, al clero del laicado. Basta decir que Dios quiere que cada iglesia local tenga el beneficio de *episkopē* o supervisión pastoral; que esta supervisión, al menos sobre una congregación de cualquier tamaño, debe ser ejercida por un equipo (la palabra «anciano» en el Nuevo Testamento se presenta casi siempre en plural: p. ej., Hch. 14:23; 20:17, 1 Ti. 4:14; Tit. 1:5); que tal equipo debe incluir ministros laicos y del clero, asalariados y voluntarios, de tiempo completo y medio tiempo, y creo que mujeres tanto como hombres, si bien el Nuevo Testamento indica que sus funciones no son idénticas. Hay un valor inmenso en el concepto de equipo, porque podemos capitalizar las fortalezas de cada uno y complementarnos en nuestra debilidad. Más aún, los laicos dotados de dones deben ser estimulados a unirse al equipo, y a ejercer su ministerio en forma voluntaria de acuerdo con sus dones. Uno de ellos es la predicación; la Iglesia necesita muchos predicadores laicos más. No obstante, el ministerio pastoral de predicación y enseñanza regular es extremadamente exigente. Requiere mucho tiempo y energía dedicados al estudio. Por ello el equipo pastoral de cualquier iglesia de gran tamaño requiere al menos un líder a tiempo completo que se entregue al ministerio de la Palabra. Sin ello la congregación de seguro se verá empobrecida.

El equipo pastoral puede realizar la tarea de alimentar el rebaño o enseñar a la iglesia en distintos contextos. El mismo Buen Pastor predicó a las multitudes, pasó tiempo con personas y preparó a los doce. Un ministerio pastoral modelado según su voluntad incluye también predicar a la congregación, dar consejería a individuos y capacitar a grupos. ¿Hay diferencia entonces entre predicar y enseñar? Ciertamente, ambas palabras no son intercambiables, y C.H. Dodd popularizó la tesis de que, en el Nuevo Testamento, la *kērugma* (predicación) era la proclamación de la muerte y resurrección de Jesús, de acuerdo con las Escrituras y en un contexto escatológico, con un llamado a arrepentirse y creer; y *didachē* (enseñanza) era la instrucción, ética en su mayor parte, entregada a los conversos. La distinción es importante, si bien ha sido exagerada quizás, puesto que en el ministerio público de Jesús no se dis-

tingue categóricamente entre el enseñar en las sinagogas de ellos y predicar el evangelio del reino (Mt. 4:23; 9:35), mientras que el apóstol Pablo se describió a sí mismo como «predicador» y «maestro» del evangelio (1 Ti. 2:7; 2 Ti. 1:11); al separarse Lucas de él al final del libro de los Hechos, lo hallamos «predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo» (28:31). No hay duda de que su predicación tenía un propósito más evangelístico y que su enseñanza un carácter más sistemático, pero no está claro que ambas pudieran distinguirse totalmente en su contenido; probablemente coincidían en forma considerable.

Se ha dicho en ocasiones que el predicar (*kērusso*, «anunciar») en el Nuevo Testamento tiene carácter evangelístico en su totalidad, y que la predicación moderna (a una congregación cristiana en la iglesia) no ocurre en el Nuevo Testamento, ni tampoco es considerada. Sin embargo, ello no es correcto. La práctica de reunir al pueblo de Dios para escuchar su Palabra data del Antiguo Testamento, continuó en las sinagogas y fue adoptada y cristianizada por los apóstoles. Es así como Moisés entregó la ley a los sacerdotes con la instrucción de reunir al pueblo y darle lectura, aparentemente explicándola y aplicándola en el proceso (Dt. 31:9-13; véase Mal. 2:7-9). Esdras, el sacerdote y escriba, «llevó la ley ante la asamblea» y «la leyó en presencia de ellos». Los levitas también compartieron este ministerio: «Ellos leían con claridad el libro de la ley de Dios y lo interpretaban de modo que se comprendiera su lectura» (Neh. 8:1-8). Posteriormente los servicios de las sinagogas incluyeron lecturas de la ley y los profetas, luego de las cuales alguien predicaba. Es así como Jesús, al encontrarse en la sinagoga de Nazaret, leyó primero de Isaías 61, afirmó ser el cumplimiento de esta Escritura al proseguir con su mensaje, y habló otras «hermosas palabras» que impresionaron a su audiencia (Lc. 4:16-22). Del mismo modo, Pablo, en Antioquía de Pisidia, fue invitado por los principales de la sinagoga a compartir con la gente «algún mensaje de aliento», después de la lectura de la ley y de los profetas, lo que procedió a hacer. (Hch. 13:14-43).

Por lo tanto, no debe sorprendernos que al dejar las sinagogas o al ser expulsados de ellas y comenzar a formar sus propias asam-

bleas claramente cristianas, los creyentes preservaran el mismo patrón de lectura de la Biblia seguida de una exposición de ella, con la excepción de que ahora se agregaron a estos extractos la lectura de una de las cartas de los apóstoles (p. ej., Col. 4:16; 1 Ts. 5:27; 2 Ts. 3:14). Lucas sólo nos da un vistazo de estas reuniones. Fue la famosa ocasión en Troas cuando los cristianos se reunieron «el primer día de la semana». Su adoración incluyó el partir el pan y también un sermón de Pablo que se prolongó «hasta la medianoche», con consecuencias desastrosas (Hch. 20:7 en adelante). Si bien es el único servicio de adoración cristiano en el Nuevo Testamento en que se menciona específicamente haber incluido un sermón, no hay razones para suponer que fue una excepción. Por el contrario, Pablo entrega a Timoteo instrucciones específicas no sólo acerca de cómo conducir la oración pública (1 Ti. 2:1 en adelante), sino acerca de la predicación: «En tanto que llego, dedícate a la lectura pública de las Escrituras, y a enseñar y animar a los hermanos» (1 Ti. 4:13). Ello implica claramente que luego de leer la Biblia, y surgiendo de ella, debe haber *paraklēsis* (exhortación) y *didaskalia* (instrucción). Ello no quiere decir que no existía un elemento evangelístico también puesto que habrá asistido una minoría de miembros, por ejemplo los «temerosos de Dios», en los márgenes de la comunidad de la sinagoga, junto con los catecúmenos que recibían instrucción para el bautismo y, en ocasiones, incluso visitantes paganos (1 Co. 14:23). Sin embargo, el énfasis ha de haber estado en instruir a los fieles. Es debido a la responsabilidad del pastor, de alimentar el rebaño, que entre los requisitos para el presbiterado se encuentran tanto la lealtad a la fe apostólica («de modo que también pueda exhortar a otros con la sana doctrina y refutar a los que se opongan») como el don de la enseñanza (Tit. 1:9; 1 Ti. 3:2).

Si los pastores de la actualidad consideraran seriamente la importancia que da el Nuevo Testamento a la prioridad de predicar y enseñar, no sólo lo encontrarían extremadamente gratificante, sino que sin duda ello tendría un efecto muy saludable en la Iglesia. En lugar de esto, y es trágico decirlo, muchos son básicamente administradores, cuyos símbolos del ministerio son el oficio

en lugar del estudio, y el teléfono en lugar de la Biblia. En agosto de 1977, al predicar durante el Centennial Thanksgiving Service del Wycliffe College de Toronto, Donald Coggan, en ese entonces Arzobispo de Canterbury, le recordó a la congregación que el Obispo entrega una Biblia al candidato en la ordenación: «él no sale... principalmente como un organizador, encargado de finanzas o un anfitrión; sale como un hombre autorizado por el Señor de la Iglesia, a quien se le ha confiado el depósito de la revelación cristiana, registrado en una reseña majestuosa en el Libro que tiene en mano, y personificado en la Palabra hecha carne». El Dr. Coggan prosiguió con la esperanza de que en su segundo siglo, el Wycliffe College envíe un torrente de hombres quienes no sólo estudien la Biblia por sí mismos, se alimenten de ella e indaguen en ella, sino que también «den lo mejor de sí para su exposición y aplicación».

Si estableciéramos como prioridad dedicarnos «de lleno a la oración y al ministerio de la Palabra» tal como los apóstoles (Hch. 6:4), ello conllevaría para la mayoría de nosotros una reestructuración radical de nuestro programa y horario, incluido el delegar una cantidad considerable de otras responsabilidades a los líderes laicos, pero ello expresaría una convicción real del Nuevo Testamento acerca de la esencia del pastorado.

### Convicción acerca de la predicación

Si damos por sentado que los pastores son predicadores y maestros, ¿qué clase de sermones deben predicar? Los libros de texto de homilética tienden a entregar una larga lista de opciones. La clasificación más completa es quizás la de W.E. Sangster en su famoso libro *The Craft of the Sermon* (El arte de hacer sermones). Hace una distinción entre tres clases de sermones y dedica un capítulo a cada una, si bien agrega que «el espectro de combinaciones es casi infinito».<sup>33</sup> La primera corresponde al tema tratado (p. ej., bíblico, ético, devocional, doctrinal, social o evangelístico); la segunda a un tipo de estructura (p. ej., exposición directa, argumento progresivo o bien desarrollo por aspectos), y la tercera que coincide con el

<sup>33</sup> Sangster, *The Craft*, p. 92.

método psicológico (es decir, si el predicador se ve a sí mismo como maestro, defensor, hombre perplejo, o abogado del diablo).

Otros escritores menos exhaustivos que Sangster se han contentado con clasificaciones más simples. Existen sermones textuales y temáticos, según dicen. Algunos son evangelísticos, apologéticos o proféticos, otros doctrinales, devocionales, éticos o exhortatorios, mientras que en algún punto se incluyen los sermones «exegéticos» o «expositivos». Por mi parte no puedo adoptar esta relegación de la predicación expositiva a ser una entre muchas. Mi argumento es que toda predicación cristiana verdadera tiene carácter expositivo. Ciertamente, si por sermón «expositivo» se entiende una explicación versículo a versículo de un extenso pasaje de las Escrituras, ello es sólo una forma posible de predicar, pero esto sería un mal uso de la palabra. En su uso debido, «exposición» tiene un significado mucho más amplio. Se refiere al contenido del sermón (verdad bíblica) más que al estilo (un comentario en serie). Exponer las Escrituras es extraer lo que se encuentra en el texto y dejarlo a la vista. El expositor expone por fuerza lo que parece estar oculto, da claridad a lo que parece confuso, deshace los nudos y desarma lo que parece un paquete difícil. Lo opuesto a la exposición es la imposición, es decir, imponer sobre el texto algo que éste no incluye. El «texto» en cuestión puede ser un versículo, una oración gramatical o incluso una sola palabra. De igual forma puede tratarse de un párrafo, un capítulo o todo un libro. El tamaño de un texto no tiene importancia siempre que éste sea bíblico; importa lo que hagamos con él. Ya sea breve o extenso, nuestra responsabilidad como expositores es hacer que se exponga de tal modo que transmita su mensaje clara, simple, y exactamente, en forma pertinente, sin adiciones, sustracciones o falsificación. En el contexto de la predicación expositiva, el texto bíblico no es una introducción convencional a un sermón sobre otro tema completamente diferente, ni una muletilla cómoda para colgar un montón de pensamientos diversos, sino un maestro; es quien dicta y controla lo dicho.

Permítanme dirigir su atención a algunos de los principales beneficios de esta disciplina.

En primer lugar, *la exposición fija límites para nosotros*. Nos limita a considerar el texto bíblico, puesto que la predicación expositiva es predicación bíblica. No exponemos un pasaje de la literatura secular, un discurso político o incluso un libro sobre religión, por no mencionar nuestras opiniones personales. No es así; nuestro texto proviene invariablemente de la Palabra de Dios. El gran primer requisito de los expositores es reconocer que somos guardianes de un «depósito» sagrado de verdad, depositarios del evangelio, «encargados de administrar los misterios de Dios».<sup>34</sup> Tal como lo expresara Donald Coggan en su primer libro sobre la predicación:

El predicador cristiano tiene límites establecidos. No es un hombre enteramente libre al entrar al púlpito. En un sentido muy real, puede decirse sobre él que el Todopoderoso le ha impuesto límites que no debe traspasar. No tiene la libertad de inventar o escoger su mensaje: le ha sido encargado, y debe declararlo, exponerlo y encomendarlo a sus oyentes... ¡Qué grandioso es llegar a estar bajo la magnífica tiranía del Evangelio!<sup>35</sup>

En segundo lugar, *la exposición exige integridad*. No todos están persuadidos de ello. A menudo se dice que es posible hacer que la Biblia signifique lo que uno quiera, ello sólo es cierto cuando no se es íntegro. En su novela *The Moon and Sixpence*, Somerset Maugham describe cómo el Reverendo Robert Strickland escribió una biografía de su padre recientemente fallecido, la cual fue más mito que historia. En realidad su padre, dominado por una obsesión demoníaca por pintar, había abandonado esposa, familia y carrera. Con todo, era retratado como excelente esposo y padre en la biografía; un hombre de gran amabilidad, laboriosidad y moralidad. Esta extraordinaria distorsión de la verdad lleva a Maugham a comentar: «El clérigo moderno ha adquirido, en su estudio de la ciencia que, según creo, se llama exégesis, una facilidad impresionante para justificar con explicaciones». Agregó, no sin mucho sarcasmo, que la sutileza de la interpretación del Reverendo Robert Strickland «lo conduciría con seguridad en su momento a las más altas dignidades de la Iglesia. Ya puedo ver sus pantorrillas musculosas en los botines episcopales».<sup>36</sup>

<sup>34</sup> 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1: 12-14; 1 Ts. 2:4; 1 Co. 4:1, 2.

<sup>35</sup> Coggan, *Stewards*, pp. 46, 48.

<sup>36</sup> Maugham, p. 8.

La «exégesis» que Somerset Maugham caricaturiza de esta forma es en realidad, o debiera ser, una disciplina en extremo rigurosa. A veces se la distingue con el adjetivo algo extenso «gramático-histórica», porque implica la interpretación de un texto de acuerdo con su origen histórico y su construcción gramatical. Los reformadores del siglo XVI reciben merecidamente el crédito por rescatar la interpretación bíblica de las alegorizaciones extravagantes de los escritores medievales. Al hablar del significado «literal», lo contrastaban con el «alegórico»; no negaban que algunos pasajes de las Escrituras tuvieran un estilo deliberadamente poético y un significado figurativo. Daban importancia a que cada estudiante buscara el significado simple, natural y obvio de cada texto, sin sutileza. ¿Qué significado quiso dar el autor a sus palabras? Esa era la interrogante; más aún, interrogante que puede contestarse con paciencia, y con respuesta confiada. No debemos contaminarnos con el tono cínico moderno de la crítica literaria, que sospecha que cada autor tiene un propósito secreto o significados ocultos que es necesario detectar y desenmascarar. No es así; los autores bíblicos eran hombres honestos, no impostores y su intención era que sus escritos fueran comprensibles, no de «infinitas interpretaciones».

Los reformadores también se referían mucho a la «analogía de la fe», con lo que indicaban su creencia en que las Escrituras poseen una unidad que les otorgó la mente divina, que se les debe permitir interpretarse a sí mismas: es decir, que un pasaje arroje luz sobre otro; y que la Iglesia no tiene la libertad de exponer un lugar de la Escritura de modo que contradiga a otro» (Artículo XX). No negaron la diversidad de formulación en la Escritura, pero se negaron a hacer hincapié en ella a expensas de su unidad, tal como algunos estudiosos modernos. En contraste, consideraron que la armonización (la cual no es sinónimo de manipulación) era una tarea cristiana responsable.

A fines de abril de 1564, un mes antes de morir, Calvino se despidió de los pastores de Ginebra. Ojalá cada predicador pudiera decir lo que él les dijo:

No he corrompido pasaje alguno de la Escritura, ni lo he distorsionado hasta donde sé, y en lugar de agregar significados sutiles, como si hubiera estudiado la sutileza, los pisoteé todos y siempre estudié para ser sencillo...<sup>37</sup>

Unos 250 años después, otro expositor hizo la misma afirmación: Charles Simeon de Cambridge. En uno de sus celebrados sermones de cada dos viernes, durante el periodo de clases, exhortó a sus estudiantes invitados de esta forma: «Sean extremadamente aplicados en determinar a partir del original y el contexto el significado verdadero, fundamental y fidedigno de cada texto».<sup>38</sup> Fue esto lo que se esforzó por hacer él mismo. En su prefacio a la colección de sermones resumidos titulada *Horae Homileticae*, explica que: «El autor ha perseguido dar a cada texto, sin prejuicio ni parcialidad, su justo significado, su aplicación natural y uso legítimo».<sup>39</sup> En una carta a su editor escribió: «Me empeño en extraer de la Escritura lo que existe en ella, y no interponer lo que pienso que existe. Tengo un gran celo en mi cabeza: nunca hablar más o menos de lo que creo que es la mente del Espíritu en el pasaje que expongo».

Fue esta determinación resuelta de sentarse humildemente bajo la autoridad de las Escrituras en lugar de levantarse para enjuiciarlas, la que hizo que Simeon desconfiara de todos los esquemas y sistemas de divinidad.

El autor... no es amigo de los sistematizadores teológicos (escribió). Se ha esforzado por derivar de las Escrituras solamente *su* visión de la religión; y es su deseo adherirse a ellas, con fidelidad escrupulosa; sin hacer jamás que una parte de la Palabra de Dios favorezca una opinión particular, sino darle a cada parte el sentido que el autor cree fue el propósito de Dios transmitir.<sup>40</sup>

En su opinión, los calvinistas y arminianos de ese entonces no podían afirmar lo mismo. Por el contrario, tal como Simeon escribiera con humor inocente: «No existe partidario de ambos sistemas que, de haber estado en compañía de San Pablo al escribir él sus distintas epístolas, no le hubiera recomendado alterar una u otra expresión». Para Simeon, tal actitud de superioridad hacia el texto

<sup>37</sup> Cadier, pp. 173-75.

<sup>38</sup> Smyth, *The Art*, p. 176.

<sup>39</sup> Simeon, *Horae*, p. 12.

<sup>40</sup> En el mismo lugar, pp. 4, 5, prefacio al Vol. 1.



inspirado no tenía ninguna cabida, puesto que estaba completamente «contento de sentarme como *aprendiz* a los pies de los santos Apóstoles» y no tenía «la ambición de enseñarles cómo debían haber hablado».<sup>41</sup>

En tercer lugar, *la exposición identifica los escollos ocultos* que debemos evitar por todos los medios. Puesto que el expositor está resuelto a ser fiel al texto, los dos escollos ocultos pueden ser designados como olvido y deslealtad. El expositor olvidadizo puede perder de vista el texto, ir por la tangente y seguir su propia idea. El expositor desleal parece ceñirse al texto, pero lo deforma y extiende hasta formar algo diferente de su significado natural original.

G. Campbell Morgan, uno de los grandes expositores de este siglo hizo hincapié en la necesidad de contar con un texto y aclararlo. Escribió en contraste, que el Dr. Benjamin Jowett, rector del Balliol College de Oxford, «declaró que era su hábito el escribir sus sermones y luego escoger un texto como excusa para el tema». Campbell Morgan continúa: «Puedo afirmar con toda libertad... que el estudio de sus sermones revelará la validez de esta afirmación, y demostrará el peligro de este método...» Sin embargo, menos escrupuloso aun fue otro predicador que «mencionaba su texto y decía: 'Éste es mi texto, y ahora voy a predicar. Quizás nos encontremos de nuevo mi texto y yo, o quizás no'».<sup>42</sup>

Esta indiferencia caballeresca hacia el texto al menos tiene el mérito de ser reconocida con candidez. Mucho peor es la pretensión de exponer un texto cuando en realidad se le está explotando. Los escritores mismos del Nuevo Testamento nos advierten sobre esta perversidad con una vívida imagen retórica. Los falsos profetas son condenados por desviar la verdad, como un arquero que no da en el blanco, por falsificar la Palabra de Dios, como un mercader que hace trampa en la venta, por pervertir el evangelio al alterar su contenido, y por torcer las Escrituras hasta hacerlas irreconocibles. En contraste con todos estos crímenes, Pablo declara con solemnidad haber renunciado a «todo lo vergonzoso que se hace a escondidas», rehusarse totalmente a adulterar la palabra de Dios y confiar en lugar de ello en «la clara exposición de la verdad».<sup>43</sup>

No obstante, la manipulación premeditada de la Escritura por parte de aquellos determinados a darle el significado que quieren, ha sido un oprobio permanente para la Iglesia. Como lo expresara el catedrático A. Vinet de Lausanne a mediados del siglo pasado: «Los pasajes de la Escritura han servido mil veces como pasaporte a ideas que no eran bíblicas».<sup>44</sup> En ocasiones se ha tratado de la búsqueda, inocua en comparación, de un texto apropiado, como cuando el Dr. W.R. Matthews, deán de la Catedral de San Pablo de Londres, al cesar las hostilidades a fines de la Segunda Guerra Mundial, y puesto que deseaba predicar sobre la necesidad de pasar de la victoria a la reconstrucción, predicó sobre el texto «somos más que vencedores» (Ro. 8:37); en otra ocasión un predicador no identificado que deseaba predicar sobre la transitoriedad de toda experiencia humana, fue a dar con la expresión común del Antiguo Testamento «aconteció» (tal como aparece en la RV60).<sup>45</sup>

Sin embargo, a veces los predicadores usan en mal modo las Escrituras por seguir su tema teológico favorito. Campbell Morgan mencionaba a un predicador bautista que tenía una opinión tan marcada sobre el bautismo que simplemente no podía dejar de lado el tema. Una mañana anunció su texto: «¿Dónde estás?» [Gn. 3:9] Luego prosiguió: «Seguiremos tres aspectos. En primer lugar, dónde estaba Adán; luego, cómo fue retirado del lugar donde estaba; tercero y último, algunas palabras acerca del bautismo».<sup>46</sup> Más tendenciosos fueron los llamados puseyistas del Movimiento de Oxford, quienes consideraban que Mateo 18:17 era un texto conveniente para apoyar su elevada visión de la autoridad de la Iglesia. Este reza: «Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia; y si incluso a la iglesia no le hace caso, trátalo como si fuera un incrédulo o un renegado». «Tan a menudo predicaron sobre 'escuchar a la iglesia' que provocaron al Arzobispo Whately a contestar con una homilía acerca de 'y si incluso a la iglesia no le hace caso, trátalo...'».<sup>47</sup> Esta práctica de alterar unas pocas palabras fuera del texto, por no decir del contexto, alcanzó su punto más bajo cuando, según se dice, un predicador al que le disgustaba la totalidad del Antiguo Testamento basó su diatriba en las palabras: «De estos dos mandamientos *penden* toda la Ley y los Profetas» (Biblia

<sup>41</sup> En el mismo lugar, p. 6.

<sup>42</sup> Morgan, G.C., *Preaching*, pp. 40, 42.

<sup>43</sup> 2 Co. 4:2. Véase 2 Ti. 2:18; 2 Co. 2:17; Gá. 1:7; 2 P. 3:16.

<sup>44</sup> Vinet, p. 76.

<sup>45</sup> Mc William, p. 39.

<sup>46</sup> Jones, p. 288.

<sup>47</sup> Citado de *1935 Islington Clerical Conference*, por el reverendo G.T. Manley. Véase *Authority and the Christian Faith*, Thynne 1935, p. 50.

de Jerusalén). El predicador quiso dar a entender que la Ley y los Profetas *penden* de la horca como cosas muertas.

Esta forma de torcer el texto de parte de los predicadores le recordaba a R.W. Dale los conjuradores, y lo llevó a decir en sus Charlas de Yale de 1978:

Siempre pienso en los trucos de esos ingeniosos caballeros, que entretienen al público moviendo una libra esterlina de oro entre las manos hasta convertirla en un canario, y sacan de su manga media docena de globos de vidrio llenos de agua, con cuatro o cinco pececillos de colores nadando en cada uno. Por mi parte, me gusta escuchar a un buen predicador, y no tengo objeción alguna contra el entretenimiento de un prestidigitador hábil, pero prefiero mantener separadas la predicación y la magia: hacer juegos un domingo en la mañana, hacer juegos en la iglesia, hacer juegos con los textos de la Escritura, no es de mi gusto.<sup>48</sup>

Sólo la resolución de ser un expositor concienzudo nos permitirá evitar estos escollos ocultos.

En cuarto lugar, *la exposición nos da confianza para predicar*. Si nos extendiéramos hablando sobre nuestras opiniones o bien las de algún otro ser humano falible, con seguridad lo haríamos tímidamente. Pero si exponemos la Palabra de Dios con integridad y honestidad, podemos hacerlo sin temor alguno. Quienquiera que hable, escribió Pedro, «hágalo como quien expresa las palabras mismas de Dios» (1 Pe. 4:11). No es que presumamos que nuestras palabras son un oráculo, sino que, tal como los antiguos judíos, se nos ha confiado «las palabras mismas de Dios» (Ro. 3:1), y porque nuestro principal interés es tratarlos con tal fidelidad cuidadosa, que sean ellos mismos los que hablen, o más bien Dios quien hable mediante ellos.

El catedrático Gustaf Wingren lo expresa admirablemente cuando escribe:

El expositor sólo debe proveer boca y labios para el pasaje mismo, de modo que progrese la Palabra... Los predicadores verdaderamente excelentes... son, de hecho, sólo siervos de las Escrituras. Después de haber hablado durante algún tiempo... la Palabra... destella en el

pasaje mismo y es escuchada: la voz se hace oír... El pasaje mismo es la voz, el habla de Dios; el predicador es la boca y los labios, y la congregación... el oído en que resuena la voz... la predicación es necesaria sólo con el fin de que la Palabra *pueda* avanzar, pueda salir al mundo, y abrirse camino entre muros enemigos hasta alcanzar a los prisioneros.<sup>49</sup>

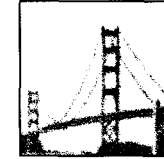


Tales son los fundamentos teológicos del ministerio de la predicación. Dios es luz; Dios ha actuado; Dios ha hablado; y Dios ha hecho que su obra y palabras sean preservadas por escrito. Él continúa hablando poderosamente por medio de su Palabra escrita, con voz viva. La Iglesia necesita escuchar su Palabra con atención, puesto que de ello depende su salud y madurez. Por ello los pastores deben exponerla; es para ello que han sido llamados. Siempre que lo hacen con integridad, la voz de Dios es escuchada, y la Iglesia toma conciencia y hecha humilde, restaurada, revigorizada y transformada en un instrumento para su uso y gloria.

Estas verdades acerca de Dios y la Escritura, la Iglesia, el pastorado y la exposición bíblica deben reforzar nuestras convicciones tambaleantes. De este modo las actuales objeciones a la predicación no nos harán retroceder. Por el contrario; nos entregaremos a este ministerio con nueva pasión y determinación. Nada podrá apartarnos de nuestra obligación principal.

<sup>48</sup> Dale, p. 127.

<sup>49</sup> Wingren, pp. 201-3.



## La predicación como puente de comunicación

¿Qué es con exactitud la predicación? Hasta este punto he tratado de abordar algunas objeciones actuales contra ella y de desarrollar una defensa teológica. Pero no he intentado definirla, excepto insistir en que, si ha de ser auténticamente cristiana, ella debe ser expositiva. Sin embargo, el afirmar que la «predicación es una exposición» haría una ecuación insatisfactoria porque de este modo la predicación no sería más que la interpretación de los documentos bíblicos y no se ocuparía necesariamente de aplicación contemporánea alguna.

La Biblia misma utiliza una variedad de imágenes para ilustrar en qué consiste un predicador cristiano. La más común es la de heraldo o pregonero (*kēruχ*) a quien se le ha entregado un mensaje con buenas noticias con el encargo de proclamarlo. Así es como levanta su voz y da a conocer el mensaje imparcialmente en la plaza del mercado o algún otro lugar público. «Mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado» y predicamos «a

Jesucristo como Señor» son dos de las descripciones más directas de Pablo acerca de su predicación evangelística.<sup>1</sup>

A continuación, el predicador es un sembrador (*speirōn*). Tal como en la parábola del sembrador de Jesús, sale al mundo como un granjero a los campos. Allí publica la preciosa semilla de la Palabra de Dios, y espera y ora que parte de ella caiga en terreno bien preparado y lleve buen fruto a su debido tiempo (véase Lc. 8:4 en adelante).

En tercer lugar, el predicador es un embajador (*presbus*). Ha sido comisionado para servir como emisario en un país extranjero, incluso hostil. En él tiene la responsabilidad de representar a su gobierno o soberano, cuya causa está orgulloso de defender.<sup>2</sup>

El predicador es también un administrador o mayordomo (*oikonomos*). Es su privilegio el haber sido designado para estar a cargo de la casa de Dios y que se le hayan confiado las provisiones necesarias. Estos son «los misterios de Dios», es decir sus secretos revelados. Se espera por sobre todo que sea fiel al dispensarlos a la familia de Dios.<sup>3</sup>

Ya hemos considerado al predicador como pastor (*poimēn*). El Sumo Pastor ha delegado el cuidado de su rebaño a otros pastores menores a quienes se les ha mandado protegerlos de los lobos (falsos profetas) y llevarlos a los pastos (la sana enseñanza).<sup>4</sup>

La sexta metáfora sobre el predicador lo presenta como uno «aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse» (2 Ti. 2:15). ¿Pero qué clase de obrero debe ser si ha de ser aprobado a los ojos de Dios y no tener vergüenza? Debe ser hábil al tratar «la palabra de verdad». La versión inglesa King James traduce el verbo *orzotomeo* como «dividir correctamente», pero es un error. Algunas versiones modernas prefieren la idea de «usar bien» la palabra (RV60) o «distribuir fielmente» (Biblia de Jerusalén); pero también estas son ideas muy ambiguas, puesto que la palabra tiene un significado más preciso, «cortar recto», y la imagen transmitida es la de alguien que ara o construye caminos. La Biblia del Peregrino optó por describir al predicador como alguien que «se abre camino derecho hasta la palabra». El segundo resultado parece ser más certero, sin embargo, puesto que en sus únicas dos

apariciones restantes (Pr. 3:6 y 11:5 LXX) significa simplemente «enderezar veredas» (RV60) o bien «enderezar una senda» (boscosa o difícil de pasar de algún otro modo) de modo que el viajero pueda ir directamente a su destino. Esta enseñanza «recta» de la verdad está en evidente contraste con los falsos profetas que se desviaron de la verdad (v. 18), y hace hincapié en la necesidad de que nuestra exposición sea fidedigna y simple de tal modo que nuestros oyentes la comprendan y sigan con facilidad.

Algo perceptible a primera vista en estas seis imágenes es el énfasis en que el mensaje «ya ha sido dado». Los predicadores no deben inventarlo; él ha sido confiado a ellos. De este modo, las buenas nuevas han sido entregadas al heraldo para su proclamación, la buena semilla para ser sembrada por el granjero, y el buen alimento para ser dispensado por el mayordomo mientras que existen buenos pastos para que el pastor conduzca el rebaño. Del mismo modo, el embajador no aboga por su propia política sino la de su país; y el trabajador abre camino para «la palabra de verdad», no para la suya. Es impresionante que en todas estas metáforas del Nuevo Testamento el predicador es un siervo bajo la autoridad de alguien más, y es quien comunica las palabras de otro.

Lo que no es tan claro en estos modelos de la tarea del predicador es la necesidad de que relacione el mensaje dado a una situación existencial, o utilizando la jerga moderna, que «contextualice» la Palabra de Dios. No es que este factor esté completamente ausente. El heraldo no puede mostrarse indiferente ante quienes escuchan su mensaje, ni el embajador al pueblo ante el cual razona, ni el mayordomo ante la familia de la cual es responsable. Del mismo modo, el pastor busca pastos apropiados para sus ovejas, y el constructor de caminos se preocupa de los viajeros que caminarán por el paso que abre en la jungla. La metáfora del sembrador es quizás la más sugerente en este sentido a pesar del hecho de que la imagen misma es la menos personal. No obstante, los distintos tipos de suelo representan las distintas clases de personas que escuchan la Palabra; es obvio que un granjero consciente no sólo se preocupa de sembrar la semilla correcta, sino de hacerlo en el suelo adecuado.

<sup>1</sup> 1 Co. 1:23; 2 Co. 4:5; véase Is. 40:9; 52:7.

<sup>2</sup> Véase 2 Co. 5:20; Ef. 6:20.

<sup>3</sup> 1 Co. 4:1, 2; véase 1 Ti. 3:4, 5; Tit. 1:7.

<sup>4</sup> Véase Ez. 34; Jn. 21:15 en adelante; Hch. 20:28-31.

### Cruzar el abismo cultural

Debido al hecho que la predicación no es sólo exposición sino comunicación, no sólo la exégesis de un texto sino transmitir un mensaje dado por Dios a personas vivas que necesitan escucharlo, es que voy a utilizar una metáfora distinta para ilustrar la naturaleza esencial de la predicación. No es bíblica en el sentido que no es utilizada explícitamente en la Escritura, pero espero demostrar que ella pone sobre nuestros hombros una tarea fundamentalmente bíblica. La imagen de la construcción de puentes sirve como metáfora.

Ahora bien, un puente es un medio de comunicación entre dos lugares que de otro modo estarían separados uno del otro por un río o barranco. Hace posible un flujo del tráfico que sería imposible sin él. ¿Qué representa entonces el precipicio o la profundidad? ¿Y qué representa el puente que se extiende de un lado a otro? El precipicio es la profunda grieta entre el mundo bíblico y el moderno. En un famoso ensayo publicado en 1955, Lord Snow se refirió a «las dos culturas», la ciencia y las artes, y lamentó la alienación creciente entre los intelectuales humanistas y los científicos. Habló del «abismo de mutua incompreensión» entre ellos. Pero si el abismo entre ambas culturas es tan amplio, el que existe entre ambas y el mundo antiguo es mucho mayor. Los comunicadores cristianos deben construir puentes por sobre esta ancha y profunda quebrada de dos mil años de cambios culturales (más tiempo aún en el caso del Antiguo Testamento). Nuestra tarea es permitir que la verdad revelada de Dios fluya de las Escrituras para entrar en las vidas de los hombres y mujeres de hoy.

Hace unos años me encontraba hablando con dos hermanos estudiantes, uno en la Universidad de Oxford y el otro en la de Edimburgo. Habían sido criados en un hogar cristiano tradicional donde ambos padres eran cristianos practicantes, pero ahora habían renunciado a la fe cristiana y a su crianza. Uno era un completo ateo y el otro prefería llamarse agnóstico. ¿Qué sucedió? pregunté. ¿Es que ya no creían que el cristianismo era cierto? «No», contestaron. «Ese no es el problema. No nos interesa saber si es cierto o no. Y si usted fuera capaz de convencernos que es cierto,

dudamos mucho que los aceptemos». «¿Cuál es el problema entonces?», pregunté algo atónito. «Lo que queremos saber», contestaron, «no es si el cristianismo es *cierto*, más bien si es *relevante*. Y honestamente no creemos que pueda serlo. El cristianismo nació hace dos milenios en la cultura palestina del siglo primero. ¿Qué puede decirnos una religión antigua del Medio Oriente a quienes vivimos en el mundo emocionante y calidoscópico de fines del siglo XX? En los setenta mandamos hombres a la luna, y en los ochenta los mandaremos a Marte; tenemos hoy la cirugía de transplante, mañana tendremos la ingeniería genética. ¿Cuál puede ser la importancia de una religión palestina primitiva para nosotros?» A menudo he dado gracias a Dios por esa conversación. Nada me ha aclarado más vívidamente la brecha que las personas perciben entre la Biblia y ellos mismos, y con ello el desafío que confronta a los predicadores cristianos de hoy.

Antes de desarrollar el concepto de la predicación como puente de comunicación, me parece necesario describirlo en dos formas para evitar malentendidos. En primer lugar, y si bien he hablado de un abismo sin puentes entre los mundos bíblico y moderno, reconozco que en efecto ha habido una larga sucesión de constructores de puentes; que en toda la historia de la Iglesia los cristianos han tratado de relacionar el mensaje bíblico con su cultura en particular, y que cada nueva generación ha proseguido con el trabajo de sus predecesores. Por lo tanto, ha habido mayor continuidad en la construcción de puentes que la que indicaría mi analogía. En ocasiones, en lugar de construir un nuevo puente, la nueva generación en realidad adapta y reconstruye uno antiguo y agrega un tramo por aquí y reemplaza una viga por allá. No obstante, el mundo cambia tan rápido hoy que cada nueva generación siente el desafío de la amplitud del abismo y de la necesidad de construir un nuevo puente. En la mente de mis amigos estudiantes no había duda del vacío profundo que los separaba del mensaje de la Biblia.

En segundo lugar, reconozco que existen peligros cuando insistentemente se demanda mayor relevancia. Si nos preocupamos exclusivamente de las preguntas de la gente, podemos pasar por alto el hecho de que a menudo hacen preguntas erróneas y nece-

sitan ayuda para hacer las correctas. Si callamos sin pronunciar ninguna crítica ante la visión que el mundo tiene de sí mismo, puede que terminemos siendo siervos de la moda en lugar de siervos de Dios. Por ello, y con el fin de evitar la trampa de ser un «populista» o un falso maestro moderno, el tipo de puente a construir debe determinar la revelación bíblica más que el *zeitgeist* o espíritu de los tiempos. El llamado de la Iglesia consiste en desafiar el secularismo, no en rendirse ante él. No obstante, hay una gran necesidad de mayor comprensión hacia el mundo moderno que nos rodea, y de mayor sensibilidad hacia él.

Al enfrentar este problema (el abismo de comunicación entre ambos mundos) los predicadores tienden a cometer uno de estos dos errores.

Cuando somos conservadores (me refiero a nuestra teología, no a nuestro temperamento o visión política) y nuestra postura pertenece a la tradición de la ortodoxia cristiana histórica, vivimos en el lado bíblico del abismo. Es allí donde nos sentimos cómodos y a salvo. Creemos en la Biblia, la amamos, la leemos, estudiamos y exponemos; pero no nos sentimos a gusto en el mundo moderno que está del otro lado especialmente si hemos llegado a mediana edad. El mundo moderno nos deja perplejos y nos amenaza por lo que tendemos a aislarnos de él. Si leemos *Future Shock* de Alvin Toffler, que documenta la rapidez con la que está cambiando la cultura occidental y cómo ello afecta a las personas (una forma de choque cultural causada por nuestro paso por el tiempo en lugar del espacio), entramos en un estado de choque emocional profundo del cual, al parecer, algunos de nosotros nunca emergemos. Ello se ve en nuestra predicación. Predicamos bíblicamente; pero claro, ¿en qué otra forma podríamos predicar? Charles Simeon y Charles Spurgeon son nuestros héroes. Como ellos, estamos determinados a exponer las Escrituras, y a derivar toda nuestra enseñanza de la Palabra de Dios. Pero si dibujara un diagrama del abismo entre los dos mundos, y luego trazáramos en él nuestros sermones, tendría que dibujar una línea recta que comenzaría en el mundo bíblico y luego se elevaría en el aire en una trayectoria recta, pero que nunca llegaría al otro lado puesto que nuestra pre-

dicación rara vez toca tierra. Es bíblica, pero no contemporánea, y al ser llamados a dar cuenta de nuestra práctica expositiva sin aplicación, contestamos devotamente que confiamos en que el Espíritu Santo aplique su Palabra a las realidades de la vida humana.

Espero que mis lectores me perdonen si mi diagrama de la predicación conservadora es una caricatura que ofende. Como defensa sólo puedo argumentar que lo que he descrito es mi antigua forma de ser. Porque si bien espero haber comenzado hace pocos años a enmendar mi camino, en la teoría y la práctica solía exponer el texto bíblico y dejar en gran medida la aplicación al Espíritu Santo. Por otro lado, este método no es tan ineficaz como parece, por dos razones. Primero, el texto bíblico es en sí mismo sorprendentemente contemporáneo, y segundo, el Espíritu Santo ciertamente lo utiliza para conducir a los oyentes a la convicción de haber pecado, a la fe en Cristo y a crecer en santidad. Nadie lo ha expresado mejor que P.T. Forsyth:

El predicador debe llevar a su gente hacia el mundo bíblico de redención eterna que... Está al alcance de toda edad, y su autoridad es la misma para cada época, sin importar cuán moderna sea. La única predicación actualizada para cada época es la predicación de esta redención eterna, que sólo nos es revelada en la Biblia: lo eterno del amor, la gracia y la redención divinas, la moralidad eterna e inmutable de la gracia que nos salva de nuestro pecado indeleble.<sup>5</sup>

Al mismo tiempo, sería inadmisibles utilizar la perpetua relevancia del evangelio y el ministerio actual del Espíritu Santo como excusa para evitar el problema de comunicación. Deberíamos evitar el ejemplo del Reverendo Maynard Gilfil, párroco anglocatólico de Shepperton, quien George Elliot nos lo presenta como «un excelente caballero mayor, quien fumaba pipas muy largas y predicaba sermones muy cortos». De hecho, «tenía una gran pila de sermones breves, bastante amarillentos y de bordes desgastados, de los cuales escogía dos cada domingo; ejercitaba una perfecta imparcialidad en su selección puesto que los tomaba como vinieran, sin hacer referencia a los temas».<sup>6</sup> Existen varias historias comunes de horror acerca de sermones inapropiados. Un ejemplo es el del

<sup>5</sup> Forsyth, p. 22.

<sup>6</sup> Eliot, pp. 43, 121.

capellán que visitó las obras de construcción de la gran represa construida en el Alto Nilo. Su congregación estaba compuesta por hombres que debían soportar un gran calor, aislamiento extremo y las grandes tentaciones que asaltan a las personas que tienen demasiado tiempo libre y pocas instalaciones para su recreación. ¿Y sobre qué creen que predicó? «El deber de observar todas las festividades de los santos del calendario litúrgico —como si hubiera sido un grupo de viudas y solteras devotas de su congregación». Se ganó «el gran premio a la idiotez», según comentó W.M. McGregor, quien relata la historia.<sup>7</sup> Otro ejemplo es el del «rector de Cambridge, de quien habla E.L. Mascall en uno de sus libros», quien «comenzó su sermón a un grupo de criadas de la Universidad de Cambridge de esta forma: «El argumento ontológico en favor de existencia de Dios ha sido relegado, en gran medida bajo la influencia teutona, a una posición de inferioridad comparativa en la armería de la apologética cristiana».<sup>8</sup> Sin embargo, aún esta estupidez crasa fue sobrepasada por el obispo John Wordsworth de Salisbury (1885-1911), quien en un sermón de un servicio de confirmación en el Colegio Sherborne «imploró vehementemente a los niños, sin importar cualquier otra cosa que hicieran, que prometieran que jamás se casarían con las hermanas de sus esposas difuntas».<sup>9</sup>

Dejemos que C.H. Spurgeon exponga la trágica insensatez de estas impertinencias, y de la preocupación por las pequeñeces de la doctrina:

Por ejemplo, los grandes problemas del sublapsarianismo y el supralapsarianismo, los debates mordaces sobre la filiación eterna, la seria disputa sobre la doble procesión y los esquemas pre y postmilenarios; sin importar cuán importantes los consideren algunos, importan muy poco para la viuda devota que debe sustentar a sus siete hijos laborando como costurera, y quiere escuchar mucho más de la bondad amorosa del Dios de la providencia, en lugar de estos misterios profundos. Conozco un ministro, experto en explicar de qué se tratan los diez dedos de la bestia, las cuatro caras del querubín, el significado místico de las pieles de tejón, las figuras típicas de los soportes del arco y las ventanas del templo de Salomón: pero los pecados de los

hombres de negocios, las tentaciones de estos tiempos y las necesidades de la época, éstas casi nunca las menciona».<sup>10</sup>

En otras palabras, es totalmente irrelevante.

Ahora trataré la falta característica en la predicación de aquellos cuya teología es «liberal» o, en términos más extremos, «radical», más que conservadora.<sup>11</sup> Consideran agradable el vivir en el lado contemporáneo de la gran división. Son gente moderna que pertenece al mundo moderno. Son sensibles al genio actual y comprenden lo que sucede a su alrededor. Leen poesía moderna y filosofía. Conocen los escritos de los novelistas vivos y los descubrimientos de los científicos modernos. Van al cine y al teatro y ven televisión. El *Future Shock* de Toffler no los impresiona, porque tienen amortiguadores de choque incorporados. Cambian con los tiempos. Así es que cuando predicán, tendría yo que dibujar otra línea recta en mi diagrama, sólo que esta vez en el extremo opuesto. Todos sus sermones descansan en el mundo real, pero de dónde provienen, (estoy tentado a agregar) sólo Dios sabe. Ciertamente no parecen provenir de la Biblia. Por el contrario, estos predicadores han permitido que la revelación bíblica se les escape de entre las manos.

Aquellos de nosotros que criticamos y condenamos a los teólogos liberales por su abandono del cristianismo histórico no siempre honramos su motivación o les damos crédito por lo que tratan de hacer. El núcleo de su interés no es destruir sino reconstruir. Saben que muchos de sus contemporáneos desprecian el cristianismo porque piensan que sus creencias son insostenibles, sus formulaciones arcaicas y su vocabulario no tiene sentido. Este hecho es causa de profundo dolor para los mejores liberales, y es ello lo que subyace en su teología. Están ansiosos de reformular la fe cristiana en términos inteligibles, significativos y verosímiles para sus colegas y amigos seculares. Merecen todo elogio por el esfuerzo genuino de descubrir el evangelio moderno para el mundo moderno. Ojalá los conservadores tuviéramos también este incentivo, y no estuviéramos tan sujetos a antiguos clichés, ni estuviéramos ofensivamente complacidos con nuestro fracaso en la comunicación. Lo triste y condenable de los liberales es que, al descartar la antigua formula-

<sup>7</sup> McGregor, pp. 45, 46.

<sup>8</sup> Coggan, *Stewards*, p. 70.

<sup>9</sup> Citado de *Parson's Pleasure*, del Obispo W.S. Swayne, 1934, p.79, en Smyth, *Garbett*, p. 470.

<sup>10</sup> Spurgeon, *Lectures*, First Series, pp.78, 79.

<sup>11</sup> No me gustan los estereotipos que perpetúan las calificaciones, pero no sé como evitarlos.

ción, tienden a descartar también la verdad formulada, y con ello desechan lo esencial.

El contraste entre las dos agrupaciones teológicas principales en las iglesias de hoy es, en mi opinión, una de las más grandes tragedias de nuestro tiempo. Por un lado, los conservadores son bíblicos, pero no contemporáneos; por otro lado, con los liberales y radicales sucede lo inverso. No obstante, ¿por qué hemos de polarizar la situación de este modo ingenuo? Cada lado tiene una preocupación legítima: uno la de conservar la revelación de Dios, y el otro la de tener una relación significativa con la gente real en el mundo real. ¿Por qué no combinar ambos intereses? ¿No es posible que los liberales aprendan de los conservadores sobre la necesidad de conservar los fundamentos del cristianismo histórico-bíblico y que los conservadores conozcan la necesidad de relacionar estos fundamentos en forma radical y relevante con el mundo real?

Entretanto, cada grupo permanece en su lado favorito del vacío cultural, y casi nadie parece estar construyendo puentes. Y sin embargo se supone que los predicadores nos ocupamos de la comunicación. Una ingeniosa definición de charla es el traspaso de información de las notas del orador a las del estudiante, sin que esta pase por la mente de ninguno; los sermones no debieran ser un ejemplo igualmente funesto de la falta de comunicación. Debemos estar orando a Dios que levante una nueva generación de comunicadores cristianos que estén determinados a construir un puente sobre el vacío, que se esfuercen por relacionar la Palabra inmutable de Dios con nuestro mundo que no deja de cambiar, que se nieguen a sacrificar la verdad por la aplicabilidad o viceversa; y que, en lugar de ello, resuelvan en igual medida ser fieles a las Escrituras y hacer un aporte pertinente a la actualidad.

### Precedentes históricos y bíblicos

Esto de aterrizar la Palabra en el mundo no es algo opcional; es una característica indispensable de la verdadera predicación cristiana. En verdad, es una obligación impuesta a nosotros por el tipo

de Dios en quien creemos y por la forma en que él mismo se ha comunicado con nosotros, es decir en Cristo y mediante las Escrituras, mediante su Palabra viva y escrita. En ellas comunicó su Palabra a seres humanos mediante palabras humanas, en contextos históricos y culturales precisos; no habló con generalidades ausentes de influencia cultural. Del mismo modo, su Palabra eterna se hizo carne, con todas las particularidades de un judío del siglo I. En ambos casos, descendió para alcanzar a las personas con quienes quería comunicarse. Habló en lenguaje humano y se encarnó como hombre. Es de este modo que las grandes doctrinas de la inspiración y la encarnación han establecido un precedente divino para la comunicación. Dios fue condescendiente con la humanidad, sin abandonar su divinidad. Debemos anclar nuestros puentes también firmemente a ambos lados del vacío, rehusándonos a transar el contenido divino del mensaje o a ignorar el contexto humano en el que debe ser pronunciado. Debemos sumergirnos valientemente en ambos mundos, antiguo y moderno, bíblico y contemporáneo, y escuchar a ambos con atención puesto que sólo entonces entenderemos qué dicen y discerniremos el mensaje del Espíritu para la presente generación. Debemos preguntar en el estilo polémico de Dietrich Bonhoeffer: «¿Quién es Cristo hoy para nosotros?» Ya en 1932 había dicho: «El punto no es cómo debemos modelar el mensaje, sino cuál es realmente el mensaje y su contenido» para la presente época.<sup>12</sup>

Todo ello conllevará mayor reflexión al predicar. En general, si se puede generalizar, no exigiremos lo suficiente de la congregación. Cuando la gente llega a la iglesia ya lo han escuchado todo. Conocen todo desde que iban a la escuela dominical. Es sabido, aburrido e irrelevante. No consigue capturar su atención o entusiasmarlos. Apenas si pueden contener el bostezo. Llegan con sus problemas y se marchan con ellos. El sermón no habla a sus necesidades.

Por supuesto que no abogo para que tratemos a nuestras congregaciones como si fueran una audiencia universitaria, o que convirtamos nuestro sermón en una disertación académica. Tampoco olvido el desagrado de Marshall McLuhan hacia el literato, quien

<sup>12</sup> Fant, *Bonhoeffer*, p. 7.



lee en un aislamiento antisocial, extingue su imaginación y se convierte en esclavo de la lógica lineal. Es perfectamente cierto que algunos llegan a las mismas conclusiones mediante la lógica mientras otros llegan mediante la intuición, que es posible aprender tanto por imágenes como por palabras y también que los seres humanos que Dios creó no sólo son «cerebrales» (tienen capacidad intelectual) sino también «viscerales» (son capaces de tener lo que se llama una reacción visceral). Por tanto es legítimo, incluso esencial, predicar para los intuitivos, imaginativos y emotivos. Luego me referiré a ellos. No obstante, es cierto también que todos los seres humanos, incluidas las personas analfabetas, son creadas racionales; que Dios les confirió una revelación racional, habló a sus mentes y esperó que comprendieran su mensaje y que, aun si abandonáramos la lectura, seguiríamos pensando en cierto grado en *forma lineal* puesto que «el habla es tan lineal como la escritura, de hecho más que ella».<sup>13</sup> Por mi parte, me ha sorprendido mucho ver cuántas obras y filmes modernos (p. ej., de Bergman, Woody Allen, Tom Stoppard, y Brian Clarke) contienen muy poca acción y en su lugar confían en el diálogo rápido, lo que exige de la audiencia un alto grado de concentración.

No obstante, es obvio que debemos predicar en forma comprensible para todos. Henry Paget, Obispo de Chester de 1919 a 1932, quien se describiera como «mucho mejor haciendo amigos que discursos», habría preferido quedarse en el este de Suffolk, donde antes había trabajado, porque en las villas agrícolas era posible llegar a conocer y comprender gradualmente a todos. «No soy predicador», le dijo un clérigo de una villa un día «pero mi alcance es mayor que el de ellos, y puedo ponerles el forraje lo bastante bajo para que lo alcancen».<sup>14</sup> En lugar de ello, predicar por sobre las mentes de las personas es olvidar quienes son. Como comentara Spurgeon: «Cristo dijo: Apacienta mis ovejas... Apacienta mis corderos» Algunos predicadores, eso sí, ponen tan alto el alimento que ni corderos ni ovejas pueden alcanzarlo. Parece que hubieran leído: 'Alimenta mis jirafas'».<sup>15</sup>

Si bien no debemos sobrestimar la capacidad intelectual de nuestra congregación, tampoco debemos subestimarla. Mi petición es

que los tratemos como gente real que tiene preguntas reales; que en nuestros sermones abordemos temas de la realidad y que construyamos puentes con el mundo real en que viven y aman, trabajan y juegan, ríen y lloran, se esfuerzan y sufren, envejecen y mueren. Debemos incitarlos a pensar sobre todos los estados de su vida, desafiarlos a hacer que Jesucristo sea Señor de cada área y demostrar su importancia contemporánea.

No propongo nada nuevo al ilustrar la predicación como un puente de comunicación. Los predicadores cristianos de cada generación han captado la necesidad de relacionar la revelación de Dios con los tiempos en que vivieron y respondieron al desafío. Permítanme entregarles algunos ejemplos. C.S. Horne resumió con estas palabras el carácter de Crisóstomo (fallecido en 407 d.C.) quien fue quizás el predicador más elocuente y directo de los tres primeros siglos del cristianismo: «Son dos las características de Crisóstomo que en combinación lo hacen único: *es hombre de la Palabra y hombre de mundo*». Y luego reitera: «Tal como con todo predicador eficiente, su mensaje contenía tanto un elemento *eterno* como uno *temporal*».<sup>16</sup> De forma algo similar, S.E. Dwight escribió sobre Jonathan Edwards, quien estuvo en el centro del Gran Avivamiento del siglo XVIII en las colonias norteamericanas: «Su conocimiento de la Biblia demostrado en sus sermones... probablemente no tiene rival. Su conocimiento del corazón humano y sus formas de operar difícilmente ha sido igualado por predicador no inspirado alguno».<sup>17</sup>

Un ejemplo británico del siglo XIX es el de F.W. Robertson (1816-1853). Era alto y delgado y de personalidad sensible, orgullosa, nerviosa y solitaria. Después de sólo seis años como titular de Trinity Chapel de Brighton, su salud se deterioró y murió a la edad de treinta y siete años. Este «predicador de Brighton relativamente desconocido», según señaló Hensley Henson en una disertación en conmemoración de su natalicio, dejó una marca «profunda y permanente» en la vida espiritual de sus compatriotas.<sup>18</sup> ¿Cuál fue la razón? «Lo que fuera que agitara a la sociedad lo mencionó... en el púlpito».<sup>19</sup> Bishop Henson describió su influencia de tres formas: (1) «la referencia deliberada en la predicación a las condiciones

<sup>13</sup> Miller, J., *McLuhan*, p. 113.

<sup>14</sup> Paget, pp. vii, 145.

<sup>15</sup> Williams, W., *Reminiscences*, p. 145.

<sup>16</sup> Horne, pp. 135, 144-5.

<sup>17</sup> Dwight, vol. 1, p. 606.

<sup>18</sup> Henson, *Robertson*, p. 19.

<sup>19</sup> En el mismo lugar, p. 66.

modernas del pensamiento y la vida», (2) «la nota intensamente personal presente en su predicación» y (3) «su apasionada devoción hacia la persona del Señor Jesucristo, la que inspira sus palabras». <sup>20</sup> De las tres, la primera fue suprema. Se le puede criticar por su uso algo arbitrario de las Escrituras, pero tuvo mucho valor para luchar contra los prejuicios reinantes, y siempre mantuvo «el hábito de ‘predicar según los tiempos’, relacionando su argumento con los temas que en el momento preocupaban a la opinión pública». <sup>21</sup> Como lo expresara el Obispo Phillips Brooks: «la verdad y el ser oportuno ambos forman al predicador integral». <sup>22</sup>

En el siglo XX es quizás Karl Barth quien ha hablado en forma más persuasiva de la necesidad de predicar en forma relevante y bíblica. En una reunión de ministros de 1922, hizo una alocución titulada: «La necesidad y promesa de la predicación cristiana». Habló en forma personal de sus doce años en el pastorado. Durante ese periodo, dijo:

Traté de encaminarme entre el problema de la vida humana por un lado y el contenido de la Biblia por otro. Como ministro, quería hablarle a *las personas* en la infinita contradicción de sus vidas, y hablar del mensaje no menos infinito de la *Biblia*, el cual era un acertijo, tanto como la vida. A menudo ambas magnitudes, la vida y la Biblia, se han levantado ante mí (y aún lo hacen), como entre Escila y Caribdis: si *éstas* son el origen y destino de la predicación cristiana, ¿quién será, y quién puede ser un ministro y predicar?

Fue este dilema, prosiguió, el que lo llevó a escribir su comentario sobre la Epístola a los Romanos, el cual hizo época; los lectores la entenderán mejor si escuchan siempre la pregunta del ministro: «¿Qué es la predicación?» El punto de vista del hombre sobre el púlpito es el siguiente: «Ante él está la Biblia, llena de misterio; y ante él, sentados, están sus... oyentes, también llenos de misterio... ¿Y ahora qué?, pregunta el ministro». Cuando suenan las campanas de la iglesia, «hay en el aire la *expectación* de que algo grande, crucial e incluso trascendental va a *suceder*». ¿Qué es? Es la expectativa de escuchar la Palabra de Dios, es decir, las respuestas a las preguntas esenciales. <sup>23</sup> Años después, «alguien... le preguntó a Karl Barth: «¿Qué

hace usted para preparar su sermón del domingo?» Barth respondió: ‘Tomo la Biblia en una mano y el diario en la otra’». <sup>24</sup> Es fascinante que unos cincuenta años antes C.H. Spurgeon hubiera escrito lo que tituló: «My little shilling book *The Bible and the Newspaper*» (Mi pequeño libro de un chelín: La Biblia y el periódico). <sup>25</sup>

El catedrático Jean Jacques von Allmen de Neuchatel, Suiza, hizo el mismo hincapié en su libro *Preaching and Congregation* con respecto a «los dos polos de la predicación», esto es, la Palabra de Dios y nuestros oyentes. Ninguno es de mucha utilidad sin el otro. «Repetir desde el púlpito: ‘Jesucristo nuestro Señor’, ‘Jesucristo nuestro Señor’, de la forma que los efesios proclamaban la grandeza de su Dios no es garantía de que realmente se ha predicado sobre el señorío de Cristo»; para que ello suceda, debe haber personas que escuchen, comprendan, asocien y respondan. Pero también es posible el error contrario: puede que los oyentes se reúnan y no se proclame la Palabra de Dios. Sugiere que ambos errores corresponden a herejías cristológicas. La primera es la predicación docética (la cual niega la humanidad de Cristo) y la segunda la arriana (que niega su divinidad). La tarea del predicador es traducir fielmente la Palabra de Dios al lenguaje y categorías de pensamiento modernos, y hacerla presente en nuestros días. Es así cómo «para traducir la Palabra debemos conocer dos idiomas; para hacerla presente, dos épocas». <sup>26</sup> Como lo expresara el Obispo Yngve Brilioth de Suecia, los dos elementos fundamentales de la predicación son: «lo expositivo o exegético (que se basa en un texto de la Escritura y lo expone) y lo profético (un mensaje para el presente, haciendo del texto de las Escrituras una palabra viva en la situación misma)». <sup>27</sup>

Para resumir esta necesidad de integrar lo bíblico y lo contemporáneo, llamo a cuatro testigos finales. James Stalker citó al teólogo alemán Tholuck, que dijo: «el sermón debería tener al cielo por padre y a la tierra como madre». <sup>28</sup> El Dr. Martyn Lloyd-Jones ha escrito que «el propósito de predicar es relacionar la enseñanza de las Escrituras con lo que sucede en nuestros días». <sup>29</sup> El catedrático Ian Pitt-Watson escribe «cada sermón se estira como la cuerda de un arco entre el texto de la Biblia por un lado, y los problemas de

<sup>20</sup> En el mismo lugar, p. 92.

<sup>21</sup> Henson, *Church and Parson*, pp. 60, 61.

<sup>22</sup> Brooks, *Lectures*, pp. 220-1.

<sup>23</sup> Barth, pp. 100-4.

<sup>24</sup> Ramsey and Suenens, *The Future*, pp. 13, 14.

<sup>25</sup> Spurgeon, *Lectures*, Third Series, p. 54.

<sup>26</sup> Von Allmen, pp. 20 - 29.

<sup>27</sup> Brilioth, p. 3.

<sup>28</sup> Stalker, p. 107.

<sup>29</sup> Lloyd-Jones, *Warfare*, p. 109.

la vida contemporánea por el otro. Si la cuerda no está bien atada a uno de los extremos, el arco es inútil». <sup>30</sup> En cuarto lugar, el Obispo Stephen Neill desarrolla una metáfora más. «La predicación es como el tejer», escribe. «Los factores son la urdimbre y la trama. Hay un elemento fijo e inalterable, que para nosotros es la Palabra de Dios y un elemento variable, que permite que el tejedor cambie y varíe el patrón a voluntad. Para nosotros el elemento variable es el patrón siempre cambiante de personas y situaciones». <sup>31</sup>

Es hora de pasar de la teoría a la práctica. Si suponemos que la genuina predicación cristiana consiste en construir puentes de comunicación, justificados por muchos precedentes históricos y bíblicos, ¿qué se requiere, entonces, de nosotros? No sólo renunciar a la jerga teológica en favor de la moderna, puesto que en ciertas situaciones será necesario, sino verdaderamente entrar al mundo del pensamiento y al sentir de otras personas. El modelo cristiano de comunicación corresponde a la encarnación (cambiar una palabra por otra), no sólo a la traducción (cambiar un lenguaje por otro). Trataré de desarrollar dos ejemplos: el primero, tiene carácter personal e individual; el segundo, ético y social.

### **Cristo, nuestro contemporáneo**

En primer lugar, debemos tratar valientemente los temas fundamentales de la vida, las preguntas que hombres y mujeres han hecho siempre sin cesar, y que los grandes novelistas y dramaturgos han tratado en todas las épocas: ¿Cuál es el propósito de nuestra existencia? ¿Tiene algún significado la vida? ¿De dónde vengo y adónde voy? ¿Qué significa ser un ser humano, y cómo difiere de los animales? ¿Cuál es el origen de esta sed de trascendencia, esta búsqueda universal de una Realidad superior, más allá de la nuestra, esta necesidad de postrarse y adorar al Infinitamente Grandioso? ¿Qué es la libertad, y cómo puedo experimentar una liberación personal? ¿Por qué la tensión dolorosa entre lo que soy y lo que deseo ser? ¿Hay forma de deshacerse de la culpa y de una conciencia culpable? ¿Que hay del hambre de amor, satisfacción

sexual, matrimonio, vida familiar y comunal por un lado, y por otro el penetrante sentido de aislamiento y las pasiones básicas destructivas de los celos, la malicia, el odio, la lujuria y la venganza? ¿Es posible dominarse realmente y amar al prójimo? ¿Hay luz sobre los misterios oscuros del mal y el sufrimiento? ¿Cómo podemos encontrar la valentía para enfrentar primero la vida, luego la muerte, y luego lo que yace tras ella? ¿Qué esperanza puede sostenernos en medio de la desesperación?

En cada generación y cultura hombres y mujeres han hecho estas preguntas y debatido estos temas. Es la sustancia a partir de la cual se conforma la gran literatura mundial. ¿Tenemos algo que decir al respecto como cristianos? ¡Claro que sí! Estamos convencidos de que las preguntas mismas dan testimonio de las Escrituras y reflejan la naturaleza paradójica de los seres humanos que enseña la Biblia, esto es su dignidad como criaturas semejantes a Dios y su depravación como pecadores caídos y culpables. También estamos convencidos de que Jesucristo tiene las respuestas a estas preguntas o bien, como en el caso de los difíciles misterios del dolor y el mal, que arroja más luz sobre ellos que cualquier otra fuente. Creemos que Jesucristo es el cumplimiento de toda aspiración verdaderamente humana. Encontrarlo es encontrarnos a nosotros mismos.

En consecuencia, y por sobretodo, debemos predicar a Cristo. «El entusiasmo por Jesús es el alma de la predicación», escribió James Stalker en sus charlas de Yale en 1891. <sup>32</sup> «Si sólo le enseñamos sobre Cristo a nuestro pueblo», había escrito Richard Baxter más de dos siglos antes, «le enseñaremos todo». <sup>33</sup> Y no sólo eso: Jesucristo ejerce una atracción casi irresistible en la gente. Al exaltar a Cristo él atrae a todos a sí mismo, tal como dijo (Jn. 12:32). ¿No era éste el mayor secreto del poder que visitaba la predicación de Whitefield y Wesley en el siglo XVIII? En Enero de 1739, en Bermondsey, en el sur de Londres, George Whitefield encontró que la iglesia estaba repleta, mientras que fuera unas mil personas no pudieron entrar. «Ofrecí a Jesucristo libremente a los pecadores», escribió de su sermón en la iglesia, «a todos los que quisieran aceptarlo por fe». Y aun mientras predicaba soñó con la posibilidad

<sup>30</sup> Pitt-Watson, p. 57.

<sup>31</sup> Neill, p. 74.

<sup>32</sup> Stalker, p. 199.

<sup>33</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 136.

de salir al patio de la iglesia, y trepar a una lápida para predicar nuevamente a Cristo.

El texto favorito de John Wesley, en particular durante su primer año de ministerio itinerante, parece haber sido 1 Corintios 1:30, que anuncia a Cristo como «sabiduría, justificación, santificación y redención». Con ello declara que Jesús se adecuaba a todas nuestras necesidades. Si queremos encontrar verdadera sabiduría, comenzar una relación recta con Dios, crecer en carácter a la imagen de Cristo, o ser redimidos un día finalmente en forma completa, entonces sólo a Jesucristo es a quien debemos recurrir puesto que Cristo crucificado y resucitado ha sido designado por Dios para serlo todo para su pueblo. Wesley se deleitaba al proclamarlo. Tomemos estas citas de su diario, todas de 1739, año de su conversión. El 14 de junio predicó en Blackheath para una multitud de entre doce y catorce mil personas, «acerca de mi tema favorito: 'Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención'». El 17 de julio, sobre la cima de una loma con vista a Bradford, a cinco millas de Bath, «ofrecí a Cristo a unas mil personas como sabiduría, justificación, santificación y redención». El 7 de octubre, en los prados de la campiña, a unas millas de Gloucester, «llamé a todos los presentes (unas 3.000 personas)... a que recibieran a Cristo como su única sabiduría, justificación, santificación y redención. Fui fortalecido para hablar como nunca antes, y continué hablando por cerca de dos horas». Luego, el 15 de octubre, en un pequeño prado a dos o tres millas de Chepstow en Gales del Sur, predicó «a 300 ó 400 personas de humilde condición acerca de: «Cristo nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención». Si bien todas estas citas provienen del año en que inició su ministerio, Wesley nunca se cansó de predicar a Cristo. Veintidós años después, el 22 de junio de 1761, su mensaje era el mismo. Estaba en County Durham, en el norte de Inglaterra. El sol estaba fuerte y se sentía físicamente débil. El lugar tampoco era el adecuado «porque había un hedor tan fuerte a pescado putrefacto que casi me sofoca, y la gente rugía como las olas del mar, pero la voz del Señor fue más poderosa». Ni la debilidad, ni el calor, ni el hedor, ni la hostilidad pudieron silen-

ciarlo. «En unos pocos segundos la multitud se aquietó y escuchó con atención mientras proclamaba a 'Jesucristo hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención'».

En sus charlas a estudiantes y sus alocuciones para pastores, Spurgeon continuamente volvía al mismo glorioso tema. «¿Qué predicaremos?», se pregunta, y contesta:

De todo lo que quisiera decir esto es el resumen; mis hermanos, prediquen a Cristo, por siempre jamás. Él es todo el evangelio. Su persona, oficios y obra deben ser nuestro gran tema, que todo lo abarca. El mundo aún necesita que se le hable de su Salvador, y del modo de llegar a él... La salvación es un tema por el cual reclutaría gustosamente toda lengua divina. Codicio testigos del glorioso evangelio del bendito Dios. ¡Oh, si Cristo crucificado fuera la preocupación universal de los hombres de Dios!<sup>34</sup>

Posteriormente, en una de sus conferencias anuales para pastores, en una alocución titulada: «How to Meet the Evils of the Age» (Cómo enfrentar los males de esta época), Spurgeon dijo: «Cíñanse cada vez más al evangelio. Entréguenle a la gente Cristo y nada más que Cristo». Luego de explayarse acerca de algunos males de ese entonces concluyó diciendo: «Sólo tenemos un remedio para ellos; predicar a Cristo Jesús; hagámoslo cada vez más. Junto al camino, en una habitación, en el teatro, en cualquier parte, en todas partes, prediquemos a Cristo. Escriban libros si así lo desean y hagan cualquier cosa que esté en su poder; y si hay algo que no puedan hacer, prediquen a Cristo».<sup>35</sup>

Queda a la vista con estas citas que Aquel a quien predicamos no es un Cristo en un vacío, ni un Cristo místico que no guarda relación con el mundo real, o solamente el Jesús de la historia antigua, sino el Cristo contemporáneo que una vez vivió y murió y hoy vive para suplir las necesidades humanas en toda su variedad. Encontrar a Cristo es alcanzar la realidad y experimentar la trascendencia. Nos entrega un sentido de valor personal, de importancia personal, porque nos reitera el amor de Dios por nosotros. Nos libra de culpa porque murió por nosotros; nos libra de la prisión de nuestro egocentrismo por el poder de su resurrección, y del

<sup>34</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, pp. 82, 83.

<sup>35</sup> Spurgeon, *All Round Ministry*, pp. 117, 127.

miedo paralizante porque él reina, y todas las potestades y principados han sido puestos bajo sus pies. Le da significado al matrimonio y el hogar, el trabajo y el esparcimiento, la humanidad y la ciudadanía. Nos incorpora a su nueva comunidad, la nueva humanidad que está creando. Nos desafía a llegar a algún segmento del mundo que no lo reconozca para ofrecernos en ese lugar como testimonio y servidores de él. Nos promete que la historia no carece de sentido y sí tiene un fin puesto que un día retornará para ponerle término, destruir la muerte y anunciar el nuevo universo de justicia y paz. «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes han recibido esa plenitud» (Col. 2:9, 10). Una de las tareas más fascinantes de un predicador es explorar tanto el vacío del hombre caído como la plenitud de Jesucristo con el fin de mostrar consecuentemente cómo puede él llenar nuestro vacío, iluminar nuestra oscuridad, enriquecer nuestra pobreza y cumplir nuestras aspiraciones humanas. Las riquezas de Cristo son incalculables (Ef. 3:8).

### La ética cristiana

Luego de este ejemplo personal de construir puentes, de relacionar la Palabra con el mundo, o Cristo con el individuo, abordo la esfera del deber ético. Todos los cristianos de cualquier tradición concebible coinciden en que el evangelio tiene implicaciones éticas. La justificación conduce inevitablemente a la santificación. La doctrina es estéril sin el deber; la fe sin obras es muerta. ¿Pero qué «obras» son fruto de la fe? Es aquí donde comienza el desacuerdo. Puede ser útil considerar esta materia como una serie de círculos concéntricos que comienza con la ética personal, y luego prosigue con la pertinente a la iglesia, la doméstica y la social hasta llegar a los temas que tienen una dimensión política.

Incluso la ética cristiana *individual*, al menos en algunos círculos cristianos ha sido tristemente trivializada. Existe, por ejemplo, una gran mayoría evangélica obsesionada con las cuestiones del cigarrillo y la bebida, con aquello que solía llamarse «diversiones cuestio-

nables» (bailar, jugar a las cartas, ir al teatro y a los cines), con los estilos de ropa (cuán corta puede ser la falda de una mujer), el peinado (cuán largo puede dejarse el cabello un hombre), y los cosméticos (cuánta crema, base, lápiz labial y rímel están permitidos, si acaso se permiten). No digo que estos puntos no tengan importancia. Por ejemplo, el alcoholismo ha llegado a ser un problema serio en muchos países al punto de que cada cristiano debe tomar una decisión responsable entre ser un abstemio total y beber ocasionalmente y con moderación. Ahora que se ha establecido científicamente una relación entre fumar excesivamente y ciertas formas de cáncer, el deber del cristiano hacia su cuerpo, como templo del Espíritu Santo, incluye ahora la decisión de fumar o no. Puesto que Jesús enseñó que la disciplina de los ojos es un medio fundamental para lograr el dominio propio en lo sexual, los cristianos están obligados a escoger en forma consciente las películas y obras teatrales que han de ver, las novelas y revistas que leerán, y cuáles no. Más aún, se debe escoger entre modestia y vanidad, simpleza y extravagancia en cuestiones de vestimenta, cosméticos, peinado y joyería, tal como lo enseñaron los apóstoles. Por tanto, estos temas son importantes. En todos ellos es necesario elaborar una perspectiva cristiana y tomar una decisión cristiana. No obstante, muchos cristianos no distribuyen las proporciones correctas a estas materias las que, en comparación con los grandes temas morales y sociales de la actualidad, sólo pueden ser descritas como diminutas. Conforman la «microética», en contraste con la «macroética». Afanarse por ellas es ser culpable de un fariseísmo evangélico («Colar el mosquito y tragar el camello»), es ser experto en detalles y que rechaza lo que Jesús llamó: «los asuntos más importantes de la ley, tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad» (Mt. 23:23, 24).

En el Antiguo Testamento, los profetas, sacerdotes, escribas y hombres sabios que buscaban deducir las implicaciones de los Diez Mandamientos enseñaban la moralidad personal o individual. Juan el Bautista fue el último representante de esta honorable tradición, antes de la venida de Cristo. No sólo exhortó a producir «frutos que demuestren arrepentimiento», sino indicó claramente que

ello implicaría ser personas distintas, enseñar a los recaudadores de impuestos a no recaudar más de lo señalado, a los soldados a no robar, a no hacer falsas acusaciones y a contentarse con su salario (Lc. 3:8-14). En las epístolas del Nuevo Testamento se entrega una enseñanza similar sobre ética personal, a veces en forma de alabanza de las virtudes cristianas («En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio», Gá. 5:22, 23), y otras como un requerimiento particular, tal como el control de ese órgano que no puede domarse, «un mal irrefrenable»: la lengua (Stg. 3:1-12).

En mi opinión, el ejemplo más sorprendente se encuentra en el segundo capítulo de la Epístola a Tito. Aquí se le manda entregar instrucción ética detallada a los distintos grupos de la congregación: los ancianos deben ser moderados, respetables e íntegros en la fe; las ancianas deben tener dominio propio y enseñar a las más jóvenes sus responsabilidades hacia su marido e hijos; los jóvenes deben aprender a ser sensatos; Tito mismo debe dar un ejemplo sin falta, los esclavos deben ser sumisos, trabajadores y honestos. Aun más impresionante que estas particularidades es su fundamento en la doctrina cristiana, puesto que el párrafo comienza con el mandato de hablar «lo que va de acuerdo con la sana doctrina» y termina con la afirmación de que el buen comportamiento hace honor a la enseñanza de Dios nuestro Salvador. Por ende, las responsabilidades pedagógicas de Tito constan de dos aspectos. Por un lado, debía enseñar «la sana doctrina» (la fe apostólica que, tal como el cuerpo humano, es un todo integral). Por otro, debía enseñar «lo que va de acuerdo» con ella (la conducta ética apropiada según ella y que le hará honor). Es de suma importancia que sigamos el ejemplo de los apóstoles uniendo ambos aspectos en nuestro ministerio de predicación y que nos rehusemos a separarlos. Cuando predicamos el evangelio, debemos proceder a descubrir sus implicaciones éticas; al enseñar sobre el comportamiento cristiano debemos presentar sus fundamentos en el evangelio.

Los cristianos necesitan comprender que su fe tiene implicancias prácticas, como también que el principal incentivo para las buenas obras yace en el evangelio. De hecho, la gracia salvadora de Dios en

Cristo es personificada como nuestro maestro de moral, que «nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio» (Tit. 2:11, 12).

Al referirme a nuestro deber *de iglesia* («eclesiástico» suena demasiado pomposo e institucional), para hacer una distinción con respecto al deber «individual», quiero indicar las responsabilidades mutuas en la nueva comunidad que fundó Jesús. Mucha de la enseñanza ética de los apóstoles se refiere a cómo conducirse en la casa de Dios (1 Ti. 3:15), y con ello al nuevo estilo y estándares de conducta que se esperan en la nueva sociedad de Dios. Es en este contexto que la frase de exhortación «entre ustedes», que se repite tanto en el Nuevo Testamento, encuentra su significado. Debemos amarnos entre nosotros, perdonarnos y tolerarnos, animarnos y amonestarnos entre nosotros, practicar la hospitalidad entre nosotros sin quejarnos (1 P. 4:9), y ayudarnos unos a otros a llevar nuestras cargas (Gá. 6:2). Éste es el contexto para la lista de deberes que Pablo entrega en Efesios 4 y 5. Debemos dejar la mentira, el enojo, la deshonestidad, la calumnia, la amargura, la difamación e impureza, por ser incompatibles con la nueva comunidad (familia de Dios, el cuerpo de Cristo, y el templo del Espíritu Santo), la cual tuvo su origen en la cruz, puesto que «todos somos miembros de un mismo cuerpo» (4:25), y todo nuestro comportamiento debe concordar con el hecho de que todos nos pertenecemos unos a otros en Cristo. Prácticas tales como las disputas o gozar de nuestra libertad de modo que ofenda la conciencia débil de otra persona difieren absolutamente de la noción de ser hermanos y hermanas por medio de Cristo. «Un hermano demanda a otro, ¡y esto ante los incrédulos!» «Entonces ese hermano débil, por quien Cristo murió, se perderá a causa de tu conocimiento» (1 Co. 6:6; 8:11). Se puede escuchar la indignación en la voz del apóstol al dictar estas frases acerca de la violación de la hermandad.

Ya es bastante evidente que, si bien el buen comportamiento es consecuencia inevitable de las buenas nuevas, no es «automático», en el sentido de que no necesita ser enseñado. Los apóstoles que proclamaron el evangelio entregaron también instrucción ética

clara y concreta. La ley y el evangelio se relacionaban así en su enseñanza. Si bien la ley es un maestro que nos conduce a Cristo, y nos coloca bajo tal disciplina y condenación como para hacer de Cristo nuestra única esperanza de salvación, Cristo ahora nos hace retomar la ley para enseñarnos cómo vivir. Inclusive su propósito de morir por nuestros pecados no consistió sólo en que fuéramos perdonados, sino que luego de ello «las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu» (Ro. 8:3, 4). Existen muchos pastores hoy en día quienes, por miedo a ser tildados como «legalistas», no entregan una enseñanza ética a la congregación. ¡Cuánto nos hemos alejado de los apóstoles! El «legalismo» es el intento erróneo de ganar nuestra salvación por obediencia a la ley. El «fariseísmo» es una preocupación por lo externo y los detalles del deber religioso. Enseñar los estándares de conducta moral que adornan el evangelio no es legalismo ni fariseísmo, sino simple cristianismo apostólico.

El tercer círculo de responsabilidad ética al que ahora dedicamos nuestra atención es el *doméstico*. Los apóstoles Pablo y Pedro incluyen una sección en sus epístolas que especifica los deberes recíprocos de esposos y esposas, padres e hijos, señores y siervos.<sup>36</sup> Es evidente que dan gran importancia al hogar cristiano y a la armonía que debe caracterizarlo, por lo que dan instrucciones directas a este respecto. El hogar, el matrimonio, la crianza de los hijos y trabajar por el sustento siguen siendo parte fundamental de la vida humana, y forman las preocupaciones diarias de la mayoría de la congregación cristiana. Más aún, los estándares cristianos en cada esfera difieren notablemente de aquellos del mundo no cristiano. Es por ello que hoy se necesita urgentemente una instrucción acuciosa sobre las doctrinas cristianas y los deberes del matrimonio, la paternidad y el trabajo, y son demasiado pocos los pulpitos donde se intenta entregarla.

### Cuestiones de carácter político y social

Más amplias que nuestros deberes individuales, eclesiásticos y domésticos son las cuestiones *sociales* que afectan en gran medida nuestro comportamiento en la comunidad. Permítanme comenzar con la enseñanza misma de nuestro Señor en el Sermón del Monte, que trata acerca de no vengarse y de amar a nuestros enemigos (Mt. 5:38-48; y Lc. 6:27-36). Esta es una enseñanza que nos saca de nuestro hogar e iglesia y nos inserta en un mundo donde reina la violencia y hay hostilidad en contra de la persona y estándares de Jesús. La cuestión de la actitud cristiana hacia quienes hacen el mal y el enemigo no puede ser confinada solamente al ámbito de la ética personal. Inmediatamente surgen preguntas acerca del estado y sus funcionarios (legisladores, policías y jueces). Pablo lo deja en claro al yuxtaponer deliberadamente el deber de cada cristiano de no pagar a nadie mal por mal, y el deber del estado de castigar al malo (Ro. 12:14-13:5). Por cierto, fortalece el contraste mediante su enseñanza sobre la ira y la venganza. «No paguen a nadie mal por mal», escribe. ¿Por qué no hacerlo? No porque la retribución sea mala en sí misma, sino porque ella es prerrogativa divina, y no nuestra: «'Mía es la venganza; yo pagaré', dice el Señor». De modo similar, no debemos maldecir a quienes nos persiguen sino bendecirlos; nunca vengarnos, sino vivir en paz con todos. ¿Cuál es la razón? ¿Será acaso sentir ira por el mal y juzgarlo incompatibles con la justicia? No, pero la ira y juicio pertenecen a Dios. «Dejen el castigo en las manos de Dios», dice Pablo (Ro. 12:19), porque Dios expresa su ira en parte mediante el estado político, el cual es «pues está al servicio de Dios para tu bien» (13:4).

La razón por la que he tratado brevemente de exponer esta enseñanza paulina es mostrar que el Sermón del Monte no puede ser confinado en forma simplista al ámbito de la ética individual; él hace surgir preguntas sobre la violencia y la no violencia en la comunidad, preguntas que no pueden ser evitadas en nuestra propia reflexión, o eliminadas del púlpito.

Pueden darse varios ejemplos más. Uno es la ética sexual. La Biblia enseña claramente ciertos estándares de moralidad sexual;

<sup>36</sup> Ef. 5:21-6:9; Col. 3:18-4:1; 1 P. 2:18-3:7.

por ejemplo, el matrimonio entre un hombre y una mujer, de por vida, es el único contexto sexual permitido, y que la «honra» mutua, en contraste con la «codicia» por sexo, debe ser el estilo a seguir para gozar de una unión sexual.<sup>37</sup> Más aún, y puesto que el matrimonio es un mandato que pertenece a la creación más que a la redención, estos estándares divinos se aplican a toda la comunidad humana, y no solamente a un grupo religioso que decrece. Por ende, es imposible contentarse con enseñar fielmente la ética sexual bíblica a la congregación (si bien, por cierto, ello es tan poco frecuente que por sí mismo sería un gran avance); también debemos mostrar interés en el debate público sobre ciertos temas candentes. Por ejemplo, acerca del matrimonio, hoy se cuestiona si debemos prescindir de él o no; acerca del divorcio y las segundas nupcias de personas divorciadas, hoy se alega de por qué se hace tanto alboroto del tema; y acerca de las parejas homosexuales, se pregunta el día de hoy —tomando en consideración que no sean promiscuas y que mantengan fidelidad— ¿no es acaso esta unión homosexual una variación aceptable del matrimonio heterosexual? Los cristianos deberían incorporarse con vigor a estos debates, y utilizar sin temor el púlpito para este fin. No sólo somos responsables de exponer los estándares de Dios con claridad y valor, sin transar, y de exhortar a nuestras congregaciones a mantener y exhibir estos valores con fidelidad gozosa, sino también de encomendarlos a la comunidad secular. Tal como debemos razonar sobre el evangelio además de predicarlo, como lo hicieron los apóstoles, no debemos enseñar solamente la ética cristiana (incluida la ética sexual), sino argumentar también que el acercarse a estos estándares conduce al bienestar de la sociedad, y el alejarse de ellos la destruye.

Del tema del sexo paso al del dinero. Jesús habló mucho sobre los peligros de la riqueza, el pecado de la codicia, la insensatez de la ambición materialista y el deber de la generosidad. Su hermano Santiago incluye en su carta una denuncia feroz (que nos recuerda a los profetas del Antiguo Testamento) a quienes acumulan riquezas como avaros, oprimen a los trabajadores reteniendo sus salarios y viven en lujo egoísta (Stg. 5:1-6). Juan, Pablo y Santiago, todos

<sup>37</sup> Gn. 2:24; Mr. 10:5-9; 1 Ts. 4:3-5.

ellos hacen hincapié en la obligación de los cristianos acomodados (personas que poseen «los bienes del mundo») de compartir de tal modo con los pobres como para asegurarse que cuenten con lo necesario para vivir.<sup>38</sup> Y sin embargo, ¿cuán seguido escuchamos esta enseñanza bíblica hoy en día, incluso en los púlpitos e iglesias que afirman adherirse estrictamente a la autoridad bíblica? ¿O tratamos de evadir el desafío de estos temas bíblicos restringiendo el alcance de nuestro interés a otros cristianos empobrecidos? Sin duda, aun ello sería un paso revolucionario, porque existen millones de cristianos desposeídos y aun indigentes en el mundo, cuya condición es una vergüenza para nuestra afluencia cristiana occidental. Sin embargo, esta restricción es inadmisibles. Porque si bien la Biblia enseña por cierto que nuestra responsabilidad prioritaria es hacia nuestros hermanos y hermanas de la comunión, nos manda también hacer el bien a todos (Gá. 6:10). Por supuesto, Jesús nos mandó amar incluso a nuestros enemigos y a expresar activamente nuestro amor porque sólo entonces probaremos ser hijos genuinos de nuestro Padre celestial, quien ama a buenos y malos sin medida, y expresa su amor en los regalos de la lluvia y el sol que caen para todos (Mt. 5:43-8). Por ende, la gran desigualdad económica entre las naciones del norte y el sur no es sólo una preocupación legítima de los cristianos sino que es obligatoria. Es una extensión inevitable de las doctrinas bíblicas de unidad de la raza humana, la mayordomía de los recursos terrestres y la injusticia inherente a los privilegios desiguales.

Acabo de pasar rápidamente al quinto y más amplio de los círculos concéntricos de ética cristiana: el *político*, es decir, a las situaciones de injusticia social que pueden mejorar pero no ser remediadas sin la acción política. ¿Cuál debe ser la actitud de los predicadores hacia las cuestiones de la «macroética»? Ellas ejercen presión en todas direcciones: la opresión humana y un grito por liberación; pobreza, hambre, analfabetismo y enfermedad; la contaminación ambiental y la conservación de los recursos naturales; el aborto, la eutanasia, la pena capital y otros temas relativos a la vida y la muerte; el trabajo, el esparcimiento y el desempleo; los derechos y libertades civiles; la deshumanización de la tecnocracia

<sup>38</sup> Stg. 2:14-18; 1 Jn. 3:17, 18; 2 Co. 8:1-15.



y la burocracia; el aumento del crimen, y la responsabilidad de la sociedad hacia el criminal; el racismo, el nacionalismo, el tribalismo y la comunidad humana; violencia y revolución; la carrera armamentista, el horror nuclear y la amenaza de una guerra mundial. La lista parece no tener fin. Éstas son las preguntas que llenan nuestros diarios y que a los estudiantes universitarios que les gusta reflexionar debaten día y noche. ¿Entonces cómo podemos eliminarlas del púlpito? Si lo hacemos con el fin de concentrarnos exclusivamente en los temas «espirituales», perpetuamos la desastrosa separación de lo sagrado y lo secular (dando a entender que éstas son esferas distintas y que Dios se preocupa de una y no de la otra); divorciamos la fe cristiana de la vida cristiana; instamos a un mojigato retiro cristiano del mundo real; justificamos la bien conocida crítica de Marx, de que la religión es el opio que droga a la gente para acallar ante el status quo; confirmamos la cobarde sospecha de los no cristianos que el cristianismo es irrelevante. Todo lo anterior es un precio demasiado caro para pagar debido a nuestra irresponsabilidad.

Pero puedo escuchar a mis detractores unirse para el contraataque. «Presumes abogar por que los predicadores cristianos hagan algo que ni los escritores bíblicos ni Jesús ni sus apóstoles hicieron jamás. Nunca participaron en política; predicaron la salvación. La instrucción ética que entregaron se limitaba al individuo, el hogar y la iglesia. No se ocuparon de las cuestiones sociales o socio-políticas del mundo exterior». ¿Estás seguro de esto, mi amigo y crítico?, le respondería. Te ruego que pienses de nuevo, y consideres estos argumentos. El Dios vivo de la Biblia es tanto el Dios de la creación como del pacto, y su interés se extiende más allá de su propia comunidad del pacto hasta alcanzar a toda la comunidad humana. Y puesto que es un Dios de justicia y compasión, desea que éstas florezcan en cada sociedad. Mira los dos primeros capítulos de Amós, donde se escribe que el juicio no caerá sólo sobre su pueblo, los reinos de Israel y Judá, por desestimar la ley y oprimir a aquellos sin poder, sino también sobre las naciones paganas vecinas: sobre Siria y Filistea, Tiro, Edom, Amón y Moab. ¿Y cuál es la razón? Por sus atrocidades bárbaras en la guerra, por despoblar los países conquis-

tados y esclavizar a sus pueblos, por profanar los restos de un rey enemigo. Este pasaje (con oráculos proféticos similares contra las naciones) muestra que Dios se preocupa de la justicia y el comportamiento humano en cada comunidad.

De la mano con ello va la doctrina bíblica sobre el ser humano, hombre y mujer; la corona de la creación de Dios que se le asemeja y posee un valor y dignidad únicos, que por ello debe ser honrada, respetada y servida. Oprimir al pobre es insultar a su Creador, dice la Escritura, y maldecir a los seres humanos es deshonorar a personas que están hechas a la semejanza de Dios (Pr. 14:31; Stg. 3:9). Este respeto hacia los seres humanos como seres semejantes a Dios es fundamental según la Biblia, en lo que respecta a nuestra actitud hacia ellos. Nos motiva a oponernos a todo aquello que deshumaniza a los hombres, y a apoyar lo que los hace más humanos. Por cierto, nada es más humanizador que el evangelio. Por ello, debemos proclamarlo por todo el mundo, con toda la energía, acuciosidad, urgencia y pasión posibles. Pero una vez que la salvación de Cristo ha traído a las personas a una relación apropiada con Dios, y las ha hecho erguirse y levantar sus rostros con nuevo respeto hacia sí mismas porque saben ahora que son sus hijos amados y adoptados, no podemos dejarlas solas en las condiciones inhumanas de pobreza, enfermedad y analfabetismo en que tantos millones están condenados a vivir. Tampoco podemos considerar las mismas condiciones inhumanas que oprimen a los no cristianos, y reaccionar ante ellas con sangre fría y apatía justificándonos en que sus víctimas no conocen a Cristo. ¿Qué clase de discriminación inmisericorde es ésta? ¿Es que acaso no llevan también la imagen divina? ¿No es toda opresión una ofensa hacia Dios? Entonces lo que le desagrada a Dios debe desagradarnos a nosotros también. No podemos ser espectadores pasivos y cruzarnos de brazos.

En lo que respecta a nuestro Señor Jesucristo, su mensaje tenía implicaciones políticas de un alcance mayor que el que suele reconocerse. Sus contemporáneos así lo pensaban por cierto puesto que mandaron arrestarlo, enjuiciarlo y condenarlo bajo cargos de sedición. «Hemos descubierto a este hombre agitando a nuestra nación», dijeron los líderes judíos a Pilato, «se opone al pago de

impuestos al emperador y afirma que él es el Cristo, un rey» (Lc. 23:1, 2), mientras que la inscripción puesta sobre la cruz, que identificaba el crimen por el que se le ejecutaba, rezaba: «Éste es el rey de los judíos» (Lc. 23:38). Por cierto, la acusación judía era en parte una mentira. Jesús no pervirtió la nación ni prohibió dar tributo al César, pero sí afirmó ser rey, el rey por excelencia, en verdad, el rey de Dios. Los líderes judíos percibieron algunas de las implicaciones de apelar a ese argumento. Ciertamente, los judíos continuaron la misma campaña contra los apóstoles. «¡Éstos que han trastornado el mundo entero...», fue su queja en Tesalónica. Es decir, son subversivos políticos, porque «todos ellos actúan en contra de los decretos del emperador, afirmando que hay otro rey, uno que se llama Jesús» (Hch. 17:6, 7). ¿Era una calumnia o era cierto? Era ambas cosas. Es evidente que los apóstoles no estaban incitando a la gente a una revuelta, pero proclamaban la suprema condición real de Jesús y ello significaba necesariamente negarle al César aquello que más ambicionaba: el homenaje absoluto de sus súbditos, incluso la adoración a él. Más aún, significaba que el rey Jesús tenía una comunidad de súbditos que se dirigía a él en busca de instrucciones acerca de sus valores, estándares y estilo de vida; quienes se sabían responsables de ser sal y luz del mundo, y quienes estaban preparados para desafiar al César y seguir a Jesús aun a costa de sus vidas cada vez que hubiera colisión entre ambas comunidades y sus sistemas de valores. Era muy alarmante para el círculo político dominante, cuyo principal interés era mantener sin disturbios el status quo social.

Aun así, estos argumentos no convencerán a mis detractores. Aun al asumir la cuestión de los reyes rivales y las comunidades alternativas, dirán que, de cualquier forma, Jesús y los apóstoles no le indicaron al César como conducir sus asuntos, o cómo debía mejorarse el código legal del Imperio Romano, ni exigieron la abolición de la esclavitud. Es muy cierto que éste no fue el caso. Pero seguramente no argumentaremos que ellos toleraron la esclavitud, y que los políticos cristianos que finalmente lograron asegurar la abolición, primero en Gran Bretaña y luego en Estados Unidos, erraban en su comprensión de su deber y no tenían un mandato

de Cristo para hacerlo. Mis detractores ciertamente no seguirán esta línea de discusión. No; seguramente todos coincidiremos en que William Wilberforce y sus amigos, discernieron la mente de Dios y cumplieron su voluntad al actuar valerosamente; que dedujeron correctamente de la Escritura que la esclavitud (el que un ser humano sea dueño de otro) es incompatible tanto con la doctrina cristiana sobre el hombre como con la «justicia» que Pablo requirió de los dueños de esclavos hacia ellos (Col. 4:1); y que fueron estimulados debidamente desde los púlpitos cristianos a traducir estos principios bíblicos a la práctica. Por ello iniciaron su campaña, con perseverancia indomable, no sólo contra la abolición del comercio de esclavos («esta práctica maligna y detestable en grado sumo», según Wilberforce<sup>39</sup>), sino en favor de la emancipación de los esclavos.

*¿Por qué entonces los cristianos no dedujeron esto de las Escrituras y se deshicieron de ello siglos antes? Dejando de lado la tragedia de los puntos débiles, la principal diferencia entre los tiempos del Nuevo Testamento y el siglo XIX radica en el status social y el poder político de los cristianos.*

En los primeros siglos los cristianos eran una minoría diminuta, perseguida y sin poder. La actividad política directa no era una posibilidad. Ocurre lo mismo con muchos cristianos en muchos países hoy en día, cuya cultura predominante es marxista, musulmana, hindú, budista o secular. En muchas de estas situaciones no existe un gobierno democrático y, de haberlo, no hay cristianos en el parlamento, o sólo muy pocos. En tal estado de falta de poder político, los cristianos pueden predicar y enseñar, argumentar y persuadir (con mayor o menor grado de libertad), y buscar exponer sus creencias y estándares mediante vidas y hogares consecuentes, pero no pueden obrar directamente en la política.

No obstante, ¿qué podemos decir acerca de Occidente y de algunos países del Tercer Mundo donde aquellos que dicen ser cristianos son de hecho mayoría, y la cultura ha sido substancialmente cristiana por siglos? Sin duda, en esta situación nuestras responsabilidades cristianas son bastante diferentes. Si bien difícilmente es la responsabilidad de una denominación o iglesia como tal el par-

<sup>39</sup> Pollock, *Wilberforce*, p. 53. William Wilberforce (1759-1833), nacido en Inglaterra, fue un político cristiano que luchó toda su vida, en su país, contra el comercio de esclavos y la esclavitud. Gracias a su persistencia en el Parlamento británico, el comercio de esclavos fue finalmente abolido en 1806. La esclavitud misma no llegó a abolirse hasta el 29 de julio de 1833, cuatro días antes de su muerte.

ticipar directamente en política, los individuos y grupos cristianos sí deben hacerlo, y debieran ser estimulados a ello desde el púlpito puesto que los cristianos debieran evitar los errores extremos del *laissez faire* (no hacer contribución alguna al bienestar político de la nación), y el de imponerse (tratar de forzar la visión de una minoría sobre una mayoría que se rehúsa a ello, como en el caso de las leyes norteamericanas sobre el licor en el periodo de la Prohibición). En lugar de ello, recordaremos que democracia significa el gobierno con el consentimiento de los gobernados, donde «consentimiento» significa una opinión pública mayoritaria, y que la opinión pública es cosa volátil, abierta a la influencia cristiana. Los pesimistas responderán que la naturaleza humana es corrupta (lo cual es cierto), que la utopía es inalcanzable (también cierto), y que la actividad socio-política es por lo tanto una pérdida de tiempo (lo cual no es cierto). Es realmente absurdo afirmar que la mejora social por medio de la influencia cristiana es imposible puesto que el registro histórico demuestra lo contrario. Dondequiera que el evangelio cristiano ha llegado y triunfado, ha traído como consecuencia nueva preocupación por la educación, nueva disposición para escuchar a los disidentes, nuevas normas de imparcialidad en la administración de la justicia, una nueva responsabilidad hacia el medio ambiente, nuevas actitudes hacia el matrimonio y el sexo, nuevo respeto por las mujeres y los niños, una nueva resolución compasiva de aliviar a los pobres, sanar los enfermos, rehabilitar a los prisioneros y cuidar de ancianos y moribundos. Más aún, al crecer la influencia cristiana, estos valores llegan a expresarse no sólo en empresas filantrópicas, sino también en legislaciones humanitarias. Ello aún dista de ser una Utopía. Tampoco se trata del «evangelio social» del liberalismo anticuado que cometió el error de hacer equivalentes el Reino de Dios y la sociedad cristianizada. No es así; el Reino de Dios consiste en que él gobierna a su pueblo redimido por medio de Cristo. Pero este nuevo pueblo que tiene nueva vida, nueva visión y poder está destinado a ser la sal y luz del mundo. Pueden evitar el deterioro social, expandir la luz del amor, la paz y la justicia de Cristo, y ayu-

dar con ello a moldear una nueva sociedad que agrade más al Dios de compasión y justicia que la antigua sociedad a la que reemplace.

No sugiero que sea el púlpito el lugar donde se elaboren programas políticos precisos o desde donde sean asignados. Más bien, es responsabilidad del predicador revelar los principios bíblicos que se relacionan con los problemas de la sociedad contemporánea. De esta forma se ayuda a todos a desarrollar un juicio cristiano sobre estos, a inspirar y estimular a aquellos líderes que forman opinión y se encargan de las políticas actuales en la congregación y que ocupan puestos de influencia en la vida pública, a aplicar estos principios bíblicos a su vida profesional. Puede que existan políticos en la congregación, o bien abogados, profesores, doctores, industriales, hombres de negocios, novelistas, periodistas, actores, productores de radio y televisión y libretistas. El púlpito debe ayudarlos a desarrollar el pensamiento cristiano y de este modo a penetrar más profundamente su segmento de la comunidad humana para Cristo.

Sin lugar a dudas, el púlpito tiene influencia política, si bien nada se dice desde él que esté remotamente relacionado con esta área. Puesto que el predicador respalda con su silencio las condiciones sociopolíticas contemporáneas y en lugar de promover la transformación de la sociedad y hacerla que agrade más a Dios, el púlpito se convierte en un espejo que la refleja, y la Iglesia termina conformándose al mundo. Mantener neutralidad en el púlpito es imposible. Podemos encontrar vasta evidencia de ello en la antología *Sermons and Society* de Paul Welsby, que consiste en 45 sermones anglicanos predicados durante los últimos 400 años y que culmina en 1947. Comienza su prefacio con estas palabras:

El objeto de esta antología es ilustrar la actitud de los predicadores anglicanos hacia las condiciones sociales de este país desde los tiempos de la Reforma. Durante el proceso de lectura de los sermones podemos ver también, mediante la perspectiva del predicador, cómo era la vida en Inglaterra al momento de predicarse el sermón.<sup>40</sup>

<sup>40</sup> Welsby, p. 9.

Algunos predicadores cedieron ante el status quo, mientras que otros lo denunciaron. Algunos se oponían a reformas, otros las promovían activamente. Sus sermones, por ende, nos hablan de la sociedad y la Iglesia, y acerca del impacto de cada una sobre la otra. Durante gran parte de este periodo, tristemente, «la enseñanza social de la Iglesia había dejado de ser importante porque la Iglesia misma había dejado de pensar». Ésta fue la apreciación de R.H. Tawney, citado por Paul Welsby.<sup>41</sup> Sólo desde fines del siglo XIX, según argumenta, la Iglesia pasó a tener más influencia en el cambio social.

### Tratar temas controvertidos

Entonces, si hemos de incluir en nuestra predicación temas que tienen implicancias sociales, morales y políticas, ¿cómo trataremos los temas polémicos? No existe duda de que aun los cristianos igualmente bíblicos, con igual deseo de descubrir la mente de Dios en su Palabra y de someterse a ella al descubrirla, llegan a distintas conclusiones y se encuentran en penoso desacuerdo entre ellos. ¿Cómo, entonces, debemos lidiar con estos temas? Podemos tomar uno de tres caminos.

En primer lugar, podemos evitar todos estos temas en conjunto. Podemos decir: «La controversia no tiene cabida en el púlpito». «Quiero ser capaz de predicar con autoridad, dar eco a la formulación profética: ‘Así dice el Señor’ o declarar dogmáticamente: ‘La Biblia dice’. Pero no puedo predicar sobre estos temas con autoridad, en parte porque aun entre cristianos se consideran polémicos y, en parte, porque no poseo el conocimiento o la experiencia necesarios para ello. No tengo alternativa. Por esta razón, los evitaré».

Esta actitud es comprensible, pero irresponsable. El pueblo cristiano está clamando por dirección en estas áreas. Quieren que se les ayude a pensar en ellas como cristianos. ¿Los abandonaremos para que naden solos en estas aguas profundas? Hacer esto es de cobardes.

En segundo lugar, podemos adoptar una postura fanática. En este caso, si predicamos sobre la guerra, nos convertiremos en pacifistas inflexibles (palomas de la paz) o en militaristas (halcones de guerra); si predicamos acerca de las realidades económicas, o bien defenderemos el capitalismo o abogaremos por el socialismo; si predicamos sobre las relaciones entre hombre y mujer, esposo y esposa, abrazaremos ya sea el feminismo total o el machismo total. De este modo podemos predicar en forma dogmática y apasionada. Puesto que tenemos una posición muy definida que recomendar, podemos hacerlo con toda la elocuencia y argumentos de que podamos hacer acopio, e ignorar al mismo tiempo otros puntos de vista.

Ello es hacer mal uso del púlpito, el cual está destinado a la exposición y aplicación de la Palabra de Dios y no a ventilar opiniones privadas, no a pretender que contamos con la infalibilidad de un profeta bíblico o apóstol. Es también engañoso porque da la impresión de que sólo existe una postura posible para los cristianos, y oculta el hecho de que otros cristianos bíblicos piensan distinto. Éste es el camino del dogmatista, y pienso que incluso el del necio.

¿Podemos encontrar un tercer camino? ¿Existe una forma valerosa, no cobarde, humilde y no dogmática, prudente y no necia de tratar los temas polémicos en el púlpito? Creo que sí. Consiste en ayudar a los cristianos a desarrollar una mentalidad cristiana. La mente cristiana (una expresión popularizada por Harry Blamires en su libro *The Christian Mind*) no es una mente que piensa en temas específicamente cristianos o incluso religiosos, sino una mente que piensa en todo sin importar cuán «secular» aparente ser, y lo hace en forma cristiana, o dentro de un marco de referencia cristiano. No es una mente repleta de respuestas memorizadas a cada pregunta, todas archivadas ordenadamente como en el banco de memoria de un computador; es más bien una mente que ha absorbido las verdades bíblicas y presuposiciones cristianas en forma tan acabada que es capaz de ver cada tema de interés desde una perspectiva cristiana, y llegar entonces a una apreciación cristiana al respecto. Mr. Blamires lamenta la pérdida casi total de la mente cristiana entre los líderes actuales: «La mente cristiana ha

<sup>41</sup> *Religion and the Rise of Capitalism*, de R.H. Tawney (Pelican, 1938), p. 171, citado por Welsby, p. 16.

sucumbido ante la corriente secular con tal grado de debilidad y falta de valor sin precedentes en la historia cristiana... En su calidad de ser *pensante*, el cristiano moderno ha sucumbido ante la secularización».<sup>42</sup>

Los predicadores deben facilitar la recuperación de la mente cristiana. Debido a la exposición sistemática de la Biblia a lo largo de los años, debiéramos estar entregando a la congregación un sistema de verdades. Esto debe incluir convicciones tan básicas como la realidad y personalidad amorosa del Dios vivo, la dignidad de los seres humanos a partir de la creación y su corrupción producto de la caída, la fuerza penetrante del mal y la primacía del amor, la victoria y reino de Jesucristo, el carácter central de la nueva comunidad para el propósito histórico de Dios, la transitoriedad del tiempo y la certeza del *ésjaton* de juicio y salvación. En términos más simples, se puede decir que una mente es cristiana cuando ha comprendido bien el esquema bíblico que consta de cuatro elementos: la creación, la caída, la redención y la consumación, y cuando es capaz de evaluar los fenómenos de la vida a la luz de él. Por ello toda nuestra predicación, semana a semana, debe revelar gradualmente «todo el consejo de Dios» y contribuir al desarrollo de las mentes cristianas en la congregación.

Entonces, ¿cómo se relaciona esta tarea con la predicación polémica? ¿Cómo podemos ayudar a los miembros de la Iglesia a pensar en forma cristiana acerca de un tema de debate en particular? Al parecer nuestro deber consta de cuatro aspectos. En primer lugar, debemos exponer con valor, claridad y convicción el principio o principios bíblicos correspondientes, y aquellos aspectos del tema sobre los cuales Dios ha revelado su voluntad explícitamente. En segundo lugar, debemos buscar resumir objetivamente las demás aplicaciones que los cristianos bíblicos han generado, y los argumentos que han utilizado para sustentar sus conclusiones. En tercer lugar, debemos darnos la libertad de indicar, si creemos que es prudente, nuestra posición y la razón para ello. En cuarto lugar, debemos darle a la congregación la libertad de decidir por sí misma, luego de comprender los principios que hemos enseñado y sopesar los temas que presentamos.

<sup>42</sup> Blamires, p. 3.

Mi primer ejemplo proviene del Medio Oriente. En dos o tres ocasiones tuve la oportunidad de viajar por varios países árabes y así experimentar la tensión árabe-israelí directamente, y percibir algo del sentido de injusticia árabe con respecto a la cuestión palestina. ¿Cómo deben reaccionar los cristianos árabes ante esta situación?, se me preguntó. ¿Qué deberían decir sus pastores al respecto? Me parece que no es posible eliminar del púlpito lo que conforma el principal tema de conversación fuera de él, y tampoco adoptar una postura fanática y extrema como si la justicia estuviera entera y exclusivamente en uno de los lados, si bien pienso que existen pastores que siguen ambos cursos. Es quizás una presunción para un extranjero como yo el opinar sobre una situación tan delicada, pero después de discutirlo con algunos líderes cristianos locales puedo decir algo como esto: por un lado, existen algunas verdades evidentes de la Escritura que los pastores debieran predicar con confianza, por ejemplo, que el Dios de la Biblia es un Dios de justicia y no tolera la injusticia de ningún individuo o nación; que el odio y la venganza personales están completamente prohibidos a los cristianos; que Jesús mandó a sus seguidores a amar a sus enemigos, y expresar su amor en forma constructiva en obras y oraciones; que por ende, cada iglesia árabe cristiana que se reúne a adorar debería orar específicamente por Israel, y cada grupo cristiano en Israel debería orar por sus vecinos árabes; que Jesús espera que sus discípulos soporten el sufrimiento injusto con paciencia y sin represalias; que los llama a ser pacificadores; y que los cristianos que obedecen toda esta enseñanza de Jesús (ya sean judíos o árabes) tendrían que disociarse del fanatismo ciego y vengativo de muchos de sus compatriotas, y que es posible, por lo tanto, que se les mal interprete, se les acuse de no ser patriotas, y se los difame. Nada de esta enseñanza podría llamarse polémica.

Por otro lado, persisten áreas de controversia que causan perplejidad en las que sería necesario que el pastor cristiano fuera menos drástico. ¿Qué enseña la Biblia sobre las naciones, la soberanía nacional sobre un algún territorio y, en particular, el derecho a ocupar la tierra prometida? ¿Es correcto alguna vez obtener justicia por medios violentos? ¿Deberían los cristianos en el ejército

tirar a matar? ¿Qué tipo de reconciliación cristiana constructiva sería posible? El pastor debería abrir el debate en estas áreas. Tendríamos que admitir que en el tema de la violencia y el pacifismo, por ejemplo, los cristianos se han alineado en bandos opuestos a lo largo de toda la historia de la Iglesia; que si bien todos los cristianos condenan la guerra como un mal y están de acuerdo en que no es correcto matar a civiles inocentes, algunos han ido más lejos y afirmado que el camino de la cruz exige la renuncia incondicional a la violencia; otros han desarrollado la teoría de la «guerra justa», es decir, que la guerra puede ser el menor de dos males en ciertas situaciones (de acuerdo con su objeto, los medios empleados, el sufrimiento implícito y el resultado previsto). Los miembros de la iglesia deben ser estimulados a enfrentar el tema, considerar los argumentos y llegar a una conclusión propia.

Quizás, como segundo ejemplo, podría tomar el debate sobre el aborto en el mundo occidental. Si uno predicara a este respecto, el principio bíblico claro a enseñar con autoridad consistiría en la santidad de la vida humana. Es decir, la razón por la que el asesinato es visto en la Escritura como un crimen tan abominable no es tanto por la santidad de toda vida (el cual, llevado al extremo, es un concepto más budista que cristiano) sino por la santidad de la vida humana, «porque el ser humano ha sido creado a imagen de Dios mismo» (Gn. 9:6). El área de debate tiene que ver con el punto de desarrollo en que el feto debe ser considerado un ser humano. La postura católico-romana dice que, desde el momento de la fusión, existe un ser humano completo, en cuerpo y alma. La visión protestante dice que ciertamente Dios nos conocía desde antes que naciéramos; que es él quien nos dio forma en el vientre materno (Sal. 139:13-16); y que el feto, desde el momento de la fusión por lo menos, es «un ser humano en formación». Los teólogos protestantes han hecho hincapié en que el niño por nacer (y no sólo la madre) tienen «derechos» que deben ser protegidos. Por esta razón no sólo ven con horror «el aborto a pedido», sino que se han opuesto a todos los abortos, excepto en los casos en que se debe optar entre la vida del niño y de la madre. Es materia de un debate concienzudo y aprehensivo el que haya otros casos extre-

mos en que pueda justificarse una terminación médica del embarazo (p. ej., cuando una joven soltera queda embarazada luego de una violación). Los cristianos llegan a una decisión más fácilmente en tales casos cuando su mente cristiana ha comprendido bien la santidad de la vida de los seres humanos hechos a semejanza de Dios, ya sea que estén «en formación» o completamente desarrollados.

Nuestra tarea como predicadores, entonces, no es evitar todas las áreas de controversia ni proporcionar respuestas hábiles a cuestiones complejas con el fin de ahorrarles a las personas la molestia de pensar. Ambas opciones equivalen a tratarlos como a niños que no pueden pensar por sí mismos, y condenarlos a la inmadurez perpetua. En lugar de ello, nuestra responsabilidad es enseñarles con claridad y convicción las evidentes verdades de la Escritura con el fin de ayudarlos a desarrollar una mente cristiana, estimularlos a usarla para pensar en los grandes problemas de hoy y, de este modo, crecer en su madurez en Cristo.

### **El camino cristiano a la madurez**

La reflexión y la toma de decisiones cuidadosas son un aspecto indispensable de la madurez humana; a ello se debe el llamado elemento «no directivo» en los procedimientos de consejería modernos. Escoger por otras personas significa tratarlos como niños y mantenerlos como tales, ayudarlos a tomar sus propias decisiones es tratarlos como adultos y ayudarlos a convertirse en adultos. Los maestros y profesores cristianos deben dar lo mejor de sí para garantizar esta libertad humana, y defenderla de la manipulación inhumana del mundo secular como vemos en algunas formas de publicidad y educación.

En su famoso libro *The Hidden Persuaders* (Los persuasores ocultos), cuyo subtítulo dice: «una introducción a las técnicas de persuasión masiva por medio del inconsciente», el autor y periodista Vance Packard describió a los norteamericanos como «el pueblo más manipulado fuera de la Cortina de Hierro»,<sup>43</sup> debido a su exposición constante a «los publicistas que operan a profundidad

<sup>43</sup> Packard, p. 9.

mental» o «persuasores en profundidad». Él argumenta que, mediante la utilización de los hallazgos de la «investigación motivacional» (experimentos relativos a las razones subconscientes para seleccionar), los comerciantes, expertos en relaciones públicas, encargados de fondos, políticos, industriales y otros están explotando sistemáticamente nuestras debilidades ocultas (p. ej., nuestra vanidad, ambición, temores y deseo sexual). El libro es interesante, pero también perturba puesto que revela las posibilidades de persuadir a las personas bajo el nivel de la superficie consciente. «Se hacen esfuerzos en gran escala», escribe Packard, «a menudo con un éxito impresionante, para canalizar nuestros hábitos no racionales, nuestras decisiones de compra, y nuestros procesos de reflexión mediante el uso de las ideas de la psiquiatría y las ciencias sociales». <sup>44</sup> Ya sea que se nos considere «consumidores» <sup>45</sup> o «ciudadanos», <sup>46</sup> los persuasores ocultos están obrando, y tratan de «invadir la intimidad de nuestras mentes». <sup>47</sup>

La segunda esfera de manipulación es la educación. Muchos han escrito al respecto, pero el autor que he escogido para ilustrar este peligro es Paulo Freire, nacido en Recife, al noreste de Brasil, en 1921. Al experimentar en carne propia las angustias del hambre cuando tenía sólo once años, se comprometió a luchar contra el hambre en el mundo. Llegó a ser Secretario de Educación y coordinador general del «Plan nacional de alfabetización para adultos» de Brasil; pero luego del golpe militar de 1964 fue primero encarcelado, y luego exiliado. Desde ese entonces ha trabajado en Chile, Harvard y Ginebra. Su principal preocupación es lo que él llama «la cultura del silencio», es decir, la condición pasiva e ignorante en que están sumergidas las masas latinoamericanas. Por ello, en su libro *Pedagogía del oprimido* aboga por la «concientización», un proceso educacional por el cual perciben primero su realidad social en forma precisa y luego emprenden la acción para transformarla. Ahora bien, Paulo Freire es evidentemente un marxista, y hay por eso ciertos aspectos de su libro que encuentro desagradables e inaceptables. Sin embargo, no pienso que su compromiso con el marxismo sea razón alguna para rechazar su principal tesis educacional. Freire hace contraste entre dos conceptos educativos. El pri-

mero es la educación «narrativa», así llamada porque implica «un sujeto —el que narra — (el profesor) y objetos pacientes, oyentes — los educandos». Convierte a los estudiantes en «vasijas» o «recipientes», que los educadores proceden a llenar. «De este modo, la educación se transforma en un acto de depositar en el cual los educandos son los depositarios y el educador quien deposita. En vez de comunicarse, el educador hace comunicados y depósitos que los educandos, meras incidencias, reciben pacientemente, memorizan y repiten». <sup>48</sup>

El concepto alternativo, por el que aboga el mismo Paulo Freire, lo llama «la educación problematizadora», por oposición al «acto de depositar». <sup>49</sup> Presupone una situación dialogal en que profesores y estudiantes confrontan la realidad juntos y se ayudan unos a otros a reflexionar sobre ella en forma crítica. Él resume la diferencia entre ambos conceptos de la siguiente manera:

Es así como, mientras la práctica «bancaria», como recalcamos, implica una especie de anestésico, inhibiendo el poder creador de los educandos, la educación problematizadora, de carácter auténticamente reflexivo, implica un acto permanente de descubrimiento de la realidad. La primera pretende mantener la *inmersión*; la segunda, por el contrario, busca la emersión de las conciencias, de la que resulta su *inserción crítica* en la realidad. <sup>50</sup>

Más aún, es en este aspecto donde se distingue más claramente al hombre de los animales. Según argumenta, los animales son «ahistóricos» porque no pueden reflexionar sobre su situación ni establecer objetivos, o bien dedicarse intencionalmente a transformar la realidad. En contraste, los seres humanos tienen conciencia de su realidad y del mundo, y pueden trazar objetivos para un cambio. <sup>51</sup> Y reitera: «La diferencia entre los dos, entre el animal, de cuya actividad, por no constituir «actos límites», no resulta una producción más allá de sí, y los hombres que, a través de su acción sobre el mundo, crean el dominio de la cultura y de la historia, radica en que sólo éstos son seres de la praxis». <sup>52</sup> Sin esta reflexión y acción no serían plenamente humanos. Porque es al pensar y actuar que cesan de ser meros objetos de la dominación y manipu-

<sup>44</sup> En el mismo lugar, p. 11.

<sup>45</sup> En el mismo lugar, Primera Parte.

<sup>46</sup> En el mismo lugar, Segunda Parte.

<sup>47</sup> En el mismo lugar, p. 216.

<sup>48</sup> Freire, pp. 71-2.

<sup>49</sup> En el mismo lugar, p. 85.

<sup>50</sup> En el mismo lugar, p. 88.

<sup>51</sup> En el mismo lugar, p. 114. 115.

<sup>52</sup> En el mismo lugar, p. 118.

lación de otros, y se convierten ellos mismos en sujetos, y toman la historia en sus propias manos.<sup>53</sup>

Entonces, cuando se hace publicidad o se educa es posible manipular o servir a las personas, deshumanizarlas o bien ayudarlas a crecer hasta alcanzar la madurez humana. La misma alternativa confronta al predicador. Es cierto que la predicación es un proceso distinto, y ciertamente único, puesto que conlleva el trato de la Palabra de Dios inspirada y fidedigna y, sin embargo, jamás debemos utilizar la autoridad de la Palabra de Dios de tal modo que destruyamos la cualidad humana de las personas. Porque Dios mismo, debido al amor que tiene por las personas que ha creado a su propia imagen, nos trata como a seres humanos. Él respeta la mente y voluntad que nos ha dado; se rehúsa a forzarnos, y en lugar de ello pide nuestra respuesta reflexiva, amorosa y libre. ¿No es ésta la razón por la que los escritores bíblicos estimulan a sus lectores a desarrollar una atención reflexiva? Eliú tuvo razón al decir que «el oído saborea las palabras, como saborea el paladar las comida», con la intención ya sea de degustarlo o escupirlo. Tal como con el alimento, así es con las ideas; Eliú continúa: «Examinemos juntos este caso; decidamos entre nosotros lo mejor» (Job 34:1-4). De forma similar, en el Nuevo Testamento, se les dijo a los cristianos que sometieran a los espíritus a prueba, si son de Dios o no, y por cierto que examinaran todo, porque sólo entonces podrían aferrarse a lo bueno y evitar toda clase de mal (1 Jn. 4:1; 1 Ts. 5:19-22). Es decir, que aun los mensajes que parecían ser inspirados debían ser evaluados a la luz de la enseñanza apostólica: De este modo, el conocimiento y discernimiento cristianos aumentaría gradualmente, los cristianos alcanzarían la madurez, y tendrían «la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo» (Fil. 1:9, 10; Heb. 5:14).

Quienes estamos llamados a ser predicadores cristianos hoy en día debemos hacer todo lo posible para ayudar a la congregación a alejarse gradualmente de la influencia de lemas prestados y clichés mal utilizados, y a desarrollar en su lugar el poder crítico en lo moral y lo intelectual, es decir, su habilidad de distinguir entre verdad y error, el bien y el mal. Es evidente que debemos estimular una actitud de sumisión humilde a las Escrituras, pero aclarar al

mismo tiempo que no afirmamos ser infalibles en nuestra interpretación de ellas. Debemos pedir encarecidamente a nuestros oyentes que «prueben» y «evalúen» nuestra enseñanza. Debemos recibir las preguntas con agrado, no con molestia. No debemos esperar que queden alucinados por nuestra predicación, que se aferren como por encanto a nuestras palabras, y las absorban como esponjas. El desear que dependan de nosotros sin ejercer crítica alguna es merecer la feroz denuncia de Jesús sobre aquellos que querían que los hombres nos llamasen «Rabí» (Mt. 23:7, 8). En contraste, el pueblo de Berea es elogiado por ser noble; más noble de hecho que los tesalonicenses porque en ellos se combinaba la receptividad entusiasta con la atención crítica: «de modo que recibieron el mensaje con toda avidez y todos los días examinaban las Escrituras para ver si era verdad lo que se les anunciaba» (Hch. 17:11).

Esta clase de mente abierta pero que cuestiona está implícita incluso en la metáfora «pastoral». Es cierto que las ovejas son descritas a menudo como criaturas «dóciles», lo cual puede ser cierto, pero discriminan bastante lo que comen, ciertamente no son omnívoras sin distinción como las cabras. Más aún, la forma en que las alimenta el pastor es significativa. En realidad, no las alimenta en absoluto (con la excepción, quizás, de algún cordero enfermo que toma en sus brazos y le da los alimentos con sus propias manos); en su lugar, las lleva a buenos pastos donde pueden alimentarse ellas mismas.



En conclusión, permítanme resumir las principales características del ministerio de la predicación, concebido como la actividad de construir puentes entre la Palabra y el mundo contemporáneo. Tal predicación tendrá autoridad al exponer los principios bíblicos, y será cuidadosa al aplicarlos a los complejos temas de discusión actuales. Esta combinación de autoridad y cuidado, lo dogmático y lo agnóstico, convicción y apertura, enseñar a la gente y dejarlos decidir libremente, es en extremo difícil de mantener. Pero, por un lado, me parece que la anterior es la única forma de

<sup>53</sup> En el mismo lugar, véase pp. 119.



tratar la Palabra de Dios con integridad (declarando lo evidente, sin pretender que todo es evidente, cuando no lo es) y por otro, de conducir al pueblo de Dios a la madurez (al estimularlo a desarrollar una mentalidad cristiana, y utilizarla).

## CAPÍTULO CINCO



## El llamado al estudio

**S**i hemos de construir puentes con el mundo real e intentar relacionar la Palabra de Dios con los principales temas de la vida y las cuestiones actuales de importancia, debemos considerar seriamente tanto el texto bíblico como la escena contemporánea. No podemos darnos el lujo de permanecer en uno de los dos lados del abismo cultural. Ya sea que nos retiremos del mundo y nos aferremos a la Biblia (lo cual es un escapismo) o bien dejemos la Biblia y abracemos el mundo (un conformismo), sería fatal para nuestro ministerio de la predicación. Cualesquiera de estos errores hace imposible la construcción de puentes y conduce inevitablemente a la incomunicación. En lugar de ello, nuestra responsabilidad es explorar los territorios a ambos lados del abismo hasta familiarizarnos completamente con ellos. Sólo entonces discerniremos la relación entre ellos, y seremos capaces de hablar con sensibilidad y corrección acerca de la Palabra divina que se relaciona con la situación humana.

Dicha exploración implica estudio. No hay duda de que los mejores profesores en cualquier campo del saber son aquellos que siguen siendo estudiantes toda su vida. Esto es particularmente cierto del ministerio de la Palabra. «Nadie será jamás un buen ministro de la Palabra de Dios a menos que sea, en primer lugar, un estudioso» (Calvino);<sup>1</sup> Spurgeon tenía la misma convicción. «Quien ha dejado de aprender ha dejado de enseñar. Quien ya no siembra en el estudio, no seguirá cosechando en el púlpito».<sup>2</sup>

El sermón que nace del estudio tiene una cualidad fresca y vital; No obstante, sin el estudio nuestra vista se nubla, nuestro aliento se vicia y nuestro tacto se entorpece. «La vida del predicador debe ser una vida de gran acumulación», señaló el Obispo Phillips Brooks en sus charlas de Yale del año 1877. Prosiguió de esta forma:

No debe estar siempre tratando de hacer sermones, sino de buscar la verdad; los sermones se harán a sí mismos a partir de la verdad que ha logrado... Aquí reside la necesidad de una cultura amplia y generosa. Aprended a estudiar por causa de la verdad, aprended a pensar por su ganancia y gozo. Entonces vuestros sermones serán como el riego vivaz de una fuente de agua, y no como el sonido monótono de una bomba de agua».<sup>3</sup>

El evangelista contemporáneo más conocido dirige la misma exhortación a los predicadores de hoy. Al dirigirse a unos 600 clérigos en Londres, en noviembre de 1979, Billy Graham dijo que si pudiera repetir su ministerio, haría dos cambios. Todos lo miraron atónitos. ¿Qué habrá querido decir? En primer lugar, prosiguió, estudiaría tres veces más. Aceptaría menos compromisos. «He predicado demasiado», dijo, «y he estudiado muy poco». Su segundo cambio sería asignar más tiempo a la oración. Al hacer hincapié en ambos puntos, debe haber hecho eco intencional de la resolución de los apóstoles: «Así nosotros nos dedicaremos de lleno a la predicación y al ministerio de la palabra» (Hch. 6:4). Puesto que después hice un comentario de aprecio hacia lo que había dicho, el Dr. Graham me escribió al día siguiente y agregó: «Recuerdo que el Dr. Donald Grey Barnhouse (de la Tenth Presbyterian Church

en Filadelfia), dijo una vez: 'Si sólo tuviera tres años para servir al Señor, pasaría dos de ellos estudiando y preparándome'».

### El estudio de la Biblia

Puesto que el pastor cristiano está llamado primeramente al ministerio de la Palabra, el estudio de las Escrituras es una de sus responsabilidades más importantes a la cual se compromete en su ordenación. Ello es evidente en el ritual de la Iglesia de Inglaterra de 1662. En su exhortación a los candidatos, el Obispo señala:

En vista de que no existe otro medio por el que podáis abarcar un trabajo de tal peso, relacionado con la salvación del hombre, sino con la doctrina y exhortación extraídas de las Escrituras, y una vida agradable a las mismas, considerad cuán solícitos debemos ser en leer y aprender las Escrituras... Confiamos plenamente en que habéis sopeado y ponderado estas cosas mucho antes de este momento, y que os habéis decidido claramente, por gracia de Dios, a entregaros enteramente a este Oficio, al que Dios le ha complacido llamaros, de modo que, en la medida que os sea posible, os apliquéis enteramente a esta única cosa, y conduzcáis todos vuestros asuntos y estudios de esta forma; y continuamente oréis a Dios el Padre, con la mediación de nuestro único Salvador Jesucristo, y la asistencia celestial del Espíritu Santo; y que, mediante la lectura y consideración de las Escrituras podáis haceros más maduros y fuertes en vuestro ministerio...

Mientras mejor sea nuestra visión del Evangelio, más laborioso y concienzudo debe ser nuestro estudio de él. Si este libro es realmente la Palabra de Dios, ¡entonces afuera con la exégesis descuidada e indiferente! Debemos darnos el tiempo de penetrar el texto hasta que rinda sus tesoros. Sólo cuando hayamos absorbido su mensaje nosotros mismos, podremos compartirlo con otros confiadamente. Dios habló con Samuel cuando él prestó atención a Dios; luego, cuando Samuel habló a Israel, ellos lo escucharon (1 S. 3:9-4:1) Del mismo modo, antes que Ezequiel estuviera listo para hablar la Palabra de Dios al pueblo, tuvo que devorarla y digerirla él mismo. Dios le dijo: «Hijo de hombre, cómete este rollo escrito, y luego ve a hablarle a los israelitas» (Ez. 3:1).

<sup>1</sup> De su comentario de Deuteronomio 5:23.

<sup>2</sup> Spurgeon, *All-Round Ministry*, p. 236.

<sup>3</sup> Brooks, *Lectures*, pp. 159-60.

Nuestro estudio de la Biblia debe tener al menos tres características.

En primer lugar, debe ser *completo*. Un hombre «no cumple con los requisitos para ser predicador de la Palabra», escribió John Huxtable, «si hace excursiones semanales al buen libro, con el fin de descubrir algún pretexto para relacionar ciertas observaciones inconexas sobre los hombres y el acontecer presente».<sup>4</sup> El sumergirse esporádica y fortuitamente en las Escrituras no es suficiente. Tampoco debemos limitarnos a nuestros pasajes favoritos, o concentrarnos en un examen microscópico de unos pocos pasajes clave. Tal conocimiento y uso selectivo de la Escritura es parte del juego del diablo. Incluso la herejía se debe a un énfasis excesivo sobre alguna verdad que no permite que otras verdades la determinen y contrapesen. La inducción bíblica es la única forma segura de comenzar con la teología, es decir, el pasar de una amplia variedad de textos particulares a conclusiones generales, pero ello presupone un conocimiento exhaustivo de las diversas particularidades de la Escritura. Es de esta forma que emergen los grandes temas de la Escritura. Sólo entonces estaremos preparados para un planteamiento deductivo, para ver cada parte a la luz del todo.

Personalmente, agradezco al Dr. Martyn Lloyd-Jones, antiguo ministro de Westminster Chapel, por presentarme hace unos veinte años el «Bible Reading Calendar» (calendario de lectura bíblica) de Robert Murray McCheyne. McCheyne lo creó en 1842 para los miembros de la Iglesia de St. Peter en Dundee, Escocia, donde servía en ese tiempo.<sup>5</sup> Permite leer la totalidad de la Biblia en un año: una vez el Antiguo Testamento y dos el Nuevo. Como el Dr. Lloyd-Jones escribiera posteriormente en *Preaching and Preachers*: «Diría que todos los predicadores deberían leer la Biblia en su totalidad al menos una vez cada año... Ello debiera ser el mínimo de lectura bíblica para el predicador».<sup>6</sup> El leccionario de McCheyne establece cuatro lecturas diarias. La intención en esos tranquilos días de la era victoriana era leer dos como devocional personal (mañana y tarde), y otras dos como parte de las oraciones familiares (también mañana y tarde) cada día del año. Mi propia práctica ha sido tomar tres capítulos cada mañana, leyendo dos y

estudiando uno en lo posible, y dejar el cuarto capítulo para la tarde. Es particularmente útil la forma en que el esquema de McCheyne asigna los capítulos. No comenzamos el 1 de enero con Génesis 1-4, continuamos con Génesis 5-8 el 2 de enero y proseguimos con Génesis 9-12 el 3 de enero. En lugar de ello, comenzamos el día de Año Nuevo con los cuatro grandes inicios en la Escritura: Génesis 1 (el inicio de la creación); Esdras 1 (el renacimiento nacional); Mateo 1 (el nacimiento de Cristo) y Hechos 1 (el nacimiento de la iglesia cristiana). De este modo seguimos las líneas paralelas del propósito revelado de Dios. Puede que un día leamos sobre los patriarcas, Ester, el ministerio de Jesús y los viajes de Pablo; otro día seguimos el destino de la monarquía, escuchamos el mensaje de un profeta, estudiamos el retrato que Juan hace de Jesús y escudriñamos el futuro revelado en el Apocalipsis. Ha sido para mí la mejor ayuda al estudiar el escenario cambiante de la Escritura, y comprender sus temas subyacentes que se repiten una y otra vez.

Si esperamos que nuestra congregación desarrolle una mentalidad cristiana, debemos desarrollarla nosotros mismos. La única manera de hacerlo es empapar nuestra mente de las Escrituras. «Sean maestros de su Biblia, hermanos», dijo Spurgeon a sus estudiantes; «sin importar qué otras obras no hayan escudriñado, dominen las escrituras de los profetas y apóstoles. 'Que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza'».<sup>7</sup> «Comprender la Biblia debe ser nuestra ambición; debemos familiarizarnos con ella, tanto como la dueña de casa con su aguja, el mercader con su libro mayor, y el marino con su buque».<sup>8</sup> Y reitera: «es una bendición alimentarse del alma misma de la Biblia hasta que al fin... tu sangre se convierta en *biblina* y la esencia misma de la Biblia fluya de ti».<sup>9</sup> Esta idea de empapar la mente en las Escrituras fue un secreto fundamental de los predicadores poderosos del pasado. «Orígenes, el más grande estudioso de la Iglesia primitiva... Parece haber tenido toda la Escritura disuelta en su mente», escribió el Obispo Stephen Neill; mientras que los sermones de Crisóstomo contienen 7.000 citas del Antiguo Testamento, y 11.000 del Nuevo».<sup>10</sup>

<sup>4</sup> Huxtable, p. 25.

<sup>5</sup> Aún se encuentra disponible en el Banner of Truth Trust, 3 Murrayfield Road; Edimburgo, Escocia.

<sup>6</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, p.172.

<sup>7</sup> Spurgeon, *Lectures*, Segunda Serie, p. 25.

<sup>8</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, p. 195.

<sup>9</sup> Day, p. 131.

<sup>10</sup> Neill, p. 67.

Así como nuestro estudio de la Biblia debe ser completo, también debe ser *abierto*. Es decir, debemos desear verdaderamente escuchar la voz de Dios, y prestarle atención por medio de nuestra lectura bíblica sin distorsionar su significado o eludir sus desafíos. ¿Como puede hacerse? Al pensar en la predicación como la tarea de construir puentes entre dos mundos, o culturas bíblica y moderna, nos hemos concentrado hasta este momento en la necesidad de relacionar una con la otra. Pero poco hemos dicho acerca del tercer factor en la operación, el constructor mismo, quien puede pertenecer a una tercera cultura. De hecho, la disciplina exigente pero emocionante, de la comunicación cristiana, trata de la interacción entre estas tres culturas. El predicador o evangelista se dice a sí mismo: «¿Cómo puedo yo, que fui criado en una cultura, tomar un texto bíblico en particular, producido en una segunda cultura, y exponerla a un pueblo de una tercera cultura, sin falsificar el mensaje o hacerlo ininteligible?» En este punto nuestro interés no radica en la exposición de la Escritura, sino más bien en nuestra lectura y comprensión personal de ella. Para ello debemos considerar las dos culturas en cuestión con extrema seriedad, es decir, la del texto bíblico en cuestión por un lado, y la nuestra, la de quienes buscamos interpretarla, por otro. El gran mérito de la llamada «nueva hermenéutica» consiste en enfatizar esta necesidad.

Ante todo, debemos transportarnos al pasado mediante el uso de nuestro conocimiento e imaginación; debemos dirigirnos hacia el contexto del escritor bíblico, hasta comenzar a pensar lo que él pensó y sentir lo que él sintió. Nuestra responsabilidad no es asimilar sus creencias en las nuestras, leer nuestras opiniones en lo que escribió, sino asimilar nuestras opiniones en las suyas, esforzándonos por penetrar su corazón y mente. Con este fin necesitamos algo más que la comprensión que entrega la imaginación; debemos ser autocríticos con respecto a nuestro propio corazón y mente. Es vital que descartemos la ilusión de que somos investigadores inocentes, objetivos, imparciales, y carentes de cultura alguna, porque nunca lo seremos. No, los anteojos con que miramos a la Biblia poseen lentes culturales. Y la mente con que reflexionamos acerca

de la Biblia, sin importar cuán abierta la mantengamos, no se encuentra vacía. Todo lo contrario: está llena de prejuicios culturales. Por ello, si bien no podemos deshacernos completamente de nuestra herencia cultural, debemos estar conscientes de nuestro prejuicio cultural. Debemos intentar asegurarnos cada vez más de que las presuposiciones (p. ej., las del humanista, el capitalista, el marxista; o el partidario de la educación secular científica) con que nos acercamos a la Biblia no le sean ajenas, sino que sean presuposiciones cristianas provistas por la Biblia misma.

Estos son, entonces, los dos horizontes culturales: el del autor bíblico y el del lector. Tal como el Dr. Tony Thiselton lo resume en su libro *Two Horizons*, de acuciosa investigación y argumentos divididos: «La comprensión tiene lugar cuando dos horizontes llegan a relacionarse; ellos son el del horizonte del texto y el del intérprete». <sup>11</sup> ¿Entonces, cómo se relacionan? La expresión «el círculo hermenéutico» se ha utilizado en distintas formas, algunas de las cuales son inaceptables puesto que dan la impresión de que el intérprete controla el significado del texto. Pero, por el contrario, el texto es el que cuestiona al intérprete. El verdadero «círculo hermenéutico» es una especie de diálogo entre nosotros y la Escritura, en el cual la Escritura es el socio de más alto rango, o bien una «interacción dinámica entre el texto y sus intérpretes». No es difícil entender el porqué de esta necesidad. Al abordar la Biblia, las preguntas que tenemos en mente y las respuestas que esperamos encontrar están determinadas por nuestro trasfondo cultural. «Lo que recibamos, sin embargo, no sólo serán respuestas, sino más preguntas. Al dirigirnos a la Escritura, ella se dirige a nosotros, y descubrimos que nuestras presuposiciones condicionadas por la cultura son cuestionadas, y nuestras preguntas son corregidas. De hecho, nos vemos obligados a replantear nuestras preguntas anteriores y a preguntas otras nuevas. Así prosigue la interacción viva». Al hacerlo, nuestra comprensión de Dios y de su voluntad, y nuestra fe y obediencia crecen y se profundizan continuamente. «Es una especie de espiral ascendente, en que la Escritura es central y normativa». <sup>12</sup>

<sup>11</sup> Thiselton, p. 103.

<sup>12</sup> *Willowbank Report*, p. 11.

Estas son algunas de las implicancias de una actitud de mente abierta hacia la Escritura. Debemos abrir nuestras mentes lo suficiente como para correr el riesgo de escuchar lo que no queremos oír, porque se nos ha enseñado a llegar a la Biblia en busca de aliento. ¿No habla el mismo Pablo sobre «alentados por las Escrituras»? (Ro. 15:4). Es natural que acariciemos la esperanza de ser alentados mediante nuestra lectura bíblica; no queremos ser perturbados. Por ende, tendemos a llegar a ella decididos, ansiosos de escuchar solamente los ecos de nuestro propio prejuicio que nos dan confianza. Más aún, no es difícil aislarnos de los desafíos de la Palabra de Dios, o hacer barricadas contra sus incursiones poco bienvenidas. Las mismas dos culturas sobre las que hemos reflexionado pueden actuar como dos capas de gruesa amortiguación que nos protegen del impacto o hasta del choque, causado por la Palabra que él quiere entregarnos. El primer paso para abrirnos a su Palabra es estar conscientes de que el relleno protector debe ser retirado. Debemos estar dispuestos a que Dios mismo establezca las bases y decida qué decirnos, sin importar cuán insatisfactorio nos parezca. No tenemos libertad para circunscribirlo, o sugerir líneas de demarcación dentro de las cuales estemos preparados para negociar. No es así; debemos derribar las barreras culturales, y esforzarnos por abrir nuestros corazones y mentes a lo que quiera decirnos, sea lo que sea.

En tercer lugar, nuestro estudio de la Biblia debe ser *expectante*. Al menos dos condiciones son hostiles a la gozosa expectativa con que debiéramos llegar a las Escrituras. La primera es el pesimismo, que surge en algunos debido al mismo debate hermenéutico actual. La interpretación de las Escrituras ahora les parece tan complicada que se tornan cínicos, y caen en la desesperanza de llegar alguna vez a una comprensión verdadera y equilibrada de la Palabra de Dios. Pero si la nueva hermenéutica hubiera puesto la interpretación bíblica sólo al alcance de los profesionales, deberíamos condenarla como una aberración peligrosa. Porque la Escritura está dirigida a la gente común como nosotros. Incluso 1 Corintios, con toda su profunda enseñanza sobre la doctrina, la ética y el orden en la iglesia, estaba dirigida a una comunidad a la

que no pertenecían «muchos sabios». En contraste, la nueva hermenéutica no ha revertido la bendición de la Reforma, ni sacado nuevamente las Escrituras de las manos de los laicos. Un poco de paciencia al aprender a comprender y aplicar sus principios poco familiares nos curará de este pesimismo prematuro.

La segunda condición que debilita la expectativa es una espiritualidad rancia, y éste puede ser un problema importante para todos los pastores. Si leemos toda la Biblia anualmente, luego de unos años la conoceremos bastante bien. La tentación es hastiarnos y llegar a nuestra lectura diaria sin una expectativa animada de que Dios nos hablará por su intermedio. En lugar de ello, debemos tener confianza, en las famosas palabras de John Robinson, pastor de la iglesia de los separatistas en Holanda, desde la cual emprendieron su viaje los *Pilgrims* en el *Mayflower*, en 1620, en que Dios tiene «más verdad y luz que hacer brotar de su santa Palabra». Por tanto, es necesario que «nos presentemos delante del Señor» cada día como los ángeles (Job 1:6; 2:1), para pedir que despierte nuestro oído como con su siervo (Is. 50:4), y pedirle como Samuel que hable, porque su siervo escucha (1 S. 3:10). Es necesario que «clamemos a la inteligencia, y demos nuestra voz a la prudencia; que la busquemos como a la plata, y la escudriñemos como a tesoros, porque entonces comprenderemos y hallaremos el conocimiento de Dios» (Pr. 2:3-5). Tal búsqueda persevera aún al enfrentarse a un aparente desaire. Se aferra a Dios como Jacob, y se rehúsa a dejarlo ir, hasta que lo bendiga, y a menos que lo bendiga (Gn. 32:26). El Señor honra este espíritu de expectación anhelante y decidida. Promete alimentar al hambriento con buenas cosas; sólo a los ricos los envía vacíos (Lc. 1:53). Por ello no debemos ceder ante una condición espiritual rancia como si fuera normal o incluso tolerable, sino orar por un refresco del Espíritu Santo, de modo que si nuestro apetito es débil, él lo haga mayor, y si nuestro corazón ha enfriado, él lo vuelva a encender con la llama de la expectativa.

Al hacer este estudio completo, abierto y expectante, y si bien la Biblia misma siempre es nuestro libro de texto, aprovecharemos por supuesto la ventaja de los muchos instrumentos de ayuda para comprender la Biblia los cuales están a nuestra disposición hoy. Los

libros son el equipo indispensable del predicador. Cuál sea el alcance de nuestra lectura bíblica dependerá del tiempo con que contamos; las materias en que concentremos nuestros estudios dependerán de nuestros intereses individuales. En cualquier caso, y puesto que es tal la catarata de libros teológicos que se derrama de las editoriales de Europa y Norteamérica, debemos ser severamente selectivos, lo cual implica una lectura de los comentarios sobre ellos, como asimismo pedir a otros sugerencias con respecto a los libros más importantes. Seremos sabios al leer libros antiguos, al igual que nuevos, especialmente los clásicos cristianos que exponen pasajes y doctrinas bíblicas, que al haber pasado la prueba del tiempo, son a menudo más valiosos que los escritos modernos transitorios. Al mismo tiempo, nos será necesario mantenernos al tanto de los debates teológicos actuales, por lo menos a un nivel general, mediante los resúmenes de las publicaciones, o bien leyendo los libros en sí, puesto que estos debates no permanecen mucho tiempo en las torres de marfil académicas; pronto se les da publicidad en la radio y la televisión, y no demoran en filtrarse a los libros de texto escolares. Por lo tanto, nuestra congregación no sólo esperará que estemos al tanto de la controversia actual, sino que seamos capaces de ayudarlos a responder a ella en forma reflexiva. La historia es otra dimensión vital del estudio teológico. Son pocas las verdades o herejías nuevas; la mayoría son una repetición de ideas antiguas. Un cierto conocimiento de la teología histórica nos brinda una perspectiva equilibrada desde la cual considerar las tendencias doctrinales más recientes. También la biografía entrega equilibrio, sabiduría y ánimo, al aprender cómo Cristo ha tratado a otros cristianos en otro tiempo y lugar. En toda esta lectura, nuestro objetivo no es en primer lugar la acumulación de conocimiento, sino el estímulo para pensar en forma cristiana.

A medida que los libros se hacen cada vez más costosos, los ciudadanos del mundo occidental están más agradecidos del acceso a las buenas bibliotecas públicas. Además de ello, cada iglesia local debe ser capaz de manejar una pequeña biblioteca de referencia y préstamo, y los pastores pueden facilitarse libros mutuamente, y también a los miembros de su congregación.

Con respecto a la «biblioteca bien lograda» que John Wilkins, Obispo de Chester del siglo XVII les recomendó formar a los clérigos,<sup>13</sup> nos concentraremos probablemente en libros de referencia esenciales, especialmente diccionarios y comentarios, a los cuales necesitaremos recurrir una y otra vez.

Desearía que las reuniones locales de clérigos, ya sea denominacionales o interdenominacionales, fueran más estimulantes. Cuando nos reunimos, sin duda estamos obligados a gestionar algún asunto, pero también podríamos estimularnos mutuamente al estudio. La segunda mitad del siglo XVIII fue el gran momento de la fundación de sociedades para el clero inglés, y en especial para los evangélicos. La primera fue el «Club Clerical» de Samuel Walker in Truro (alrededor de 1750), cuyo propósito era «fortalecernos mutuamente las manos en el trabajo del Señor». En los años siguientes surgieron unas diez en distintos lugares del país. «¿Por qué no reunirnos a orar, cuando otros se reúnen a jugar bolos?», preguntaba Thomas Robinson de Leicester. «¿Por qué no organizar intencionalmente nuestras propias asambleas cuando otros hermanos se reúnen a bailar y beber? ¿Por qué no buscar edificarnos mutuamente cuando a ellos no les importa corromperse el uno al otro?» El más famoso e influyente de estos clubes fue la Sociedad Ecléctica, fundada en 1783 por John Newton y sus amigos; había sido capitán y tratante de esclavos, y en ese momento era rector de St. Mary Woolnoth en Londres. Se reunían cada dos lunes. «Comenzamos con el té», escribió Newton (la tetera se conserva en la Church Missionary House de Londres); «luego con una oración breve comenzamos la conversación de unas tres horas acerca de un tema propuesto, en la que rara vez decaemos». Agregó que el grupo merecía llamarse la Sociedad Real puesto que «me parece que todos los miembros pertenecen a la familia real, y el Rey mismo tiene la condescendencia de reunirse con nosotros».<sup>14</sup>

### El mundo moderno

Los estudios bíblicos y teológicos no conforman por sí solos la buena predicación. Son indispensables, pero a menos que estén

<sup>13</sup> *Ecclesiastes*, p. 31.

<sup>14</sup> Hennel, p. 84. Las Notas de Josiah Pratt sobre las discusiones de la Sociedad Ecléctica entre 1798 y 1814, editadas por su hijo John H. Pratt, fueron publicadas por primera vez en 1856 y reimpresas por Banner of Truth Trust en 1978. La Sociedad Ecléctica original quedó interrumpida en algún momento a mediados del siglo diecinueve. En abril de 1955, al haber reconocido la necesidad para nuestra generación (la cual Newton percibió en la suya) de un «intercambio religioso mutuo... y la

complementados con estudios contemporáneos pueden mantenernos en un desastroso aislamiento a un lado del abismo cultural. David Read se refirió a este peligro, cuando era capellán de la Universidad de Edimburgo, en sus charlas Warrack de 1951: «‘Oh, por las alas de un palomo! Lejos, muy lejos erraría yo’; éste es con demasiada frecuencia el himno apropiado para anteceder el sermón», dijo. Porque a menudo nuestra predicación suena remota, apartada de la sociedad, «sin contacto con sus agonías, inmaculada en sus ideales irrelevantes».<sup>15</sup> Procedió a describir lo que un joven ministro consideraba «el plan de construcción ideal para la iglesia y la rectoría»:

Su principal característica era un corredor largo y recto, con una puerta en un extremo para salir del estudio de la rectoría, y otra en el extremo opuesto que daba al púlpito de la iglesia, ... la autopista para la Palabra del Señor, un camino derecho de la mente del predicador a los corazones de sus oyentes.

Sin interrupciones, sin distracciones. David Read prosigue diciendo que, sin embargo,

ese estudio aislado, con amortiguación teológica, es una cámara mortal, y es palabra muerta la llevada por ese corredor... no es la Palabra viva, pronunciada como corresponde: de corazón a corazón, y de una vida a otra.<sup>16</sup>

Luego agregó su propia comprensión con respecto a cómo deben nacer los sermones:

Sigue siendo un axioma de la predicación cristiana que el camino del estudio al púlpito pasa por una rectoría viva, exigente y activa, y sigue hacia la calle ruidosa, entra y sale de casas y hospitales, granjas y fábricas, omnibuses, trenes y cines... vuelve entre hileras de personas perplejas hasta llegar al lugar donde ustedes han sido llamados

investigación de la verdad espiritual», se extendió una invitación desde la iglesia All Souls en Langham Place a veintidós clérigos jóvenes para pasar juntos un día libre y volver a fundar la Sociedad Ecléctica. A partir de ese modesto comienzo creció espontáneamente hasta que en 1966 tenía una participación de más de 1.000 personas repartidas en diecisiete grupos regionales. Ahora se limita a clérigos y laicado evangélicos de menos de 40 años de edad, y es por ende menor en tamaño, pero aún influyente.

<sup>15</sup> Read, p. 47.

<sup>16</sup> En el mismo lugar, pp. 62-63.

a predicar ... Puesto que la Palabra viva no es un paso entre el estudio y el púlpito.<sup>17</sup>

Por esto es necesario que estudiemos ambos lados del abismo. Como lo expresara Austin Phelps a fines del siglo pasado, un predicador de profunda formación es en primer lugar un ser humano, familiarizado con otros seres humanos, y luego un estudioso, familiarizado con las bibliotecas: «Ninguna otra profesión iguala a la del púlpito en su poder de absorber y apropiarse, para sus propios fines, del mundo de la vida real presente y del mundo del pasado, tal como éste vive en los libros». La serie completa de charlas de Phelps, publicada bajo el título *Men and Books* (Los hombres y los libros), está dedicada a este tema, y a la necesidad de los pastores de explotar ambos recursos.<sup>18</sup>

Me alegro de la importancia otorgada actualmente a que nuestro estudio del mundo moderno comience con las personas, no los libros. Los mejores predicadores son siempre pastores diligentes que conocen a las personas de su zona y congregación, y comprenden el escenario humano en todo su dolor y placer, gloria y tragedia. La forma más rápida de adquirir esta comprensión es cerrar la boca (una dura tarea para los predicadores compulsivos) y abrir nuestros ojos y corazón. Bueno es el dicho de que Dios nos dio dos ojos y dos oídos, pero sólo una boca, por lo que obviamente su intención es que observemos y escuchemos el doble de lo que hablamos.

Un sabio y viejo búho en una encina vivía.  
Mientras menos hablaba, más veía;  
Hablabla menos y escuchaba más;  
¿Por qué no ser cómo él?... algún día quizás.

Es necesario, entonces, que preguntemos y hagamos hablar a la gente. Deberíamos saber más de la Biblia que ellos, pero es probable que ello sepan más del mundo real que nosotros. Por ello, deberíamos estimularlos a contarnos de su hogar y vida familiar, su trabajo, sus habilidades y sus intereses en su tiempo libre. También

<sup>17</sup> En el mismo lugar, p. 63.

<sup>18</sup> Phelps, prefacio y p. 3.

es necesario que penetremos más allá de lo que hacen hasta llegar a lo que piensan. ¿Qué los hace comportarse así? ¿Cómo los motiva la fe cristiana? ¿Qué problemas tienen que les impiden creer o no les permiten aplicar su fe a la vida? Mientras más difiere el trasfondo de las personas, más tenemos por aprender. Es importante que escuchemos a los representantes de distintas generaciones, tanto como a los de distintas culturas, especialmente de la generación joven. El pastor casado con hijos adolescentes no tiene excusa para alejarse de la realidad. El escuchar con humildad es indispensable para predicar en forma relevante. También hace de la predicación una empresa de cooperación, puesto que se combinan nuestro conocimiento de la Biblia y el conocimiento que otros tienen del mundo para construir puentes.

Supongo que, además de escuchar con atención, leeremos un diario o una publicación semanal (ya hace muchos años que encuentro más provechoso leer concienzudamente un semanario, más que revisar superficialmente un diario), ver algo de televisión y leer cuidadosamente las reseñas de libros seculares con el fin de descubrir los libros contemporáneos más influyentes, para conseguirlos y leerlos. Parece claro que también se hará necesario ver algunos de los filmes y obras más notables, puesto que no existe espejo más fiel de la sociedad contemporánea que el escenario y la pantalla.

Puesto que adivino que algunos de mis lectores han recibido su alimento espiritual, tal como yo, en una subcultura cristiana que desapruueba el cine y el teatro, puede que sea lo correcto anticipar ciertas críticas. En primer lugar, un lector podría decir, ¿no existen acaso ciertas obras, películas y libros que sería bueno evitar por no exponernos a una tentación innecesaria? Por cierto que sí. Si bien no tenemos la libertad de legislar para otros, ciertamente debemos mantenernos alejados de cualquier cosa que posiblemente altere nuestro propio equilibrio moral o espiritual. Aún se aplica la enseñanza de Jesús sobre el ojo, pie o mano que hace caer. Por ello es recomendable consultar prudentemente sobre las obras y novelas recomendadas con el fin de distinguir lo que vemos y oímos. En el caso de obras y películas cuestionables, y en el de aquellas cuya

influencia es particularmente insidiosa puesto que su espíritu de anticristo es más sutil que explícito, he visto que es de ayuda ir con un grupo de amigos en lugar de solo, puesto que entonces es más fácil mantener una distancia crítica y rehusarse a que la atmósfera lo absorba a uno.

En segundo lugar, ¿qué sucede con el «hermano (o hermana) más débil» del que tanto escribió Pablo a los romanos y corintios? Aun al sentirnos lo suficientemente fuertes como para exponernos a la contaminación, ¿no es posible que nuestro ejemplo haga caer a los cristianos débiles? Sí, ésta es también una pregunta importante. La Escritura tiene mucho que decir acerca de nuestra responsabilidad hacia otras personas y acerca del poder benigno o dañino de nuestro ejemplo. Una de las más feroces denuncias y advertencias más solemnes de nuestro Señor estuvo reservada para cualquiera que hiciera tropezar a los «pequeños» (es decir, niños; ya sea en sentido literal o espiritual). Más le valdría ahogarse, dijo. Sin embargo, debemos reconocer que la «debilidad» de los hermanos y hermanas más débiles no se refiere a su voluntad, sino más bien a su conciencia. Una conciencia débil es una conciencia demasiado escrupulosa. Y si bien está en un error, no debe ser violada, sino educada. Por ende, si tenemos «hermanos más débiles» en nuestra congregación, a quienes les ofendería que fuéramos al teatro o al cine, no debemos culpar a nadie sino a nosotros mismos; ¡de nosotros depende educar o «fortalecer» su conciencia!

En tercer lugar, algunos no están de acuerdo con estudiar la novela, el escenario y la pantalla modernas por considerarlo una forma de transar con la moda. Ven la búsqueda de «pertinencia» en la predicación como una rendición ante lo mundano. Quienes ceden ante ello son consideradas personas que buscan complacer a los hombres, y cuyo principal objetivo es estar al día más que ser santo. Una vez más, es necesario escuchar esta crítica. El ansia de popularidad es en verdad dominante, y muchos son fariseos del siglo XX que prefieren «recibir honores de los hombres más que de parte de Dios» (Jn. 12:43). Uno de los críticos más acérrimos de esta tendencia fue W.R. Inge, deán de la Catedral de San Pablo, de 1911 a 1934. Como invitado a dar una charla en 1911 sobre «la coo-



peración de la Iglesia hacia el espíritu de los tiempos», declaró en su diario que este tema era «causa de indignación para mí». Prosiguió diciendo que «hay muchos espíritus de los tiempos, malignos en su mayoría» y que «al casarse con el espíritu de la propia generación, se volverá viudo en la siguiente».<sup>19</sup> Ésta es una sabia advertencia, pero no condena el estudio de las tendencias contemporáneas, puesto que lo que propongo no es cooperar con el espíritu de los tiempos, menos unírsele, sino comprenderlo con miras a hacerle frente con palabras relevantes de Dios.

### Grupos de lectura y debate

Entonces, ¿qué tipo de estudio incrementará nuestra comprensión del mundo moderno? Quiero dar testimonio del estímulo tremendo que he recibido del grupo de lectura que ayudé a formar en 1974. Consiste en unos doce jóvenes graduados y profesionales e incluye doctores, abogados, profesores, un funcionario de vivienda, un arquitecto, un gerente de personal y algunos estudiantes de posgrado. Nos reunimos mensualmente cuando me encuentro en Londres, y al final de cada reunión decidimos qué leer para la reunión siguiente. Pasamos juntos toda una velada, compartimos nuestras reacciones ante el libro, discutimos su mensaje e implicancias, y tratamos de crear una respuesta cristiana al respecto. Algunos de los libros escogidos son escritos desde una perspectiva cristiana, como por ejemplo *Violence and The Meaning of the City* de Jacques Ellul; *Small is Beautiful*, de E.F. Schumacher; *Clockwork Image*, de Donald McKay; *The Politics of Jesus*, de John Howard Yoder; *Unyoung, Uncoloured, Unpoor*, de Colin Morris; y *Enough is Enough*, de John V. Taylor. Otros libros que hemos estudiado presentan una ideología rival al cristianismo evangélico que representamos. Hemos leído el *Corán*, hemos tratado de comprender al atractivo moderno del misticismo oriental y estudiado otros «ismos» con ayuda de *The Universe Next Door* de James Sire, nos ha fascinado la forma de conocimiento Yaqui por la que aboga Carlos Castaneda, hemos sentido el impulso del marxismo por medio de cristianos y marxistas (el desafío mutuo a una revolución) de José

Míguez Bonino, y considerado el catolicismo romano liberal de Hans Küng esbozado con tanta erudición en su libro *On Being a Christian* (1977).

Hemos tratado, eso sí, de concentrarnos en libros seculares más que religiosos, puesto que el principal objeto de nuestro grupo es ayudarnos a comprender la mentalidad secular del Occidente postcristiano con el fin de combatirla con una mentalidad cristiana. Por ello, hemos tratado de estimular al grupo a responsabilizarse de la decisión de cada mes, y ciertamente han escogido títulos de los cuales jamás habrían oído de otro modo, como *Zen and the Art of Motor-cycle Maintenance* (Zen y el arte del mantenimiento de motocicletas). Hemos sacado provecho de varios análisis de la cultura moderna, como por ejemplo: *The Making of a Counterculture*, de Theodore Roszak; *The Greening of America* de Charles Reich y *Future Shock*, de Alvin Toffler. Hemos tratado de abordar los filósofos modernos populares como Herbert Marcuse (héroe a quien los estudiantes de los sesenta rindieron culto), y Eric Fromm. Nos hemos esforzado por entender los puntos que abarcan los debates sobre el feminismo, el aborto y la eutanasia, y pasamos una velada sensacional examinando la evidencia sobre los O.V.N.I. También hemos intentado comprender a los novelistas populares (distintos miembros del grupo leyeron distintas obras), como Camus, Kafka, William Golding, Hermann Hesse y John Fowles. Para el mundo hispano, recomendaría también la lectura de escritores contemporáneos y algunos de siglos anteriores como: Miguel de Unamuno, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, Horacio Quiroga, Mario Vargas Llosa, Camilo José Cela, Isabel Allende, Laura Esquivel, Octavio Paz y Jorge Luis Borges, por mencionar algunos.

En varias ocasiones hemos optado por ver una película u obra en lugar de leer. *La guerra de las galaxias* y *Encuentros cercanos del tercer tipo* fueron la introducción al ámbito de la ciencia ficción y *¿De quién es esta vida en todo caso?* Nos conmovió profundamente *Kramer versus Kramer*, debido a la lucha crítica por la custodia del niño cuando el divorcio comienza. Luego el tragicómico Woody Allen en sus películas recientes, quien combina humor y humanidad, busca amor y sin embargo salta sin esperanza de una aventura

<sup>19</sup> Inge, p. 12.

sexual a otra sin encontrarlo; ha reforzado en nosotros la verdad cristiana de que no existe amor auténtico sin un compromiso responsable. Otras películas contemporáneas que valen la pena analizar son: *La lista de Schindler*, *Enemigo del estado*, *Titanic*, *La vida es bella* y las más recientes de Walt Disney.

La experiencia del grupo de lectura, de los libros que hemos leído, las películas y obras que hemos visto, y las conversaciones que han provocado, no sólo ha incrementado nuestra comprensión del mundo moderno, sino que ha estimulado nuestra compasión hacia los seres humanos en su perdición y desesperanza, ha confirmado nuestra fe cristiana, y vuelto a encender nuestro sentido de una misión cristiana. Recomiendo el valor de un grupo así ante todos mis compañeros del clero. Difícilmente puede existir una congregación en cultura alguna, por pequeña que sea, que no pueda brindar unas pocas personas que reflexionen para reunirse con su pastor con el fin de discutir el compromiso de la iglesia con el mundo, de la mentalidad cristiana con la secular, de Jesucristo con sus adversarios. El grupo de Londres me ha dado el estímulo necesario para leer al menos algunos de los libros que debería estar leyendo, y me ha brindado algunos jóvenes de buen corazón e ingenio agudo como agradable contexto en el cual discutir los temas sugeridos. Han contribuido a que yo ingrese por fuerza en el mundo moderno y me han hecho poner los pies sobre el suelo de la realidad contemporánea; estoy muy agradecido a ellos.

Además del grupo de lectura que se reúne regularmente, ha sido muy provechoso asistir a varios grupos de debate *ad hoc*. El personal de la iglesia All Souls, presidido por el rector Michael Baughen, decidió hace unos dos años que deberíamos tener una serie de sermones trimestrales titulada: «Temas que hoy enfrenta Gran Bretaña» y me invitó a predicar sobre ellos. Los temas escogidos fueron: «La visión multirracial», «Trabajo y desempleo», «Relaciones industriales», «La carrera armamentista» y «El nuevo orden económico internacional». Si bien acepté la invitación (o desafío), supe en un instante que sobrepasaba mi capacidad. Sin duda alimentaba ciertas convicciones bíblicas acerca de estos temas, pero tenía muy poco conocimiento objetivo de las relaciones raciales,

armamento o economía, y ninguna experiencia industrial con respecto a la industria o el desempleo. ¿Cómo entonces, podía presumir abordar estas cuestiones con integridad? Ésta era una situación en la que claramente necesitaba ayuda.

En primer lugar, necesitaba alguna literatura actualizada y acuciosa que me proporcionara datos y cifras, y también estimulara mi reflexión. Permítanme que defienda aquí la inclusión de información objetiva no bíblica en nuestros sermones. Sin ella el mensaje bíblico es proclamado en un vacío. Así podemos presentar la doctrina cristiana sobre el trabajo a partir de la Biblia, pero nuestra exposición se torna mucho más significativa si podemos contrastarla con el trasfondo del creciente desempleo. Podemos predicar sobre el mandato de Cristo a sus discípulos de ser pacificadores, pero este llamado cobra una urgencia mucho mayor cuando conocemos el tamaño espeluznante de los arsenales de las superpotencias. Y nuevamente, podemos enseñar sobre la base de las Escrituras que Dios se preocupa por los pobres, defiende a quienes no tienen poder, demanda justicia, y llama a su pueblo a compartir generosamente; pero este mensaje se torna mucho más conmovedor si agregamos que 800 millones de personas en el mundo están desposeídas y que 10.000 mueren de hambre o enfermedades asociadas cada día. Del mismo modo, podemos resumir la base bíblica que sustenta la misión mundial, predicar con todas nuestras fuerzas y llamar a una congregación a la oración, a dar y servir; pero nuestro llamado se torna mucho más apremiante cuando agregamos que aproximadamente 3.000 millones de personas, unos tres cuartos de la población mundial, no han tenido una oportunidad adecuada de escuchar el evangelio y responder ante él.

En tercer lugar, sentí la necesidad, antes de cada sermón trimestral, de discutir el tema con un grupo *ad hoc* de especialistas que estuvieran dispuestos a pasar un par de horas conmigo. Cada grupo representaba puntos de vista diferentes, conflictivos en ocasiones. Antes del sermón sobre relaciones industriales, por ejemplo, el grupo incluía a un funcionario sindical a tiempo completo quien anteriormente había sido administrador de un negocio y secretario de una sucursal y ahora supervisaba a cerca de 6.000 tra-

bajadores; a un trabajador de la empresa de correos, presidente de la sucursal local; a un hombre que había trabajado en una cervecería por quince años como gerente y director de mercadeo, y ahora estudiaba para el ministerio ordenado; a un consultor de seguros de salud y corredor que había trabajado con la gerencia y con los miembros sindicales, y a un profesor de economía especializado en el impacto de la inflación sobre el proceso de negociaciones, junto con un estudiante de doctorado que nunca había trabajado un día pagado en su vida. Antes del tema aun más controversial de la carrera armamentista, el grupo incluyó a un pacifista comprometido proveniente de la tradición anabaptista, a un funcionario público con un doctorado en estudios bélicos, a un comandante de la Marina de Guerra que asistía a un curso de perfeccionamiento en el National Defence College, a un Jefe de Instrucción Militar en una de las regiones de Inglaterra. El tercer ejemplo que quisiera mencionar se refiere al grupo que me asesoró para el sermón sobre trabajo y desempleo. Constaba de un empleador, de un director de personal (quien tenía la ingrata tarea de comunicar las noticias de despido), un joven profesor e investigador de economía, del capellán de las tiendas de la calle Oxford, de un empleado de una compañía de seguros, y de dos personas que pasaron por la experiencia del desempleo. Una había trabajado como periodista, funcionario de prensa y relacionista público, y lo habían despedido a los 35 años. La otra persona era funcionaria de un hospital, graduada en química y con un diploma en administración social, que se había dedicado con pasión a los pacientes minusválidos y de cáncer, y quien, a pesar de que se le había asegurado lo contrario, fue despedida con dos semanas de aviso; desde entonces había postulado a cuarenta y tres trabajos, se le habían concedido sólo seis entrevistas y seguía sin empleo. Ambos amigos me permitieron ver el desempleo en términos personales, en lugar de estadísticos. Me ayudaron a sentir lo que sentían: el choque emocional, el rechazo, el dolor, la humillación y el sentido de impotencia, todo causado por el desempleo.

Antes de que se reuniera cada grupo, fue esencial hacer un poco de trabajo preparatorio en casa, para poder identificar algunos

puntos claves y formular las preguntas que quería hacerles. Invariablemente la discusión resultó ser animada, y en varias ocasiones me encontré dejándolos hablar y escuchando el debate entre las distintas opiniones. El escuchar disimuladamente de esta forma probó ser extremadamente estimulante y clarificador. De hecho, toda la experiencia fue creativa, puesto que nos esforzamos por relacionar los principios bíblicos con los contextos contemporáneos.

Permítanme intentar hacer frente la reacción crítica que puede provocar en algunos clérigos mi sugerencia de formar grupos de debate. Un pastor con exceso de trabajo se encuentra en el centro de una ciudad o área industrial, trabajando ya al máximo de su capacidad. No hay forma de que considere agregar otra tarea a su carga de trabajo, dice. Además, su congregación consiste de sólo 25 personas, ninguna de las cuáles es especialista en ningún campo. En una situación como ésta un grupo de debate no viene al caso: carece del tiempo y experiencia para una cosa así.

Como respuesta, ciertamente reconozco que las grandes congregaciones urbanas y suburbanas están en mejor pie para reclutar grupos de debate. Y sin embargo, me cuesta admitir que incluso la pequeña iglesia del centro y su pastor sometido a gran presión no pueda hacer algo. Si es imposible crear un sermón de cuidadosa reflexión sobre un tema actual en un trimestre, ¿será realmente imposible hacerlo anualmente? Y si una congregación no puede producir de su propia membresía cristianos maduros que sean especialistas en su campo, seguramente que habrá otros a su alcance que pertenecen a otras iglesias, y que estarían dispuestos a compartir su experiencia en un grupo de discusión ocasional, e incluso estarían sorprendidos y complacidos de que se les solicitara su participación.

En todo caso, estoy convencido de que debería existir más cooperación entre el clero y el laicado en el proceso de elaborar un sermón, y que, además, la imagen de la iglesia neotestamentaria como cuerpo de Cristo dotado de muchos dones demanda esta cooperación.

Como lo expresara Michael Ramsey, antiguo Obispo de Canterbury, en una charla en Nueva York:

El sacerdote (es decir, el presbítero o pastor) es alguien que aprende teología y la enseña. Su estudio es profundo y constante... Su estudio teológico no es condescendiente porque, mientras enseña a los laicos lo que no saben sin su ayuda, él debe estar aprendiendo de ellos en todo ese tiempo las preguntas a las que se aplica la teología. En esta sociedad del sacerdote y el laicado, la autoridad del sacerdote de enseñar en nombre de Cristo es real, pero se ejerce con la humildad de Cristo y en el espíritu de alguien que aprende.<sup>20</sup>

Personalmente, avanzaría más que el Dr. Ramsey en la búsqueda del desarrollo de «esta sociedad del sacerdote y el laicado» y de expresar «la humildad de Cristo». No es justo que el laicado haga las preguntas y nosotros respondamos puesto que nosotros también debemos hacer preguntas que ellos respondan. Más bien, al preguntarnos los unos a los otros, nosotros desde la perspectiva bíblica y ellos desde la contemporánea, podemos discernir juntos cuáles deben ser las respuestas para que la Palabra sea contextualizada en el mundo.

### Hábitos de estudio

Me he explayado sobre la necesidad de concentrar nuestros estudios en ambos lados del profundo abismo. Tenemos que estudiar tanto el texto antiguo como el escenario moderno, la Escritura y la cultura, tanto la Palabra como el mundo. Por ello, de la mano con nuestra reflexión expectante, abierta, completa y sistemática sobre la Biblia, hemos de escuchar, observar y leer, ver obras de teatro, películas y televisión, y convocar grupos que nos ayuden en nuestro intento por comprender la sociedad humana en la cual y a la cual están llamados a exponer la Palabra de Dios. Es una tarea gigante, y requiere una vida de estudio. ¿Cómo puede llevarse a cabo?

Nuestros ancestros lo lograron principalmente mediante el abandono premeditado de toda tarea que distrajera. Tomemos

<sup>20</sup> Ramsey y Suenens, *The Future*, p. 35.

como ejemplo a Joseph Parker, el primer ministro del City Temple de Londres. Comenzaba a estudiar a las siete y treinta cada mañana. Además, se rehusó a participar en la vida pública o los negocios. «He vivido para mi trabajo», explicó. «Eso es todo. Si hubiera hablado toda la semana, no podría haber predicado el domingo. Eso es todo. Si hubiera asistido a reuniones del comité, me habría sumergido en la política y aceptado la responsabilidad del cuidado general del Imperio, se habrían consumido mis fuerzas. Eso es todo. No hay misterio».<sup>21</sup> A Campbell Morgan, quien no tuvo educación de seminario ni un título universitario, se lo encontraba en su estudio a las seis cada mañana.<sup>22</sup>

Alexander McLaren, el elocuente predicador bautista de Manchester, fallecido en 1903, también rechazó muchos compromisos sociales y charlas con el fin de concentrarse en su estudio y preparación, pero agregó una explicación distinta para su aprendizaje masivo. Felizmente pasó los primeros años de su pastorado en el campo, en condición aislada. «Doy gracias a Dios», dijo, «que estuve atrapado en un lugar desconocido, pequeño y tranquilo al comienzo de mi ministerio».<sup>23</sup> En esa reclusión relativa fue capaz de reunir material para años posteriores, los que pasó expuesto a la actividad de Manchester.

Sin embargo, parece que vivimos en un mundo muy distinto. Ciertamente, a los alumnos del colegio teológico al que asistí se les enseñaba que el pastor diligente debería pasar sus mañanas con los libros y las tardes en visita. Según sé, algunos aún lo logran; pero por mi parte, desde el comienzo ello ha resultado ser un ideal imposible de alcanzar. Hice esfuerzos valerosos, pero fracasé. ¿Las mañanas? Bueno, la mañana del domingo estaba en la adoración pública de la iglesia; en la mañana del lunes había una reunión del equipo; el martes era mi día libre; el miércoles había cartas urgentes que escribir; en la mañana del jueves daba clases en la escuela privada que era parte de la iglesia; en la mañana del viernes con seguridad había un funeral; y la mañana del sábado debía reservarla para preparar realmente el sermón. Así pasaba la semana, sin una sola mañana libre para los libros que se suponía debía estar leyendo. Por ello, me vi obligado a reducir mis expectativas y establecer objetivos

<sup>21</sup> Wiersbe, p. 56.

<sup>22</sup> En el mismo lugar, p. 133.

<sup>23</sup> En el mismo lugar, p. 37.

más realistas. He llegado a creer en el valor acumulativo de los periodos de estudio más cortos. Por ello, dudo que un pastor esté tan ocupado que no pueda apartar una hora al día para la lectura, además del tiempo de estudio personal de la Biblia y de oración. La mayoría descubrirá que es posible apartar un periodo semanal de cuatro horas, ya sea en la mañana, temprano o bien avanzada la tarde, para el estudio más prolongado. Sólo exige la disciplina de eliminar dicho periodo semanal del libro de compromisos, y rehusarse a invadirlo, con la excepción de una emergencia.

Luego, he descubierto el inmenso provecho de un día de retiro, al menos una vez al mes. Lo aprendí del Rvdo. L.F.E. Wilkinson durante su charla para la Conferencia Clerical de Islington, alrededor de 1951. Es lo único que recuerdo de toda la conferencia, pero me llegó como un mensaje de Dios. Fui precipitado al cargo de rector de All Souls a la edad de 29 años, cuando era demasiado joven e inexperto para tal responsabilidad. Comencé a vivir precariamente. Todo se apilaba y me sobrepasaba. Me sentí apabullado por la pesada carga administrativa. Comencé a tener la típica pesadilla clerical: a medio subir los escalones del púlpito me daba cuenta de que había olvidado preparar un sermón. Luego llegó la charla de L.F.E. Wilkinson. «Tomen un día de retiro una vez al mes», dijo, o algunas palabras similares. «Si pueden vayan al campo, donde estén seguros de no ser interrumpidos. Descansen, miren hacia adelante y consideren hacia dónde van. Permítanse ser absorbidos por la mente y perspectiva de Dios. Traten de ver las cosas como él las ve. ¡Relájense!». Eso hice. Fui a mi casa e inmediatamente marqué un día al mes en mi libro de compromisos con la letra R de retiro. Al comenzar a disfrutar de estos días, la carga intolerable se fue y nunca ha vuelto. De hecho, han probado ser tan valiosos que ya hace muchos años que trato de tener uno a la semana en lugar de uno al mes. Reservo para esos días lo que debe ser hecho sin prisa y sin interrupción: planificación a largo plazo, algún problema para pensar y orar sobre él; algunas cartas difíciles de escribir, algo de preparación, lectura y escritura. Nada de lo que diga puede exagerar la bendición que estos días de retiro han traído a mi vida y ministerio.

Ahora permítanme referirme a la cuestión de nuestras vacaciones anuales. Los famosos predicadores del siglo XIX, hasta donde entiendo, solían tomar dos meses de vacaciones de verano, y durante ese periodo esbozaban su predicación de todo un año y hacían gran parte de la preparación inicial. Por ejemplo, Alexander Whyte, de Edimburgo, «jamás tomaba menos de dos meses de verano lejos de la ciudad, o tres en años posteriores, y un tiempo más corto durante Pascua y Navidad». Sin embargo trabajaba, no se relajaba. Estos periodos estaban repletos de lectura, meditación, y algunas veces de escritura». <sup>24</sup> Hoy en día, las vacaciones de un clérigo son considerablemente más cortas. Y sin embargo, en el curso de ellas debería poder leer varios libros. Incluso un hombre casado, con una familia numerosa debería hacerse un tiempo diario para la lectura silenciosa y el estudio.

El Dr. Lloyd-Jones nos dice en *Preaching and Preachers* que comúnmente llevaba consigo en sus vacaciones las charlas Bampton o las Hibbert, y que negociaba una especie de acuerdo con su esposa e hijos. «Me dejaron las mañanas para hacer esto (algo de lectura seria); luego, habiendo hecho esto, estaba preparado para hacer cualquier cosa que me propusieran». <sup>25</sup> El consejo de All Souls acordó hace muchos años que se debía estimular al equipo pastoral a salir al menos una semana al año, sin contar sus vacaciones, ya fuera para asistir a un curso o conferencia de algún tipo, o simplemente como una semana de lectura *bona fide*. ¿No debiera cada iglesia proporcionar lo mismo a sus pastores, y reconocer así su necesidad indispensable de un tiempo para estudiar?

Mi sugerencia de los párrafos anteriores me parece un mínimo absoluto de tiempo de estudio, el que aun los pastores más ocupados deberían estar en condiciones de lograr. Muchos llegarán a más, pero el mínimo debiera ser: al menos una hora cada día, una mañana o tarde cada semana, un día completo al mes, cada año una semana. Dicho así parece muy poco, y por cierto que lo es. Sin embargo, todos quienes tratan quedan sorprendidos de cuánto se puede leer dentro de este marco de disciplina. Son en total casi 600 horas en el curso de un año.

<sup>24</sup> Barbour, p. 286.

<sup>25</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, pp. 182-83.

Sin importar qué hábitos de estudio desarrollemos, obviamente es importante almacenar sus frutos. «El predicador debe ser como una ardilla, y aprender a recolectar y guardar material para los días de invierno futuros».<sup>26</sup> Cada lector desarrolla su propia práctica al marcar, subrayar o tomar notas. Al pasar de la adultez a la ancianidad, y al decrecer el poder de recordar, algunos medios de ayuda y ejercicio para la memoria se harán esenciales. He visto que es útil hacer una breve sinopsis del argumento de un libro importante mientras su tema aún está fresco en mi memoria. Después de terminar cada libro trato de no comenzar con otro hasta haber escrito algunas de sus citas sorprendentes, o haberle pedido a mi secretaria que las mecanografie. Hace ya muchos años que estos resúmenes y citas se conservan en fichas medianas que pueden almacenarse en un armario o incluirse en un libro de hojas sueltas, al ser perforadas. Los norteamericanos dicen irónicamente que un sistema de archivo: «es una forma de perder las cosas en forma alfabética». Por ello llevo dos archivos: uno va de Génesis a Apocalipsis, y el otro de A-Z; archivo cada tarjeta donde es más probable que la encuentre, o en cualquier caso menos probable perderla. Este sistema ha funcionado muy bien: es simple y flexible. Resulta que puedo ingresar las notas para un sermón en cuatro tarjetas, y luego puedo agregar otras tarjetas que contengan ilustraciones o citas apropiadas. Si comenzara de nuevo con mi ministerio, adoptaría el mismo sistema. El único cambio sería pasar a fichas grandes, como una concesión ante mi visión en deterioro.

### **Obstáculos para el estudio**

Algunos lectores estarán en desacuerdo aun con las sugerencias mínimas que he hecho como marco de estudio. «Estoy demasiado ocupado», dirá alguien. «Su programa es irremediamente irreal según mi situación. Usted menciona un equipo pastoral, una secretaria y grupos de debate, pero no se da cuenta de lo afortunado que es. No tengo ninguno de estos lujos. Estoy totalmente solo». Bien, no puedo negar que he sido y soy extremadamente afortunado. En realidad, no es posible encomiar lo suficiente los benefi-

cios del trabajo de grupos y, sin embargo, debo negar que el exceso de trabajo y la falta de personal sean una excusa apropiada para no estudiar. Casi siempre lo que yace tras esta convicción es una imagen falsa o «clericalista» de la Iglesia. Si el pastor tiene todas las riendas eclesiásticas en sus manos, y no tiene un concepto de responsabilidad compartida que incluya a los líderes laicos, naturalmente no tendrá tiempo para estudiar. Pero si ha comprendido la imagen neotestamentaria de la Iglesia como cuerpo de Cristo, en la cual cada miembro ha sido dotado para alguna forma de ministerio, estará en una búsqueda continua de los dones que Dios ha dado, de modo de estimular a todos a reconocerlos, desarrollarlos y ejercerlos. «Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, administrando fielmente la gracia de Dios en sus diversas formas» (1 P. 4:10). Incluso «delegar» es un término mal empleado puesto que sugiere que se trata del legítimo trabajo del pastor, y que en forma bastante condescendiente se digna traspasar algo de él a otros. «Sociedad» es el concepto más bíblico, de modo que el clero y el laicado se regocijen en la variedad de dones que ha dado Dios y se ayuden a usar sus dones y cumplir con su llamado para edificación del cuerpo de Cristo.

La Iglesia de cada generación debe volver a aprender la lección de Hechos 6. No había nada de malo con la pasión de los apóstoles por Dios y su Iglesia. Estaban comprometidos activamente en un ministerio compasivo y propio de Cristo para las viudas necesitadas. Pero éste no era el ministerio al que habían sido llamados como apóstoles. Su vocación era «la oración y el ministerio de la Palabra»; el cuidado social de las viudas era la responsabilidad de otros. Entonces se hicieron los ajustes necesarios. Hoy en día, por supuesto, los pastores no son apóstoles; no obstante una parte del ministerio de enseñanza ciertamente corresponde a los pastores, y es trágico ver cómo muchos cometen el mismo error que los apóstoles. Son personas extremadamente escrupulosas. De hecho, responden a todas las necesidades concebibles, y se sienten culpables si no están disponibles para cualquier persona, en cualquier momento. No se puede criticar su dedicación, entusiasmo y compromiso. Por cierto, el pastor está llamado a servir a las personas,

<sup>26</sup> En el mismo lugar, p. 173.

tal como Cristo lo hizo. Pero olvidan que hubo ocasiones en que Cristo mismo despidió a las multitudes con el fin de retirarse a orar a la montaña. Asimismo, han permitido el desviarse de otra tarea prioritaria a la que los llamó Jesucristo, esto es, el ministerio de la Palabra. Sus energías y entusiasmo están siendo canalizados en otras direcciones. Al mismo tiempo, y a menudo sin darse cuenta, están inhibiendo a líderes laicos con dones al negarles la oportunidad de servir. El clero con exceso de trabajo y el laicado frustrado forman una combinación peligrosa; el cuerpo de Cristo no alcanzará la madurez creciendo de esta forma.

Al escribir acerca del liderazgo laico no me refiero a las responsabilidades sociales y administrativas, las que de cualquier modo los hombres y mujeres laicos suelen abordar en forma más competente que el clero, sino a compartir el cuidado pastoral de la congregación ya sea como ancianos, diáconos, lectores, predicadores laicos, o líderes de grupos de comunión o iglesias en casa. Tal como al comienzo, Pablo designó a «ancianos» (en plural) en cada iglesia (Hch. 14:23; véase 20:17; Fil. 1:1) e instruyó a Tito para hacer lo mismo en cada ciudad de Creta (Tit. 1:5), hoy cada iglesia debiera estar pastoreada por un equipo, no por un sólo pastor. En muchos casos, en especial cuando la inflación tiene un impacto en la iglesia, el equipo puede constar en gran medida de líderes laicos, quizás junto a uno o dos clérigos no asalariados que ejerzan el llamado «ministerio bivocacional» (así como el apóstol Pablo que se sostenía económicamente gracias a la construcción de tiendas de campaña, Hch. 18:3), es decir, que se sustenten por sí mismos. Pero existe el equipo que busca en conjunto cuidar de la iglesia.

Al mismo tiempo, sin importar su tamaño, la congregación necesita en su equipo, al menos, un pastor a tiempo completo y bajo estipendio. El Nuevo Testamento parece prever esta situación claramente. Pablo no sólo insta a que «el que recibe instrucción en la palabra de Dios, comparta todo lo bueno con quien le enseña» (Gá. 6:6; véase 1 Ti. 5:17, 18) sino que insiste en el derecho de los evangelistas y pastores a recibir apoyo, si bien ha renunciado a ello en su caso personal (1 Co. 9:1-18). La razón para un pastorado pagado a tiempo completo es que, libre de la necesidad de ganar

su sustento, el pastor puede dedicarse exclusivamente al cuidado pastoral de la gente, y particularmente al «ministerio de la oración y la Palabra». Tal ministerio, el que conlleva consejería individual y trabajo de grupos, intercesión y estudio, preparación y predicación, es extremadamente recargado. No puede lograrse satisfactoriamente sólo con pastores de medio tiempo, si bien ellos son esenciales para el equipo. Ello era evidente ya en los tiempos del Antiguo Testamento. Es así como el rey Ezequías «ordenó que los habitantes de Jerusalén entregaran a los sacerdotes y a los levitas la parte que les correspondía, para que pudieran dedicarse a la ley del Señor» (2 Cr. 31:4). El mismo principio llegó a los tiempos del Nuevo Testamento: «Ningún soldado que quiera agradar a su superior se enreda en cuestiones civiles» (2 Ti. 2:4). Son estos «enredos» los que impiden que un pastor entregue el tiempo adecuado a sus estudios. Una iglesia sin un pastor a tiempo completo, aun con un equipo de personas a medio tiempo, seguramente se verá empobrecida. Necesitamos más personas a tiempo completo que trabajen en la predicación y la enseñanza (1 Ti. 5:17).

Suponiendo que un pastor tenga apoyo, ¿qué otra cosa podría impedir que estudie? Permítanme ser franco. Sólo una cosa: la pereza. ¿No fue acaso Ralph Waldo Emerson quien dijo que «el hombre es perezoso en la medida que se atreve a serlo»? Es cierto. Y nosotros los pastores podemos ser muy atrevidos en esta área, porque no tenemos un empleador que supervise nuestro trabajo o nos reproche cuando lo descuidamos. Por otro lado, no tenemos tareas determinadas, ni tiempos determinados en qué efectuarlas. Somos nuestro propio jefe y debemos organizar nuestro propio calendario. Podemos malgastar nuestros días, hasta que nuestros periodos de tiempo desperdiciado degeneren en una vida de enorme indisciplina. Más aún, ello se hace penosamente evidente en nuestro ministerio. Tal como Cyril Garbett le comentara en privado a un amigo, mientras era Obispo de Southward (1919-32): «Siempre puedo reconocer cuándo el clero ha abandonado cualquier intento serio de leer o pensar: se hace obvio a los cuarenta y cinco años de edad. Si un hombre es anglocatólico, se convierte en un intolerante; si es un evangélico, se torna sentimental».<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Smyth, p. 167.

Alexander Whyte habló severamente sobre este tema. Ministró cuarenta y siete años (1860-1907) en la Iglesia Libre de St. George en Edimburgo. En 1898 fue moderador de la Asamblea General de Escocia, y en 1909, a la edad de setenta y tres, aceptó la dirección del New College Edinburgh, además de sus demás responsabilidades. Ejerció una rigurosa disciplina sobre sí mismo y aborreció la pereza en los demás. «Haría expulsar con ignominia a todos los estudiantes flojos del colegio», dijo en 1904, «y a todos los ministros flojos de la Asamblea... Haría de la pereza el único pecado imperdonable para todos nuestros estudiantes y todos nuestros ministros».<sup>28</sup> Luego en su alocución final a fines de la Asamblea General de 1898, de la cual fue también moderador, dijo:

Tenemos mucho tiempo para todo nuestro trabajo, ¿hemos aprovechado nuestro tiempo y lo hemos asignado correctamente?... ¿Hemos trabajado tantas horas cada día, y tan arduamente como quienes nos apoyan en nuestro trabajo? ¿Y tan temprano en la mañana, y tan tarde por la noche, y tan arduamente todo el santo día? ¡Oh no! No podemos mirarnos seriamente a la cara y decir que es falta de tiempo. Es falta de intención. Falta de determinación. Falta de método. Falta de un motivo. Falta de conciencia. Falta de corazón. Falta de cualquier cosa, de todo menos de tiempo.<sup>29</sup>

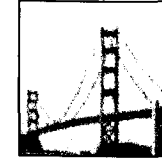
Por ello necesitamos arrepentirnos constantemente, según percibo, y renovar nuestra resolución de disciplinar nuestras vidas y nuestro calendario. Sólo una visión constantemente fresca de Cristo y su comisión puede rescatarnos del ocio, y mantener nuestras prioridades en perfecto ajuste. Luego, buscaremos tiempo para leer y pensar y, como fruto de nuestro acucioso estudio, nuestra predicación será fresca, fidedigna y pertinente, y al mismo tiempo será también fácil de entender para la gente.

*Nota:* debido al carácter indispensable de libros para predicadores, uno de los principales proyectos del Evangelical Literature Trust es la promoción de los clubes de libros para pastores en países en vías de desarrollo. Ello permite que los miembros compren cierto número de libros al año a precios muy reducidos. (La dirección del ELT es 12 Weymouth Street, Londres, W1N 3FB. Inglaterra).

<sup>28</sup> Barbour, p. 282.

<sup>29</sup> En el mismo lugar, pp. 284-85.





## La preparación de sermones

**H**abía una vez un clérigo anglicano flojo. Hacía mucho que había dejado de molestarse en preparar los sermones. Tenía una inteligencia natural y fluidez verbal considerables, y su congregación consistía de gente simple. Así es que se las arreglaba bastante bien con sus sermones sin preparación. Pero con el fin de poder vivir con su conciencia, hizo el voto de que siempre predicaría improvisadamente y pondría su confianza en el Espíritu Santo. Todo iba bien hasta que un día, unos minutos antes de comenzar el culto dominical, alguien ingresa a la iglesia y encuentra un lugar entre las bancas, ¡y no que era el obispo!, quien disfrutaba de su domingo libre. El párroco se sintió avergonzado. Por años se las había arreglado para engañar a su congregación sin educación, pero no estaba tan seguro de su habilidad para burlar al obispo. Por lo que se dirigió a darle la bienvenida, y en un intento de adelantarse a su crítica le habló de su voto de predicar siempre sermones improvisados. El obispo parecía comprender, y comenzó el ser-

vicio. Sin embargo, a mediados del sermón el obispo se levantó y se fue, para gran consternación del pastor. Luego del servicio, encontró sobre la mesa de la sacristía una nota manuscrita del obispo que decía: «¡Lo absuelvo de su voto!»

Luego está la historia del joven ministro presbiteriano norteamericano, cuyo pecado dominante no era la pereza sino la vanidad. A menudo se jactaba en público de que, para preparar su sermón del domingo, sólo necesitaba los pocos minutos que le llevaba caminar de la casa pastoral vecina a la iglesia. Quizás pueden adivinar lo que hicieron los ancianos: ¡le compraron una nueva casa a ocho kilómetros de ahí!

Mi pequeña parábola ecuménica no ha terminado puesto que había un predicador bautista que no tenía los pecados dominantes de sus colegas episcopal y presbiteriano. Su problema, si es que se puede llamarlo así, era la superespiritualidad. Tampoco preparaba sus sermones, pero ello no tenía nada que ver con pereza u orgullo. Por el contrario, se debía a genuina piedad. Como su hermano episcopal, él ponía su confianza en el Espíritu Santo; pero a diferencia del episcopal, buscaba respaldo en las Escrituras mismas, no en su voto personal. «¿No han leído las palabras de Jesús en Mateo 10:19 y 20?», preguntaba a sus amigos con genuino estupor, cuando se aventuraban a regañarlos. «No se preocupen por lo que van a decir o cómo van a decirlo», fue el mandato de Jesús; «En ese momento se les dará lo que han de decir, porque no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes». Lo que este ingenioso hermano no hizo fue leer las palabras del Señor en su contexto. De hecho comienzan con: «Pero cuando los arresten», y no se refieren a la iglesia, sino a la corte de justicia. «Por mi causa los llevarán ante gobernadores y reyes para dar testimonio a ellos y a los gentiles», dijo Jesús (v.18). Con ello implicaba que en dicha situación es posible que no tengamos tiempo de preparar nuestra defensa. Es entonces cuando el Espíritu Santo nos dará palabras que hablar. La promesa de Jesús ha sido de gran consuelo para los prisioneros que carecen de consejo para su defensa; no ofrece consuelo a los predicadores que son muy perezosos, orgullosos, o piadosos para preparar sus sermones.

Creo que debemos estar de acuerdo con Spurgeon en que «no llegar preparado al púlpito habitualmente es de una presunción imperdonable».<sup>1</sup> ¿Qué pensaríamos de un abogado que llega a la corte a defender a su cliente sin haber preparado su caso? J.H. Jowett cita el dictamen de un distinguido juez inglés de que «los casos se ganan en el despacho». Es decir que, «en lo que respecta al abogado, su arena crítica no es la corte pública sino su propia habitación privada». El mismo principio se aplica al predicador: «si el estudio es un salón de tertulia, el púlpito será una impertinencia».<sup>2</sup>

Todos los grandes predicadores que han ejercido influencia en su generación han dado testimonio de la necesidad de una preparación concienzuda. Puede que usted no piense lo mismo al escucharlos porque al desarrollarse el sermón todo suena engañosamente simple. El descubrir el texto, su ilustración y aplicación, la disposición clara, la construcción de oraciones y las palabras escogidas, ¿qué podría ser más simple? Sin embargo, tras ello yace una vida de disciplina y diligencia constante. Permítanme dar solo un ejemplo. Tras la muerte del Dr. Leslie Weatherhead en el Año Nuevo de 1976, Roy Trevivian escribió un obituario, una apreciación personal que apareció en el *Church of England Newspaper* (Diario de la Iglesia de Inglaterra) el 9 de enero de 1977. Incluía estas palabras:

¿Cuál era el secreto de su extraordinaria influencia en la gente? Pobres y ricos, poderosos y desposeídos, conocidos y desconocidos, todos llegaban a él y recibían su completa atención. ¿Y cuál era el secreto de la forma en que encantaba a una congregación enorme con síntomas previos de retirarse, una vez terminado el sermón? Debo haberlo preguntado unas veinte veces, y cada vez respondía: «preparación».

¿Cómo, entonces, hemos de prepararnos? Es una materia muy subjetiva. No existe una única forma de preparar sermones. Cada predicador debe elaborar su propio método, que vaya con su temperamento y situación; es un error copiar indiscriminadamente lo que hacen otros. No obstante, podemos aprender del otro. Como dijera Erasmo en una ocasión, y en forma bastante traviesa: «Si es

<sup>1</sup> Spurgeon, *Lectures*, Segunda Serie, p. 4.

<sup>2</sup> Jowett, pp. 113-14.

posible enseñarle a bailar a un elefante, a jugar a un león, a cazar a un leopardo, seguramente se les puede enseñar a predicar a los predicadores». <sup>3</sup> De hecho, parece haber seis etapas por las que de una forma u otra nos es necesario pasar a la mayoría.

### (1) Escoger el texto

Doy por sentado que tendremos un texto puesto que no somos especuladores sino expositores. ¿Sin embargo, cómo podemos escoger nuestro texto para un sermón en particular? Muchos predicadores se han hecho esa pregunta al sentarse en su escritorio, chupando o incluso mordiendo su lápiz y han dirigido su mirada vacía hacia la hoja en blanco ante ellos. No obstante, el dolor de cabeza al escoger no se debe a la insuficiencia de textos sino a su abundancia. Al ser estudiantes permanentes de la Biblia y tomar nota de nuestros estudios, nuestra memoria se convierte en una despensa bien provista, y los textos bíblicos se alinean y piden ser predicados. ¿Cómo, entonces, hacer nuestra selección? Al parecer existen cuatro factores que ejercen influencia sobre nuestra decisión.

El primero tiene carácter *litúrgico*. Amplios segmentos de la cristiandad (en particular el católico-romano, ortodoxo, luterano y anglicano) continúan observando las estaciones del año de la Iglesia, dispuestas en un calendario y provistas de lecciones apropiadas, domingo a domingo. En 1967, el «Joint Liturgical Group» (Grupo litúrgico conjunto), grupo interdenominacional de la Gran Bretaña, produjo un ensayo titulado: *The Calendar and Lectionary: A Reconsideration*.<sup>4</sup> Al año siguiente, la Comisión Litúrgica de la Iglesia de Inglaterra prosiguió con su informe: *The Calendar and Lessons for the Church's Year*.<sup>5</sup> Éste abogaba por «una presentación más racional del año cristiano, en el interés pastoral de quienes adoran». <sup>6</sup> Permítanme simplificar sus recomendaciones de modo que sean de interés también para los miembros de iglesias no litúrgicas. La mayoría de los cristianos observan al menos tres festividades cristianas fundamentales cada año: la Navidad (que celebra el nacimiento de Jesús), la Pascua (su resurrección) y

Pentecostés (el don del Espíritu). Al tomarlos como puntos principales, cada uno consta naturalmente de una preparación y una secuencia natural que los sucede. De este modo, el año de la Iglesia se divide en tres periodos.

El primero, de octubre a diciembre, es el extenso periodo de Adviento. Puesto que en Europa el festival de la cosecha se produce normalmente a fines de septiembre o a comienzos de octubre, y en noviembre en Norteamérica, es un tiempo propicio para pensar en la creación, proseguir con la caída, y conducir la historia del Antiguo Testamento y su expectación hasta el nacimiento de Cristo y su Epifanía o manifestación a los gentiles.

El segundo periodo se extiende desde la Navidad a Pentecostés, y cubre con ello los meses de enero a mayo. Es la estación apropiada para relatar la obra poderosa de Dios en Jesús, su nacimiento y vida, carácter y ejemplo, palabras y obras, pasión y muerte, resurrección y ascensión, y su culminación en el derramamiento del Espíritu Santo.

El tercer periodo debería ser considerado más como «los domingos después de Pentecostés», que los domingos que suceden a la Trinidad. De mayo a septiembre inclusive tenemos la oportunidad de pensar en la vida cristiana, en su calidad de vida en el Espíritu, y en la Iglesia cristiana como la comunidad del Espíritu. Es un buen momento para dedicar nuestra mente a considerar las responsabilidades misioneras, sociales y éticas del cristianismo, y a la esperanza cristiana, nuestra expectación del regreso triunfal de Jesucristo.

De esta forma, cada año el calendario de la Iglesia recapitula la historia de la revelación bíblica: el Antiguo Testamento, desde la creación hasta la Navidad, en el periodo comprendido entre octubre y diciembre; los Evangelios, con su retrato de la vida de Jesús, de enero a mayo; y los Hechos, Epístolas y Apocalipsis en el periodo que sucede a Pentecostés, de mayo a septiembre. Asimismo, es inevitable la estructura trinitaria al relatar cómo Dios se reveló a sí mismo en forma progresiva, como Creador y Padre, como Hijo de Dios encarnado, y en la persona y obra del Espíritu Santo.

<sup>3</sup> De su tratado *On Preaching*, en el libro de Bainton, *Erasmus*, p. 323.

<sup>4</sup> Oxford University Press.

<sup>5</sup> S.P.C.K. 1969.

<sup>6</sup> *The Calendar and Lessons for the Church Year*, p. 7.

Puesto que las lecturas establecidas (la del Antiguo Testamento, la Epístola, el Evangelio y otras) van de acuerdo con el periodo correspondiente del calendario de la Iglesia, el predicador puede tomar su texto de una de estas lecturas en ocasiones, e incluso con mayor frecuencia. El apegarse en forma esclavizada a las lecciones prescritas puede ser, sin embargo, un lazo innecesario. Es mejor considerarlas como indicadores que sugieren un tema para el día.

Sin duda, tampoco se puede estar esclavizado al calendario de la Iglesia porque entonces uno se sentiría inhibido a predicar la encarnación excepto en Navidad, o la Resurrección excepto en la Pascua. Colin Morris pregunta al respecto: ¿Pentecostés en otoño? ¿La Ascensión en medio del invierno sombrío? ¿Por qué no? ¿No tienen estas verdades una importancia universal? Ciertamente no debieran estar sujetas a la tiranía del calendario».<sup>7</sup>

Sin embargo, es obvio su valor. James Steward, profesor emérito de Lengua del Nuevo Testamento, Literatura y Teología en el New College de Edimburgo, quien se jubiló en 1966 y sigue siendo uno de los predicadores contemporáneos más populares, ha recomendado «la debida observancia del Año Cristiano» con estas palabras:

Los grandes hitos del Año Cristiano: el Adviento, la Navidad, la Cuaresma, Viernes Santo, la Pascua, Pentecostés, Domingo de la Santísima Trinidad, establecen nuestro curso y sugieren nuestros temas básicos. Nos llevan a estar cerca de las doctrinas fundamentales de la fe. Nos llaman a salir de los desvíos en que es posible que tendamos a estar ociosos y tomar el gran camino de redención. Aseguran que volvamos constantemente en nuestra predicación a las grandes obras de Dios, para cuya declaración existe la Iglesia.<sup>8</sup>

El segundo factor que nos ayuda a determinar nuestro texto lo llamaré *externo*, con lo que me refiero a algún evento en la vida de nuestra nación (por ejemplo, una elección, la muerte de una figura pública o un escándalo nacional), algún tema de discusión pública (por ejemplo, la carrera armamentista, el aborto, la pena capital, el desempleo, la práctica homosexual o el divorcio), un desastre natural (inundación, hambruna o terremoto), o alguna otra catástrofe (un accidente aéreo o ferroviario). Cuando los cris-

tianos vienen a la iglesia, no pueden ni deben apartar de su mente materias como éstas, que reciben una amplia cobertura radial, televisiva, y en los diarios. Por el contrario, traen estas ansiedades consigo a la adoración, y preguntan: «¿Hay palabra alguna del Señor?», y «¿cómo debieran reaccionar los cristianos ante ello?» Los predicadores necesitan ser sensibles a las grandes interrogantes públicas que existen en la mente de las personas.

En tercer lugar se encuentra el factor *pastoral*, es decir, alguna necesidad que se descubre en la peregrinación espiritual de la congregación. A menudo se dice, y con razón, que los mejores predicadores son siempre buenos pastores porque conocen las necesidades y problemas, dudas, temores y esperanza de su gente. Un pastor cuidadoso jamás podría predicar sin importarles los requerimientos de sus oyentes. «Del mismo modo, un médico podría prescribir un unguento para un eccema en el cuello», comenta Douglas Cleverley Ford, «cuando el paciente tiene callos en los pies».<sup>9</sup> Evaluar las necesidades actuales de una congregación y decidir cómo predicar al respecto es una tarea que mejor la lleva a cabo el equipo pastoral en conjunto. Aun si la iglesia local tiene sólo un pastor asalariado a tiempo completo, se espera que reciba el apoyo de ministros a medio tiempo o bien voluntarios y de ancianos que compartan el cuidado pastoral con él. Sin duda dedicarán tiempo regularmente a la oración, discusión y planificación, y uno de los puntos en su agenda debe ser el ministerio de la predicación. Michael Baughen, rector de All Souls desde 1975, reúne a su equipo al menos tres veces al año para este propósito en especial. En ocasiones avisa anticipadamente a la congregación con el fin de solicitar sus oraciones, y a veces invita a los líderes de los grupos de comunión en particular a enviar sus sugerencias y pedidos de temas y series de sermones. Asimismo, en ocasiones nos acompañan algunos líderes laicos de la familia de la iglesia al discutir nuestro programa de predicación para los meses siguientes. Ello nos da la oportunidad de planificar cursos que cubran las principales doctrinas y deberes, para exponer libros completos de la Biblia, y preguntarnos si existen áreas que hayamos pasado por alto. La predicación planificada de este tipo ayuda a los miembros de la iglesia a

<sup>7</sup> Morris, p. 143.

<sup>8</sup> Steward, *Heralds*, pp. 110-11

<sup>9</sup> Ford, *Ministry*, p. 210.

captar la rica «unidad en la diversidad» de la revelación bíblica; uno de los peligros de tomar un texto aislado cada domingo es que da la impresión de que la Biblia es una mera antología de fragmentos inconexos, sin temas comunes o un mensaje general.

Puede ser útil hacer una lista de las principales series cubiertas en la Iglesia All Souls durante los últimos seis años. Los cursos doctrinales han incluido el carácter de Dios, la vida de Cristo, la Cruz, las apariciones de la resurrección, la familia de Dios y la Biblia. Otras series más prácticas se relacionaban con cuestiones éticas (por ejemplo el discipulado, los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte, la Imitación de Cristo, y una serie de catorce sesiones sobre las implicancias del amor) y con temas contingentes (la dirección divina, el ministerio de la mujer, el sufrimiento y los dones espirituales). También se hizo una serie de catorce reuniones sobre la oración.

Durante el mismo periodo hemos buscado exponer algunos pasajes bíblicos extensos. Con respecto al Nuevo Testamento, hemos llevado a cabo series sobre los primeros capítulos de Génesis, las vidas de los patriarcas, una selección de Salmos, y partes de Isaías y del Libro de Daniel. En el Nuevo Testamento hemos estudiado tanto las cartas más breves (Efesios, Filipenses, 1 Pedro y 1 y 2 Tesalonicenses) y dos cartas más extensas: 2 Corintios y Romanos (esta última en cuarenta sermones que requirieron dos sesiones de noviembre a marzo y de mayo a julio). Quizás nuestra serie más extensa ha sido también la más apreciada. Se trata de todo el evangelio de Marcos en sesenta y dos sermones que dividieron el texto en siete secciones, desde septiembre de 1978 a abril de 1981.

Además de estos estudios generales párrafo por párrafo, hemos descubierto que a veces es provechoso trabajar más lento, versículo por versículo, en pasajes más cortos. Con este método hemos estudiado Hechos 20:19-38 (la alocución de Pablo ante los ancianos de Éfeso), Efesios 1 («Un pueblo para la gloria de Dios»), Efesios 4 y 5 (estándares morales cristianos), Hebreos 11 (los héroes de la fe), y un capítulo menos conocido, Hebreos 13. Éste se dividió como sigue:

- 1 El amor fraternal (v. 1).
- 2 La hospitalidad (v. 2)
- 3 Acuérdense de los presos (v. 3)
- 4 Tengan todos en alta estima el matrimonio (v. 4)
- 5 Conténtense (v. 5, 6)
- 6 Acuérdense de sus dirigentes (vv. 7, 17-19)
- 8 ¡Peligro! (v. 9)
- 9 Sufrir con Cristo (vv. 10-17)
- 10 Residentes temporales (v. 14)
- 11 Sacrificios que agradan a Dios (vv. 15, 16)
- 12 Aptos para la obra (vv. 20, 21)

Todas estas series fueron decisión de la conferencia del equipo en respuesta a la percepción de las necesidades pastorales de la familia de la iglesia.

El cuarto factor que contribuye a escoger un texto es el *personal*. Sin duda, los mejores sermones que predicamos jamás son aquellos que primero nos hemos predicado a nosotros mismos. O, para expresar la misma verdad en forma algo diferente, cuando Dios mismo nos habla por medio de un texto de la Escritura, y éste se torna luminoso o vívido para nosotros, es entonces que sigue brillando con gloria divina cuando intentamos esclarecerlo para otros. Campbell Morgan nos cuenta que se encontraba un día en la sacristía de Joseph Parker en el City Temple cuando entró un hombre y le dijo: «Quiero agradecerle por ese sermón. Me hizo bien». El Dr. Parker lo miró y contestó: «Disculpe usted pero lo prediqué porque me hizo bien a mí».<sup>10</sup> Ello no significa que cada sermón deba nacer de nuestra experiencia personal. Algunos de nosotros debemos predicar sobre el matrimonio aun cuando seamos solteros, o bien sobre el divorcio estando casados, y todos debemos predicar sobre la muerte sin haber muerto. Sin embargo, los sermones que surgen de una profunda convicción personal prueban ser genuinos por sí mismos. Es lo que James Stalker llamó «la vena de la experiencia». Agregó que la verdad «es doble y triplemente verdadera cuando proviene de un hombre que habla

<sup>10</sup> Morgan, *Preaching*, p. 50.

como si la hubiera aprendido por su propio trabajo y experiencia».<sup>11</sup>

Es por esta razón que la mayoría de los predicadores deberían tener a mano en todo momento una libreta de notas o bien (según el nombre que se le dio del siglo XVII en adelante), un libro de notas personales. Me pregunto si su experiencia se parece a la mía. Comúnmente mi mente está envuelta en una neblina bastante densa, de modo que no veo las cosas claramente en absoluto. Sin embargo, en ocasiones la neblina se levanta, la luz irrumpe, y veo con claridad límpida. Es necesario perseguir estos momentos de iluminación. Debemos aprender a rendirnos a ellos antes de que descienda la neblina nuevamente. Estos instantes llegan a menudo en momentos incómodos: en medio de la noche, cuando alguien más predica o expone, mientras leemos un libro o incluso durante una conversación. Sin importar cuán inconveniente sea el momento, no podemos darnos el lujo de perderlo. Con el fin de sacar el mayor provecho posible de él, puede que sea necesario escribir en forma rápida y frenética.

Estos son, entonces, los cuatro factores: el litúrgico, el externo, el pastoral y el personal, que nos ayudarán a escoger nuestro texto para el sermón. Estamos listos ahora para la segunda etapa de preparación.

## (2) Meditar al respecto

Si nuestro texto es parte de una meditación en serie, o por alguna otra razón ha sido establecido con semanas o meses de anticipación, tenemos el gran beneficio de un largo periodo de «incubación subconsciente»,<sup>12</sup> o bien lo que los norteamericanos llaman «maduración». Por cierto, el texto del domingo debiera ser escogido a más tardar el lunes anterior, para que pueda producirse algo de este proceso. Mientras más largo este periodo, tanto mejor. Robert Louis Stevenson dijo una vez sobre sí mismo: «... me siento largo tiempo a madurar mis ideas en silencio».<sup>13</sup> Dietrich Bonhoeffer practicó el escoger el texto con anticipación. Luego

reflexionaba al respecto cada día y trataba de «sumergirse profundamente en él, como para escuchar realmente lo que dice».<sup>14</sup>

Tarde o temprano llega el momento de una preparación más concentrada. ¿Qué debería hacer ahora el predicador? Leer el texto, releerlo, releerlo, y volver a leerlo. Retomar lo una y otra vez en la mente, como María, la madre de Jesús, quien reflexionaba sobre todas las cosas que le dijeron los pastores, «guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas» (Lc. 2:18, 19). Pruebe su texto, como una abeja con la flor de primavera, o un colibrí que prueba la flor del hibisco por su néctar. Acóselo como un perro al hueso. Sorba el jugo como el niño a la naranja. Rúmielo como la vaca al bolo. A estas símiles Spurgeon agrega dos: el gusano y el baño. «Es una gran cosa abrirse paso mediante la oración hacia la esencia y médula de un texto; adentrándose en él de ahí en adelante mediante la alimentación sagrada, así como el gusano perfora su camino hacia el corazón de la nuez».<sup>15</sup> Y reitera: «Queridos hermanos, tratemos de *saturarnos del evangelio*. Siempre percibo que puedo predicar mejor cuando me las arreglo para quedar empapado de mi texto. Me place encontrar un texto, encontrar su sentido, implicancias y otras cosas; y luego, una vez que me he bañado en él, disfruto yacer en él, y permitir que me remoje».<sup>16</sup>

Sin embargo, puede que estas vívidas metáforas no indiquen con suficiente claridad lo que el predicador hace en realidad cuando medita sobre su texto. Permítanme expresarlo así. El predicador formula preguntas para su texto, dos en especial. La primera es: ¿*Qué significa?* Quizás es mejor decir ¿*qué significaba* cuando fue escrito o enunciado?, puesto que E.D. Hirsch tiene razón al hacer hincapié en que «un texto quiere decir lo que quiso decir su autor».<sup>17</sup> Como hemos visto, no podemos evitar la disciplina de reflexionar y remontarnos al contexto geográfico e histórico del texto, a su entorno cultural, sus palabras e imágenes y con ello a la mente y propósito de su autor. ¿Qué quiso decir? ¿Qué intentaba afirmar, condenar, prometer u ordenar?

La segunda pregunta es ¿*qué dice?*. Es decir, ¿cuál es su mensaje para hoy? ¿Cómo nos habla hoy en día? La segunda es una pregunta diferente. Conlleva la disciplina de «construir puentes», de

<sup>11</sup> Stalker, p. 166.

<sup>12</sup> Tizard, p. 71.

<sup>13</sup> Luccock, p. 205.

<sup>14</sup> Bosanquet, p. 110.

<sup>15</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, p. 42.

<sup>16</sup> Spurgeon, *All-Round Ministry*, p. 124.

<sup>17</sup> Hirsch, p. 1

relacionar el mundo antiguo con el moderno, y traducirlo en términos culturales actuales.

Es esencial hacer una distinción entre estas preguntas y al mismo tiempo no separarlas. Descubrir el *significado* del texto es de interés puramente académico a menos que prosigamos a discernir su mensaje para la actualidad, o bien, (como prefieren decir algunos teólogos), su «importancia». Empero, buscar su mensaje contemporáneo sin esforzarse primero por encontrar su significado original es cortar por un atajo prohibido. Deshonra a Dios (al pasar por alto su forma de revelarse en ciertos contextos históricos y culturales), hace mal uso de la Palabra (al tratarla como un almanaque o libro de encantamientos) y confunde a su pueblo (con respecto a la interpretación de las Escrituras).

Al dirigir ambas preguntas al texto, respetando su significado y mensaje, es muy probable que necesitemos recurrir a un diccionario, concordancia o comentario en busca de ayuda. Pueden salvarnos de interpretar erróneamente el pasaje, arrojar luz sobre él y estimular nuestra reflexión al respecto, pero no pueden ser más que una ayuda. No pueden reemplazar nuestro encuentro directo y personal con el texto, al interrogarlo por nuestra parte y permitir que nos interroge. Por otro lado, después de unos pocos años de estudiar la Biblia jamás llegaremos a un texto como si fuera un perfecto extraño, sino que lo abordaremos a la luz de nuestra meditación previa.

Todo este tiempo estaremos orando, clamando humildemente a Dios para que nos ilumine mediante el Espíritu de verdad. Repetiremos la petición de Moisés: «Déjame verte en todo tu esplendor» (Ex. 33:18), y la de Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 S. 3:9, 10). La meditación cristiana difiere de otras en que es una combinación de estudio y oración. Algunos predicadores son estudiantes muy diligentes. Sobre su escritorio hay pilas de obras teológicas, y se entregan a dilucidar el texto. Pero rara vez, de hacerlo, oran por iluminación. Otros son muy diligentes en la oración, pero rara vez se dedican a un estudio serio. No debemos separar lo que Dios ha unido. A título personal, siempre me ha resultado útil preparar la mayor parte posible de mi sermón de rodillas, con la Biblia

abierta ante mí, en un estudio de oración. No se debe a que sufra de bibliolatría y adore la Biblia, sino a que adoro al Dios de la Biblia y deseo humillarme ante él y su revelación, y aun cuando me entrego al estudio del texto, pido en oración que los ojos de mi entendimiento sean abiertos (Ef. 1:18).

Daniel es un excelente ejemplo del Antiguo Testamento acerca de esta combinación de oración y reflexión. Cuando Daniel logró «entender ese pasaje de las Escrituras donde el Señor le comunicó al profeta Jeremías que la desolación de Jerusalén duraría setenta años», entonces se puso a orar y dirigir sus súplicas al Señor. Luego, y mientras oraba aún, Gabriel vino a él y dijo: «Daniel, he venido en este momento para que entiendas todo con claridad...» (9:1-3, 20-23). En una visión posterior apareció ante él una figura humana, lo tocó y le dijo: «No tengas miedo, Daniel. Tu petición fue escuchada desde el primer día en que te propusiste ganar entendimiento y humillarte ante tu Dios. En respuesta a ella estoy aquí» (10:1-14). El equivalente del Nuevo Testamento parecen ser las palabras de Pablo a Timoteo: «Reflexiona en lo que te digo, y el Señor te dará una mayor comprensión de todo esto» (2 Ti. 2:7). En ambos casos existía, por un lado, la lectura, una reflexión seria y el disponer la mente a comprender; por otro lado, existía la humillación en oración y confesión. Era sólo en respuesta tanto al estudio como a la petición que se brindaba la comprensión necesaria. Como escribiera R.W. Dale, citando a un antiguo escritor inglés: «el trabajo sin oración es ateísmo; y la oración sin trabajo es presunción».<sup>18</sup>

Es obvio que durante este periodo de estudio en oración llamado «meditación», tomamos nota, si bien en forma fortuita, de las ideas que se hacen claras en nuestra mente. «¿Cuánto dura esta fase?», se me ha preguntado a menudo. «Cuanto sea necesario», es la única respuesta que puedo dar. No hay sustituto que reemplace el tiempo con el texto. Tómese todo lo que necesite. Siga probando la flor hasta que ya no quede néctar. Siga succionando la naranja hasta que quede seca.

Hasta este minuto he asumido que nuestro estudio del texto será privado e individual. También existe una instancia de preparación

<sup>18</sup> Dale, p. 91

conjunta del sermón; el Obispo Lesslie Newbiggin me describió su experimento realizado en la Diócesis de Madrás (sur de India), cuando era obispo:<sup>19</sup>

«Una vez al mes se reunía un grupo de clérigos por medio día o bien un día completo». Comenzaban con «un estudio exegético acucioso de los pasajes señalados para el domingo en cuestión». Ello se llevaba a cabo en sesiones plenarias y grupos, y se le solicitaba a cuatro o cinco grupos que cada uno preparara un resumen del sermón de alguno de los domingos del mes siguiente. «Los resúmenes luego eran sometidos al plenario para su comentario, crítica y discusión». A menudo se escogían los sermones del Leccionario publicado por la Iglesia del Sur de India. «Sin embargo, en algunas ocasiones, cuando sucedía algo de importancia avasalladora en la vida de la nación o la Iglesia... se les pedía a los grupos que consideraran cuál sería una respuesta cristiana adecuada ante la situación, y qué pasajes de la Escritura serían los apropiados para la adoración del domingo en cuestión». El comentario final del Obispo Newbiggin fue que «si bien finalmente cada uno debía ir a casa y preparar sus propios sermones, estos ejercicios ayudaban a asegurar que tuvieran más substancia de la que habrían tenido en otro caso».

### **(3) Determinar la idea central**

Al continuar meditando mediante la oración y estudio, y anotar una variedad de ideas, debemos buscar la idea principal de nuestro texto. Por cierto, debemos perseverar en la meditación hasta que ella emerja y esté clara. ¿Por qué razón?

En primer lugar, cada texto tiene un tema principal. Si es cierto, tal como argumentamos en el capítulo tres, que Dios habla mediante lo que ya ha dicho, entonces es esencial que nos preguntemos: «¿Qué está diciendo? ¿Dónde está el énfasis?» No niego que pueda existir varias formas legítimas de tratar un texto, y distintas lecciones que aprender de él; lo que afirmo, no obstante, es que cada texto tiene un significado o propósito predominante.

Necesitamos integridad para discernirlo y resistir la tentación de darle al texto nuestro propio giro o énfasis.

Por ejemplo, seguramente sería permisible predicar sobre la base de la parábola del Buen Samaritano que el verdadero amor siempre se expresa en un servicio sacrificado y constructivo. Sin embargo, el principal significado de la historia de Jesús radica en el hecho impactante de que un extranjero samaritano despreciado hiciera lo que ambos judíos religiosos no estuvieron dispuestos a hacer. Por tanto, sería imposible exponer la parábola con corrección sin hacer hincapié en el aspecto racial y su crítica implícita de toda religión, sin importar cuán ortodoxa sea, que es falsa por carecer de amor. Y, del mismo modo, sería posible enseñar varias verdades a partir de Romanos 5:8: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Podríamos predicar sobre el pecado del hombre, la muerte de Cristo o el amor de Dios, puesto que los tres se mencionan en este versículo. Sin embargo, la idea predominante en el texto es que la muerte de Cristo por los pecadores como nosotros consiste en la propia prueba de Dios de su amor hacia nosotros. Por ello un sermón sobre Romanos 5:8 debería tratar de «cómo Dios prueba su amor», y también debería relacionar la prueba objetiva de Cristo (su cruz, v. 8) con la experiencia subjetiva del Espíritu Santo (en nuestros corazones, v. 5).

Luego, existe una segunda razón por la cual deberíamos buscar la idea principal de un texto, esto es, que una de las principales diferencias entre un sermón y una cátedra es que el primero busca transmitir sólo un mensaje principal. Se espera que los estudiantes tomen copiosas notas durante una cátedra, y que las revisen posteriormente. Sobre esta base el catedrático se siente en libertad de divagar, cubrir un gran territorio, e incluso de apartarse del tema. Por cierto que las excéntricas digresiones de un profesor distraído son uno de los mayores placeres de escucharlo; de otro modo se podría obtener su material directamente de los libros. Sin embargo, un sermón es bastante distinto. Es cierto que en algunas congregaciones se suele tomar notas, mientras que en otras se reproducen resúmenes y se entregan grabaciones. Cada elemento

<sup>19</sup> Este relato ha sido tomado de una comunicación personal con fecha 7 de diciembre de 1979.



es valioso como ayuda para la memoria, pero esta provisión es excepcional. También puede resultar ser dañina si se deja de escuchar el sermón para estudiar las notas en otra ocasión o volver a escuchar el cassette, puesto que el sermón, como palabra viva de Dios para su pueblo debe tener su impacto en ellos en ese momento y lugar. No recordarán los detalles, y no debemos esperar que lo hagan, pero deben recordar la idea principal puesto que todos los detalles del sermón han sido presentados para ayudarlos a comprender su mensaje y sentir su poder.

Al parecer, todos los maestros del arte del sermón parecen estar de acuerdo en esta materia. Antiguamente la idea principal a menudo era llamada «la proposición», y los predicadores se esforzaban por aclarar cuál era. «Pienso que cada sermón», dijo Charles Simeon, «debiera tener, como el telescopio, sólo un objetivo en su campo».<sup>20</sup> Esta es la descripción de su propio método en su prefacio a *Horae Homileticae*:

Puede que sea de utilidad señalar *en qué manera se forman estos discursos*. Tan pronto como se ha escogido el tema, la primera pregunta es: *¿Cuál es el principal propósito y alcance del texto?* (RUEGO A TODO PREDICADOR JOVEN EN FORMA ESPECIAL QUE RECUERDE ESTO).<sup>21</sup>

Simeon prosigue diciendo que una vez que se ha discernido el principal significado del texto, el siguiente paso es expresarlo en «una proposición categórica»; hacerlo es «*el gran secreto* de toda composición destinada al púlpito».<sup>22</sup> En un artículo anónimo, publicado en el *Christian Observer* de diciembre de 1821, Simeon enfatizó la importancia práctica de este método, con el fin de fijar una verdad en la memoria de los oyentes:

Reduzca su texto a una proposición simple, y tómelala como la urdimbre; luego haga uso del texto mismo como tejido, ilustrando la idea principal mediante los distintos términos en que está contenida. Atornille la palabra en la mente de sus oyentes. Un tornillo es la más poderosa de todas las fuerzas mecánicas... una vez que ha girado unas cuantas veces, difícilmente puede extraerlo poder alguno.<sup>23</sup>

Richard Baxter escribió también: «atornille la verdad en sus cabezas».<sup>24</sup>

J.H. Jowett fue más lejos:

Tengo la convicción de que ningún sermón puede ser predicado... a menos que podamos expresar su tema en una frase breve y significativa, tan clara como el agua. Creo que lograr esa frase es la labor más difícil, ardua y fructífera de mi estudio... Pienso que ningún sermón debiera ser predicado, o incluso escrito, hasta que esa frase no emerja, clara y lúcida como una luna despejada.<sup>25</sup>

Del mismo modo, el profesor Ian Pitt-Watson declara que «el tema de cada sermón debería ser implacablemente unitario. ‘¡Éste es el primer y gran mandamiento!’».<sup>26</sup>

Una vez que el texto ha entregado su secreto y se ha aclarado el tema, idealmente todo el culto debiera construirse en torno a él. Si bien no hay duda de que la adoración inicial puede expresar penitencia y alabanza en términos más generales, y si bien las intercesiones deben abrazar muchas de las preocupaciones por el mundo, la Iglesia y los necesitados, incluso en estas secciones del culto es útil comenzar a atraer los corazones y mentes de la congregación hacia el tema y prepararlos para que lo reciban. Ciertamente ambas tareas deben coincidir, junto con el himno que expresa nuestra oración antes del sermón, y el himno que lo sucede y expresa nuestra respuesta. No debemos temer la simplicidad y la repetición. Ésta es otra lección que podemos aprender de la experiencia afroamericana en los Estados Unidos. El Dr. Henry Mitchell hace un interesante paralelo entre los *negro spirituals* (estilo de música y canto) y el «ritmo lento, característico del estilo de predicación afroamericano»:

El sermón en la cultura afroamericana es el hermano gemelo homilético del *negro spiritual*. En el caso de la cultura del canto, puede formarse una canción completa a partir de una base verbal muy reducida. Los persistentes coros se construyen incluso con cuatro palabras: «Recuérdame, oh Señor, recuérdame». Mientras que el himno de la cultura blanca tiene largas estrofas repletas de palabras

<sup>20</sup> Carus, p. 717.

<sup>21</sup> Simeon, *Horae*, pp. vi, vii. Las cursivas y mayúsculas son las que utilizó Simeon.

<sup>22</sup> En el mismo lugar, Vol. XXI.

<sup>23</sup> Hopkins, p. 59.

<sup>24</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 160.

<sup>25</sup> Jowett, p. 133.

<sup>26</sup> Pitt-Watson, p. 65.

enunciadas con bastante velocidad, puede que un *negro spiritual* rece simple y lentamente: «Señor, quiero ser cristiano en mi corazón». La baja velocidad de la predicación afroamericana, tal como la repetición, conforman el patrón natural del habla y el canto afroamericano; ninguno de los dos tiende a depender de un número muy grande de palabras dichas en una aserción breve».<sup>27</sup>

Entonces, en la preparación de nuestro sermón, no debemos tratar de evitar la disciplina de esperar pacientemente que la idea principal se revele por sí misma. Debemos estar dispuestos a orar y sumergirnos en el texto en reflexión, incluso a quedar bajo él hasta abandonar toda pretensión de ser su señor o manipulador, y convertirnos, en lugar de ello, en su siervo humilde y obediente. Entonces no habrá peligro de distorsionar el texto en forma inescrupulosa. Por el contrario, la Palabra de Dios dominará nuestra mente, encenderá nuestros corazones, controlará el desarrollo de nuestra exposición, y luego dejará una impresión duradera en la congregación.

#### **(4) Distribuir el material de modo que refuerce la idea principal.**

En el proceso de preparación del sermón, hemos reunido hasta este momento muchas ideas misceláneas del texto las que hemos anotado en forma desordenada en una hoja de papel, y nos hemos esforzado por identificar la idea principal. Ahora, debemos darle forma al material, y en particular la forma que mejor sirva a la idea principal. El propósito de esta fase no es producir una obra maestra de literatura, («los buenos sermones son una de las trampas más peligrosas del diablo», escribe Charles Smyth<sup>28</sup>), sino permitir que la idea principal del texto cause su máximo impacto. El proceso de dar forma y pulir tiene aspectos negativos y positivos.

En términos de lo negativo, debemos ser implacables al descartar lo irrelevante. Es más fácil decirlo que hacerlo. Puede que durante nuestras horas de meditación se nos hayan ocurrido numerosos pensamientos felices e ideas chispeantes, y las hayamos anotado debidamente. Es tentador incluirlas todas a la fuerza, de alguna manera. ¡Resistan la tentación! El material no pertinente

debilita el efecto del sermón. Será de utilidad en algún otro momento. Necesitamos tener la convicción para guardarlo hasta entonces.

Con respecto a lo positivo, debemos subordinar nuestro material al tema, para aclararlo y reforzarlo. Para ello necesitamos la ayuda de la estructura, las palabras e ilustraciones. Es necesario referirnos a cada una.

En primer lugar, tenemos la *estructura*. La mayoría de los comunicadores están de acuerdo en que se necesita una disposición ordenada. Es cierto que vivimos en una cultura cada vez más visual. Es cierto también que la mayoría de las personas de las naciones desarrolladas están más acostumbradas a recibir el bombardeo de imágenes en su pantalla del televisor que a escuchar la lógica lineal. De ahí el valor de lo que se ha llamado el método de enseñanza unitemático, según escribe David Gillet. Éste «toma un punto como tema, lo aborda desde distintos ángulos y refuerza y aclara la imagen que se está formando en la mente de la persona».<sup>29</sup>

No obstante, y sin importar si nuestro planteamiento es visual o lógico, aun debemos organizar nuestros pensamientos en alguna estructura si es que ha de ser posible comunicarlos. Haciendo uso de la imagen del caos primitivo descrito en Génesis 1:2, W.E. Sangster admitió que «un sermón puede no tener forma y —por la gracia de Dios— no ser completamente vacío». Sin embargo, agregó, «esto casi pertenece a la categoría de milagro. Ningún sermón es realmente sólido si su estructura no es sólida también».<sup>30</sup> Tal como los huesos sin carne conforman un esqueleto, la carne sin huesos forma una medusa. Y ni los esqueletos huesudos ni las medusas hacen buenos sermones.

Al desarrollar la estructura de un sermón nos enfrentamos a dos peligros fundamentales. El primero es que el esqueleto se hace evidente, tal como las costillas de un ser humano enjuto. Resaltan ante nuestros ojos, no podemos apartar la vista de ellos. Sucede lo mismo con un resumen del sermón muy prominente. Distrae del contenido por dirigir demasiada atención hacia la forma. Ello puede deberse a que es muy ingeniosa (las principales ofensas son las aliteraciones dobles e incluso triples que algunos predicadores

<sup>27</sup> Mitchell, *Black Preaching*, p. 175.

<sup>28</sup> Smyth, *The Art*, p. 27.

<sup>29</sup> Gillet, p. 12.

<sup>30</sup> Sangster, *The Craft*, p. 90.

logran en sus encabezados) o bien a que es muy complicada (como la de Richard Baxter, quien, según Simeon, llegó a decir una vez «‘en sexagésimo quinto lugar’, como si persona alguna pudiera recordar los sesenta y cuatro puntos precedentes»<sup>31</sup>). Los esquemas que se anuncian a sí mismos de esta forma causan siempre distracción. Sus perpetradores han olvidado que el propósito del esqueleto es sustentar el cuerpo y, al hacerlo, se mantiene en gran medida invisible.

El segundo peligro al que nos exponemos al estructurar nuestros sermones es el de la artificialidad. Algunos predicadores imponen un esquema sobre su texto que no le acomoda ni lo clarifica, sino que más bien enturbia las claras aguas de la verdad y confunde a sus oyentes. La regla de oro para los esquemas textuales es que se debe permitir que cada texto proporcione su propia estructura. El expositor hábil revela su texto, o más bien permite que éste se revele ante nosotros, como una rosa se abre con el sol matinal y despliega toda su belleza antes escondida. Uno de los grandes expertos de esta materia fue el Dr. Alexander McLaren, predicador bautista del siglo XIX radicado en Manchester. William Robertson Nicoll lo describió como alguien que tenía «un intelecto rápido y preciso» y prosiguió a escribir sobre su «extraordinario don de analizar un texto. Con un martillo de plata lo tocaba, y éste se partía inmediatamente en divisiones naturales y memorables».<sup>32</sup> Spurgeon utilizó la misma metáfora. Una vez habló a sus estudiantes acerca de la dificultad que tenía con algunos textos. «Uno trata de partirlos», dijo, «a más no poder con martillazos, pero el trabajo se pierde». Y luego, «finalmente se encuentra uno que se parte al primer golpe; éste centellea al caer en pedazos, y se perciben joyas de un resplandor único brillando en el interior».<sup>33</sup> Todos los predicadores han tenido esa experiencia, al menos de tiempo en tiempo. Debemos orar que el Señor distribuya hoy algunos otros martillos de plata entre nosotros.

La discusión sobre la estructura del sermón hace surgir inevitablemente el tema del popular sermón de tres puntos, y a su vez ello provoca una sonrisa burlona. Ésta no es una invención moderna; su historia es extensa. Charles Smyth trata con gran detalle la

estructura rígida del «esquema del sermón» medieval, el cual exigía, en Inglaterra especialmente, un texto principal que fuera divisible en tres y, de ser posible, «en tres palabras significativas».<sup>34</sup> Sin embargo, hacer del sermón de tres puntos nuestra práctica invariable sería confinarnos a una camisa de fuerza. Asimismo, es dañino para muchos textos que brindan uno o dos puntos, o que pueden dividirse naturalmente en cuatro, e incluso cinco. Y sin embargo, extraña ver con qué frecuencia lo natural es que sea triple. A menudo me pregunto si esto se debe a que los cristianos son trinitarios que disciernen fácilmente las alusiones al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o bien a Dios en el cielo, Dios para nosotros y en nosotros. Por ello fue interesante descubrir que Robert de Basevorn, cuya *Forma Praedicandi* fue publicada en 1322, tuvo esta idea: «Esta regla puede ser juzgada», escribió, «por el deseo de reverenciar a la Trinidad».<sup>35</sup>

Existen muchas formas de estructurar un sermón. W.E. Sangster distinguió cinco posibilidades fundamentales, a las que llamó «exposición», «argumento», «análisis por facetas», «categorización» y «analogía».<sup>36</sup> Halford Luccock fue más ambicioso en su clasificación e incluyó diez tipos. También les proporcionó nombres sugerentes, como el «sermón escalera» (el cual «lo lleva a uno de un punto a otro como los peldaños de una escalera»), el «sermón joya» (que «consiste en girar una idea como uno giraría una joya entre los dedos permitiendo que las distintas caras capten la luz»), y el «sermón cohete» (llamado así «no porque despegue con un ruido sibilante o explosivo y sea un evento sensacional», sino porque «comienza en el suelo, gana altura, se divide en pedazos y vuelve a tierra...»)<sup>37</sup>. Los distintos textos y temas exigen distinto tratamiento. Debemos cultivar la diversidad y buscar ser liberados de un solo estereotipo.

Paso ahora de la estructura a las *palabras*. Si predicamos sólo una vez a la semana durante cuarenta años, pronunciaremos unas nueve millones de ellas. Las palabras son importantes. Con el fin de comunicarnos con claridad debemos revestir nuestros pensamientos con palabras. Piensen en el tiempo y esfuerzo que antiguamente se tomaba para componer un mensaje telegráfico: puesto

<sup>31</sup> Smyth, *The Art*, p. 177.

<sup>32</sup> Nicoll, pp. 245, 249.

<sup>33</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, pp. 88-89.

<sup>34</sup> Smyth, *The Art*, pp. 19-54.

<sup>35</sup> En el mismo lugar, p. 22.

<sup>36</sup> Sangster, *The Craft*, pp. 53-94.

<sup>37</sup> Luccock, pp. 134-47.

que el número de palabras era seriamente limitado, el mensaje se repasaba una y otra vez, cambiando una palabra, agregando o borrando otra hasta asegurarse no sólo de que el mensaje se iba a entender, sino que no causaría malentendidos. Lo mismo se aplica a los sermones. «Procuró también hallar las palabras más adecuadas y escribirlas con honradez y veracidad». En especial cuando combinan gracia y verdad, tales «palabras de los sabios», según se agrega, son «como clavos bien puestos», que hacen remorder la conciencia y estimulan la mente, puesto que se alojan en la memoria y no se desmontan fácilmente (Ec. 12:10, 11). Por ello vale la pena prestar atención a nuestras palabras. No porque leeremos nuestros sermones, no porque los memorizaremos y recitaremos, sino porque la disciplina del pensar con claridad exige escribir («El escribir hace exacto al hombre», dijo Bacon), y porque si nuestra preparación incluye las palabras que queremos usar al menos en algunas secciones del sermón, es extraordinario con qué rapidez estas retornan a nuestra mente cuando sólo llevamos notas al púlpito. Entonces, ¿qué clase de palabras utilizaremos?

En primer lugar, las palabras del predicador deben ser tan simples y claras como sea posible. Hubo una Biblia que mostraba un error de impresión en 1 Corintios 13, y a pesar de ello es cierto lo que aparecía: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo *claridad*, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe». Con seguridad la búsqueda de la palabra correcta puede conducirnos en ocasiones a una poco usual, pero debemos evitar la verborrea. Muchos profesionales caen en esta trampa. Aún existen políticos que recuerdan la descripción que Disraeli hizo de Gladstone en 1878, «un retórico sofisticado, embriagado con la exuberancia de su propia verbosidad». Los abogados parecen disfrutar redactando documentos que sólo las personas con una formación legal pueden interpretar. En ocasiones los doctores son culpables de usar una jerga bastante innecesaria. El Dr. K.D. Bardham de Rotherham, South Yorkshire, dio un ejemplo proveniente de un informe del servicio social:

Este anciano geriátrico (sic) de sexo femenino tiene múltiples problemas articulares que limitan las actividades deambulatorias. La ausencia de un intercambio verbal agrava su separación de la realidad y refuerza su aislacionismo. Ya no es capaz de relacionarse con los hechos a estas alturas. Las consideraciones psicogeriatricas en el contexto de una distorsión conceptual y una paranoia son también parámetros en las dimensiones totales de sus problemas.

El Dr. Barnham prosigue ofreciendo su propia traducción: «esta mujer de ochenta y tres años de edad tiene artritis, no puede desplazarse, y está sola, confundida y asustada».<sup>38</sup> Su carta fue mencionada en un artículo de Christopher Reed acerca de la difusión del «psicoparloteo» en la sociedad norteamericana de clase media. Esta jerga reduce a lemas sin sentido la genuina comprensión psicológica del comportamiento humano.

Hay muchos ejemplos del mal uso del lenguaje, en especial en las funciones públicas, y nadie lo ha documentado mejor que Sir Ernest Gowers en sus conocidos libros sobre *Plain Words* (palabras simples). Explica que su propósito es «ayudar a los funcionarios a utilizar el inglés escrito como una herramienta de su oficio»,<sup>39</sup> pero lo que escribe se aplica casi en igual medida al inglés oral. Sostiene que no hay forma de separar el estilo del uso de las palabras, y cita a Matthew Arnold y Dean Swift como respaldo. «Tenga algo que decir y dígalo tan claramente como sea posible. Ese es el único secreto del estilo».<sup>40</sup> «Las palabras apropiadas en el lugar apropiado; ello conforma la verdadera definición de estilo».<sup>41</sup> Por ello nos insta a escoger cuidadosamente las palabras, evitando las superfluas y escogiendo las palabras familiares y precisas. Nuestra falla básica es que nuestro lenguaje es complicado. «En lugar de ser simple, conciso y directo, es estirado, verboso y tiende a la circunlocución». Se trata de puro «blablablá»,<sup>42</sup> se trata de «jerga pomposa».

Desafortunadamente, la Iglesia no está libre de este mal. El fallecido Sir Kenneth Grubb citó el dictamen del Dr. Gordon Rupp quien decía que el movimiento ecuménico era «el primer asesino del inglés de la Reina», y procedió a dar ejemplos de una extraña preferencia eclesiástica por las palabras latinas en lugar de las anglosajonas:

<sup>38</sup> *Guardian Weekly*, 29 de enero de 1978.

<sup>39</sup> Gowers, p. 1.

<sup>40</sup> Arnold, citado por Gowers, p. 3.

<sup>41</sup> Swift, citado por Gowers, p. 119.

<sup>42</sup> Gowers, p. 47.

Una reunión pasa a ser una confrontación; una charla, una consulta; un aspecto pasa a ser una dimensión; un despliegue, una constelación. Estos hombres aborrecen los verbos transitivos y la voz activa. Desprecian los sustantivos significativos en función de sujeto, y los adjetivos débiles reemplazan a los epítetos precisos. Nada sucede porque haya viento oeste, sino sólo «dentro del contexto de una corriente de origen occidental». Con ello las buenas nuevas se evaporan en el mal lenguaje...<sup>43</sup>

En contraste con estos ejemplos de un lenguaje complejo y difuso, los predicadores deben esforzarse por lograr simplicidad y claridad. Ello implica no sólo usar palabras llanas, sino oraciones breves con pocas frases subordinadas, de ser necesarias. Se está obligado a hacer esto cuando alguien traduce lo dicho a otro idioma, lo cual es buena práctica para hacerlo en forma habitual. El Obispo J.C. Ryle dijo una vez: «Prediquen como si fueran asmáticos».

Además de ser simples, las palabras del predicador deben ser vívidas, es decir, deben traer imágenes a la mente. Luego volveré a abordar las ilustraciones. Mientras tanto, debemos reconocer que las historias no son el único tipo de ilustración; incluso una palabra o expresión idiomática puede arrojar luz sobre lo que tratamos de decir. «La diferencia entre la palabra correcta y la casi correcta», comentó Mark Twain, «es la diferencia entre los relámpagos y la luciérnaga».

Sin embargo, al utilizar el lenguaje metafórico corremos el riesgo de mezclar nuestras metáforas y confundir así a las personas mediante las imágenes desordenadas que les presentamos a su imaginación. Stephen Leacock entrega un ejemplo admirable, que sirve de advertencia útil a todos los predicadores, y donde escribe una sátira del Reverendo Rupert Drone, deán rural de Mariposa, al norte de Toronto:

Inicialmente, no creo que nadie se preocupó mucho de la deuda en la iglesia (escribe). Las cifras del deán Drone muestran que sólo era cuestión de tiempo para que la deuda se extinguiera; sólo se necesitaba un pequeño esfuerzo: que la congregación se ciñera los lomos

para la acción, y ellos podrían cargar sobre los hombros toda la deuda y luego pisotearla. Bastaba que pusieran manos en el arado y pronto podrían guiarla hacia aguas profundas. Luego podrían recoger velas y sentarse todos a la sombra de su propio olivo.<sup>44</sup>

Si bien nuestras palabras deben ser simples y vívidas, también deben ser honestas. Debemos tener cuidado con las exageraciones y ser sobrios en nuestro uso de los superlativos. Una emisión muy liberal devalúa la moneda. Por otro lado, Jesucristo mismo nos dio instrucciones muy claras de hacer que nuestro «sí» fuera sí, y nuestro «no», no, sin necesidad de un lenguaje muy enfático para elaborar nuestras afirmaciones (Stg. 5:12, en alusión a la enseñanza del Señor en Mt. 5:33-37).

Un autor reciente que hizo hincapié en ello fue C.S. Lewis. Sostuvo que el «verbicidio» (el asesinato de las palabras) puede cometerse en muchas formas, pero una de las más comunes es por «inflación»; por ejemplo, decir «terriblemente» cuando queremos decir «muy», o «tremendo» cuando queremos decir «gran».<sup>45</sup> Vale la pena citar en su totalidad el consejo, lleno de sentido común, que le entregó a un niño norteamericano en una carta con fecha 26 de junio de 1956:

Esto es lo que realmente importa:

1. Trata siempre de usar el lenguaje en forma tal que seas bien claro en lo que quieres decir, y asegurarte que lo que has escrito no signifique nada más.
2. Escoge siempre palabras simples y directas en lugar de largas y ambiguas. No «pongas en práctica» las promesas, sino cúmplelas.
3. Nunca utilices sustantivos abstractos cuando se pueden usar los concretos. Si quieres decir que «más personas murieron», no digas que «aumentó la mortalidad».
4. No uses adjetivos que simplemente nos digan cómo quieres que nos sintamos acerca de lo que escribes. En otras palabras, en lugar de decirnos que una cosa era «terrible», descríbela de manera tal que nos sintamos aterrorizados. No digas que algo era «agradable», haz que *nosotros mismos* digamos «¡qué agradable!» cuando leamos la descripción. Verás que todas esas palabras (horripilante,

<sup>43</sup> Grubb, p. 153, 155.

<sup>44</sup> Leacock, p. 109.

<sup>45</sup> Lewis, C.S., *Studies*, pp. 6-7.

maravilloso, odioso, exquisito) sólo les dicen a tus lectores «por favor hagan el esfuerzo que me corresponde a mí hacerlo».

5. No utilices palabras demasiado grandes para el tema. «No digas «infinitamente» cuando quieres decir «muy»; de otro modo, no te quedarán palabras cuando quieras hablar de algo *realmente* infinito.<sup>46</sup>»

Quizás estas citas basten para convencernos de cuán importantes son las palabras para un predicador. Cuando nos esforzamos por comunicar algún mensaje a nuestros oyentes, buscaremos palabras simples que ellos entiendan, palabras vívidas que los ayuden a visualizar lo que estamos diciendo, y palabras honestas que digan la verdad simplemente, sin exageración. Malcolm Muggeridge ha sido descrito como un «mago con las palabras». Sin embargo, en el primer volumen de su autobiografía confiesa que mientras trabajaba como periodista para el *Manchester Guardian* pronto se vio convertido en insincero, inoportunamente chistoso, e incluso hipócrita. Escribe lo siguiente:

Me resulta penoso reflexionar sobre la facilidad con que comencé a utilizar este pseudo lenguaje; estas pseudo oraciones bobas que transmiten pseudo ideas, que exponen pseudo temores y ofrecen pseudo esperanza. Las palabras son tan hermosas como el amor, y se las traiciona con la misma facilidad. Estoy más compungido por mis falsas palabras —en su mayoría, gracias a Dios perdidas para siempre en los grandes montones de escoria de los medios de comunicación— que por mis obras falsas.<sup>47</sup>

Las ambiciones de este penitente cambiaron. El epitafio que él mismo solicitó reza: «Usaba bien las palabras».

Luego de considerar la estructura y palabras del sermón, paso a las *ilustraciones*. Lo hago con una timidez considerable porque sé cuán mal yo mismo las uso. Mis amigos siempre bromean al respecto, y estoy tratando de mejorar.

No puedo menos que estar de acuerdo en que no existe excusa posible para que un predicador cristiano rechace las ilustraciones porque existe un vasto precedente divino para estimularlo a ello.

<sup>46</sup> Lewis, C.S., *Letters*, p. 271.

<sup>47</sup> Muggeridge, *Chronicles, The Green Stick*, p. 171.

Cyril Garbett, antiguo Arzobispo de York, solía relatar que un clérigo le escribió al Obispo Mandell Creighton de Londres, pidiendo que le recomendara un libro de ilustraciones para sermones, y «recibió una respuesta que consistía en dos palabras escritas en una postal: 'La Biblia'». <sup>48</sup> El Obispo tenía razón. De la Biblia rebosan las ilustraciones, y particularmente las símiles. Consideren el Antiguo Testamento. «Tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos». «...los malvados son como paja arrastrada por el viento». «Yo seré para Israel como el rocío, y lo haré florecer como lirio. ¡Hundirá sus raíces como cedro del Líbano!». «Volarán como las águilas». «¿No es acaso mi palabra como fuego, y como martillo que pulveriza la roca?». <sup>49</sup> O bien, consideremos el Nuevo Testamento. «Ustedes son la sal de la tierra. Ustedes son la luz del mundo». «Porque en su día el Hijo del hombre será como el relámpago que fulgura e ilumina el cielo de uno a otro extremo». «¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que son como sepulcros blanqueados. Por fuera lucen hermosos pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre». «Como una madre que amamanta y cuida a sus hijos, así nosotros, por el cariño que les tenemos...». «¿Qué es su vida? Ustedes son como la neblina, que aparece por un momento y luego se desvanece». <sup>50</sup> Ésta es una selección fortuita; la lista podría multiplicarse muchas veces.

Por sobre todo, tenemos las parábolas de Jesús. Las más conocidas, como las del Hijo Pródigo y el Buen Samaritano, son parte integral del entendimiento que la persona promedio tiene del cristianismo. «Y con muchas parábolas semejantes les enseñaba Jesús la palabra hasta donde podían entender. No les decía nada sin emplear parábolas. Pero cuando estaba a solas con sus discípulos, les explicaba todo» (Mr. 4:33, 34). W.E. Sangster no exageraba la defensa de las ilustraciones al escribir que, ante el ejemplo de Jesús, «sólo una combinación de vanidad y blasfemia podría convencer a una persona de que el tema escapaba a su atención». <sup>51</sup> Asimismo, no son sólo las parábolas de Jesús las que demuestran la importancia de ilustrar la verdad, o de hacerla visible; es Jesús mismo quien lo hace puesto que Jesús es la Palabra de Dios hecha

<sup>48</sup> Myth, *Garbet*, p. 172.

<sup>49</sup> Sal. 103:13; Sal. 1:4; Os. 14:5; Is. 40:31; Jer. 23:29.

<sup>50</sup> Mt. 5:13,14; Lc. 17:24; Mt. 23:27; 1 Ts. 2:7, 8; Stg. 4:14.

<sup>51</sup> Sangster, *The Craft*, p. 211.

carne, la imagen visible del Dios invisible, de modo que quien lo ha visto ha visto al Padre.

Por lo tanto, no es de sorprenderse que el uso de ilustraciones en la predicación haya tenido un largo y honorable registro en la historia de la Iglesia. Los grandes predicadores de los siglos cuarto y quinto, como Crisóstomo, Agustín y Ambrosio, las utilizaron. Charles Smyth escribe que una de las principales características de la predicación medieval era «el uso de *exempla*, o lo que deberíamos llamar ‘ilustraciones’». <sup>52</sup> Esta tradición tuvo un mayor desarrollo en el siglo XIII con Francisco de Asís, Domingo y sus monjes. En ese tiempo se elaboraban y hacían circular colecciones de *exempla* para los predicadores (Smyth menciona más de quince), las que fueron precursoras del «tesoro de ilustraciones para sermones» moderno. Ellas incluían historias bíblicas, anécdotas de la literatura clásica, ejemplos históricos, leyendas de los santos, fábulas de animales y moralejas de la naturaleza. Precisamente debido a que estos *exempla* fueron utilizados como medios para propagar falsas enseñanzas y como sustitutos de la exposición bíblica seria, fue que John Wycliffe y sus «Predicadores Pobres» tomaron la determinación de concentrarse en lugar de ello en el texto de la Escritura y con ello abrieron camino al énfasis reformador de predicar de la Biblia. Charles Smyth concluye esta parte de su estudio histórico con lo que llama: «El triunfo de Tillotson». John Tillotson fue Arzobispo de Canterbury de 1691 a 1694. Si bien fue educado como Puritano, sus sermones posteriores eran más bien ensayos sobre la bondad moral que alocuciones sobre el evangelio. En frases breves y lenguaje simple, desarrolló «su apelar a la razón y el sentido común, el argumento cuidadoso y universal, sólido, sin prisa, sin adornos». <sup>53</sup> Parece haber reaccionado contra las especulaciones, la pedantería y los elaborados *exempla* de la Edad Media, más que en contra de los Puritanos. Porque si bien algunas alegorizaciones puritanas eran muy fantasiosas, la popularidad de la gran alegoría de Bunyan, *El Progreso del Peregrino*, da testimonio de su fuerte influencia espiritual y, de hecho, muchos predicadores puritanos describieron la vida cristiana como un viaje peligroso que conlleva lucha y combate. Sus sermones incluían «un denso tejido de imá-

genes retóricas»; por cierto, «eran pocos los sermones que carecían de alusiones al viaje y la guerra espiritual, y eran muchos en los que éstas abundaban». <sup>54</sup>

Al precedente bíblico y la tradición histórica agregamos ahora la psicología humana como otra parte de los fundamentos sobre los que descansa la práctica de la ilustración. A los seres humanos nos es muy difícil manejar conceptos abstractos; nos es necesario convertirlos en símbolos (como en las matemáticas) o bien en imágenes puesto que el poder de la imaginación es uno de los mejores y más claros dones de Dios para la humanidad. El profesor Macneile Dixon escribió:

Si me preguntaran cuál ha sido la fuerza más poderosa en la creación de la historia, probablemente me juzgarían como un desequilibrado mental si dijera, como debo, que ha sido la metáfora, la expresión figurativa. Es por la imaginación que han vivido los hombres; la imaginación gobierna la vida de todos. La mente humana no es un salón de debates, como quisieran hacernos pensar los filósofos, sino una galería de pinturas. De ella cuelgan nuestras símiles, nuestros conceptos. La tiranía del concepto, como por ejemplo, del concepto del universo visto como una máquina... es una tiranía de la que jamás escapa la mente humana... La metáfora es la esencia de la religión y la poesía... Ni la ciencia escapa a este embrollo. <sup>55</sup>

H.W. Beecher aplicó este principio a nuestra tarea como predicadores. Su quinta cátedra de Yale incluía una sección titulada: «El poder de la *imaginación*». Escribió lo siguiente: «el elemento primordial del que dependerá en mayor medida el poder y éxito de su predicación, y quizás les sorprenderá enterarse, es la imaginación, la cual considero el más importante de todos los elementos que conforman al predicador». Procedió a explicar que por «imaginación» quería decir: «ese poder de la mente por el cual concibe las cosas invisibles, y es capaz de presentarlas como si fueran visibles para otros». <sup>56</sup>

Pablo se refería a su predicación de la cruz a los gálatas, ante quienes Jesucristo crucificado fue «presentado tan claramente» (Gá. 3:1). Ahora bien, la crucifixión había tenido lugar unos veinte

<sup>52</sup> Véase el capítulo titulado «The Exemplum» en *The Art*, de Smyth, pp. 55-98.

<sup>53</sup> Smyth, *The Art*, p. 146.

<sup>54</sup> Haller, pp. 140, 142.

<sup>55</sup> Del capítulo tres de *The Human Situation* (1937), citado por Keir, pp. 65-66.

<sup>56</sup> Beecher, pp. 127, 134.

años antes y ninguno de los lectores gálatas de Pablo la había presenciado. Sin embargo, Pablo había sido capaz de traer este evento al presente, sacarlo del rumor y convertirlo en una imagen visual dramática. Éste es el propósito de cada ilustración, de cualquier tipo. Es estimular la imaginación de todos y ayudarlos a ver las cosas en su mente con claridad. Las ilustraciones transforman lo abstracto en concreto, lo antiguo en moderno, lo desconocido en familiar, lo general en particular, lo vago en preciso, lo irreal en real, y lo invisible en visible. De acuerdo con un proverbio oriental citado por J.C. Ryle: «él es el hombre elocuente que convierte en ojos los oídos de sus oyentes, y los hace ver aquello de lo que habla».<sup>57</sup>

Para ver necesitamos de la luz. Y la palabra «ilustrar» significa iluminar, arrojar luz o brillo sobre un objeto que en otro caso permanecería en la oscuridad. Es por esta razón que las ilustraciones al sermón han sido comparadas en ocasiones con las ventanas de una casa. En la tercera serie de *Lectures to My Students*, titulada: «El arte de la ilustración» y dedicada enteramente a este tema, Spurgeon cita un dicho del «peculiar Thomas Fuller», historiador anglicano del siglo XVII: «las razones son los pilares del edificio de un sermón, pero las similitudes son las ventanas que le dan la mejor luz». Spurgeon declara esta comparación «certera y sugerente», y prosigue:

La principal razón para la construcción de ventanas en una casa es, según dice Fuller, *dejar que entre la luz*. Las parábolas, símiles y metáforas tienen ese efecto; y por ello las utilizamos para *ilustrar* nuestro tema: en otras palabras, «*aclarar con luz*» puesto que esta es la traducción literal de la palabra *ilustrar*.

Un edificio sin ventanas sería «una prisión, más que una casa, ... y del mismo modo, un discurso sin una parábola es tedioso y gris, y conlleva una pesada debilidad de la carne». Y continúa diciendo «incluso los niños pequeños abren sus ojos y oídos, y una sonrisa ilumina su cara mientras contamos una historia... Nos atrevemos a decir que a menudo quisieran que el sermón fuera una ilustración

en su totalidad, tal como el niño quisiera que hicieran un bizcocho solo de pasas».<sup>58</sup> Pero por supuesto, un bizcocho no puede ser solo de pasas, tal como una casa no puede ser sólo ventanas. Debemos encontrar un punto medio entre esto y la ausencia total de ventanas y ciruelas. Luego de la publicación de mi pequeño libro *Men Made New* (1966), que fue un intento de exponer los capítulos cruciales de Romanos 5 al 8, un amigo me escribió una de esas cándidas epístolas que sólo los amigos se atreven a escribir. Dijo: «¡Tu libro es como una casa sin ventanas, y un bizcocho sin pasas!» No puedo evitar preguntarme si mi amigo habría estado leyendo a Spurgeon.

De la necesidad de las ilustraciones paso a sus peligros. Estos son principalmente dos. El primero es que pueden ser demasiado prominentes, y que lancen a la luz en lugar de arrojar algo de luz sobre la oscuridad. W.E. Sangster ciertamente se justificó, al ser criticado por utilizar demasiadas ilustraciones, respondiendo: «Escucha esto, Juan, mi gente necesita faroles que iluminen su camino».<sup>59</sup> Puesto que ésta es la función rigurosamente práctica de las ilustraciones: no deben ser «como las hermosas lámparas de los salones que atraen la atención»; sino más bien «como postes callejeros, que apenas se notan pero que inundan la calle de luz».<sup>60</sup> Todos conocemos la clase de ilustración que sobresale demasiado. Es tan llamativa que se la recuerda aislada de su contexto mucho después de olvidar la verdad que debía ilustrar.

El segundo peligro relacionado con las ilustraciones se aplica en particular a las analogías que se usan ya sea en forma incorrecta o bien inapropiada. En cada analogía debemos aclarar cómo es específicamente la similitud sugerida. Por ejemplo, cuando Jesús nos mandó volvernos como niños no quiso decir que fuera en todo aspecto. No estaba recomendando la inmadurez, mal comportamiento, irresponsabilidad, inocencia, o ignorancia de un niño, sino sólo su «humildad». Es decir, dependemos tanto de la gracia como un niño de sus padres. Existen otros pasajes bíblicos en que en lugar de lo anterior se nos prohíbe volvernos como niños.<sup>61</sup> Por ello es siempre peligroso y, a menudo equívoco, «argumentar a partir de una analogía», es decir, dar la falsa impresión de que puesto

<sup>57</sup> Ryle, *Light*, p. 408.

<sup>58</sup> Spurgeon, *Lectures*, Tercera Serie, pp. 1-3.

<sup>59</sup> Sangster, P., *Dr. Sangster*, p. 275.

<sup>60</sup> Jowett, p. 141.

<sup>61</sup> P. ej., Jer. 1:6; 1 Co. 3:1,2; 14:20; Heb. 5:11-14.



que dos objetos o elementos son análogos en un aspecto, deben ser, por tanto, análogos en todo.

Como ejemplo del uso inapropiado de una analogía menciono a un amigo mío quien en una ocasión comenzó un sermón anunciando, con pausas deliberadas de inmensa solemnidad, «El Dios Todopoderoso de la Sagrada Escritura se asemeja... a una gallina». Esta afirmación fue recibida con divertida incomodidad. En un sentido, por supuesto, tenía razón. El salmista se gozaba al encontrar refugio bajo la sombra de las «alas» de Dios, y Booz dijo de Rut, la conversa moabita, que había venido a refugiarse bajo las alas del Dios de Israel.<sup>62</sup> Más aún, hay clara autoridad del Señor Jesús en esta metáfora. Al llorar por Jerusalén, Jesús declaró que a menudo había anhelado juntar a sus habitantes «como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas» (Mt. 23:37). Es una hermosa imagen que retrata con claridad el cuidado amoroso, tierno y protector de Dios, y una imagen cálida y familiar para cualquiera que haya visitado una granja o corral donde se tienen gallinas. Es también vívida, porque se puede sentir de inmediato el aroma de una granja, escuchar el cloqueo de la gallina madre y ver a los polluelos correr hacia ella.

¿Por qué, entonces, el sentido inmediato de anomalía cuando mi amigo comenzó su sermón? En parte porque presentó su ilustración con un lenguaje algo pomposo («Dios Todopoderoso» y «Sagrada Escritura»), y en un estilo ambicioso (las pausas dramáticas), de modo que sus oyentes fueron conducidos a esperar un clímax majestuoso y en lugar de ello llegó la palabra «gallina», como un anticlímax cómico. La segunda razón para el sentido risible fue que no especificó cómo utilizar su analogía. El hecho es que la Escritura no asemeja a Dios a una gallina. Lo que hace es comparar su cuidado protector con las alas de una gallina, o más precisamente aún, (y puesto que la imagen es dinámica, no estática), habla tanto de la gracia de Dios en términos de su deseo de juntarnos bajo sus alas, como de nuestra respuesta de fe, en términos de buscar refugio bajo ellas. Por ende, si mi amigo se hubiera ceñido a la Biblia y hubiera dicho algo como: «Dios, por su tierno amor hacia nosotros quiere traernos a su protección salvadora, como la

gallina junta a sus polluelos bajo sus alas», se hubiera producido una comprensión y apreciación inmediata sin ningún sentido de anomalía.

Las ilustraciones pueden ser de muchos tipos. Puede que algunas no consten de más de una palabra o dos, o se trate de una frase, sin embargo, sean expresiones figurativas sorprendentes que transmitan una imagen visual vívida. Podemos hablar de que Dios «derriba nuestras defensas» (para visualizar personas haciendo barricadas ante sus asaltos). Algunos predicadores son muy hábiles al relatar las historias y parábolas bíblicas en lenguaje contemporáneo, mientras que otros son adeptos a inventar nuevas parábolas modernas. Probablemente, eso sí, las ilustraciones más eficaces son las anécdotas recogidas de la historia o una biografía, de los hechos de la actualidad o de nuestra propia experiencia, puesto que éstas contribuyen a situar la verdad bíblica en el contexto más amplio posible: histórico, global y personal. Por ende, cada predicador está en continua búsqueda de ilustraciones; su ojo observa y su oído está alerta. No es que leamos y escuchemos a la gente con el único interés de recolectar material para el sermón. Sin embargo, como lo expresara Sangster: «Toda la naturaleza y toda vida... son ricas en ilustraciones. ¡Qué buenas cosas llegan a la red al navegar por la vida con un buen ojo pescador!»<sup>63</sup> Y seremos sabios si anotamos, ya sea en ficheros o en archivos, las ideas que se nos ocurren y copiamos las mejores citas de cada libro que leamos.

En todo el planteamiento de utilizar ilustraciones en el sermón, debemos llegar a un equilibrio entre un uso escaso y uno excesivo. Theodore Parker Ferris dio buenos consejos al respecto. Por un lado, dijo que «una imagen es como diez mil palabras. Es probable que un sermón que carece totalmente de imágenes o ilustraciones llegue sólo a aquellos cuya disciplina intelectual les permite apreciar las abstracciones». Por otro lado, «un sermón con un exceso de ilustraciones es como una mujer con demasiadas joyas; las joyas que estaban destinadas a destacar su figura, la esconden». Y Ferris cumplía lo que predicaba.<sup>64</sup>

<sup>62</sup> Salmo 36:7; Rut 2:12.

<sup>63</sup> Sangster, W., *The Craft*, p. 239.

<sup>64</sup> Ferris, p. 93.

### (5) Agregar la introducción y la conclusión

Parece esencial preparar primero el desarrollo del sermón. Si comenzáramos con una introducción o conclusión predeterminada, casi seguramente que nos veríamos obligados a distorsionar el texto para hacerlo coincidir. Por ello comenzamos con el cuerpo del sermón. Sólo entonces le daremos pies y cabeza. Los antiguos escritores de la retórica y la homilética solían llamarlas «exordio» y «peroración».

La introducción es esencial, y no debe ser demasiado corta o larga. La introducción muy extensa desmerece el sermón mismo y le roba la idea. Sin embargo, el error más común hoy en día es reducir la introducción en forma muy drástica, e incluso eliminarla del todo, con el fin de sumergirse inmediatamente en el tema. Esto no es prudente. «Los hombres tienen una aversión natural hacia lo abrupto, y disfrutan un planteamiento algo gradual. Rara vez un edificio tiene apariencia agradable si carece de un portal o alguna clase de entrada que invite. Una pieza de música elaborada siempre tendrá un prelude de al menos unas pocas notas introductorias». <sup>65</sup> ¿No es éste también el modo divino? «La Naturaleza misma nos enseña el arte de los preparativos y las gradaciones, por la sutil llegada de la aurora y el ocaso». <sup>66</sup>

Una buena introducción tiene dos propósitos. En primer lugar, despierta el interés, estimula la curiosidad y abre el apetito de algo más. En segundo lugar, «presenta» verdaderamente el tema al conducir a los oyentes hacia él. Es comparativamente fácil elaborar una introducción que cumpla con uno o dos de estas funciones. Es posible despertar el interés inmediatamente al contar un chiste o una historia cautivadora; pero si éstas no conducen al tema en forma natural, el interés logrado se perderá con la misma rapidez. Por otro lado, cualquiera puede presentar un tema de tal modo de perder la atención de los oyentes, incluso antes de lograrla. La forma correcta, si bien difícil, es presentar el tema y despertar el interés simultáneamente, y con ello disponer las mentes y corazones a escuchar nuestro mensaje.

La forma tradicional de comenzar un sermón es anunciar el texto correspondiente. El valor de este comienzo es obvio. Declara

desde el inicio que aceptamos la responsabilidad del predicador de predicar la Palabra de Dios, en lugar de ventilar nuestras propias opiniones. Sin embargo, esta partida hace que mucha gente pierda el interés; la consideran demasiado tradicional, demasiado eclesiástica, demasiado tediosa. Por ello, al menos en ocasiones será prudente comenzar con una situación, y no con la Biblia, con nuestro tema en lugar de nuestro texto y así comenzamos por la situación de la gente, en lugar de comenzar por el destino al que queremos conducirlos. Por ejemplo, recuerdo haber conducido un seminario sobre la predicación para pastores en la ciudad de Guatemala poco después de que el terrible terremoto de 1976 devastara el país, matara a 23.000 personas y dejara sin hogar a más de un millón. Pregunté cuántos de ellos habían predicado sobre el terremoto el domingo siguiente, y me alegró descubrir que algunos lo habían hecho. ¿Los habríamos instado a comenzar su sermón de esa mañana con: «Mi texto para esta mañana es...»? ¿No hubiera sido más natural comenzar del siguiente modo?: «Esta mañana nos reunimos con un gran pesar. Muchos de nosotros hemos perdido a un pariente o amigo. Otros han perdido su hogar y posesiones. ¿Por qué permite Dios estos desastres? Esa es la pregunta en los corazones y mentes de todos. ¿Cómo podemos seguir creyendo en un Dios de amor?» Si el texto fuera anunciado y leído recién en este momento, y si se relacionara directamente con el problema de la divina providencia y/o la seguridad del amor divino, no se perdería la atención de la audiencia.

Las conclusiones presentan más dificultad que las introducciones. Algunos predicadores parecen ser fundamentalmente incapaces de concluir cosa alguna, en particular sus sermones. Giran y giran en círculos, como un avión sin instrumental en un día de neblina sin poder aterrizar. Sus sermones son «nada menos que una tragedia por falta de un propósito». <sup>67</sup> Otros se detienen en forma demasiado abrupta. Sus sermones son como una obra teatral sin un final, como la música que no tiene un crescendo o un clímax.

La conclusión no debe ser una mera recapitulación, aunque la recapitulación es valiosa. Es necesario estimular la memoria de las

<sup>65</sup> Broadus, p. 101.

<sup>66</sup> Vinet, p. 269.

<sup>67</sup> Bull, p. 131.

personas. Los apóstoles no temían repetir en forma juiciosa. «Para mí no es molestia volver a escribirles lo mismo», dijo Pablo, «y a ustedes les da seguridad». Pedro compartía esta opinión: «Por eso siempre les recordaré estas cosas, por más que las sepan... considero que tengo la obligación de refrescarles la memoria mientras viva en esta habitación pasajera que es mi cuerpo...»<sup>68</sup> Un predicador más actual describió su método en estos términos: «Primero les menciono qué voy a decirles. Luego les digo lo que tengo que decirles. En tercer lugar, les digo lo que acabo de decirles». De este modo, a su gente se les dice tres veces el mismo mensaje, lo cual está bien, en especial si es capaz de disfrazar un poco sus repeticiones diciendo cosas idénticas con palabras distintas. Porque, ¿cómo podemos plantar una verdad en las mentes si no es (como a menudo dijera Lutero) «inculcarlas en sus mentes continuamente»? Algunos carpinteros expertos pueden dejar un clavo en su lugar con un solo golpe poderoso; para la mayoría es más seguro insertarlo con varios golpes. Del mismo modo, es necesario conducir a la verdad a su lugar mediante los golpes de martillo de la repetición.

Sin embargo, la verdadera conclusión va más allá de la recapitulación para incluir la aplicación personal. No es que toda aplicación deba ser pospuesta hasta el final, puesto que es necesario aplicar nuestro texto al ir avanzando. Sin embargo, es un error revelar muy tempranamente nuestra conclusión. Si lo hacemos, perdemos el sentido de expectación de los oyentes. Es mejor guardar algo bajo la manga. Entonces podemos guardar para el final la persuasión que mediante el poder del Espíritu Santo persuadirá a que las personas actúen.

Éste era un elemento esencial en la comprensión clásica de las alocuciones públicas. Cicerón dijo en *El Orador* que «un hombre elocuente debe hablar de tal forma que enseñe (*docere*), deleite (*delectare*) y persuada (*flectere* o bien *movere*)». Agustín citó la máxima de Cicerón y la aplicó a la responsabilidad de los predicadores cristianos de instruir la mente, deleitar o inspirar los afectos y conmover la voluntad. «Puesto que enseñar es una necesidad, deleitar es dulzura, persuadir es una victoria».<sup>69</sup> La teoría de la comunicación

moderna concuerda con ello. «Hemos dado el primer paso hacia la comunicación eficiente y efectiva cuando aprendemos a formular nuestros propósitos en términos de las respuestas específicas por parte de quienes escuchan nuestros mensajes».<sup>70</sup> Entonces, nuestra expectativa cuando el sermón llega a su fin no sólo será que entiendan, recuerden o disfruten nuestra enseñanza, sino que hagan algo al respecto. «Si no existe el llamado, no existe el sermón».<sup>71</sup>

Los autores bíblicos fueron muy claros al decir que éste era el propósito de su enseñanza. Ezequiel fue designado como «centinela del pueblo de Israel», con el fin de advertirles del juicio de Dios y llamarlos al arrepentimiento. El gran pesar de su ministerio profético fue que el pueblo se rehusó a escuchar sus palabras. Dios le dijo: «En realidad, tú eres para ellos tan sólo alguien que entona canciones de amor con una voz hermosa y que toca bien un instrumento; oyen tus palabras, pero no las ponen en práctica» (Ez. 33:30-33). Sin embargo, escuchar sermones y escuchar conciertos deben ser dos experiencias distintas puesto que la música es para disfrutar, mientras que la Escritura debe ser obedecida. Los apóstoles del Nuevo Testamento dejan en claro que la verdad trae consigo demandas morales: debe «llevarse a cabo», y no sólo ser escuchada, se debe obedecer, no sólo creer.<sup>72</sup> Puesto que Jesús les había dicho: «¿Entienden esto? Dichosos serán si lo ponen en práctica» (Jn. 13:17). Santiago expresó la misma necesidad cuando instó a sus lectores: «No se contenten sólo con escuchar la palabra, pues así se engañan ustedes mismos. Llévenla a la práctica» (Stg. 1:22-25).

Los grandes predicadores de la historia de la Iglesia han compartido esta convicción. Los puritanos fueron un ejemplo notable. «La característica final de la predicación devota era que cada sermón debía tener su «uso» o «aplicación», particularmente relacionado con «la conversión de almas y su formación en santidad».<sup>73</sup> Se me ha dicho (si bien no he podido encontrar esta expresión en sus escritos) que solían hablar de la necesidad de «predicar hasta alcanzar el corazón». Ciertamente no se les puede acusar de olvidar la mente, porque predicaban sermones tremendamente doctrinales. Pero su intención era que su mensaje penetrara de la cabeza

<sup>68</sup> Fil. 3:1; 2 P. 1:12, 13; véase 3:1, 2.

<sup>69</sup> *On Christian Doctrine*, IV.12, citado en Schaff, Vol. III, p. 583.

<sup>70</sup> Berlo, p. 12.

<sup>71</sup> Broadus, p. 210.

<sup>72</sup> P. ej., Jn. 3:18-21; Ro. 1:18-23; 2 Ts. 2:10-12; 1 Jn. 1:6, 8; 2 Jn. 4; 3 Jn. 3:4.

<sup>73</sup> Morgan, I., *Godly Preachers*, p. 28.

al corazón, es decir, al centro de decisiones de la personalidad humana. De modo similar, John Wesley nos brinda en su *Journal* abundante evidencia de su distinción personal entre «la obra en la mente» y «la obra en el corazón»; esperaba que su predicación llegara hasta este último. «No vi a nadie herido, nada más que una atención calmada y débil». «No puedo encontrar el camino a los corazones de la gente de Perth». Y reitera, «hice una aplicación dirigida a los corazones de todos los presentes».<sup>74</sup>

Campbell Morgan prefería hablar de la voluntad: «El predicador no pide meramente que la congregación discuta una situación, considere una proposición o preste atención a una teoría. Salimos a tomar por asalto la ciudadela de la voluntad, y capturarla para Jesucristo... Ya sea evangelizando o enseñando, ello no importa. El llamado es lo definitivo».<sup>75</sup>

Ahora bien, las ciudadelas no pueden ser asaltadas sin el uso de la violencia, y tampoco los corazones y voluntades humanas. «Si ha de quebrantarse un corazón, ello no es por toques sino por golpes».<sup>76</sup> Del mismo modo, el Dr. Paul White, el famoso australiano que trabajó como médico en la jungla de Tanzania, nos dice en su autobiografía lo que él considera es el secreto del éxito de un autor o predicador: «¡Engánchelos, mantenga su atención, persista, complázcalos y ataque!» En esto consiste el objetivo».<sup>77</sup>

Es en este punto que muchos de nosotros somos débiles. No nos resultaría cómodo utilizar estas metáforas de «asalto», «golpe», y «ataque». Son todas demasiado violentas, demasiado belicosas para nuestro ánimo. Decimos que no tenemos ni el derecho ni el deseo de entrometernos en la intimidad religiosa de otras personas. Además, tenemos temor al emocionalismo. En consecuencia, usamos el púlpito para la lectura de pequeños ensayos inocuos y, rara vez, si es que lo hacemos, presionamos sobre un punto que exige una decisión. R.W. Dale incluyó una sección en la primera de sus charlas de Yale titulada: «Aimless Sermons» (Sermones sin propósito). Mencionó que en unas vacaciones de verano había escuchado a un predicador cuya exégesis parecía ser acertada, y mostraba un estudio cuyo pensamiento era ingenioso y fresco, y cuyas ilustraciones eran admirables. «Pero al parecer no se le ocurrió al

predicador que había personas escuchándolo... No pude dilucidar qué verdad quería aclararnos, o qué deber descuidado quería que cumpliéramos...» Dale le dijo después que le haría mucho bien «dar veinte o treinta discursos en las reuniones del distrito», discursos políticos sobre temas de acalorado debate.

«Ganar el voto y encender el entusiasmo» de nuestras congregaciones (continuó Dale); ésta es, caballeros, nuestra verdadera labor. Si hemos de tener éxito, debe existir una vigorosa actividad intelectual, pero ésta debe estar dirigida por una intención definida de producir un resultado determinado... Predicaremos a la ventura a menos que tengamos un propósito al predicar. El Arzobispo Whately nos recuerda de un predicador que «apuntaba a la nada, y daba en el blanco».<sup>78</sup>

Si Dale comparó al predicador con un político en una sala de debates, buscando votos, otros lo han comparado a un abogado en una corte legal, defendiendo un caso ante el juez y el jurado, y con la expectativa confiada de un veredicto favorable. Una tercera imagen es la del pescador, quien está resuelto a «pescar hombres» con su predicación (Lc. 5:10). Él se rehúsa a ser como el pescador de caña que, al responder a la pregunta, confesó que no había pescado nada, si bien pensaba haber influenciado a muchos. John Wilkins, Obispo de Chester en el siglo XVII, expresó este punto en forma admirable:

El principal fin de un orador es *persuadir*... Y por ende, aquel predicador quien en su discurso florece sólo en nociones generales, y no conduce a algún argumento en particular, ni se esfuerza por instar a su auditorio a la *creencia* o *práctica* de alguna *verdad* o *deber*, es como un pescador necio que lanza su red al aire vacío donde no puede esperar tener éxito por sus esfuerzos.<sup>79</sup>

Quizás la metáfora más sorprendente, utilizada por varios autores para ilustrar el propósito serio que debiera aparecer en la aplicación de los sermones, es la del disparo, específicamente en la caza o el tiro al blanco. El comentario del Obispo J.C. Ryle sobre

<sup>74</sup> Véanse las anotaciones del 13 de mayo de 1769, el 21 de mayo de 1774, y el 13 de junio de 1779.

<sup>75</sup> Jones, p. 289 y Gammie, p. 198.

<sup>76</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 160.

<sup>77</sup> White, P., *Jungle Doctor*, p. 129.

<sup>78</sup> Dale, pp. 22-24.

<sup>79</sup> Wilkins, p. 25.

los sermones de George Whitefield fue que no eran «como el disparo matinal y vespertino de Portsmouth, una clase de disparo formal... que no perturba a nadie». Por el contrario, «eran todo vida y fuego. No había forma de escapar de ellos... Lo caracterizaba una violencia santa que capturaba la atención de su audiencia por asalto».<sup>80</sup>

La persona que más gráficamente desarrolló esta analogía fue Henry Ward Beecher en las primeras lecturas de Yale (1872). Comparó sus primeros intentos de predicar con sus correrías de caza en su juventud:

Solía salir a cazar solo, y tenía gran éxito en disparar al aire; los animales de caza lo disfrutaban tanto como yo, porque nunca les di o los herí. Disparaba mi escopeta como veo disparar sus sermones a cientos de hombres. La cargaba y ¡pum!; hacía humo y un estallido, pero no caía nada; y lo mismo sucedía vez tras vez.<sup>81</sup>

Pero como dijera en una charla posterior, «un sermón no es como un petardo chino, que se dispara para escuchar el sonido que produce. Es la escopeta del cazador, y ante cada disparo debe mirar para ver caer a su presa. La pólvora se desperdicia si no se acierta».<sup>82</sup>

Seis años después, las Charlas de Yale estuvieron a cargo de R.W. Dale, de Birmingham (1829-95), e incluyeron lo siguiente:

El señor Beecher mencionó que en la elaborada sección doctrinal de sus sermones, el gran predicador Jonathan Edwards estaba simplemente poniendo sus escopetas en posición, pero que en sus «aplicaciones» abría fuego sobre el enemigo. Me temo (comentó Dale) que demasiados de nosotros pasamos tanto tiempo poniendo nuestras escopetas «en posición», que nos vemos obligados a terminar sin haber disparado.<sup>83</sup>

Como lo resumiera James Black, «su tarea es disparar a conciencia hacia un blanco específico», y agregó, «caballeros, ¡la idea es mucho fuego, nada de pirotecnia!»<sup>84</sup>

Quizás algunos de mis lectores consideren inadecuada esta metáfora del disparo, e incluso ofensiva, puesto que la imagen retórica es violenta y destructiva. Sin embargo, la analogía busca ilustrar el propósito del predicador (dar en el blanco), no su forma de lograrlo (causar una muerte violenta). La metáfora de la pesca, que Jesús usó, tuvo un propósito similar. Ya sea que comparemos nuestro ministerio con la pesca o el tiro al blanco, el punto en cuestión es el mismo: debemos esperar resultados con confianza, es decir, la pesca o captura de personas para Cristo.

Como habría de esperarse, Spurgeon adornó la metáfora aun más, y la vivificó con su ingenio y sabiduría.

No tiene sentido disparar hacia el cielo cuando el objetivo es penetrar los corazones humanos. Esgrimir bien el sable se hace tan a menudo que ya no es necesario repetirlo. El trabajo es ir a la carga hacia el corazón y la conciencia. Disparen al centro mismo del enemigo. Apunten a un efecto ... un efecto sobre la conciencia y sobre el corazón. Algunos predicadores me recuerdan a los famosos malabaristas chinos, que no hace mucho fueron anunciados en todas partes. Uno de ellos estaba contra una pared, y los otros arrojaban cuchillos hacia él. Uno de los cuchillos era arrojado a la tabla justo sobre su cabeza, y otro próximo a su oído, mientras que un número bastante alto de armas mortales colgaban rectas bajo su axila y entre sus dedos. ¡Es un arte maravilloso el de arrojarlas a un pelo de distancia y nunca darle a la persona! ¡Cuántos de nosotros somos maravillosamente hábiles para fallar!<sup>85</sup>

Es el momento de pasar de las metáforas a la realidad. ¿Qué es lo que esperamos lograr exactamente con nuestros sermones? «Sé lo que quiero decirle a mi gente», me dijo un clérigo de la iglesia episcopal una vez en la Florida, «pero no sé qué quiero hacer al respecto». Y sin embargo, debemos definir nuestro objetivo; de otro modo, la conclusión de cada sermón será un vergonzoso anticlímax. Una forma de resumir las opciones es los cuatro usos mencionados de las Escrituras, es decir que es útil «para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en la justicia» (2 Ti. 3:16). Pero esto es muy general. Más específico fue el propósito de Charles Simeon, por el cual quería que fueran juzgadas sus propias

<sup>85</sup> Spurgeon, *All-Round Ministry*, pp. 117-18.

<sup>80</sup> Ryle, *Christian Leaders*, p. 53.

<sup>81</sup> Beecher, pp. 23-25.

<sup>82</sup> En el mismo lugar, p. 236.

<sup>83</sup> Dale, p. 146.

<sup>84</sup> Black, p. 62.

*Horae Homileticae* (2.536 esquemas de sermones en veintiún volúmenes): «¿Tienden en forma uniforme a hacer más humilde al pecador, exaltar al Salvador, y promover la santidad?»<sup>86</sup>

La aplicación precisa de nuestro sermón depende, sin embargo, de dos variables: el carácter de nuestro texto y la composición de nuestra congregación. Con respecto a nuestro texto, meditamos en él hasta que obtengamos su tema o idea principal. Es éste, entonces, el que necesita ser reforzado de tal modo que las personas sientan su impacto y se retiren decididas a hacer algo al respecto. ¿Llama el texto a arrepentimiento o bien estimula la fe? ¿Evoca la adoración, exige obediencia, llama a dar testimonio, o al servicio? El texto mismo determinará la respuesta particular que deseamos.

Con respecto a nuestra congregación, ya hemos enfatizado la necesidad de conocerla y saber su condición espiritual. En *The Faithfull Shepherd* [El fiel pastor] (1607), Richard Bernard, al percibir que «ningún emplasto cura sólo por conocerlo solamente... sino que la aplicación específica a la llaga hace bien», hizo una lista de las aplicaciones que el predicador debe tener en mente:

Informar al ignorante, confirmar que ha comprendido, reformar al vicioso, animar al virtuoso, convencer al que está en error, fortalecer al débil, recobrar al descarriado, dar determinación al que duda, alimentar continuamente con leche y carne sólida, a tiempo y des-tiempo».<sup>87</sup>

La única forma de hacer lo anterior es usar la imaginación que Dios nos ha dado. Hemos estado estudiando nuestro texto. Ahora tratamos de imaginar nuestra congregación, y relacionar ambas cosas. Ahí está nuestra querida Lucía, que hace poco perdió a su marido y está experimentando el choque emocional del pesar y la soledad. ¿Qué puede decirle mi texto? ¿O a Florencia, la anciana soltera que nunca ha dado por sentado su soltería? ¿O a Alan, que está sintiendo el peso de las responsabilidades que conlleva su ascenso? ¿O a Juan y María, quienes acaban de casarse y están estableciendo su hogar? ¿O a aquellos universitarios que se encuentran en exámenes finales y piensan en el porvenir de su profesión? ¿O

a aquel Tomás lleno de dudas, al Agripa que está casi persuadido o al Pablo que acaba de comprometerse con Cristo? Es bueno dejar que nuestra mente pasee por la familia de la iglesia y pregunte en oración cuál es el mensaje que Dios puede tener para cada uno en este texto.

La siguiente es la conclusión del discurso evangelístico de George Whitefield acerca de *El Reino de Dios*:

Sé que muchos de ustedes llegan aquí por curiosidad: si bien sólo han venido a ver la congregación; pero si han venido a ver a Jesucristo, Cristo los aceptará. ¿Hay aquí soldados que maldicen o insultan? ¿Vendrán a Cristo a alistarse bajo el estandarte del querido Redentor? Todos son bienvenidos a Cristo. ¿Hay niños o niñas pequeñas presentes? Vengan a Cristo; y él erigirá su reino en ustedes... ustedes los mayores de cabello cano, vengan a Jesucristo y serán reyes y sacerdotes para nuestro Dios... De haber alguno de ustedes que ambicione honor, ¿quieren una corona, un cetro? Vengan a Cristo, y el Señor Jesucristo les dará un reino que nadie podrá quitárselos.<sup>88</sup>

Para dar un ejemplo ético esta vez, más que evangelístico, un joven fue invitado a predicar sobre el séptimo mandamiento: «No cometas adulterio». Su sermón fue bíblico, valiente, directo y práctico, y terminó con las siguientes cuatro aplicaciones: a los jóvenes solteros (manténganse puros para su futura pareja, y aprendan a ser implacables cuando se acerca el pecado); a las personas que mantienen una relación de adulterio (resuelvan terminar, a pesar del dolor); a los esposos (esfuércense en su matrimonio, y sean de ejemplo para muchos jóvenes que vienen de hogares destruidos y no tienen un modelo a seguir); y a la iglesia local (tengan el valor de enfrentar y disciplinar a los ofensores, en obediencia a la enseñanza de Jesús en Mateo 18:15-17).<sup>89</sup>

Debemos estar conscientes del hecho que las personas oyen los sermones con diferentes «filtros». Algunos se mostrarán receptivos a nuestro mensaje. Otros se resistirán porque lo perciben como una amenaza para su visión del mundo, la cultura, la unidad familiar, su autoestima, su estilo de vida pecaminoso, o estilo de vida económico. Siendo sensibles a estos bloqueos, es muy posible que

<sup>86</sup> Simeon, *Horae*, Vol. 1, p. xxi.

<sup>87</sup> Bernard, pp. 11 y 72. Del mismo modo, el capítulo VII del libro de John Perkins, *The Art of Profecying* (1631), se titula: «De los modos de usar y aplicar las doctrinas». Hace una lista de distintas categorías de personas y menciona cómo relacionarlas con nuestro mensaje (p. 664-68).

<sup>88</sup> Dargan, Vol. II, pp. 314-15.

<sup>89</sup> Esta fue la conclusión de un sermón predicado en la Iglesia All Souls por Roger Simpson.

en la conclusión sea necesario recurrir a la «persuasión», una descripción común de la predicación de los apóstoles. Podemos buscar persuadir mediante argumentos (anticipando y respondiendo a las objeciones), mediante la admonición (advertirles de las consecuencias de la desobediencia) mediante la convicción indirecta (haciendo surgir en ellos un juicio moral y volcándolo luego hacia ellos, como lo hiciera Natán con David), o bien mediante el ruego (aplicando la presión gentil del amor de Dios).

Luego, al terminar el sermón, es bueno invitar a todos a orar. Si bien en la tradición anglicana se acostumbra que la congregación se ponga de pie cuando se dice una adscripción de alabanza a Dios, ello es inapropiado después de muchos sermones, y es mejor orar. A veces se ora en voz alta y en forma improvisada, con la intención de expresar la respuesta de la congregación a la Palabra de Dios. En otras ocasiones será mejor invocar una oración silenciosa puesto que el Espíritu Santo puede estar produciendo respuestas distintas en corazones distintos, las que una sola oración jamás podría abarcar. De modo que, ¿por qué no dejarlos solos, en silencio ante el Señor, para que el Espíritu Santo guíe a cada persona a dar forma a su respuesta y determinación personal?

Luego de agregar al sermón la introducción y conclusión, pasamos a la fase final de nuestra preparación.

### (6) Redactar el mensaje y orar al respecto

La pregunta que surge ahora es si se debe escribir el sermón completo o no. Puesto que Dios nos ha hecho distintos a todos, y nos ha dado personalidades y talentos claros, no puede existir una regla fija para todos. Sin embargo, parece existir un consenso en cuanto a evitar los dos extremos de la improvisación completa por un lado, y esclavitud del escrito por otro. La buena predicación improvisada es muy inusual. Son pocos los pensadores tan claros y oradores tan concisos que pueden expresarse en forma lúcida y sin problemas sin previa preparación. La gran mayoría degeneraría, tal como Hensley Henson temía que le sucediera si hubiera tratado, hasta llegar a ser el «tipo, tan familiar en el mundo religioso,

y tan profundamente repugnante para mi conciencia y detestable a mis sentimientos, el cual es descrito con justicia como un *charlatán*».<sup>90</sup> Uno que sí lo intentó y falló desafortunadamente fue el personaje creado por George Eliot, el Rvdo. Amos Barton, nuevo pastor evangélico de la villa de Shepperton. Un granjero local, el señor Hackit, fue muy poco halagador con respecto a sus intentos:

Nuestro pastor... puede predicar un sermón tan bueno como sea necesario cuando lo redacta. Pero cuando trata de predicar de memoria, se va por las ramas y no se apega a su texto, y de vez en cuando pierde el hilo y tambalea como una oveja que se echa y no puede volver a pararse.<sup>91</sup>

Sin duda su desempeño habría sido mejor si hubiera escuchado el consejo de Charles Simeon a sus estudiantes, de no predicar improvisadamente hasta haber predicado entre 300 y 400 sermones escritos, o haber estado predicando tres o cuatro años.<sup>92</sup>

El extremo opuesto es leer un manuscrito palabra por palabra. Si bien esta posibilidad no atrae en nuestros días, debemos reconocer que evidentemente la bendición de Dios ha descansado sobre algunos que lo han hecho como es el caso notable de Jonathan Edwards. Tenía mala salud, su voz era lánguida y sus gestos escasos. Con respecto a su predicación, «*escribía* sus sermones; con mano tan fina e ilegible que sólo podían leerse al acercar la vista. Llevaba sus notas consigo a su escritorio y leía la mayoría de lo que escribía; aun así, no se limitaba a ellas».<sup>93</sup>

Sin embargo, hoy en día, así como la predicación improvisada carece de precisión, la lectura de apuntes carece de proximidad para nosotros. Nuestra generación exige una relación cara a cara, persona a persona, entre el predicador y la congregación. Ella aprueba a los predicadores como Dick Sheppard, pastor pacifista de St. Martin-in-the-Fields entre 1914 y 1926, quien «siempre hablaba con una persona» y «jamás roció el sistema solar con palabras meramente».<sup>94</sup>

Parece existir sólo una forma de combinar precisión del lenguaje con una entrega inmediata, y ella consiste en redactar el ser-

<sup>90</sup> Henson, *Retrospect*, Vol. III, p. 312-13.

<sup>91</sup> Eliot, p. 48.

<sup>92</sup> Smyth, *The Art*, p. 178.

<sup>93</sup> Dwight, Vol. I, p. 605.

<sup>94</sup> *The Best of Dick Sheppard*, editor. H.E. Luccock, 1951, p. xix, citado por Davies, pp. 103-4.

món en nuestro estudio pero evitar leerlo desde el púlpito. Escribir es una disciplina sumamente saludable. En primer lugar, nos obliga a pensar claramente. Los predicadores locuaces pueden ocultar la reflexión descuidada tras un lenguaje inteligente; es mucho más difícil lograr el engaño por escrito. De hecho, es imposible hacerlo si queremos retener nuestra integridad. En segundo lugar, escribir nos ayuda a no caer en los mismos viejos clichés, nos insta a crear nuevas formas de expresar verdades antiguas.

Por ello, seremos prudentes y escribiremos el sermón. ¿Pero qué haremos con el manuscrito?. No es recomendable la práctica de memorizarlo y descartarlo luego, para leerlo en nuestra mente al estar en el púlpito. El trabajo al hacerlo es enorme, el riesgo de olvidar nuestras líneas es considerable, y la energía mental necesaria es tanta que el predicador debe concentrarse en el escrito memorizado en lugar de su mensaje y la congregación.

Una segunda forma es llevar el manuscrito al púlpito pero utilizarlo con fines que excluyen la lectura. Lo hizo Joseph Pilmore (1734-1825), a quien John Wesley designó primero predicador laico itinerante y quien luego fue ordenado en la Iglesia Episcopal de Norteamérica por el Obispo Seabury; retuvo su fervor evangélico al ser Rector de Christ Church de Nueva York y St. Paul's Church de Filadelfia. Un miembro de su congregación escribió sobre él:

Escribía sus sermones y... tenía su manuscrito siempre al alcance de la vista. Comenzaba no solamente leyendo sino que lo hacía en forma deliberada, y con poco entusiasmo; pero gradualmente entraba en calor y se podía ver cómo sus ojos comenzaban a encenderse, los músculos de su cara se movían y expandían hasta que su alma finalmente se encendía por completo, y entonces comenzaba precipitadamente a improvisar, casi con la furia de una catarata. Y el único uso que daba a su manuscrito en tales casos era enrollarlo en su mano y sacudirlo literalmente ante la audiencia.<sup>95</sup>

La tercera alternativa, y la mejor, es reducir el manuscrito a apuntes, y traerlos al púlpito. Es ciertamente extraordinaria la forma en que muchos de ellos vuelven prontamente a nuestra

mente, siempre y cuando nos hayamos preparado cuidadosamente, hayamos preparado el sermón y orado al respecto, mientras que al mismo tiempo tenemos la libertad de apartarnos de nuestras notas o bien completarlas. El Profesor James Stewart, él mismo un predicador de maravillosa fluidez, me dijo que éste es su método. «Siempre trataba de redactar al menos el sermón matinal completo», escribió, y «en la mañana del sábado lo reducía a un resumen de una o dos páginas, el que me acompañaba a la iglesia el domingo».<sup>96</sup>

Luego de escribir viene la oración. Por cierto oramos antes de comenzar la preparación, y hemos tratado de continuar en actitud de oración durante todo ese proceso. Pero ahora que el sermón está listo y escrito, necesitamos orar por él. El mejor momento para ello es treinta minutos antes de partir a la iglesia el domingo.

Es de rodillas ante Dios que podemos identificarnos con nuestro mensaje, apropiarnos por primera vez o una vez más de él, hasta que él se apropie de nosotros. Entonces, al predicar, el sermón no provendrá de nuestras notas ni de nuestra memoria, sino de las profundidades de nuestra convicción personal como auténtica expresión de nuestro corazón. Por ello, escribió Baxter, «el ministro debe preocuparse en forma especial de su corazón antes de ir a encontrar la congregación».<sup>97</sup> «Logren un sermón de corazón» aconsejaba Cotton Mather; no se refería a aprenderlo de memoria [como lo indicaría la frase ambigua en inglés, *by heart*] sino «que lo que han preparado llegue apropiadamente a su propio corazón».<sup>98</sup> Todo predicador conoce la diferencia entre un sermón pesado que rueda por la pista como un avión sobrecargado que nunca se eleva, y un sermón que tiene «lo que posee el pájaro: alas y un sentido de orientación».<sup>99</sup> Qué tipo de sermón será el nuestro es algo que se resuelve cuando oramos con anticipación. Es necesario que oremos al respecto hasta que nuestro texto recobre vida para nosotros, la gloria brille desde él, el fuego arda en nuestro corazón y comencemos a experimentar el poder explosivo de la Palabra de Dios en nuestro interior.

Los profetas y sabios hablaron de ello en tiempos antiguos. «No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre»; dijo

<sup>95</sup> Chorley, pp. 34-5.

<sup>96</sup> De una comunicación privada con fecha 30 de septiembre de 1978.

<sup>97</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 158.

<sup>98</sup> Mather, p. 192.

<sup>99</sup> Luccock, p. 12.



Jeremías, «entonces su palabra en mi interior se vuelve un fuego ardiente que me cala hasta los huesos. He hecho todo lo posible por contenerla, pero ya no puedo más». El «consolador» más joven de Job, Eliú, furioso porque los tres primeros en hablar no habían encontrado respuesta al predicamento de Job, tuvo una experiencia similar: «Palabras no me faltan; el espíritu que hay en mí me obligó a hablar. Estoy como vino embotellado, como vino en odre nuevo a punto de estallar. Tengo que hablar y desahogarme; tengo que abrir la boca y dar respuesta». Luego está el salmista, oprimido por los malvados a su alrededor: «¡el corazón me ardía en el pecho! Al meditar en esto, el fuego se inflamó y tuve que decir».<sup>100</sup> El mensaje de Dios en nosotros debiera ser también como fuego que arde o vino en fermentación. La presión comienza a formarse en nosotros hasta que sentimos que no podemos contenerla más. Es entonces que estamos listos para predicar.

El proceso completo de preparación de un sermón fue resumido admirablemente, de principio a fin por el predicador afroamericano que dijo: «Primero leo hasta saciarme; luego pienso hasta aclarar las cosas; luego oro hasta entrar en calor, y luego lo dejo salir».

### Posdata

Puesto que el proceso de preparar sermones es tan complejo, en ocasiones los candidatos a la ordenación y predicadores jóvenes me preguntan cuánto demora la preparación de un sermón. Esta pregunta me ha confundido siempre porque es imposible dar una respuesta simple. Probablemente la mejor respuesta es «toda tu vida», porque cada sermón es, en cierto modo, una destilación de todo lo que se ha aprendido hasta ese minuto; y es una reflexión sobre la clase de persona que se ha llegado a ser con los años. La razón por la que es difícil calcular las horas verdaderamente es que nadie puede decir con precisión cuando comenzó el proceso. ¿Incluiremos el tiempo de lectura básica? Asimismo, después de estudiar y prepararse por años, nunca se llega a un versículo o pasaje que no se haya leído o ponderado antes; en realidad se llega

a él con un fondo de ideas acumulado. Sin embargo, de estar obligado a decir cuánto lleva desde el momento en que se escoge el texto hasta que el sermón está escrito, diría que los principiantes necesitan entre diez y doce horas (Bonhoeffer dijo que es una buena regla general hablar de «doce horas» de trabajo en un sermón);<sup>101</sup> es probable que los predicadores de experiencia no lo reduzcan a menos de seis. Una verdad empírica útil es que se necesita al menos una hora de preparación por cada cinco minutos de predicación.

<sup>100</sup> Jer. 20:9; Job 32:18-20; Sal. 39:3.

<sup>101</sup> Fant, *Bonhoeffer*, p. 148.



## Sinceridad y seriedad

### **Sinceridad**

**L**a juventud contemporánea nada detesta más que la hipocresía, y nada le es más atractivo que la sinceridad. Además, con ello refleja la mente de Cristo quien reservó sus denuncias más severas para los hipócritas. Los jóvenes detestan nuestras hipocresías y subterfugios de adulto. Tienen una percepción muy sensible, por la cual perciben el más pequeño olor a hipocresía religiosa a una distancia considerable. Sospechan especialmente de nosotros los predicadores y de nuestras pretensiones enfáticas; olfatean para ver qué inconsistencias pueden descubrir, así como los perros tras una rata que se esconde. No es que ellos sean por su parte invariablemente honestos y consecuentes; ¿qué ser humano caído lo ha sido alguna vez? Sin embargo, tienen razón en esperar altos niveles de integridad en nosotros puesto que los predicadores no son catedráticos que disertan sobre temas lejanos a su propia experiencia, inte-

rés y creencias; están comprometidos personalmente con su mensaje. Por ello, si hay alguien sincero debe ser el predicador.

La sinceridad de un predicador consta de dos aspectos: habla en serio al estar en el púlpito y practica lo que dice cuando no está allí. De hecho, ambas cosas van de la mano inevitablemente, puesto que como dijera Richard Baxter: «quien habla en serio seguramente cumplirá lo que habla».<sup>1</sup>

La primera y más elemental aplicación de este principio para el predicador es que quien proclama el evangelio debe haber recibido el evangelio él mismo, y quien predica a Cristo debe conocerlo. ¿Qué diremos, entonces, acerca de la peculiaridad de un predicador inconverso, o un evangelista no evangelizado? Spurgeon lo retrata con su habitual agudeza. «Un pastor sin la gracia es un ciego elegido como catedrático de óptica, que filosofa acerca de la luz y la visión... ¡al tiempo que él mismo está en absoluta oscuridad!» Es un mudo elevado a la cátedra de música; ¡un sordo que escribe fluidamente sinfonías y armonías! Es un topo que dice educar aguiluchos; un funcionario mediocre elegido para presidir a los ángeles...»<sup>2</sup> Nos reímos de esta imagen retórica bien ilustrada, pero no con la grotesca anomalía que ella describe. Sin embargo, aún existen personas así en los púlpitos de algunas iglesias.

No es posible citar una instancia más notable que la del Reverendo William Haslam. Ordenado al ministerio de la Iglesia de Inglaterra en 1842, trabajó arduamente en una parroquia del norte de Cornwall. Era un clérigo tratadista a quien le desagradaban verdaderamente los protestantes que no pertenecían a la Iglesia Anglicana; era además una autoridad en antigüedades y arquitectura. Pero no estaba satisfecho; no había una fuente de agua viva en su interior. En 1851, nueve años después de su ordenación, se encontraba predicando el evangelio del día en base al texto: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» (Mt. 16:15), el Espíritu Santo (sin duda en respuesta a muchas oraciones) abrió sus ojos y su corazón para ver al Cristo del que hablaba y poder creer en él. El cambio que tuvo lugar en él fue tan obvio que un predicador local presente en la iglesia saltó y gritó: «¡El pastor se convirtió! ¡Aleluya!», en ese instante su voz se ahogó en las alabanzas de la

congregación de 300 ó 400 personas. Haslam, por su parte, «se unió a la explosión de alabanza, y para hacerla más ordenada... entonó la doxología... y la gente cantó con la voz y el corazón, una y otra vez». Volaron las noticias de que «¡el pastor se había convertido, y esto por su propio sermón, en su propio púlpito!». Su conversión fue el comienzo de un gran avivamiento en su parroquia, que duró alrededor de tres años con un sentimiento vivo de la presencia de Dios, y conversiones casi diarias; en años posteriores, Dios lo llamó al ministerio sumamente inusual de llevar a muchos clérigos a un conocimiento personal de Jesucristo.<sup>3</sup>

Sin embargo, los miembros de la iglesia tienen derecho a esperar que el Espíritu Santo haya hecho más en la vida de los pastores que llevarlos a la conversión. Naturalmente, buscan también el fruto del Espíritu, es decir, la madurez del carácter cristiano. Pablo instó a Timoteo y a Tito a ser modelos del comportamiento cristiano. De forma similar, Pedro instruyó a los ancianos a ser «ejemplos para el rebaño»,<sup>4</sup> en lugar de dominarlo. El énfasis es claro. La comunicación se realiza por medio del símbolo como por el habla. Porque «un hombre no puede predicar solamente, también debe vivir. Y su vida, con todas sus pequeñas peculiaridades, hace una de dos cosas: o bien coarta su predicación, o le da carne y hueso».<sup>5</sup> No podemos esconder lo que somos. Por cierto, lo que somos habla tan claramente como lo que decimos. Cuando se unen ambas voces, se duplica el impacto del mensaje; pero al contradecirse, incluso el testimonio positivo de una es negado por la otra. Éste fue el caso del hombre que Spurgeon describe como un buen predicador pero un mal cristiano: «Predicaba tan bien y vivía tan mal, que cuando estaba en el púlpito todos comentaban que jamás debería dejarlo, y cuando lo dejaba todos declaraban que no debía subir a él de nuevo».<sup>6</sup>

Es en este aspecto que se nos presenta un problema práctico. Se les enseña a los pastores a ser modelos de madurez cristiana. La congregación tiende a vernos como tal, a ponernos en un pedestal, a idealizarnos e incluso a idolatrarnos. Sin embargo, sabemos que la reputación que nos atribuyen es al menos parcialmente falsa, puesto que, si bien la gracia de Dios ha estado obrando en nosotros

<sup>1</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 162.

<sup>2</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, p. 4.

<sup>3</sup> Haslam, pp. 48-9.

<sup>4</sup> 1 Ti. 4:12; Tit. 2:7; 1 P. 5:3.

<sup>5</sup> Bavinck, p. 93.

<sup>6</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, pp. 12, 13.

y continúa haciéndolo, no somos los ejemplos máximos de virtud que ellos tienden a pensar que somos. ¿Entonces, qué debemos hacer? ¿No es la misma sinceridad que estamos discutiendo la que exige que destruyamos el mito que han creado, y que divulguemos la verdad sobre nosotros mismos? ¿Qué grado de apertura personal es apropiado en el púlpito? Mi respuesta a estas importantes preguntas es que una vez más debemos evitar las reacciones extremas. Por un lado, convertir el púlpito en un confesionario sería inapropiado, indecoroso, y no ayudaría a nadie. Por otro, disfrazarse de perfecto sería deshonesto de nuestra parte, además de desalentador para la congregación. Por ello, ciertamente debemos admitir que somos seres humanos caídos y frágiles, vulnerables a la tentación y al sufrimiento, que luchan con las dudas, el temor y el pecado, y que necesitan depender continuamente de la gracia de Dios que perdona y libera. De esta forma, el predicador puede seguir siendo un modelo, pero un modelo de humildad y verdad.

#### *El predicador como persona.*

A partir de lo anterior, es obvio nuevamente que la predicación no puede ser reducida al aprendizaje de algunas técnicas retóricas. Subyace toda una teología, y todo un estilo de vida. La práctica de la predicación no puede divorciarse de la persona del predicador.

De allí proviene el énfasis neotestamentario en la autodisciplina del pastor. «Tengan cuidado de sí mismos», fue la admonición de Pablo a los presbíteros de la iglesia de Éfeso, antes de agregar, «y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos para pastorear la iglesia de Dios...» (Hch. 20:28). Del mismo modo, escribió a Timoteo: «Ten cuidado de tu conducta y de tu enseñanza» (1 Ti. 4:16). Este orden es vital. Los pastores tenemos responsabilidades asignadas por Dios tanto hacia la congregación como hacia la doctrina que enseñamos, porque ambas nos han sido encargadas. Sin embargo, nuestra responsabilidad primera es hacia nosotros mismos; guardar nuestro caminar personal con Dios y nuestra lealtad hacia él. Nadie puede ser un buen pastor o maestro para otros si no es en primer lugar un buen siervo de Jesucristo. Los hábitos disciplinados de visitación y conse-

jería pastoral por un lado, y de estudio teológico y preparación del sermón por el otro, se convierten en ejercicios infructuosos, a menos que vayan sustentados por hábitos de devoción personal, especialmente en meditación bíblica y oración. Cada pastor sabe cuán exigente es su ministerio. Es posible que encontremos falta de comprensión e incluso oposición; ciertamente nos agotaremos en cuerpo y mente; puede que también debamos soportar la soledad y el desaliento. Incluso las personalidades más fuertes colapsan bajo el peso de estas presiones, a menos que el poder de Dios se esté revelando en nuestra debilidad, y la vida de Jesús se revele en nuestros cuerpos mortales, de modo que por dentro nos vayamos renovando día tras día (2 Co. 4:7-11 y 16).

La relación indisoluble entre el predicador y la predicación se refleja en muchas de las definiciones de esta última. Una de las más conocidas fue la de Phillips Brooks, quien fue rector de la Iglesia de la Trinidad de Boston por veintidós años (1869-91), y dictó las charlas Lyman Beecher de 1877 en el Yale Divinity School; los últimos dos años de su vida fue obispo de Massachusetts. Su primera charla se titulaba: «Los dos elementos de la predicación», y en ella entregó su definición:

La predicación es la comunicación de la verdad de un hombre a los hombres. Contiene dos elementos esenciales: la verdad y la personalidad. No es posible que carezca de alguno de ellos y continúe llamándose predicación... La predicación es traer la verdad mediante la personalidad... la verdad es en sí misma un elemento fijo y estable; la personalidad es un elemento que varía y crece.<sup>7</sup>

Quizás Phillips Brooks imitaba conscientemente las palabras de Henry Ward Beecher, quien dictó las primeras charlas de Yale en 1872, en memoria de sus padre. «Un predicador», manifestó, «es, en alguna medida, una reproducción de la verdad en una forma personal. La verdad debe existir en él como una experiencia viva, un glorioso entusiasmo, una intensa realidad».<sup>8</sup>

Es posible discernir un énfasis algo similar en la definición de predicación del laico congregacional Bernard Lord Manning

<sup>7</sup> Brooks, *Lectures*, pp. 5, 28.

<sup>8</sup> Beecher, p. 16.

(1892-1941): «Una manifestación de la Palabra Encarnada, a partir de la Palabra Escrita, y mediante la Palabra Hablada». Prosiguió diciendo que la predicación «es un acto de adoración extremadamente solemne, en que lo entregado, el Evangelio del Hijo de Dios, eclipsa e incluso transfigura al predicador que lo declara».<sup>9</sup> Es ciertamente inconcebible que un predicador no se conmueva con lo que predica. Es el mensaje el que hace al predicador, controla sus pensamientos e inspira sus obras. De aquí la exuberante definición de James Black: «Para nosotros, la predicación es el natural derramamiento de nuestra religión. Hemos recibido buenas noticias, y ansiamos contárselas a otros. Nuestra religión es como gozo que no podemos suprimir o contener. Se derrama como un líquido efervescente. La predicación no es un deber en sentido alguno, sino un gozo completo e inevitable. Es una pasión espontánea, como la llegada del amor al corazón de un hombre joven».<sup>10</sup> Todas estas cuatro definiciones enfatizan que existe un nexo indispensable entre el predicador y el acto de predicación.

#### *Argumentos en favor de la sinceridad*

Para la mayoría de las personas la sinceridad es una virtud que no necesita explicación; rara vez necesita ser mencionada. Sin embargo, la facilidad con que todos nos alejamos de la estricta honestidad y caemos en algún grado de fingimiento o hipocresía indica que sería prudente armarnos de argumentos. No es difícil encontrarlos; el Nuevo Testamento expone al menos tres.

En primer lugar, nos advierte los peligros inherentes de ser un maestro. Ciertamente la enseñanza es un don espiritual, y su ministerio es un gran privilegio. Al mismo tiempo, se trata de un ministerio lleno de peligro, puesto que los maestros que instruyen a otros no pueden aducir que ignoran su propio currículum. Tal como escribiera Pablo sobre un rabino judío: «Ahora bien, tú que... estás convencido de ser guía de los ciegos y luz de los que están en la oscuridad, instructor de los ignorantes, maestro de los sencillos, pues tienes en la ley la esencia misma del conocimiento y de la verdad; en fin, tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a tí mismo? (Ro. 2:17-21). La razón por la que la hipocresía es particu-

larmente desagradable en los maestros es que no tiene excusa. De ahí la dureza del juicio de Jesús sobre los fariseos: «porque no practican lo que predicán» (Mt. 23:1-3). Ésta es también la razón para el sorprendente consejo de Santiago: «Hermanos míos, no pretenden muchos de ustedes ser maestros, pues, como saben, seremos juzgados con más severidad» (Stg. 3:1).

En segundo lugar, la hipocresía causa gran ofensa. Sin duda muchas personas se han apartado de Cristo por el comportamiento hipócrita de algunos que dicen seguirlo. Pablo lo sabía, y estaba decidido a no ser piedra de tropiezo para la fe de otros: «Por nuestra parte, a nadie damos motivo alguno de tropiezo, para que no se desacredite nuestro servicio. Más bien, en todo y con mucha paciencia nos acreditamos como servidores de Dios» (2 Co. 6:3, 4). Luego procedió a mencionar su resistencia y carácter como evidencia de la realidad de su fe. No existía dicotomía entre su mensaje y su comportamiento.

Con otros predicadores es distinto. Abogamos por Cristo y su salvación en gran manera mientras estamos en el púlpito, pero cuando descendemos de él lo negamos y no damos más evidencias de haber sido salvados que cualquier otro. Es entonces cuando el mensaje carece de credibilidad. Si nuestra vida lo contradice, nadie aceptará nuestro mensaje cristiano más de lo que aceptarían un remedio para el resfrío recomendado por un vendedor que tose y estornuda entre cada frase.<sup>11</sup> Obstaculizamos tremendamente nuestro trabajo si edificamos con nuestras bocas los domingos durante una o dos horas y luego derribamos todo con nuestras manos durante el resto de la semana:

Un error palpable en aquellos ministros que crean tal desproporción entre su predicación y su vida es que estudian arduamente para predicar correctamente y estudian poco o nada en absoluto para vivir correctamente. La semana completa no alcanza para estudiar cómo hablar por dos horas; y sin embargo una hora parece ser demasiado para estudiar cómo vivir toda la semana... Debemos estudiar con el mismo ímpetu tanto para vivir bien como para predicar bien.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Manning, p. 138.

<sup>10</sup> Black, p. 6.

<sup>11</sup> Comparar Surgeon, *Lectures*, Segunda Serie, p. 45.

<sup>12</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 162.

William Golding es un novelista contemporáneo que ha ilustrado, en forma vívida, el poder negativo de la hipocresía. En su libro *Free Fall* (Caída libre) cuenta la historia de Sammy Mountjoy, un hijo ilegítimo criado en un barrio pobre, quien se convirtió en un famoso artista. Durante sus días en la escuela se sentía dividido entre dos profesores y los dos mundos que ellos representaban. Por un lado estaba la señorita Rowena Pringle, una cristiana que daba clases de Biblia y, por el otro, el señor Nick Shales, un ateo que daba clases de ciencias. El mundo de ella era el de «la zarza que ardía», del misterio sobrenatural; el de él consistía en un universo que podía explicarse mediante la razón. Instintivamente Sammy se acercó al de la zarza que ardía. Desafortunadamente, quien abogaba por esta interpretación cristiana era una soltera frustrada que odiaba a Sammy por haber sido adoptado por el clérigo con quien ella había querido casarse. Se vengó del clérigo siendo cruel con el niño. Años después, Sammy se preguntaba: «¿Pero cómo pudo ella crucificar a un niño pequeño... y luego contar la historia de la otra crucifixión, demostrando completa evidencia en su voz que sentía pesar por la crueldad y maldad humana? Puedo entender que ella haya odiado, pero no la forma en que parecía intimar con los cielos». <sup>13</sup> Fue esta contradicción la que mantuvo a Sammy lejos de Cristo.

La señorita Pringle vició su enseñanza. No fue capaz de convencer, no por lo que decía sino por su forma de ser. Nick me persuadió con su universo científico natural, por su forma de ser, no lo que decía. Por un instante me mantuve entre ambas imágenes del universo; luego el murmullo del agua pasó sobre la zarza ardiente y corrí hacia mi amigo. En ese momento se cerró una puerta detrás de mí. La cerré de un portazo ante Moisés y Jehová. <sup>14</sup>

El tercer argumento en favor de la sinceridad tiene que ver con la influencia positiva de ser una persona genuina. Ello era evidente en el caso de Pablo. No tenía nada que esconder. Al haberse decidido a renunciar definitivamente a «todo lo vergonzoso que se hace a escondidas», su política fue «la clara exposición de la verdad», y recomendarse de este modo «a toda conciencia humana en

<sup>13</sup> Golding, p. 210.

<sup>14</sup> En el mismo lugar, p. 217.

la presencia de Dios» (2 Co. 4:2). Detestaba la artimaña y el engaño. Ejerció su ministerio abiertamente, y podía apelar tanto a Dios como al hombre como testigos suyos (p. ej., 1 Ts. 2:1-12). Su convicción personal, solidez de conducta y rechazo de todo subterfugio proporcionaron un fuerte fundamento a todo su ministerio. Nada de su vida o estilo de vida impedía que creyeran sus oyentes o podía ser usado como excusa para no creer. Creyeron en él porque era digno de buena fe. Lo que era y lo que decía era lo mismo.

Un poder de extraña fascinación es el que ejercen quienes son completamente sinceros. Estos creyentes atraen a los no creyentes, como es el caso de David Hume, filósofo deísta británico del siglo XVIII que rechazaba el cristianismo histórico. Un amigo se encontró con él mientras se apresuraba por una calle de Londres y le preguntó adónde iba. Hume contestó que iba a escuchar predicar a George Whitefield. «Pero seguramente no creerás lo que él predica, ¿o sí?», preguntó su amigo atónito. «No», contestó Hume, «pero él sí». <sup>15</sup>

Estoy convencido de que en nuestros días la simple sinceridad no ha perdido nada de su poder de atracción o impresión. Fue en 1954 cuando Billy Graham alcanzó los titulares por primera vez en Gran Bretaña, con su Gran Cruzada de Londres. Aproximadamente 12.000 personas llegaron a Haringay Arena cada noche durante tres meses. La mayoría de las veces estuve presente, y al mirar la vasta muchedumbre a mi alrededor no pude evitar compararla con nuestras iglesias medio vacías. «¿Por qué viene esta gente a escuchar a Billy Graham,» me preguntaba, «y no viene a escucharnos a nosotros?» Estoy seguro de que había muchas respuestas justas para esa pregunta. Pero lo que seguía respondiéndome a mí mismo era: «Ese joven evangelista norteamericano es de una sinceridad indisputable. Aun sus críticos más acérrimos coinciden en que es sincero. Realmente creo que es el primer predicador cristiano sincero y transparente que muchas personas han oído». Hoy, veinticinco años después, no he encontrado razón para cambiar de opinión.

La sinceridad se ha convertido en una cualidad aun más vital en la era de la televisión. John Pulton escribió sobre ello en su breve y

<sup>15</sup> Black, p. 23.

perceptivo libro *A Today Sort of Evangelism* (Un tipo de evangelismo actual):

La predicación más efectiva proviene de aquellos que encarnan lo que dicen. Ellos son su mensaje... es necesario que los cristianos hablen de acuerdo a como son. Son las personas las que comunican básicamente, no las palabras o ideas... La televisión nos ha enseñado repetidamente a esperar el titubeo, la respuesta extremadamente rápida... La televisión ha hecho estragos en el oficio del político. Ha revelado las falsedades, la defensa, las furias artificiales... La autenticidad (por otro lado), llega desde el interior de las personas... Una falta de sinceridad momentánea puede causar dudas acerca de todo lo que se había intentado comunicar hasta ese punto... Lo que hoy comunica es básicamente la autenticidad personal.<sup>16</sup>

Es así como la hipocresía siempre repele, pero la integridad o autenticidad siempre atraen.

Una de las principales evidencias de la autenticidad es estar dispuesto a sufrir por lo que creemos. Pablo hablaba de sus aflicciones como credenciales.<sup>17</sup> El predicador insincero diluye el evangelio de la gracia, para evitar «ser perseguidos por causa de la cruz de Cristo» (Gá. 5:11-6:12). El verdadero siervo de Dios, por otro lado, se acredita en todo por su resistencia a la oposición (2 Co. 6:4, 5). Sus sufrimientos pueden ser asimismo internos puesto que el predicador es particularmente vulnerable a las dudas y la depresión. A menudo es mediante una lucha oscura y solitaria que ha emergido hasta alcanzar la luz de una fe serena. Sus oyentes pueden discernirlo, y le prestarán mayor atención. Colin Morris lo ha expresado de esta acertada forma:

No es desde un púlpito sino desde una cruz que se enuncian las palabras llenas de poder. Para ser eficaces, los sermones necesitan ser vistos además de escuchados. La elocuencia, la habilidad homilética y el conocimiento bíblico no bastan. La angustia, el dolor, el compromiso, el sudor y la sangre acentúan las verdades explícitas que escuchan los hombres.<sup>18</sup>

La sinceridad personal es probablemente el mejor contexto para mencionar las materias prácticas de reproducción de la voz y los gestos, lo cual es causa de ansiedad para la mayoría de los predicadores jóvenes e inexpertos. Es comprensible que sientan aprehensión por su forma de hablar («¿cómo se oye?») y su porte («¿cómo me veo?»). En consecuencia, algunos deciden averiguar. Se paran ante el espejo, adoptan una variedad de poses y se observan al gesticular; también se escuchan por medio de una grabadora. De hecho, hoy en día se combina la imagen y el sonido en la cámara de vídeo, la cual es usada regularmente por los seminaristas norteamericanos que aprenden a predicar, y también en otros países. Ahora bien, no es mi intención vedar el uso de estos aparatos, porque no me cabe duda de su utilidad. Y ciertamente la cinta audiovisual es preferible al espejo, puesto que delante del espejo de hecho se actúa, mientras que la cinta permite la evaluación posterior objetiva de un sermón, que ocurre en forma completamente natural. Sin embargo, aún quisiera advertirles de sus peligros. Si se mira al espejo y se escucha en un cassette, me temo que es posible que continúe observándose y escuchándose a sí mismo al estar en el púlpito. En ese caso, el predicador se condenará a una esclavitud paralizante de preocuparse por sí mismo justo en el momento — en el púlpito— en que es esencial cultivar el olvido de sí mismo mediante la creciente conciencia de la presencia de Dios. Además, el predicador no debe olvidarse que habla en nombre de Dios y se dirige a su pueblo. Sé que los actores hacen uso del espejo y la cinta, pero los predicadores no son actores ni el púlpito es un escenario. Así es que ¡cuidado! Puede tener más valor pedirle a un amigo sincero acerca de la voz y gestos en el púlpito, en especial si necesitan corrección. Un proverbio hindú dice que «quien tiene un buen amigo no necesita espejo». Luego podrá ser usted mismo y olvidarse de sí mismo.

Puedo dar testimonio del gran valor de tener uno o más «críticos laicos». Cuando comencé a predicar, a fines de 1945, le pedí a dos estudiantes de medicina, amigos míos, que asumieran ese papel. (¡Los médicos son excelentes para esta tarea porque están entrenados en el arte de la observación!). Si bien recuerdo haber quedado

<sup>16</sup> Poulton, pp. 60-61; 79.

<sup>17</sup> P. ej., 2 Co. 11: 21-33; 1 Ts. 2:1-4; 2 Ti. 3:10-12.

<sup>18</sup> Morris, pp. 34-35.

devastado por algunas de las cartas que me escribieron, su crítica siempre fue sana. Ambos son hoy eminencias en el campo de la medicina.<sup>19</sup> El predicador que pertenece a un equipo ciertamente debe solicitar el comentario de sus colegas. De hecho, la evaluación ocasional en grupo, ya sea del equipo pastoral o de un grupo de personas, convenido especialmente y que incluya a laicos, ha probado ser de inmenso valor para los predicadores. La evaluación irá más allá de la forma de hablar y gestos al contenido del sermón, incluido nuestro uso de la Escritura, nuestra idea principal y objetivo, nuestra estructura, palabras e ilustraciones, y nuestra introducción y conclusión.

En su *Segunda Serie*, Spurgeon incluye dos charlas sobre «Postura, acción y gestos» cuando se predica un sermón, ilustradas con caricaturas de clérigos que gesticulan en forma grotesca. Estas charlas contienen muchos consejos sabios y divertidos, y aun así es obvio que le preocupa que sus estudiantes preserven la naturalidad. Preferiría que fueran torpes e incluso excéntricos a que comiencen a «posar y actuar».<sup>20</sup> Al respecto escribe:

Espero que hayamos abjurado de los trucos de los oradores profesionales: la tensión que busca el efecto, el clímax estudiado, la pausa preestablecida, el pavoneo teatral, la pronunciación afectada de las palabras y quién sabe qué más, lo cual es posible ver en ciertos clérigos pomposos que aún sobreviven en la faz de la tierra. Ojalá se conviertan pronto en animales extintos, y aprendamos todos una forma simple, natural y viva de explayarnos sobre el evangelio, puesto que estoy persuadido de que Dios bendecirá dicho estilo.<sup>21</sup>

«Caballeros», dijo a sus estudiantes en otra charla, «retomo mi regla: usen su propia voz natural. No sean monos, sino hombres; no loros, sino hombres que muestren originalidad en todas las cosas... Yo repetiría esta regla hasta cansarlos, si creyera que la olvidarían: sean naturales, sean naturales, sean naturales siempre».<sup>22</sup>

Esta naturalidad es hermana de la sinceridad. Ambas nos prohíben imitar a otros. Ambas dicen que seamos auténticos.

<sup>19</sup> Uno de ellos es Tony Waterson, profesor de virología del Royal Post-Graduate Medical School, de Hammersmith. Tiene la modestia de decir, al reflexionar en mi sermón, que sus comentarios fueron «probablemente descarados, sin consideración e inmaduros», y que se referían a aspectos técnicos de estructura y enunciación más que a las cuestiones realmente importantes, esto es, si es que Dios estaba ungiendo el mensaje, Jesús estaba siendo exaltado, y las personas siendo bendecidas. Pero creo que subestima la ayuda y desafío que me brindó.

<sup>20</sup> Spurgeon, *Lectures*, Second Series, p. 132.

<sup>21</sup> En el mismo lugar, p. 29.

<sup>22</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, p. 131.

## Seriedad

La seriedad sobrepasa a la sinceridad. Ser sinceros es hablar en serio, y hacer lo que decimos; ser serio es, además, *sentir* aquello de lo que hablamos. La seriedad es un sentimiento profundo; y es indispensable para los predicadores. «Ningún hombre puede ser un gran predicador sin un gran sentir», escribió James X. Alexander de Princeton.<sup>23</sup> Porque «es cuestión de conocimiento público que si un orador desea incitar sentimientos profundos, debe experimentar sentimientos profundamente él mismo».<sup>24</sup>

No es que la necesidad de seriedad se restrinja a la comunicación cristiana, o incluso al habla. Todo intento serio de comunicarnos requiere poner algo de sentimiento. Ello se cumple ciertamente en la música. Como ejemplo, permítanme mencionar el clásico poema del siglo XIX de José Hernández, *El Gaucho*, nombre dado a un descendiente argentino de los colonos españoles, quien se gana el sustento criando ganado y caballos. Es una larga balada que cuenta la historia de un gaucho llamado Martín Fierro, sus distintas experiencias y las injusticias cometidas contra él. En el penúltimo capítulo entrega consejos paternales a sus hijos. Deben confiar en Dios, ser precavidos con respecto a los hombres, trabajar duro, no pelear y evitar la bebida. Luego alude a la música, la guitarra y la canción:

Procuren, si son cantores,  
El cantar con sentimiento—  
No tiempen el instrumento  
Por sólo el gusto de hablar—  
Y acostumbrense á cantar  
En cosas de jundamento.<sup>25</sup>

Parece obvio que la canción y el habla valiosas expresan un profundo sentimiento. Sin embargo, la queja regular en muchas tradiciones cristianas ha sido que el púlpito ofrece predicación sin sentimiento. «Tenemos la predicación sonora y vehemente, la suave y agraciada, la espléndida y elaborada, pero muy poca predicación que sea seria».<sup>26</sup> Mark Twain hizo un vívido relato de un servicio

<sup>23</sup> Alexander, p. 20.

<sup>24</sup> Broadus, *Preparation and Delivery*, p. 218.

<sup>25</sup> Hernández, II, § 32, 4763-4768.

<sup>26</sup> Alexander, p. 6.



dominical matutino: «El ministro anunció su texto, y expuso monótonamente un argumento tan prosaico que más de uno a la larga comenzó a cabecear, si bien era un argumento de infinito fuego y azufre, que disminuyó los elegidos predestinados a una compañía tan pequeña que apenas valía la pena salvarla». El joven Tom Sawyer lo encontró tan aburrido (a pesar de la solemnidad del tema), que sacó una gran cucaracha de su bolsillo, cuyas aventuras, tanto con Tom como con su perro vagabundo crearon una distracción graciosísima. Finalmente, sin embargo, el servicio terminó. «Fue un verdadero alivio para toda la congregación al terminar esta prueba severa y ser pronunciada la gracia».<sup>27</sup>

Es cierto que la medida del sentimiento que poseemos o expresamos se debe en gran medida a nuestro temperamento natural. Algunos tienen un carácter más vivaz, otros más letárgico. Sin embargo, el tratar los temas de la vida eterna y la muerte como si lo que discutiéramos no fuera más serio que el clima, y hacerlo en forma desinteresada y lánguida, es inexcusablemente frívolo. Spurgeon dijo a sus estudiantes: «No debemos hablarles a nuestras congregaciones como si estuviéramos medio dormidos. Nuestra predicación no debe ser un ronquido elocuente».<sup>28</sup> Una cosa es cierta: si nuestra predicación nos produce sueño, difícilmente se puede esperar que nuestros oyentes se mantengan despiertos.

No debiera ser necesario desarrollar una apologética de la seriedad, pero me temo que es así. La seriedad es la cualidad de la que los cristianos tienen interés. Ante todo, les importa Dios, su gloria y su Cristo. Cuando a Pablo «le dolió el alma» en Atenas por ver a la ciudad sofocada por sus ídolos, se sintió indignado por la idolatría ateniense, y celoso del honor debido al único Dios vivo y verdadero (Hch. 17:16). Le importaba la gloria de Dios. Y cuando dijo a los filipenses que muchos vivían como «enemigos de la cruz de Cristo», sólo pudo hacerlo «hasta con lágrimas» (Fil. 3:18). Lo hacía llorar el pensar que las personas podían contradecir el propósito por el que Cristo murió, al confiar en su propia rectitud en lugar de la de Cristo, y vivir satisfaciendo sus propias pasiones en lugar de buscar la santidad. Le importaba la gloria de Cristo, como también debería importarnos a nosotros.

<sup>27</sup> Twain, pp. 50, 51.

<sup>28</sup> Spurgeon, *Lectures*, Segunda Serie, p. 46.

También debe importarnos la gente y el hecho de que se encuentra perdida. Jesús lloró por la ciudad impenitente de Jerusalén puesto que sus habitantes se resistían a su amor e ignoraban su verdadera felicidad (Mt. 23:37; Lc. 19:41, 42). Asimismo, en el ministerio evangelístico del apóstol Pablo, la predicación y el llanto iban de la mano. Por tres años en Éfeso, «día y noche» no dejó «de amonestar con lágrimas a cada uno en particular» (Hch. 20:31; véase vv. 19 y 37). Sin embargo, no debemos imaginar que el llanto se extinguió en el Nuevo Testamento. Sin duda, la herencia anglosajona y la cultura británica contemporánea —en contraste a las culturas latinas— fruncirían el ceño, e incluso rechazarían una muestra abierta de emoción. ¿Pero qué dice lo anterior de nuestra capacidad de preocuparnos? Los auténticos evangelistas cristianos que llevaron las buenas nuevas de salvación y temían que algunos las rechazaran y con ello se condenaran al infierno, no han estado lejos de las lágrimas. George Whitefield es un buen ejemplo. La gente siempre sentía que él la amaba, escribe su biógrafo John Pollock.

Sus lágrimas —rara vez podía dar un sermón sin llorar— eran totalmente espontáneas. «Me culpan de llorar», solía decir, «pero cómo puedo evitarlo si ustedes no lloran por ustedes mismos, aun cuando sus almas inmortales están al borde de la destrucción, y por lo que sé, están escuchando su último sermón y puede que nunca más tengan una oportunidad de que Cristo les sea ofrecido».<sup>29</sup>

D.L. Moody es un ejemplo más reciente. Se nos dice que el Dr. R.W. Dale, quien fue pastor de Carr's Lane Congregational Church de Birmingham, vio al señor Moody en un principio con cierto desagrado, pero cuando «fue a escucharlo, su opinión cambió. Desde ese entonces le tuvo profundo respeto, y consideró que tenía el derecho de predicar el evangelio 'puesto que nunca podía hablar de un alma perdida sin lágrimas en los ojos'».<sup>30</sup>

A menudo me encuentro deseando que los predicadores del siglo XX aprendan a llorar nuevamente. Pero o bien se han secado nuestras fuentes de lágrimas o los conductos de las lágrimas están bloqueados. Todo parece conspirar al mismo tiempo para hacer imposible que lloremos por los pecadores perdidos que repletan el

<sup>29</sup> Pollock, *Whitefield*, p. 263.

<sup>30</sup> David Smith, al tratar 2 Jn. 12, en el *Expositor's Greek Testament*.

camino ancho que lleva a la destrucción. Algunos predicadores están tan preocupados de la celebración gozosa de la salvación que nunca piensan en llorar por quienes lo rechazan. Otros han sido engañados por esa mentira del diablo llamada universalismo. Todos serán salvos al final de cuentas, y nadie se perderá. Sus ojos están secos porque los han cerrado a la espantosa realidad de la muerte y la oscuridad eternas de la cual hablaron Jesús y sus apóstoles. No obstante, otros son fieles en advertir a los pecadores acerca del infierno; pero lo hacen con sospechosa soltura e incluso un placer enfermizo, casi tanto más terribles que la ceguera de quienes ignoran o niegan su realidad. El llanto de Jesús, de Pablo, Whitefield, Moody, brinda una alternativa sana.

Los puritanos también compartían esta perspectiva, en particular Richard Baxter. Lo que Broadus denomina acertadamente «su tremenda y estremecedora seriedad»<sup>31</sup> se debía a su sentido de urgencia al enfrentar la muerte y la eternidad cercanas. Lo expresó en su poema «Love Breathing Thanks and Praise» (Gratitud y alabanza que respiran amor):

Esto me llamó a la obra al ser de día  
a las almas pobres advertir que prontamente se volvieran  
y habiendo decidido en un momento predicar  
y aprender de Ambrosio en un instante y enseñar,  
Y aun pensando poco tiempo de vida tener  
Ferviente, me esforcé por ganar almas.  
*Prediqué como es cierto que nunca más lo haré*  
*Como un hombre que agoniza a otros como él.*  
¡Oh, busquen ansiosos arrepentimiento al predicar;  
Ya vean cuán cerca la Iglesia de la tumba está.  
Y vean que en predicar y en escuchar, al fenecer,  
Nos eleva el tiempo rauda a la vasta eternidad!<sup>32</sup>

Más elocuentes aún son los pasajes en *The Reformed Pastor* (1656) en el cual Richard Baxter lamentó su propia falta de seriedad y al mismo tiempo exhortó a otros pastores a tomar conciencia. Escribió sobre sí mismo en los siguientes términos:

Me asombra ver cómo puedo predicar... en forma fría y superficial, dejar a los hombres solos en sus pecados y no ir a ellos a suplicarles por amor de Dios que se arrepientan, sin importar qué piensen, y qué dolores o problemas me cueste. Apenas he dejado el púlpito y mi conciencia me castiga por no haber sido más serio y ferviente. No es que ella me acuse por falta de ornamentos o elegancia humana, o por dejar caer una palabra inapropiada, sino que me pregunta: «¿cómo puedes hablar de la vida y de la muerte con un corazón así? ¿No debieras llorar por un pueblo así, y no debieran las lágrimas interrumpir tus palabras? ¿No debieras exclamar y mostrarles sus transgresiones, y rogarles e implorarles como cosa de vida o muerte?»<sup>33</sup>

Puesto que fue crítico de sus falencias personales en esta área, Baxter estaba en buen pie para exhortar a sus colegas del pastorado a una mayor seriedad:

¿Cuántos ministros y cuán pocos predicán con todas sus fuerzas?... Es lamentable el hecho de que hablamos tan soñolienta o gentilmente, que los pecadores que duermen no pueden escuchar. El golpe cae tan ligero que los de corazón duro no pueden sentirlo... ¡Qué doctrinas excelentes tienen algunos ministros en sus manos, éstas mueren en ellas por falta de una aplicación fundada y viva...! Oh, señores, con qué simplicidad, con qué fundamentos y seriedad debiéramos entregar un mensaje de tal naturaleza como la nuestra, cuando ésta trata de la vida o muerte eterna de los hombres... ¿Qué? ¿hablar con frialdad de Dios y la salvación de los hombres?... Un trabajo como el de predicar para la salvación de los hombres debe hacerse con todas nuestras fuerzas, de modo que puedan sentirnos predicar cuando nos escuchan.<sup>34</sup>

Hasta este punto me he concentrado en cuán apropiada es la intensidad de los sentimientos al tratarse temas serios. ¿Cómo nos atrevemos a entregar un mensaje solemne en forma impertinente, o referirnos a los destinos de hombres y mujeres como si comentáramos dónde irán a pasar sus vacaciones de verano? No podemos hacerlo; el tema y su tono, la materia y el modo deben coincidir; de lo contrario, esta anomalía será profundamente ofensiva. La congregación entiende la seriedad del evangelio a través de la seriedad con la que los pastores lo exponen, pero este factor conduce a otro

<sup>31</sup> Dargan, Vol. II, p. 174.

<sup>32</sup> Baxter, *Poetical Fragments*, pp. 39-40.

<sup>33</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 110.

<sup>34</sup> En el mismo lugar, p. 106.

aspecto del tema: la seriedad en el modo es una de las formas más seguras de despertar y retener la atención.

El llamativo título de la novena alocución de la primera serie de *Lectures to my Students*, de Spurgeon, es ¡Atención! Trata de «cómo lograr y retener la atención de nuestros oyentes», y contiene esa combinación de sentido común y humor que hemos llegado a asociar con este gigante. Su primer consejo difícilmente podría ser más práctico: «Lo segundo mejor para un predicador, después de la gracia de Dios, es el oxígeno. Oren por que se abran las ventanas del cielo, pero comiencen por abrir las ventanas de la casa de reuniones... Es probable que una corriente de aire fresco que atravesase el edificio sea lo mejor para todos, después del evangelio mismo; al menos crearía una disposición apta para recibir la verdad».<sup>35</sup> Luego del oxígeno, «la primera regla de oro» que establece es «decir siempre algo que valga la pena oír»,<sup>36</sup> y más aún, algo que la gente reconozca como importante para ellos mismos. Los deudos no caen dormidos mientras se lee el testamento si esperan ser sus beneficiarios, ni tampoco los prisioneros mientras el juez hace su resumen y su vida o libertad está en juego. «El interés en lo propio activa la atención. Prediquen sobre temas prácticos, materias personales, actuales, apremiantes, y se asegurarán la atención entusiasta».<sup>37</sup>

El siguiente consejo de Spurgeon es: «interésense ustedes e interesarán a otros». Cita a William Romaine, líder evangélico del siglo XVIII, quien dijo que es infinitamente más importante conocer el *corazón* de la predicación que su arte, con lo que se refería a poner toda el alma y corazón en ella. «Tengan algo que decir, díganlo con seriedad y entusiasmo, y la congregación estará a sus pies».<sup>38</sup> En contraste,

no habrá efecto alguno si ustedes mismos caen en el sueño mientras predicán. ¿Será posible? ¡Que sí es posible! Se hace todos los domingos. Muchos ministros duermen profundamente durante todo el sermón; de hecho, nunca estuvieron despiertos, y probablemente nunca lo estarán, a menos que alguien dispare un cañón cerca de su oído: las frases insípidas, expresiones trilladas y la temida monotonía con-

forman la materia prima de sus discursos, y encima se preguntan por qué estarán todos tan soñolientos: yo sí sé porqué.<sup>39</sup>

### *Mente y corazón*

La predicación somnifera parece ser algo tan absurdo, y es tan contradictoria según ambas palabras, que nos es necesario preguntarnos acerca de sus orígenes. ¿Por qué, por ejemplo, es tradición del púlpito de la Iglesia Episcopal, particularmente en Inglaterra, exhibir una cualidad dulce, razonable y suave y nunca dar muestras de emoción? Sospecho que es porque el anglicanismo siempre ha valorado los estudios y acariciado el ideal del ministro educado, y luego ha supuesto que cualquier clase de muestra emotiva es incompatible con lo anterior.

Como ejemplo tomo al Pastor James Woodforde, quien ha deleitado a generaciones de lectores ingleses con los cinco volúmenes de su *Diary of a Country Parson 1758-1802* (Diario de un pastor rural). Al ser ministro por casi treinta años en la villa de Weston, en Norfolk, la tónica de su vida fue la «tranquilidad». Amaba los deportes, los animales, la vida campestre, y ante todo, la buena comida y bebida. Al buscar en sus cinco volúmenes encontré mucho sobre sus comidas y bebidas favoritas, pero nada en absoluto acerca de sus textos favoritos. Sin embargo, hace unos años el catedrático Norman Sykes tuvo acceso a cuarenta de los sermones no publicados de Woodforde, y de este modo pudo ver más allá de las «entradas lacónicas» del diario. Descubrió que James Woodforde predicaba a partir de la Biblia, y que su racionalidad era el sello de su exposición. En un sermón previno a su rebaño «contra el duende contemporáneo del 'entusiasmo'», contra el «frenesí religioso, por el que los hombres han sido conducidos a las más grandes y locas extravagancias». Ciertamente procedió a advertirles acerca del peligro contrario de «una languidez culpable y la insensibilidad del espíritu en materias de la religión». Sin embargo, es evidente que el pastor Woodforde temía en mayor medida el «entusiasmo» que la ortodoxia sin frutos.<sup>40</sup>

Ciertamente éste era el temor predominante en los líderes eclesiásticos del siglo XVIII quienes hicieron generalizaciones drásticas

<sup>35</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, pp. 138-39.

<sup>36</sup> En el mismo lugar, p. 140.

<sup>37</sup> En el mismo lugar, p. 149.

<sup>38</sup> En el mismo lugar, p. 146.

<sup>39</sup> En el mismo lugar, p. 148.

<sup>40</sup> Véanse dos artículos sobre Woodforde de Norman Sykes en *Theology*, Vol. 38, n° 224, febrero de 1939, y el n° 227, de mayo de 1939.

acerca de los excesos del «metodismo», se rehusaron a aceptar el avivamiento evangélico y sentían alivio al pensar que los metodistas se habían retirado de la Iglesia Establecida. El «entusiasmo» era para ellos una palabrota, y era típico de ese entonces inscribir en la campana de la iglesia (o así dicen) la paradójica doxología: «Gloria a Dios y condenación a los entusiastas». De ahí el alboroto creado por Charles Simeon al ser designado Vicario de aquella iglesia en 1782 y comenzar a predicar sus sermones expositivos con mucha emoción. Hugh Evans Hopkins, su biógrafo más reciente escribe:

Abner Brown recuerda haberse sentado junto a un estudiante universitario casado que estaba con su familia en la Iglesia de la Trinidad y haber escuchado a su pequeña hija, intrigada por los gestos del hombre entusiasta del púlpito, decirle en un susurro a su madre: «Ay mamá, ¿qué le pasa a ese señor apasionado?» ... Tal como escribiera su asistente Carus en sus *Memorias*, «No le interesaba contener el intenso fervor de sus sentimientos; toda su alma se dirigía a su tema, y hablaba y actuaba tal como lo sentía».<sup>41</sup>

Simeon mismo le escribió a Thomas Thomason, cuando hacia el final de su vida la gota limitó su actividad: «Me comparo con una pequeña botella de cerveza; al ser taponada y abierta sólo dos veces a la semana, hago un buen papel; pero si se me abriera cada día, pronto sería como agua de una zanja».<sup>42</sup>

El ministerio de Simeon, de gran influencia en la Santa Trinidad de Cambridge, el cual se extendió por cuarenta y cuatro años, nos ofrece un modelo de reconciliación de la emoción y la razón al predicar. Ciertamente era emotivo, como lo atestiguaron sus oyentes, pero nadie podía acusarlo de la clase de «entusiasmo» que denigra el intelecto o desprecia la teología. Por el contrario, un estudio de su colección de sermones de *Horae Homileticae* revela una reflexión laboriosa en el análisis, la exégesis y la aplicación. De hecho, sus resúmenes parecen algo tediosos hoy en día, y uno se pregunta algunas veces qué lo apasionó tanto.

No obstante, la combinación de mente y corazón, lo racional y lo emotivo, tenía una presencia evidente en la predicación de Simeon, y para esta combinación existen amplios precedentes en el

Nuevo Testamento. Ya he hecho alusión a las lágrimas de Pablo. ¿Pero qué hay acerca de su poderoso intelecto, que ha mantenido a los académicos estudiando sus ideas desde ese entonces? El mismo apóstol que razonó con ellos sobre la base de las Escrituras, y buscó convencerlos con el poder del argumento y del Espíritu Santo, también lloró por ellos como lo hizo su Señor antes que él. Consideren como se fusionan la exposición y la exhortación en sus cartas. Por ejemplo, cuando finaliza 2 Corintios 5, entrega una de las explicaciones más importantes del Nuevo Testamento sobre la doctrina de la reconciliación. Trata temas formidables: en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, y no tomó en cuenta a los hombres sus pecados sino que, por causa nuestra Cristo, quien no cometió pecado, fue tratado como pecador, para que fuésemos hechos justicia de Dios. Estas son afirmaciones concisas acerca de Dios y de su iniciativa, acerca de Cristo y su cruz, y acerca del pecado, la reconciliación y la justicia que los comentaristas aún buscan interpretar y explicar. Sin embargo, Pablo no se contenta con una afirmación teológica profunda. Va más allá del dato histórico de la reconciliación hacia el ministerio y mensaje de la reconciliación, más allá de lo que Dios hizo en Cristo hacia lo que hace el día de hoy en nosotros; más allá de la afirmación de los apóstoles de Cristo, que dice: «Dios estaba reconciliando al mundo» hacia el llamado de los embajadores de Cristo: «les rogamos que se reconcilien con Dios». No se detuvo en la exposición, y prosiguió con el llamado; del mismo modo, no pronunció el llamado hasta terminar con la exposición primero. En su ministerio, la afirmación y el llamado eran inseparables.

La iglesia contemporánea necesita aprender con urgencia la lección de Pablo, y seguir su ejemplo. Sin duda, existen predicadores que no temen en modo alguno al entusiasmo. En la predicación evangelística hacen llamados interminables a una decisión o conversión. A veces sus sermones son un llamado único, extenso y dilatado. Sin embargo, sus oyentes quedan perplejos porque no han comprendido (o incluso no se les ha ayudado a comprender) ya sea la naturaleza o el fundamento del llamado. El pedir que se

<sup>41</sup> Hopkins, p. 65.

<sup>42</sup> En el mismo lugar, p. 162; Carus, p. 445.

tome una decisión sin escuchar la doctrina es una ofensa a los seres humanos, por tratarse casi de una manipulación irracional.

Otros predicadores cometen el error opuesto. Su exposición de las doctrinas bíblicas principales es impecable. Son fieles a la Escritura, lúcidos en su explicación, su lenguaje es acertado, y su aplicación es contemporánea. Sería difícil encontrar una falta en el contenido. Y aun así, de alguna forma, parecen fríos y aislados. Jamás se escucha una nota de urgencia en su voz, ni hay sospecha de una lágrima en sus ojos. Jamás soñarían con inclinarse hacia las bancas para rogarles a los pecadores en nombre de Cristo que se arrepientan, vengan a él y se reconcilien con Dios. Se parecen al predicador de quien Spurgeon escribió: «Es un trabajo espantoso escuchar un sermón, y sentirse todo el tiempo como sentado en una tormenta de nieve, o morando en una casa de hielo, clara pero fría, ordenada pero aniquiladora...»<sup>43</sup> No es sorprendente que en lugar de ello rogara «por mucho fuego celestial», y declaró que «incluso el fanatismo es preferible a la indiferencia».<sup>44</sup> «Danos más palabras de las que vienen de un corazón ardiente», clamaba, «como la lava que viene de un derrame volcánico...»<sup>45</sup>

Lo que se necesita hoy día es la misma síntesis de razón y emoción, exposición y exhortación que logró Pablo. J.W. Alexander escribió sobre Isaac Barrow, profesor de griego en Cambridge durante el siglo XVII, y lo describió como «un viajero, filólogo, matemático y clérigo»; luego lo califica de «elocuente razonador» y agrega que «abunda en él el argumento de altura, el cual... está inflamado por la pasión».<sup>46</sup> Una cuantas páginas antes, en su libro, Alexander había pedido por más «predicación teológica». Lo que interesa a todos, dice, es «un argumento al rojo vivo», puesto que «el argumento admite gran vehemencia y fuego».<sup>47</sup>

Un predicador británico de este siglo, que pidió la misma combinación, fue el Dr. George Campbell Morgan, ministro de Westminster Chapel en Londres de 1904 a 1917 y luego de 1933 a 1943. Fue presidente de 1911 a 1914 del Cheshunt College de Cambridge, que formaba hombres para el ministerio Congregacional; allí dio charlas sobre la predicación. Los tres elementos esenciales de la predicación, dijo, son «la verdad, la claridad, y la

pasión».<sup>48</sup> Al referirse a la «pasión» contó una anécdota del gran actor inglés Macready. Un predicador le preguntó una vez cómo hacía para reunir tales multitudes mediante la ficción, mientras que él mismo predicaba la verdad y no lograba multitud alguna. «Es bastante simple», contestó el actor. «Puedo decirle la diferencia entre nosotros. Yo presento mi ficción como si fuera verdad; usted presenta su verdad como si fuera ficción».<sup>49</sup> Luego, Campbell Morgan añadió su propio comentario. En el caso del predicador y su Biblia, dijo: «No puedo comprender por mi parte por qué a ese hombre no lo arrebatara en ocasiones el fuego, y la fuerza y el fervor de su trabajo».<sup>50</sup>

El Dr. Martyn Lloyd-Jones, sucesor de Campbell Morgan en el púlpito de Westminster Chapel, compartía su convicción de que la verdad y la pasión son ingredientes esenciales de la predicación cristiana. En su conmovedor libro *Preaching and Preachers*<sup>51</sup> pregunta: «¿Qué es la predicación?» y luego ofrece su propia definición:

¡Lógica apasionada! ¡Razón elocuente! ¿Son éstas contradicciones? Por supuesto que no. El razonamiento que concierne a esta verdad debiera ser poderosamente elocuente, como lo ven en el caso del Apóstol Pablo y de otros. Es teología que arde. Y sostengo que la teología que no lleva fuego es defectuosa, o al menos la comprensión que el hombre tiene de ella es defectuosa. La predicación es el resultado de la teología cuando atraviesa un hombre que arde.<sup>52</sup>

Además, desarrolla este tema en *The Christian Warfare* (La guerra cristiana), su exposición de Efesios 6:10-13, y hace referencia a la obra del Espíritu Santo:

No apaguen el fuego, no apaguen el Espíritu... el cristianismo significa calidez, un resplandor... «Sí, por supuesto», dicen, «pero si se tiene verdadera erudición no estará animado; será muy decoroso. Leerá un gran tratado calmadamente y sin pasión». ¡Díganlo! ¡Eso es apagar el Espíritu! El Apóstol Pablo rompe algunas reglas de la gramática; interrumpe su propio argumento. ¡Es por causa del fuego! Somos tan decorosos, tan controlados, hacemos todo con tanto orden y decencia que ¡no existe vida, ni calor, no existe poder! Pero

<sup>43</sup> Surgeon, *All-Round Ministry*, p. 175.

<sup>44</sup> En el mismo lugar, p. 173.

<sup>45</sup> En el mismo lugar, p. 224.

<sup>46</sup> Alexander, p. 266.

<sup>47</sup> En el mismo lugar, p. 25.

<sup>48</sup> Morgan, G.C., *Preaching*, pp. 14, 15.

<sup>49</sup> En el mismo lugar, p. 36.

<sup>50</sup> En el mismo lugar, p. 37.

<sup>51</sup> 1971.

<sup>52</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, p. 97.

eso no es el cristianismo del Nuevo Testamento... ¿Se derrite su fe para conmover su corazón? ¿Se deshace acaso del hielo que hay en ustedes, la frialdad en su corazón, y la rigidez? La esencia del cristianismo del Nuevo Testamento es este calor que indudablemente es el resultado de la presencia del Espíritu...<sup>53</sup>

Creo que el Dr. Lloyd-Jones ha señalado un punto crucial. El fuego de la predicación depende del fuego del predicador, y ello proviene a su vez del Espíritu Santo. Nuestros sermones nunca prenderán fuego a menos que el fuego del Espíritu Santo arda en nuestros corazones y sirvamos al Señor «con el fervor que da el Espíritu» (Ro. 12:11). Se cuenta una historia —la cual creo y espero que sea cierta — de W.E. Sangster, del Westminster Central Hall, que no aparece en el esbozo biográfico, escrito por su hijo Pablo, titulado *Dr. Sangster*. Era miembro de un panel de selección que entrevistaba postulantes al ministerio metodista cuando se presentó un hombre joven bastante nervioso. Al dársele la oportunidad de hablar, el candidato dijo que sentía que debía explicarles que no era el tipo de persona que encendería el Támesis, es decir, que despertaría la ciudad. «Mi querido y joven hermano», respondió el Dr. Sangster con sabiduría consumada, «no me interesa saber si podría encender el Támesis. Lo que quiero saber es esto: si lo levantara por el cuello de la chaqueta y lo echara al Támesis, ¿chisporrotearía el río?» En otras palabras, ¿tenía este joven pasión por la predicación? Eso era lo importante.

¿Cómo entonces podemos reconciliar lo que nunca debió divorciarse, esto es, la verdad y la elocuencia, la razón y la pasión, la luz y el fuego? Algunos predicadores brindan excelente teología desde el púlpito, pero ésta parece haber salido del frigorífico. No tiene calor, no hay resplandor, no tiene fuego. Es cierto que otros púlpitos llegan a arder y amenazan con incendiar la iglesia, pero es muy poca la teología vital que los acompaña. Es la combinación la que tiene un poder casi irresistible: la teología al rojo vivo, la verdad apasionada, la razón elocuente. ¿Pero en qué forma? ¿Cuál es el secreto de esta fusión? Existen dos posibles respuestas. En primer lugar, el Espíritu Santo es el Espíritu de ambas cosas. Jesús lo llamó

<sup>53</sup> Lloyd-Jones, *Warfare*, pp. 273-74.

«el Espíritu de la verdad», y en el Día de Pentecostés apareció en forma de «lenguas como de fuego». Puesto que ambos elementos no están separados en él, no lo están tampoco en el cristiano lleno del Espíritu. Una vez que permitamos esta libertad tanto en la preparación como la elocución de los sermones, la luz y el fuego, la verdad y la pasión volverán a unirse.

El segundo secreto lo aprendieron los dos discípulos con los que Jesús caminó a Emaús en la primera tarde de la Pascua. Al desaparecer él, se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lucas 24:32). No cabe duda de que el ardor en su corazón fue una experiencia emotiva. Estaban profundamente conmovidos. El fuego había comenzado en ellos. ¿Cuándo comenzó? Cuando él les habló y les explicó las Escrituras. Fue cuando vieron nuevas perspectivas de la verdad que comenzó a arder el fuego. Todavía es la verdad, la verdad bíblica, cristocéntrica, la que enciende el corazón.

#### *El humor en el púlpito*

La reconocida necesidad de seriedad en nuestra predicación hace surgir inevitablemente la pregunta de si es acaso apropiado que el predicador haga reír a la congregación en alguna ocasión. A primera vista la seriedad y la risa parecen ser incompatibles, y concordamos con Richard Baxter, cuando escribe: «Sea lo que sea que hagan, dejen ver a la gente que su intención es seria... No se puede penetrar los corazones humanos cuando se bromea con ellos...»<sup>54</sup>

Sin embargo, la solución al problema no es tan simple puesto que «todo tiene su momento oportuno... un tiempo para llorar y un tiempo para reír» (Ec. 3:4). Hemos visto que el llanto no debe ser prohibido en el púlpito; entonces, quizás la risa no debiera prohibirse tampoco.

El lugar para comenzar con nuestras preguntas es la enseñanza de Jesús porque es de acuerdo general que el humor era parte de las armas del Supremo Maestro. El Dr. Elton Trueblood, profesor de filosofía de Earlham College, distinguido cuáquero norteamericano, escribió su libro *The Humour of Christ* en 1965. Menciona que

<sup>54</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 145.

el germen de la idea se arraigó en su mente al leer Mateo 7 (acerca de la astilla y la viga en los ojos de la gente) durante las oraciones de la familia, cuando su hijo de cuatro años comenzó a reír. Hace una lista de treinta pasajes humorísticos en los evangelios sinópticos y cuestiona la «imagen convencional de un Cristo que nunca reía»,<sup>55</sup> sino que siempre era grave, aburrido y melancólico. Al mismo tiempo, el profesor Trueblood se esfuerza por demostrar que la forma de humor más frecuentemente utilizada por Jesús fue la *ironía* («el exhibir ante la opinión pública un vicio o bien la insensatez»), y no el *sarcasmo* (el cual es cruel y hiere a sus víctimas). Escribe que:

Es muy importante comprender que el propósito evidente del humor de Cristo es aclarar y hacer crecer el entendimiento, y no herir. Algo de perjuicio es quizás inevitable, especialmente cuando... el orgullo humano queda en ridículo, pero claramente el objetivo difiere del daño... La verdad, y sólo la verdad, es el fin... Desenmascarar el error, y con ello, hacer emerger la verdad.<sup>56</sup>

Otro estudioso que demostró claramente la enseñanza de Jesús fue T. R. Glover, en su éxito de librerías, *The Jesus of History* (El Jesús de la historia).<sup>57</sup> Un buen ejemplo es la caricatura que Jesús hace de los escribas y fariseos, escrupulosos para los deberes irrelevantes, mientras que descuidaban «los asuntos más importantes de la ley». Su falta de proporciones era como la de quienes beben, que cuelean el mosquito pero se tragan el camello (Mateo 23:23, 24). Glover nos hace reír al hacernos imaginar un hombre tratando de tragar un camello:

Cuántos de nosotros hemos imaginado el proceso, y la serie de sensaciones que el fariseo debe sentir, cuando el largo cuello peludo del camello se desliza por la garganta del fariseo, toda esa tremenda anatomía colgante; la joroba... dos jorobas... ambas se deslizan al fondo, y él nunca se percata... y las patas, todas ellas, con todo el juego de rodillas y pezuñas bien grandes. El fariseo se tragó un camello y nunca lo notó.<sup>58</sup>

Aun cuando Jesús haya usado la expresión sin una descripción, debe haber provocado ataques de risa en sus oyentes.

Debido al precedente impuesto por Jesús, no es de sorprenderse que el uso del humor en la predicación y la enseñanza haya tenido una larga y honorable tradición. Floreció particularmente durante la Reforma del siglo XVI, puesto que tanto Martín Lutero, en el continente, como Hugh Latimer, en Inglaterra, utilizaron plenamente sus poderes descriptivos de cosas terrenales. Dibujaban caricaturas con palabras, que aún hoy tienen el poder de hacernos reír.

Por lo tanto, el humor es legítimo. No obstante, debemos ser sobrios en su uso, y tener juicio con respecto a los tópicos que escogemos para hacer reír. Siempre es inapropiado que seres humanos caídos y finitos se rían de Dios, ya sea del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo. Es igualmente inapropiado para los pecadores el reírse de la cruz o la resurrección de Jesús, por la que su salvación fue alcanzada, o de las solemnes realidades de las últimas cosas: la muerte, el juicio, el cielo y el infierno. Estos temas no son divertidos por sí mismos, y se trivializan si tratamos de hacerlos cómicos. Asimismo, puede que la audiencia deje de tomarnos en serio. Nuestro ministerio puede ser entonces tan ineficaz como el de Lot, quien instó a sus yernos a escapar de Sodoma puesto que el Señor estaba por destruirla, «pero ellos creían que Lot estaba bromeando» (Gn. 19:14). Phillips Brooks tuvo toda la razón en sus charlas de Yale, cuando expresó su desdén hacia «el bufón clerical» que «echa mano de las cosas más sagradas, y profana todo lo que toca». <sup>59</sup> Un bufón irresponsable como ese, dice, nunca ha comprendido que «el humor es algo muy distinto a la frivolidad». <sup>60</sup>

¿Cual es, entonces, el valor del humor, asumiendo que utiliza los momentos correctos, y aborda el tema correcto? En primer lugar, rompe con la tensión. Para la mayoría de las personas es difícil mantener la concentración o soportar el incremento gradual de la presión emotiva por un periodo prolongado. Necesitan relajarse un momento, y una de las formas más sanas, rápidas y simples de asegurar su distensión es contar un chiste y hacerlos reír.

En segundo lugar, la risa tiene el extraordinario poder de derribar las defensas de la gente. Un hombre llega a la iglesia en un

<sup>55</sup> Trueblood, p. 10. Se dice que Léntulo, nombrado cónsul romano en el 14 a.C., entregó al Senado una descripción de Jesús que incluía la afirmación: «Nadie recuerda haberlo visto reír». Pero esto no ha podido ser documentado anterior al año 1680, y ciertamente no es auténtico.

<sup>56</sup> En el mismo lugar, pp. 49-53.

<sup>57</sup> 1917.

<sup>58</sup> Glover, p. 44.

<sup>59</sup> Brooks, *Lectures*, p. 55.

<sup>60</sup> En el mismo lugar, p. 57.

estado de ánimo rebelde y obstinado. Está decidido a no responder al llamado misionero o cambiar de idea sobre algún tema. Se sabe por su rostro. Vean esas caras largas y esos ceños fruncidos; son símbolos de una resistencia incommovible. De repente se ríe, a pesar de sí mismo, y su resistencia colapsa. James Emmau Kwegyr Aggrey (1875-1927) conocía este poder del humor. Nacido en lo que solía conocerse como la Costa de Oro, se educó en los Estados Unidos, fue el primer Vicerrector del Achimota College, y le preocupaba hondamente la armonía racial. Cuando tuvo la oportunidad de promover una investigación educacional sobre el sur, occidente y oriente de África, la gente involucrada temía que su franqueza provocara antagonismo. Pero no había necesidad de temer. «Hago que abrañ la boca con risa», dijo, «y luego embisto con la verdad».<sup>61</sup> O, como lo expresara Christopher Morley con acierto, «luego del terremoto de risa, la suave voz tranquila».<sup>62</sup>

El tercer y más grande beneficio del humor es que nos hace humildes al romper la burbuja de la pomposidad humana. No conozco obra más acabada al respecto que el primer capítulo de *Essays in Satire* (Ensayos en sátira) de Ronald Knox.<sup>63</sup> Llamado por Morton Davies: «el Alegre Monseñor, una fuente de jovialidad y gracia».<sup>64</sup> En su introducción distinguió entre ingenio, humor, sátira e ironía.

La esfera del humor pertenece, en forma predominante, al ser humano y sus actividades, considerado en circunstancias tan incongruentes, tan inesperadamente incongruentes, como para desmerecer su dignidad humana... Es divertido ver a una persona que se resbala y cae sobre una acera cubierta de hielo, debido a que ha abandonado de pronto el caminar erguido, que es la máxima expresión del ser bípedo... No hay nada divertido en un caballo que cae... Sólo el ser humano tiene dignidad; por ende, sólo el ser humano puede ser divertido... en toda forma de humor hay una cierta pérdida de la dignidad; la virtud ha abandonado a alguien. Y es que no existe humor en los objetos; dondequiera que ocurra un chiste, tendrá que ver con el ser humano, ese medio ángel, hombre brutal, que de alguna forma estará involucrado.<sup>65</sup>

Entonces, reír de las flaquezas de alguien es un cumplido indirecto. Ello reconoce la dignidad innata de los seres humanos. No puede menos que tomar con humor las desviaciones del comportamiento auténticamente humano: su orgullo, fingimiento y pequeñez, cosas que son divertidas por ser incongruentes. Más aún, el humor puede estar dirigido a uno mismo; uno se ríe de la propia idiosincrasia, de los traspies ridículos de la propia humanidad.

Sin embargo, «la sátira» prosigue Ronald Knox, «...nace para castigar la persistente insensatez, incluso recurrente, de la criatura humana como tal... La risa es un explosivo mortal, destinado a ser envuelto en el cartucho de la sátira, y de este modo, se dirige certeramente al blanco designado, asesta su benéfica herida».<sup>66</sup>

Para resumir la idea de Knox, la risa, y en especial la del tipo satírico, al mofarse de nuestras excentricidades humanas, da testimonio de nuestra condición caída y nos lleva al arrepentimiento mediante la vergüenza. Por ello, los predicadores debiéramos utilizar la sátira en forma más hábil y frecuente, asegurándonos siempre de que al reírnos de otros nos riamos también de nosotros mismos, dentro de un marco de solidaridad, por nuestra pompa y locura humana. Mark Twain hace que Satanás mismo nos recuerde en *The Mysterious Stranger* (El extranjero misterioso),<sup>67</sup> que la raza humana, en su pobreza, «tiene sin lugar a dudas un arma realmente efectiva: la risa». ¿Cómo puede, por ejemplo, ser destruida una «farsa colosal»? Sólo la risa puede reducirla con un estallido a harapos y átomos. Nada puede prevalecer contra el asalto de la risa».<sup>68</sup>

Uno de nuestros contemporáneos que usa esta arma con mucha efectividad es Malcolm Muggeridge. Como antiguo editor de la que describe como «una revista supuestamente humorística llamada *Punch*», ha tenido buenas razones para meditar sobre el significado de la risa, la cual, «luego de la revelación mística, es el don y bendición más precioso que nos llega en la tierra». Más aún, ha llegado a ver la risa como «la cara opuesta del misticismo» puesto que el místico se eleva hacia Dios, mientras que el humorista reconoce nuestra incapacidad humana de encontrarlo. Esta paradoja la ve ilustrada en las grandes catedrales de la Europa medieval, las

<sup>61</sup> *Men who Served Africa*, p. 154.

<sup>62</sup> Luccock, p. 192.

<sup>63</sup> 1928.

<sup>64</sup> Davies, p. 116.

<sup>65</sup> Knox, pp. 13-15.

<sup>66</sup> En el mismo lugar, pp. 26-27.

<sup>67</sup> 1916.

<sup>68</sup> *The Portable Mark Twain*, p. 736.



cuales tienen «una torre que escala hacia el cielo» y «una gárgola que mira hacia la tierra con una mueca». Y no es que estén mal escogidas, sino son complementarias: «la torre se alarga hasta alcanzar las glorias de la eternidad en el cielo», y la «gárgola ríe con las bufonadas de los mortales». Juntas nos ayudan a definir el humor como «una expresión, en términos de lo grotesco, de la inexorable disparidad entre la aspiración del ser humano y su desempeño». <sup>69</sup> Algunos lectores de Malcolm Muggeridge ven con molestia su crítica bastante cáustica del prójimo, pero nos es necesario recordar que él mismo no se excluye. La torre y la gárgola son ejemplos de su propia vida, porque confiesa que existe una brecha entre su visión celestial y la consecución terrena de ella. Busca ser fiel a la realidad de Cristo que ha percibido, pero agrega con melancolía, «odio pensar cuántos cientos de miles de millas alrededor del mundo ha sido acarreada por una u otra razón esta ridícula carcasa mía». <sup>70</sup>

Por ende, ciertamente el humor no debe ser prohibido en el púlpito. Por el contrario, y toda vez que nos reímos de la condición humana, y por ende de nosotros mismos, el humor nos ayuda a poner las cosas en perspectiva. A menudo es mediante el humor que logramos un claro vistazo tanto de las alturas desde las que hemos caído como de las profundidades en las que nos hundimos, y ello nos lleva al deseo nostálgico de ser «rescatados, sanados, restaurados, y perdonados». De este modo, el humor puede ser una genuina preparación para el evangelio. Debido a que puede contribuir a despertar en los corazones humanos la vergüenza por lo que somos y el anhelo de lo que podemos ser, debemos someterlo de buena gana al servicio de la causa del evangelio.

#### *La duración del sermón*

A menudo se me pregunta cuánto, en mi opinión, debe durar un sermón. Es una pregunta imposible de responder puesto que existen muchos imponderables. Depende de la ocasión y el tema, del don del predicador y de la madurez de la congregación. Sin embargo, parece apropiado tratar el tema en este capítulo sobre la sinceridad y la seriedad, puesto que pienso que, al menos en prin-

cipio, todo sermón debiera durar tanto como el predicador necesite para volcar su alma. Básicamente, no es la duración de un sermón la que hace que la congregación se impacienta por que termine, sino el tedio de un sermón en que el predicador mismo parece tener muy poco interés. «La verdadera forma de acortar un sermón», dijo H.W. Beecher, «es hacerlo más interesante». <sup>71</sup>

El apóstol Pablo sigue siendo una advertencia permanente para los predicadores que hablan demasiado, debido al destino del pobre joven Eutico quien primero se quedó dormido, luego cayó desde la ventana, y fue levantado muerto. En esa ocasión, el sermón de Pablo fue dado en dos partes: la primera, desde el ocaso hasta la medianoche; la segunda, desde ese momento hasta el alba (Hch. 20:7-12). Ni siquiera éste es un récord. De acuerdo con el *Libro Guinness de los Récords* <sup>72</sup> de 1980, el sermón más largo que haya sido predicado duró veintitrés horas. Fue predicado entre el 18 y el 22 de septiembre de 1978 por el Reverendo Donald Thomas de Brooklyn, Nueva York. Dejando de lado esa competición bastante absurda, los sermones han durado horas en numerosas instancias. John Wesley escribe en su diario con fecha 19 de octubre de 1739 cómo predicó en el Shire Hall de Cardiff, con «tal libertad de expresión» que rara vez lo hubo experimentado. «Mi corazón se ensanchó tanto», agregó, «que no supe desistir, de modo que continuamos por tres horas». En el primer sermón que Jonathan Edwards predicó en la Capilla de Princeton, luego de su nombramiento como presidente en 1758, trató de «la inmutabilidad de Cristo». «Fue una alocución de más de dos horas; pero se dice que fue escuchada con tan profunda atención y hondo interés por la audiencia que no tuvieron conciencia de ese lapso de tiempo, y se sorprendieron de su pronto término». <sup>73</sup> Richard Channing Moore (1762-1841), quien luego fuera obispo de Virginia y obispo presidente de la Iglesia Episcopal Norteamericana, reunió a vastas congregaciones cuando era rector de St. Andrews, en Staten Island.

Al cierre del servicio dominical de la tarde se levantó un miembro de la congregación y dijo: «Dr. Moore, la gente no quiere volver a casa; por favor ofrézcanos otro sermón». Él aceptó. Aun así seguían ham-

<sup>69</sup> Las citas están tomadas de un informe del discurso inaugural de 1979 que Malcolm Muggeridge dió en el Gordon College de Wenham, Massachusetts, si bien en una carta personal del 24 de septiembre de 1979 me indicó que había utilizado la imagen de «la gárgola y la torre» en numerosas ocasiones, en forma oral y escrita. «Si no me falla la memoria», dijo, «di con la idea por primera vez en Salisbury, al notar cómo la fina torre trepaba con loca audacia hacia el cielo, y luego las pequeñas caras de las gárgolas sonreían en forma tan malévolamente hacia la tierra».

<sup>70</sup> Muggeridge, *Chronicles, The Green Stick*, p. 98.

<sup>71</sup> Beecher, *Lectures*, p. 257.

<sup>72</sup> *Guinness Book of Records*, 1980, p. 228.

<sup>73</sup> Dwight, p. 577.

brientos de la Palabra de vida. Le siguió un tercer sermón, y al finalizar éste, el predicador dijo: «Amados, ahora deben dispersarse porque, si bien me deleito en proclamar las alegres nuevas de la salvación, mi fuerza se ha agotado y no puedo decir más».<sup>74</sup>

Doy estos tres ejemplos —las tres horas de John Wesley, las dos de Jonathan Edwards, y los tres sermones consecutivos de Richard Channing Moore— en parte porque pertenecen al mismo grupo de personas sin prisa, y en parte porque todos fueron una respuesta al hambre espiritual inusual de ciertas congregaciones. Si bien en la era victoriana la norma era 45 minutos, y a menudo una hora completa hasta que no se vaciara el reloj de arena, hoy sólo las congregaciones más maduras serían quizá capaces de resistir —y mucho menos tolerar— sermones tan extensos. Por otro lado, incluso en esos días, algunas congregaciones se impacientaban. Spurgeon cuenta de un granjero que vino a quejarse amargamente a él acerca de un joven que se había extendido demasiado:

«Oiga usted, ese joven debió haber terminado a las cuatro, pero siguió hasta las cuatro y media, ¡y todas mis vacas esperando ser ordeñadas! A ver si le hubiera gustado ser vaca». Esa afirmación tenía mucho sentido (comentó Spurgeon). La Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales debería haber enjuiciado a ese joven pecador. ¿Podrán acaso escuchar los granjeros provechosamente cuando sus mentes están pensando en vacas?<sup>75</sup>

Sin embargo, es una lástima el que muchos predicadores hayan reducido sus sermones a una homilía de diez minutos, en reacción al estilo tan dilatado de la era victoriana. Las congregaciones no crecerán espiritualmente saludables con una dieta inadecuada como esa. «Los sermones pequeños crean cristianos pequeños» es una frase que se le acredita a los contemporáneos Campbell Morgan de Westminster Chapel, y Stuart Holden de St. Paul, Portman Square. P. T. Forsyth comentó de modo similar que «la brevedad puede ser el alma del ingenio, pero el predicador no es una persona de ingenio... El cristianismo de sermones cortos es un cristianismo de poca fibra».<sup>76</sup> Agradezco que esto se esté reconociendo

cada vez más. En un artículo aparecido en *The Times* del 6 de agosto de 1977, el obispo R.P.C. Hanson de la Universidad de Manchester se quejó de la «ausencia de profundidad y seriedad» en la iglesia, la cual atribuyó en gran medida a los sermones breves. «Ni el mismo ángel Gabriel», escribió el obispo, «podría convertir a alguien en diez minutos». Los sermones del obispo William Connor Magee fueron descritos como: «ejercicios de aguante acerca de la disciplina de pensar con claridad sobre cuestiones religiosas», pero «ningún sermón que dure sólo diez minutos puede ser llamado un ejercicio de aguante acerca de cosa alguna: esta falta de atención hacia la predicación de la Palabra es un signo de superficialidad en la religión».

No es posible establecer reglas rígidas acerca de la dilatación de los sermones, con la posible excepción de que diez minutos es muy poco y cuarenta es demasiado. Se dice sabiamente que todo sermón «debiera parecer de veinte minutos», incluso si de hecho es mayor su duración. Al llegar a una nueva iglesia, el predicador hará bien en dar a la congregación de acuerdo a la medida a la que están acostumbrados. Sin embargo, y gradualmente, a medida que la Palabra de Dios despierte su apetito, pedirán más.



Éste ha sido un capítulo algo subjetivo, pero ha sido necesario, puesto que la predicación no puede ser aislada jamás del predicador. En definitiva, es él quien determina tanto lo que dice como la forma de expresión. Puede ver la gloria de la predicación y comprender su teología. Puede estudiar arduamente y prepararse bien. Puede ver la necesidad de relacionar la Palabra con el mundo, y tener el genuino deseo de ser un constructor de puentes. Sin embargo, puede que aún carezca del ingrediente vital (cuya falta nada puede compensar): la realidad espiritual personal. La sinceridad y la seriedad no son cualidades que se nos pueda atribuir en forma externa, como adornos que agregamos a nuestro árbol de Navidad. Son el fruto del Espíritu Santo. Y simplemente describen a una persona que cree en lo que dice y lo siente.

<sup>74</sup> Chorley, p. 39.

<sup>75</sup> Spurgeon, *Lectures*, Primera Serie, pp. 144-45.

<sup>76</sup> Forsyth, *Positive Preaching*, pp. 109-110.

Como escribiera E.M. Bounds a comienzos del siglo XX: «El ser humano, totalmente él, subyace en el sermón. La predicación no es el desempeño en una hora determinada. Es el derrame de una vida. Tarda veinte años hacer un sermón, puesto que tarda veinte años hacer al hombre». <sup>77</sup> James Black lo expresó de forma similar: «La mejor predicación es siempre el *desborde natural* de una mente madura, y la expresión de una experiencia creciente. Un buen sermón nunca nace en forma espontánea, sino que se desarrolla». <sup>78</sup>

Me agradan las palabras «derrame» y «desborde». Expresan en forma sucinta que la verdadera predicación no es jamás una actividad superficial; emana desde las profundidades. Jesús mismo hizo gran hincapié en este principio. Sin el manantial perenne de la vida del Espíritu Santo en nuestro interior, dijo, los ríos de agua viva no pueden seguir brotando de nosotros. Asimismo, de la abundancia del corazón habla la boca (Jn. 4:14; 7:37-39; Mt. 12:34).



## Valor y humildad

### Valor

Hay una necesidad apremiante de predicadores valerosos en los púlpitos del mundo de hoy, que sean como los apóstoles de la iglesia primitiva quienes «fueron llenos del Espíritu Santo, y proclamaban la Palabra de Dios sin temor alguno» (Hch. 4:31; véase v. 13). Ni quienes buscan complacer a los hombres ni los oportunistas serán jamás buenos predicadores. Estamos llamados a la obra sagrada de la exposición bíblica, y comisionados para proclamar lo que Dios ha dicho, no lo que los seres humanos quieren escuchar. Muchos clérigos modernos sufren de una afección llamada «comezón de oír», que los induce a rodearse «de maestros que les digan las novelorías que quieren oír» (2 Ti. 4:3). Pero no tenemos la libertad de aplacar su comezón o complacer sus gustos. En lugar de ello, debemos parecernos a Pablo en Éfeso, quien resistió precisamente esta tentación e insistió en dos ocasiones que no había rehusado de anunciarles lo debido, esto es, cualquier cosa «que

<sup>77</sup> Bounds, p. 11. Véase también el tratado de Martin ¿Qué sucede hoy con la Predicación?

<sup>78</sup> Black, p. 37.

fuera de provecho» para ellos; por cierto, «todo el propósito de Dios» (Hch. 20:20, 27). Debemos cuidarnos de seleccionar nuestros textos y temas, aun en forma inconsciente, de acuerdo con el prejuicio personal o la moda popular. La medicina del evangelio ha sido prescrita por el Buen Médico; no podemos diluirla, o agregar ingredientes que la hagan más apetecible; debemos servirla en estado puro. Tampoco debemos temer el que no la tomen. Ciertamente algunos se irán, pero la mayoría responderá. George Buttrick comentó: «La gente no se aleja de la Iglesia por la dura verdad que los incomoda, sino más bien por cosas insignificantes que los hace sentirse despreciados».<sup>1</sup>

«El valor», dijo Phillips Brooks en sus Charlas de Yale de 1877,

... es el requisito indispensable de todo ministerio verdadero ... Si tienen temor de la gente y son esclavos de su opinión, mejor es que se dediquen a otra cosa. Mejor fabriquen para ellos zapatos que sean cómodos. Inclusive, pinten cuadros que ustedes sepan que son malos pero que van con el mal gusto de ellos. Pero no permanezcan toda su vida predicando sermones que anuncian aquello para lo que fueron contratados, sino anuncien lo que Dios les mandó declarar. Tengan valor. Sean independientes.<sup>2</sup>

En verdad, «temer a los hombres resulta una trampa» (Pr. 29:25), y muchos predicadores quedan atrapados en ella. Pero una vez bajo el lazo, ya no somos libres; nos hemos convertido en solícitos sirvientes de la opinión pública.

#### *Una tradición de predicadores valientes*

El predicador cristiano que busca la gracia de Dios para ser fiel hoy en día puede encontrar mucha inspiración en una larga tradición de predecesores, la cual comienza ya en los tiempos del Antiguo Testamento. Si bien es posible remontarse directamente hasta Moisés, como el primer profeta que escuchó, creyó, obedeció, y enseñó la Palabra de Dios a pesar de la oposición y la consecuente soledad, la tradición de la profecía hebrea característica pertenece al periodo de la monarquía, y puede decirse que

comienza con Elías. Es cierto que su aritmética estaba tristemente errada al quejarse de que todo el pueblo de Israel había abandonado el pacto de Dios y que él era el único que había quedado con vida. Lo cierto era que el remanente fiel era mucho mayor que lo que había supuesto, siete mil de hecho, «que no se han arrodillado ante Baal ni lo han besado» (1 R. 19:9-18). Sin embargo, no podemos menos que admirar el valor con que se opuso a todo el círculo nacional gobernante, en el doble caso a favor de la religión y la justicia social. Desafió a los profetas de Baal a una confrontación decisiva, y condenó al rey y la reina por asesinar a Nabot y tomar posesión de su viña. En ambas protestas estuvo solo. Fue un gran precedente, y la confrontación entre el profeta y el rey, la palabra divina y la autoridad real, pasó a ser una característica permanente del testimonio profético. Natán osó reprender al rey David por su adulterio con Betsabé y el asesinato del marido de ésta. Amós denunció a viva voz el mal, incluso en el santuario real de Betel, y predijo un destino horrible para el capitán Amasías por tratar de silenciarlo (Am. 7:10-17).

Jeremías fue otra voz solitaria. Desde el principio de su ministerio profético, Dios le advirtió de la oposición que provocaría su mensaje de juicio a la nación, y prometió hacer de él «como ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce, contra todo el país, contra los reyes de Judá, contra sus autoridades y sus sacerdotes, y contra la gente del país». Pelearían contra él, pero no lo vencerían (Jer. 1:17-19). Si bien no podemos olvidar los arranques de desesperación y conmisericordia de sí mismo, o sus ocasionales anhelos de venganza personal, la postura valerosa y solitaria de Jeremías se gana nuestro profundo respeto. Era un verdadero patriota, y sabía que sólo un arrepentimiento de corazón podría salvar a la nación; sin embargo, fue llamado a anunciar el juicio de Dios por medio de los babilonios, y en consecuencia fue acusado de odiar a su propio país y de desertar en favor del enemigo.

El testimonio profético del Antiguo Testamento culminó en aquella «voz del que grita en el desierto»: Juan el Bautista; Jesús no lo caracterizó como un junco que se mueve al viento de la opinión pública, ni como un adulador de vida fácil que cedía ante los

<sup>1</sup> Buttrick, p. 133.

<sup>2</sup> Brooks, *Lectures*, p. 59.

deseos de la carne, sino como un verdadero profeta, controlado por la Palabra de Dios, y de hecho como el hombre más excelente hasta ese entonces (Mt. 11:7-11). Era el nuevo Elías en cuyo ministerio aparecieron las mismas dos facetas del testimonio, la religiosa y la social, tanto al anunciar la llegada del reino de Dios como al denunciar el adulterio del rey. Su valor le costó la vida. Por cierto, fue el último de la larga línea de profetas mártires que Israel rechazó y mató (véase 2 Cr. 36:15, 16; Mt. 13:29-36; Hch. 7:52), si bien por cierto prosiguieron a matar a su Mesías y oponerse asimismo a sus apóstoles (véase 1 Ts. 2:15).

Jesús mismo se hizo una reputación por hablar valerosamente y sin transar. Hacia el fin de su vida, los fariseos enviaron una delegación a verlo; ellos dijeron: «Maestro, sabemos que eres un hombre íntegro y que enseñas el camino de Dios de acuerdo con la verdad. No te dejas influir por nadie porque no te fijas en las apariencias» (Mt. 22:16). No es sorprendente que su popularidad en Galilea haya perdurado por un año o dos, y que la hostilidad de las autoridades incrementara hasta que decidieron deshacerse de él. Al mismo tiempo, advirtió a sus discípulos que el discípulo no era mayor que su maestro y que si el maestro era perseguido, los discípulos también llegarían a serlo. Y eso sucedió. Lucas describe en los Hechos, en primer lugar, cómo Pedro y Juan fueron arrestados y puestos en prisión; seguidamente, Esteban y Santiago fueron martirizados y, luego, Pablo sufrió todo tipo de afrenta en manos de los enemigos del evangelio. Esta persecución fue consecuencia directa de la *parrèsia*, la libertad y valentía al hablar, o una forma de hablar directa con la cual los primeros cristianos dieron testimonio de Jesús. Esta cualidad era la que Pablo deseaba por sobre todas para su ministerio. Desde la prisión escribió a sus amigos que oraran por él; para que «cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el ministerio del evangelio» (Ef. 6:19, 20). Lejos de silenciarlo, su reclusión le entregaría nuevas oportunidades de dar testimonio valeroso. Al dejarlo Lucas, Pablo está bajo arresto domiciliario en Roma, aun da la bienvenida a todos los que lo visitan, y aun predica y enseña «sin impedimento (literalmente «con confianza», *parrèsia*) y sin temor alguno» (Hechos 28:30, 31).

En el Antiguo y Nuevo Testamentos, en el caso de profetas y apóstoles y en el del Señor de ambos, esta tradición de testimonio valeroso y su consecuente sufrimiento es consistente e incesante. Estableció un modelo que ha continuado a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Unos pocos ejemplos pueden servir de ilustración para inspirarnos con prestancia a seguir el mismo ejemplo y curarnos de la perversa ambición de ser un «predicador popular». Comienzo con Crisóstomo a fines del siglo cuarto, quien predicó con gran elocuencia y valor, primero en Antioquía y luego como Arzobispo de Constantinopla durante seis años, hasta que ofendió a la emperatriz y fue depuesto y desterrado. Denunció valerosamente los vicios de la ciudad, y «reprendió sin miedo alguno todas las clases y condiciones humanas».<sup>3</sup> Tomemos como ejemplo su decimoséptima homilía acerca del Evangelio de Mateo en la que expuso la prohibición de Jesús de jurar en falso (Mt. 5:33-37). Estaba decidido a que la congregación tomara la instrucción de su Señor con la debida seriedad, y la obedeciera:

Si los veo persistir [dijo], les prohibiré en el futuro pisar estos umbrales sagrados, y tener parte en los misterios inmortales; tal como lo hacemos con fornicadores y adúlteros, y las personas acusadas de asesinato... No quiero ver a hombre rico o potentado hinchándose de orgullo y alzando sus cejas; todos ellos son para mí una fábula, una sombra, un sueño.

Hizo hincapié en que cada uno de ellos debería llegar ante Dios y responder por sí mismo.<sup>4</sup>

Permítanme dar un salto de casi mil años para llegar a John Wycliffe, el precursor de la Reforma inglesa. No fue tarea fácil para él oponerse al sistema eclesiástico imperante casi sin más que su crítica franca. Atacó la mundanalidad del clero, comparándolo con escribas y fariseos, la corrupción del papado y los errores de la transubstanciación. En varias ocasiones fue llevado a juicio, pero sus amigos lo defendieron y escapó la condena. Sin embargo, muchos de sus seguidores, los lolardos, fueron a la hoguera por herejía.

<sup>3</sup> Dargan, Vol. I, p. 90.

<sup>4</sup> *The Works of St. Chrysostom*, citadas en Schaff, Vol. X, p. 123.

Con Martín Lutero la luz de la Reforma brilló plenamente en Europa. Ya fuera atacando la venta de indulgencias, desafiando la autoridad del Papa o defendiendo la Palabra de Dios, su valentía era fenomenal. Abramos al azar sus obras publicadas y casi en cada página encontraremos ejemplos de franqueza sin transigir. Tal como dijera en su comentario al Sermón del Monte: «Soy un predicador. Debo tener dientes; debo morder y ser agudo y decirles la verdad».<sup>5</sup> Y reitera:

Quienquiera que desee cumplir con su deber de predicador y ejercer su oficio fielmente debe retener la libertad de hablar la verdad sin temor, sin que importen los demás. Debe denunciar a quienquiera que sea necesario, grande o pequeño, rico, pobre o poderoso, amigo ó enemigo. La codicia se niega a hacerlo, porque tiene miedo de que si ofende a los hombres de influencia o a sus buenos amigos, no pueda encontrar pan. Así es que la codicia guarda su boca en el bolsillo y se queda en silencio...<sup>6</sup>

Sin embargo, no hay predicador cristiano que pueda haber mostrado más valor que el reformador escocés John Knox. Sus contemporáneos lo describieron como pequeño y frágil, pero tenía un carácter fogoso y una forma de hablar vehemente. Luego de su regreso a Escocia en 1559, después de su exilio en Ginebra, su predicación bíblica audaz puso nuevo ánimo en los escoceses quienes anhelaban liberarse de los franceses católicos y buscaban una iglesia reformada. Como dijera Randolph, el emisario inglés, en un despacho a la reina Isabel: «La voz de un hombre puede en una hora infundir más vida en nosotros que 500 trompetas soplando en nuestros oídos».<sup>7</sup> Cuando María, Reina de Escocia, contemplaba un matrimonio con Don Carlos, hijo y heredero del Rey Felipe de España, lo cual habría traído el poder papal (tanto político como religioso) y la Inquisición española a Escocia, Knox predicó públicamente en su contra. Tal unión, exclamó, «desterraría a Cristo de este reino». La Reina quedó profundamente ofendida y envió por él, protestó, rompió en llanto y juró que lograría su venganza. Knox replicó:

Aparte del lugar de predicación, vuestra merced, creo que pocos tienen ocasión de sentirse ofendidos por mí; pero en ese lugar, vuestra merced, no soy señor de mí mismo, sino que debo obedecer a quien me manda hablar claro, y no halagar carne alguna sobre la faz de la tierra.

Knox falleció en 1572 y, en duelo nacional, fue enterrado en el patio de la iglesia de St. Giles, en Edimburgo. El regente, (el conde de Morton), dijo en su tumba: «Aquí yace alguien que jamás temió la faz humana».<sup>8</sup>

Los predicadores continuaron su valeroso testimonio en los tres siglos posteriores y sufrieron por él; en nuestro siglo podrían mencionarse muchas instancias, no sólo de la oposición nazi, marxista, musulmana o hindú hacia el evangelio, sino también del llamado Occidente cristiano. Aquí también han existido predicadores valerosos que se negaron a editar su mensaje para hacerlo más popular. Me conformo con un ejemplo, el Reverendo Martin Luther King Sr., padre del líder afroamericano de los derechos civiles, quien fuera asesinado posteriormente. En su libro *My Life with Martin Luther King Jr.*, Coretta Scott King describe al padre de su esposo fallecido con estas palabras: «En ese entonces (esto es, en 1964) había sido pastor de la Iglesia Bautista Ebenezer, de la Avenida Auburn en Atlanta durante treinta y tres años. Es un gran hombre, física y espiritualmente. Se ve grande y fuerte en su púlpito, sin temor a ningún hombre, blanco o negro, y dice las cosas como son al predicar la Palabra a su congregación y entregarles su amor rebosante».<sup>9</sup>

#### *Confortar e inquietar*

Tal es el grado de persistencia de esta tradición de predicación impopular, tanto en las Escrituras como en la historia de la Iglesia, y es tan contraria a la tendencia natural del predicador a ser popular y de confortar a las personas en lugar de inquietarlas que nos vemos obligados a buscar su origen. No debemos buscar tan lejos. La única explicación posible es que los predicadores, tal como los profetas, están convencidos de ser portadores de palabras de parte de Dios y, por ende, no tienen la libertad de desviarse de ellas. En

<sup>5</sup> *Works*, Vol. 21, p. 124.

<sup>6</sup> *Works*, Vol. 21, pp. 201-202.

<sup>7</sup> Whitley, p. 147.

<sup>8</sup> En el mismo lugar, pp. 199, 235.

<sup>9</sup> King, p. 18.

los tiempos del Antiguo Testamento, incluso un adivino pagano como Balán, sin importar cuál haya sido su asociación con Israel, sabía que no era un hombre libre. Su libertad estaba restringida por la revelación. Incluso cuando el rey moabita Balac lo contrató para maldecir a Israel, él insistió en bendecirla. A Balac, quien estaba exasperado, le explicó: «¡Bueno, ya estoy aquí!... Sólo que no podré decir nada que Dios no ponga en mi boca» (Nm. 22:38). Si Balán pudo expresar así su falta de independencia al hablar y su obligación de someterse a la Palabra de Dios, ¿cuánto más los profetas de Israel? A cada uno de ellos Dios les entregó la misma comisión que a Jeremías: «He puesto en tu boca mis palabras... Ve y diles todo lo que yo te ordene», con su corolario negativo «no omitas ni una sola palabra» (Jer. 1:9, 17; 26:2).

En contraste con esta obligación generalmente aceptada de recibir y retransmitir la Palabra de Dios, es que la tradición de falsa profecía parece ser tan abominable. Los falsos profetas de Israel rechazaron la disciplina de someterse a la revelación y la pérdida de libertad que ello conllevaba; se sintieron libres para especular, soñar lo propio y fabricar sus propios mensajes. En consecuencia, dijo Dios: «cuentan visiones que se han imaginado y que no proceden de la boca del Señor». Y reitera: «El profeta que tenga un sueño, que lo cuente; pero el que reciba mi palabra, que la proclame con fidelidad. ¿Qué tiene que ver la paja con el grano?» (Jer. 23:16, 28; véase Ez. 13:2, 3).

La tragedia fue que sus sueños y visiones eran «vanas esperanzas», eran la fantasía de la paz en lugar de la realidad del juicio. Sin duda era lo que querían oír. «Los profetas profieren mentiras, los sacerdotes gobiernan a su antojo, ¡y mi pueblo tan campante!» (Jer. 5:31). «A los videntes les dicen: '¡No tengan más visiones!' y a los profetas: '¡No nos sigan profetizando la verdad! Díganos cosas agradables, profeticen ilusiones. ¡Apártense del camino, retírense de esta senda, y dejen de enfrentarnos con el Santo de Israel!'» (Is. 30:10, 11, véase Mi. 2:6-11). Es así cómo Israel prefirió el consuelo de las mentiras a la inquietud de la verdad. Y ¡lástima!, los falsos profetas los complacieron de buena gana, incluso en forma entusiasta. «A los que me desprecian les aseguran que yo digo que goza-

rán de bienestar; a los que obedecen los dictados de su terco corazón les dicen que no les sobrevendrá ningún mal» (Jer. 23:17, véase 5:12, 13; Lm. 2:14). Sus mercaderías era cosas halagüeñas y su refrán: «¡Paz, paz!», cuando en realidad no hay paz». Como resultado, «curan por encima la herida de mi pueblo» (Jer. 6:14; 8:11). Como médicos charlatanes simplemente aplicaron un vendaje cuando se necesitaba cirugía radical. O bien, cambiando la imagen retórica a la de constructores: «cuando el pueblo edificaba la pared, estos predicadores la recubrían con cal». Es decir, le otorgaban una validez religiosa oficial y un aura de respetabilidad religiosa a todo lo que el pueblo quisiera hacer, sin importar cuán contrario fuera a la voluntad de Dios. Pero los seres humanos no pueden construir una muralla que los proteja de la ira de Dios, y el blanqueado profético de la pared no puede esconder sus grietas. Ésta cae ante el viento y la lluvia del juicio divino (Ez. 13:10-16; 22:28). Ambas metáforas transmiten el mismo mensaje. Los pecadores que no se arrepienten están en graves problemas por el juicio de Dios. Su herida se infecta, su muralla tambalea. Los remedios superficiales (una venda en la herida, cal en la muralla) son inútiles, y quienes los aplican son irresponsables en grado criminal porque protegen a las personas de la realidad que deben enfrentar. Como exclamara el Padre Maple en *Moby Dick*, extrayendo una lección para los predicadores de la historia de Jonás, «Ay de quien busca derramar aceite sobre las aguas cuando Dios ha hecho de ellas un ventarrón».<sup>10</sup>

La situación empeora para los predicadores que buscan el valor para ser fieles a la Palabra de Dios, por el hecho de que se encuentran alienados no sólo de la gente sino también de otros predicadores. Hoy en día existe controversia en la Iglesia incluso sobre cuestiones fundamentales de doctrina y ética sobre las cuales la Escritura habla en forma inequívoca, y el laico es invitado al espectáculo poco edificante de los supuestos expertos en teología que están en franco desacuerdo en la televisión o en los diarios. Sin embargo, este fenómeno no es nuevo; es, en principio, igual al choque entre profetas verdaderos y falsos en la Biblia. El prototipo en este conflicto fue Micaías, hijo de Imlá. El rey de Judá, Josafat, y el

<sup>10</sup> Melville, p. 142.

rey Acab de Israel (quienes estaban emparentados por matrimonio) decidieron aunar fuerzas para recuperar Ramot de Galaad de la ocupación siria. Antes de partir en su expedición militar, no obstante, juzgaron prudente consultar la palabra de Jehová. (Aun hoy es una maniobra común llegar a una decisión y luego buscar respaldo divino con el fin de hacerla respetable). Los cuatrocientos profetas de la corte que fueron consultados respondieron inmediatamente: «Vaya, Su Majestad... porque el Señor la entregará en sus manos». El profeta Sedequías, quien parece haber sido algo exhibicionista, incluso desfiló entre un grupo de cuernos de hierro y dijo: «Así dice el Señor: 'Con estos cuernos atacarás a los sirios hasta aniquilarlos'». Pero Josafat estaba intranquilo. De algún modo sospechaba que habría un profeta que podría entregar un mensaje distinto. Acab admitió que existía otro, de nombre Micaías, hijo de Imlá, y agregó: «pero me cae muy mal porque nunca me profetiza nada bueno; sólo me anuncia desastres». No obstante, ordenó que lo llamaran, y el mensajero que fue a buscarlo le dijo: «Mira, los demás profetas a una voz predicen el éxito del rey. Habla favorablemente, para que tu mensaje concuerde con el de ellos». Seguramente la intención era dar un consejo amistoso para la propia protección de Micaías, sin embargo, era en verdad perverso. Porque ¿qué era más importante: la visión de la mayoría con el favor del rey, o la palabra del Señor sin ese favor? Micaías no parece haber dudado: «Tan cierto como que vive el Señor, ten la seguridad de que yo le anunciaré al rey lo que el Señor me diga». Y cuando estuvo de pie ante ambos reyes, «vestidos con su ropaje real y sentados en sus respectivos tronos», no quedó asombrado de su magnificencia. Les declaró valientemente: «Vi a todo Israel esparcido por las colinas, como ovejas sin pastor». Esto no era sólo una predicción de la muerte de Acab en la batalla, sino que contradecía a los profetas de la corte cuyo consejo atribuyó a un «espíritu mentiroso» en sus bocas. Uno de ellos le dio una bofetada a Micaías debido a su franqueza (1 R. 22:1-29).

Micaías no pudo evitar el dilema que enfrentaba. Estaba obligado a escoger. O bien respetaba la línea popular, encontrando favor con el rey y era falso ante Dios, o debía enfrentar solo la visión

del grupo imperante con el fin de ser fiel a su Dios, aun cuando ello significara perder el favor real. Para su crédito eterno, prefirió la alabanza de Dios a la de los hombres. Sólo aparece en el relato bíblico en este único incidente pero merece ser más conocido y aclamado. Es uno de los héroes no celebrados de la Escritura. Más aún, el escoger entre la verdad acompañada de la impopularidad, y la falsedad popular es algo que los predicadores cristianos se enfrentan regularmente. Quisiera que cada uno de nosotros pudiera decir lo mismo que escribió Henley Henson, después de ser elegido director de Oxford House en Bethnal Green en el año 1887: «No me importa ni una pizca la popularidad, porque sé que generalmente se adquiere mediante el sacrificio de la verdad».<sup>11</sup> Seguramente es por esta razón que Jesús dio su advertencia: «¡Ay de ustedes cuando todos los elogien! Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los falsos profetas» (Lc. 6:26). Parecía dar por sentado, tanto con profetas como con maestros, que la popularidad sólo puede lograrse con el precio de la integridad. Sin embargo, son pocos los miembros de la iglesia o los líderes que parecen creer en ella, o al menos parecen estar dispuestos a pagar el precio de creer en ella.

El hecho es que el auténtico evangelio del Nuevo Testamento sigue siendo extremadamente ofensivo para el orgullo humano, y nadie que lo predique fielmente puede esperar eludir al menos algo de la oposición. Pablo descubrió en sus tiempos que el mensaje de Cristo crucificado era locura para los intelectuales griegos y tropezadero para los judíos beatos. Nadie puede alcanzar a Dios mediante su propia sabiduría o moralidad. Dios sólo puede ser conocido en la cruz. Y ello es doblemente ofensivo para los hombres y mujeres cultos. Les molesta la exclusividad de las afirmaciones cristianas, y aun más la humillación que va implícita en ellas. Cristo parece decirnos desde su cruz: «Estoy aquí por causa de ustedes. Si no fuera por su pecado y orgullo, yo no estaría aquí. Y si hubieran podido salvarse ustedes mismos, yo no estaría aquí tampoco.» El peregrinaje cristiano comienza con una cabeza inclinada y las rodillas dobladas, no hay forma de llegar al reino de Dios

<sup>11</sup> Henson, *Retrospect*, Vol. I, p. 27.



excepto mediante la exaltación de los que se han humillado a sí mismos.

A menudo he dado gracias a Dios por enseñarme esta verdad tempranamente en mi experiencia cristiana, en parte por los vistazos al orgullo de mi propio corazón, y también por ver el de alguien más. Fue cuando estudiaba en el Trinity College de Cambridge. Yo mismo había llegado recientemente al Señor, y en ese minuto, torpemente de seguro, trataba de compartir las buenas nuevas con otro estudiante. Me estaba esforzando por explicarle la gran doctrina de la justificación por la sola gracia, que la salvación era el don gratuito de Cristo y que no podíamos comprarla ni contribuir a adquirirla porque Cristo la había obtenido para nosotros y ahora nos la ofrecía gratuitamente. De pronto, y para mi gran asombro, mi amigo gritó tres veces a toda voz: «¡Qué horrible! ¡Qué horrible! ¡Qué horrible!» Tal es la arrogancia del corazón humano que no considera gloriosas las buenas nuevas (tal cual es), sino horribles (lo cual no es el caso).

Alexander White entró en crisis a fines de su ministerio en Edimburgo debido a este mismo punto. Sabía que algunos lo consideraban «casi monomaniaco con respecto al pecado», y estuvo tentado a atenuar esa idea en su predicación. Pero un día, cuando caminaba por los altos montes de Escocia, —desde entonces pudo recordar el punto exacto—

Lo que me parecía ser una Voz Divina, habló a mi conciencia con poder y toda autoridad, y me dijo tan claro como era posible: ¡No! ¡Persiste, y no retrocedas! Vuelve y termina con valor el trabajo que te fue dado. Habla y no temas. Cualquiera sea el precio, haz que se vean en la ley santa de Dios como en un espejo. Hazlo tú porque nadie más lo hará. Nadie más arriesgará su vida y su reputación para hacerlo. Y ya no te queda mucho de ambas por arriesgar. Ve a casa y pasa lo que queda de tu vida dedicándote a mostrarle a mi pueblo su pecado y su necesidad de mi salvación».

Así lo hizo, sin desobedecer a la visión celestial. Ello le dio «nueva autoridad y nuevo aliento» para terminar su recorrido.<sup>12</sup>

Los predicadores no pueden evitar el deber de inquietar a los satisfechos. Todos sabemos que Cristo habló muchas palabras gratas, y en la Iglesia de Inglaterra repetimos algunas de ellas en cada servicio de comunión. Pero no todas sus palabras eran reconfortantes. Algunas eran profundamente perturbadoras. Por ello debemos ser fieles en exponer asimismo sus palabras poco gratas. Ello implica predicar tanto la ira de Dios como su amor, gracia y misericordia (por cierto, éstas brillan mucho más ante ese oscuro trasfondo), tanto su juicio como su salvación, tanto el infierno como el cielo, (sin importar cuán precavidos consideremos que es prudente ser acerca de los detalles de ambos en nuestra ansiedad de no ir más allá de los detalles de las Escrituras), tanto la muerte con Cristo como la resurrección con él, tanto el arrepentimiento como la fe, tanto el señorío del Señor como su calidad de Salvador, tanto el precio como las compensaciones del discipulado cristiano, la negación de uno mismo en su calidad de camino al propio descubrimiento, y el yugo a la autoridad de Cristo, bajo el cual encontramos nuestro descanso.

No es sólo en la predicación del evangelio, sino también en la enseñanza de la vida cristiana que necesitamos el valor de no descuidar los aspectos menos atractivos del mensaje del Nuevo Testamento, y encontrar el equilibrio bíblico en su lugar. Por ejemplo, los apóstoles escriben sobre el «motivo de gran alegría» de conocer a Cristo; pero agregan que debemos «sufrir» como resultado de distintas pruebas y presiones satánicas (1 P. 1:6-8). Describen el resto de la fe en términos de la obra consumada de Cristo y del Espíritu que mora en ellos; pero también nos describen como soldados, atletas, campesinos y púgiles; todas estas metáforas implican gran esfuerzo. Ellas hacen hincapié en la libertad vivificante para la que nos ha liberado Cristo, pero agregan que implica también una nueva sumisión a Cristo y su voluntad. Nos aseguran que ya no estamos bajo la ley, en el sentido de que el que Dios nos acepte depende de su gracia y no de nuestras obras; pero agregan que aún se espera que obedezcamos, por cierto, que Cristo murió por nosotros precisamente «a fin de que las justas demandas de la

<sup>12</sup> Nicoll, p. 320.

ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu» (Ro. 8:3, 4).

Ésta es la altura de las normas morales puestas ante nosotros. Más aún, los apóstoles pasan de las generalizaciones vagas a la aplicación precisa, y muchas congregaciones se quedarían sorprendidas si se predicara una serie de sermones, por ejemplo, acerca de Efesios 4:25-5:21, o Tito 2:1-15, la epístola de Santiago, o ciertamente el Sermón del Monte. ¿Somos fieles en enseñar lo que los apóstoles enseñaron acerca de las relaciones entre marido y mujer, padres e hijos, señores y siervos; que la codicia es idolatría, que la riqueza tiene sus peligros y que la responsabilidad mutua y generosa debe distinguir a la nueva sociedad de Dios; que el matrimonio heterosexual para toda la vida es el único contexto que Dios ha ordenado para la realización sexual, de modo que el divorcio (aun cuando se permite en ocasiones como una concesión ante la flaqueza humana) es siempre un deterioro con respecto al ideal de Dios; y que tanto el adulterio y la fornicación heterosexuales, por un lado, y las prácticas homosexuales, por el otro, son contrarios a su voluntad; que el trabajo es consecuencia de la creación, no de la caída, y ha sido diseñado por Dios como un medio de participación con él, el servicio a otros y la realización personal, lo cual hace hincapié en la tragedia del desempleo?

Si somos fieles en predicar sobre «el pecado, la justicia y el juicio», debemos al mismo tiempo tener cuidado de evitar el desequilibrio. Debemos admitir que algunos predicadores disfrutaban fulminando los juicios de Dios. Sienten una satisfacción mórbida al ver que su audiencia se angustia bajo el azote de su látigo. Ya sea una forma de sadismo verbal, o que ello les brinde lo que los estadounidenses llaman «ego trip» (expresar públicamente sentimientos de superioridad), siempre es enfermizo encontrar placer en el sufrimiento de otras personas. En *Barchester Towers*, Anthony Trollope desprecia en forma muy evidente a su personaje, el Reverendo Obadiah Slope, por la misma razón. Trollope escribió que si bien está «dotado de una cierta elocuencia en el púlpito, sus sermones tratan en gran medida acerca de denuncias». En verdad, «sus miradas y tono son extremadamente severos... Al caminar por

las calles, su rostro denota su horror por la maldad humana; y siempre hay un anatema oculto en el rabllo de su ojo... para él las misericordias de nuestro Salvador hablan en vano...»<sup>13</sup> Según la excelente frase de Colin Morris, usaba el púlpito no para brindar las buenas noticias sino las buenas pependencias».<sup>14</sup>

Especialmente en tiempos de decaimiento moral, mientras más sintamos que es necesario reflexionar acerca del juicio de Dios sobre el pecado, tanto así será necesario meditar en su misericordia hacia los pecadores. Las denuncias del propio Jesús contra los fariseos y escribas debido a su hipocresía se encuentran entre las más feroces de toda la Biblia y, sin embargo, fue llamado «amigo de pecadores»; ellos se reunían en multitudes a su alrededor, y lo escuchaban de buena gana; los invitó a venir a él con sus cargas y les prometió descanso, aceptó la demostración de afecto de una prostituta perdonada, y dijo a la mujer sorprendida en adulterio: «Ahora vete, y no vuelvas a pecar».

Es importante notar que Pablo apeló a los corintios «por la ternura y la bondad de Cristo» (2 Co. 10:1). Él pudo haber sido severo. Esperaba que las iglesias disciplinaran a los ofensores e incluso que excomulgaran a los que no se arrepentían. Pero es muy obvio que no le agradaban estas cosas. Por el contrario, mostró la gentileza, afecto y amor lleno de entrega de un padre. De hecho, al tratar con los tesalonicenses se comparó tanto con «una madre que amamanta y cuida a sus hijos», como con «un padre» (1 Ts. 2:7, 11).

Todo pastor cristiano hoy en día tiene los mismos sentimientos de amor tierno hacia quienes han sido encomendados a su cuidado. Al hablarles cada domingo, sabe algo de la carga que llevan. Uno de ellos será sometido a cirugía mayor en poco tiempo, otro ha sido informado hace poco de que tiene una enfermedad incurable, otro acaba de perder un familiar. Y también está esa pareja cuyo matrimonio se está desintegrando, el hombre cuya esposa fue infiel, la mujer cuyo marido es cruel con ella, la persona soltera frustrada en el amor, y esos jóvenes cristianos a quienes les está resultando difícil mantener los estándares cristianos en su ambiente no cristiano. Al ver sus rostros, parece haber tragedia tras cada fachada valiente. Casi todos han sido golpeados por la vida, y

<sup>13</sup> Trollope, pp. 26, 27.

<sup>14</sup> Morris, p. 11.

sienten la presión de la tentación o la derrota, la depresión, la soledad o la desesperación. Es cierto que algunos necesitan ser perturbados en su complacencia, pero otros necesitan ante todo el consuelo del amor de Dios. J.H. Jowett escribió:

En los últimos años me ha impresionado mucho encontrar la misma frase en muchas biografías. El Dr. Parker repetía una y otra vez: «¡Prediquen a los corazones quebrantados!». Y éste es el testimonio de Ian Maclaren: «El meta principal de la predicación es consolar...» Permítanme traer a colación un pasaje casi sufriente del Dr. Dale: «La gente quiere ser confortada... necesitan consolación; realmente la necesitan, no sólo la anhelan». <sup>15</sup>

De alguna forma entonces tenemos que encontrar el equilibrio; necesitamos pedir en oración que se nos dé sensibilidad, si hemos de tener éxito en esta búsqueda. Chad Walsh, norteamericano de la Iglesia Episcopal, entregó una excelente definición de la predicación en su libro *Campus Gods on Trial* (Juzgando a los dioses de los campos universitarios). «La verdadera función de un predicador es perturbar a los que están cómodos y confortar a los que están perturbados». <sup>16</sup> Un siglo antes, John Newton, aquel tratante de esclavos converso, «solía decir que la idea de toda su predicación era ‘quebrar un corazón duro y sanar un corazón quebrantado’». <sup>17</sup> Esta misma combinación parece muy extraña. Algunos predicadores son grandes consoladores. Cada sermón de ellos provee calma. Pero se han olvidado de inquietar primero a aquellos a quienes están tratando de consolar. Otros cometen el error opuesto. Son grandes perturbadores de la paz de la congregación puesto que predicán sobre el pecado humano y la santidad divina, pero olvidan continuar consolando a quienes han perturbado con tanta eficacia. La definición de Chad Walsh, que combina ambas funciones, puede ser bien ilustrada citando el *Journal* de John Wesley. Por ejemplo, el 21 de junio de 1761 predicó en el patio de la iglesia de Osmotherley, en Yorkshire: «Creo que muchos estaban heridos», escribió, «y muchos fueron consolados». <sup>18</sup> Luego, el 17 de agosto de 1787, predicó ante una gran congregación cerca de la casa del gobernador en la isla de Alderney, una de las islas del

Canal: «Creo que muchos fueron remecidos en esta hora», escribió, «y otros recibieron consuelo». <sup>19</sup>

Un ejemplo más moderno es el del Dr. Horton Davies en *Varieties of English Preaching 1900-1960*. Luego de dedicar este libro a su padre, un predicador congregacional, comienza su prefacio con estas palabras:

En mi calidad de hijo perteneciente a la casa pastoral, fue un gran privilegio escuchar la Palabra de Dios viva predicada y aplicada con entendimiento y compasión a una variedad de familias y vocaciones... El domingo era siempre el punto culminante de la semana, y su clímax llegaba cuando la congregación se acomodaba en las bancas para escuchar a alguien que muy bien podía ser un hijo del trueno (Boanerges) o hijo de consolación (Bernabé), y quien a menudo era ambas cosas en el mismo sermón... <sup>20</sup>

Es necesario que todo predicador sea tanto un Boanerges (con la valentía de inquietar), como un Bernabé (con la caridad para consolar).

#### *El valor de la exposición sistemática*

En el contexto de la necesidad que el predicador tiene de valentía, recomiendo la práctica de la exposición sistemática, es decir, de trabajar con constancia en un libro de la Biblia o una sección de él, ya sea de versículo en versículo o de párrafo a párrafo. El primer beneficio de este esquema es que nos obliga a tratar pasajes que de otro modo habríamos pasado por alto, o incluso evitado en forma deliberada. Recuerdo bien haber predicado hace unos años sobre el Sermón del Monte en su totalidad, y llegar a su tiempo a Mateo 5:31, 32, donde nuestro Señor trata el tema del divorcio. Debo confesar que, a pesar de haber estado en un ministerio pastoral por veinticinco años, nunca antes había predicado sobre este tema. Siento vergüenza de tener que admitirlo, puesto que el divorcio es un tema contemporáneo candente y muchas personas quieren ayuda en esta área; pero es así. Por supuesto, podría haber encontrado varias excusas convincentes: «Es un tema muy complejo, y no cuento con la experiencia necesaria». «Es también polémico, y no

<sup>15</sup> Jowett, p. 107.

<sup>16</sup> Walsh, p. 95.

<sup>17</sup> Pollock, *Amazing Grace*, p. 155.

<sup>18</sup> Wesley, *Journal*, p. 250.

<sup>19</sup> En el mismo lugar, p. 401.

<sup>20</sup> Davies, p. 13.

quiero incitar a la disputa». «Además, de seguro ofendería a alguien». Así es cómo, debido a las dificultades, había eludido el tema; pero ahora dirigía a la congregación en el tema del Sermón del Monte, y ante mis ojos estaba Mateo 5, versículos 31 y 32. ¿Qué debía hacer? No había forma de obviar esos versículos y comenzar mi sermón diciendo: «El domingo pasado mi texto fue Mateo 5:30; hoy es Mateo 5:33». No, estaba obligado a hacer lo que había esquivado por tanto tiempo, y recuerdo muy claramente las horas que debí pasar en estudio y reflexión antes de atreverme a intentar tratar esos versículos.

El segundo beneficio de la exposición sistemática consiste en que la curiosidad no se centra en por qué hemos escogido un texto en particular en un domingo dado. Si hubiera predicado, sin razón alguna, acerca del divorcio, los miembros de la iglesia se hubieran *hecho preguntas, inevitablemente. Se habrían preguntado: «¿A quién está criticando hoy día?»* Pero tal como sucedió, su atención no se distrajo con estas preguntas. Sabían que quería exponer Mateo 5:31 y 32 sólo porque eran los siguientes versículos en la serie de sermones.

El tercer beneficio es probablemente el mayor. Consiste en dar a conocer, en forma acabada y sistemática, una porción importante de las Escrituras; esto ampliará los horizontes de todos, les presentará algunos de los temas fundamentales de la Biblia y les mostrará cómo interpretar las Escrituras usando las Escrituras. P.T. Forsyth expresó acertadamente esta idea cuando se refirió al predicador:

Necesitamos defendernos de su subjetividad [la del pastor], sus huidas por la tangente, su monotonía, sus limitaciones. Más aún, es necesario que lo protejamos del peligro de predicarse sobre sí mismo o su era. Todos debemos predicar *para* nuestros tiempos, pero ay de nosotros si sólo predicamos sobre nuestra era, y sólo reflejamos nuestros tiempos.<sup>21</sup>

Y reitera:

Una de las grandes tareas del predicador consiste en rescatar la Biblia de la idea textual que se encuentra en la mente del público, rescatarla

del intérprete literal de la Biblia, la idea atomista que la reduce a un álbum religioso de recortes, y la utiliza sólo en versículos y frases... Debemos cultivar en mayor medida el tratamiento orgánico, extenso, y libre de la Biblia, donde cada parte es más valiosa por su contribución a un todo evangélico, donde ese todo va unido al gran curso de la historia humana.<sup>22</sup>

Ya sea que hayan expresado o no sus razones de esta forma, lo cierto es que algunos de los grandes predicadores de la historia de la Iglesia han expuesto las Escrituras de modo sistemático, profundo y concienzudo. El ejemplo más notable de los primeros cuatro siglos de la Iglesia fue Juan Crisóstomo, a quien ya he mencionado en este capítulo en relación con su valentía. Aproximadamente durante las dos últimas décadas del siglo cuarto, expuso el libro de Génesis y los Salmos del Antiguo Testamento, y del Nuevo los evangelios de Mateo y Juan, los Hechos, más todas las epístolas paulinas.

Sin embargo, los reformadores del siglo XVI son los que desarrollaron con mayor efectividad la práctica de la exposición sistemática, en su ansiedad de exponer a sus congregaciones a la Palabra de Dios pura y poderosa. Lutero y Calvino eran diferentes en muchos aspectos. Lutero era alemán; Calvino, francés. El físico de Lutero era fornido y fuerte; el de Calvino, delgado y débil. El estilo de Lutero dependía de su vívida, incluso briosa imaginación; el de Calvino, en el análisis lúcido y tranquilo. Sin embargo, ambos trataron las Escrituras con una diligencia y profundidad que nos deja avergonzados a nosotros los modernos. En Wittemberg, los reformadores, (Lutero y sus colegas del clero):

... se hicieron cargo de una extensa campaña de instrucción religiosa mediante el sermón. Había tres servicios públicos dominicales: de cinco a seis de la mañana sobre las epístolas paulinas, de nueve a diez sobre los Evangelios, y en una hora variable de la tarde la continuación del tema de la mañana o el catecismo... Los lunes y martes había sermones sobre el catecismo, los miércoles sobre el evangelio de Mateo, los jueves y viernes sobre las epístolas apostólicas, y la tarde del sábado sobre el evangelio de Juan. Ningún hombre llevaba toda esta carga solo, ... pero la asignación de Lutero era prodigiosa.

<sup>21</sup> Forsyth, p. 5.

<sup>22</sup> En el mismo lugar, p. 19.

Incluía la reflexión familiar, a menudo hablaba cuatro veces los domingos, y una vez por trimestre se hacía cargo de una serie de dos semanas, cuatro días a la semana, sobre el catecismo. La suma de sus sermones existentes es 2.300. El mayor número es el del año 1528, en el que hay 195 sermones distribuidos en 145 días.<sup>23</sup>

El método de Calvino era similar al de Lutero, si bien Calvino era quizás aun más sistemático. Desde 1549 predicó en Ginebra dos veces cada domingo, y cada dos semanas predicaba en un servicio diario vespertino. Tendía a tratar el Antiguo Testamento en días de semana, y el Nuevo Testamento y los Salmos el domingo. Un taquígrafo a sueldo registraba sus sermones cuando él predicaba, y luego los transcribía. En el periodo de quince años, desde 1549 hasta su muerte, expuso del Antiguo Testamento los libros de Génesis, Deuteronomio, Jueces, Job, algunos de los Salmos, 1 y 2 de Samuel, 1 Reyes, y todos los profetas mayores y menores; del Nuevo Testamento expuso los Evangelios según una selección por temas, los Hechos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, 1 y 2 Tesalonicenses, y las tres epístolas pastorales.

Otros reformadores suizos siguieron la misma costumbre. Zuinglio, por ejemplo, a comienzos de su ministerio en Zürich, «anunció su intención de predicar no simplemente las lecciones de la Iglesia, sino todo el evangelio de Mateo, capítulo por capítulo. Algunos amigos objetaron la innovación, pero él dijo simplemente: 'Es la antigua costumbre. Piensen en las homilias de Crisóstomo sobre Mateo, y las de Agustín sobre Juan'». <sup>24</sup> Heinrich Bullinger, quien sucediera a Zuinglio en Zürich, compartía la misma convicción. De acuerdo con E.C. Dargan: «Era alto de talle, con una barba abundante, una expresión benévola inteligente, una voz placentera, un aire digno y sin embargo animado». Dargan prosigue relatando que entre 1549 y 1567 predicó 100 sermones sobre el Apocalipsis, 66 sobre Daniel, 170 sobre Jeremías, 190 sobre Isaías, y muchos otros más.<sup>25</sup>

Un siglo después, Matthew Henry nos brinda un espléndido ejemplo de predicación bíblica y fidedigna. Al centrarse en el

Antiguo Testamento cada mañana de domingo y en el Nuevo por la tarde, durante sus veinticinco años de ministerio como predicador protestante en Chester (1687-1712), completó toda la Biblia dos veces, y durante sus reuniones semanales expuso todo el libro de los Salmos nada menos que cinco veces. Estas exposiciones conforman la esencia de su famoso comentario.

Los colosos del púlpito del siglo pasado continuaron la tradición establecida por Agustín y Crisóstomo y desarrollada por Lutero y Calvino, los demás reformadores y los puritanos. Por ejemplo, las exposiciones de Charles Simeon, publicadas en los veintiún volúmenes de *Horae Homileticae*, suman 2.536; señaló que al leer una al día, ellas nos durarían siete años.

Joseph Parker, ministro de City Temple de Londres durante treinta y tres años desde 1869, predicó regularmente para tres mil personas. En 1884 anunció su intención de predicar toda la Biblia. Logró su tarea en siete años, predicando dos veces los domingos y una los jueves al mediodía. Sus sermones fueron publicados bajo el título *The People's Bible*, en veinticinco volúmenes el último de los cuales apareció en 1895.

Alexander Maclaren, ministro bautista que atrajo a grandes multitudes a la Union Chapel de Manchester durante casi medio siglo (1858-1903), y fue llamado en ocasiones «el príncipe de los expositores», cubrió prácticamente toda la Biblia en los treinta y dos volúmenes de sus *Expositions of Holy Scripture*, publicadas durante los últimos seis años de su vida (1904-1910).

Es interesante descubrir que en el siglo XX, cuando William Temple era rector de St. James en Picadilly, durante la Primera Guerra Mundial, predicó el Evangelio de Juan en su totalidad en casi cuatro años y luego publicó sus exposiciones como *Readings from St. John's Gospel*.

Por causa de la salud de la Iglesia, (la cual vive y florece por la Palabra de Dios) y como ayuda al predicador (quien necesita de esta disciplina) es urgente retornar a la exposición sistemática. Sin embargo, al hacerlo deberemos tomar debidamente en cuenta las características de nuestra era, y no imitar a nuestros ancestros con un literalismo poco imaginativo. No existen muchas congregacio-

<sup>23</sup> Bainton, *Here I Stand*, pp. 348-49.

<sup>24</sup> Broadus, *History*, Vol. 1, p. 115.

<sup>25</sup> En el mismo lugar, pp. 414-15.

nes que sean maduras espiritualmente y tengan el apetito suficiente como para digerir las extensas exposiciones tradicionales durante largos periodos de tiempo, las cuales eran típicas de una era que ya pasó. Dale menciona, por ejemplo, a «un profesor alemán de exégesis quien, luego de dictar cátedra sobre el Libro de Isaías por más de veinte años, había llegado a la mitad del segundo capítulo».<sup>26</sup> Incluso la notable exposición de Romanos del Dr. Martyn-Jones, la cual lo llevó hasta el capítulo 14, versículo 17, y la cual continuó por doce años hasta retirarse de Westminster Chapel, difícilmente podría repetirse en una iglesia británica; pero si asignamos debidamente los textos para la gente contemporánea, escogemos un párrafo como nuestro texto, en lugar de un versículo, y si persistimos en la exposición consecutiva por unos pocos meses en lugar de años, las congregaciones modernas la aceptarán con entusiasmo.<sup>27</sup> Asimismo nos ayudará a los predicadores a desarrollar la valentía que necesitamos para revelar todo el consejo de Dios.

## Humildad

Desafortunadamente, la resolución de ser valientes en el púlpito puede resultar en que nos tornemos testarudos y arrogantes. Puede que tengamos éxito en ser francos, pero lo arruinaremos si nos sentimos orgullosos de nuestra franqueza. A decir verdad, el púlpito es un lugar peligroso para cualquier hijo de Adán. Es «excelso y sublime» y por ello goza de una prominencia que debería estar restringida al trono del Señor (Is. 6:1). Estamos ahí solos mientras los ojos de todos están sobre nosotros. Proseguimos nuestro monólogo mientras todos están sentados quietos en silencio y bajo control. ¿Quién puede tolerar esta exposición pública y permanecer incólume ante la vanidad? El orgullo es sin duda el principal riesgo ocupacional para el predicador. Ha arruinado a muchos, y arrebatado su ministerio de poder.

En algunos es flagrantemente obvio. Son exhibicionistas por naturaleza, y utilizan el púlpito como el escenario en el cual lucirse. El Dr. Lloyd-Jones sin duda tiene razón en llamar a estas

personas «hombres del púlpito, y no predicadores» puesto que son expertos en la farándula profesional.<sup>28</sup> En la novena charla de Henry Ward Beecher en Yale (1872), titulada: «Elaboración de un sermón», se refirió a los «sermones de Nabucodonosor». Con esta expresión inusual se refería a los discursos retóricos «a los cuales pertenece el predicador vano», el cual repite el efecto de las palabras jactanciosas de Nabucodonosor: «¡Miren la gran Babilonia que he construido como la capital del reino! ¡La he construido con mi gran poder, para mi propia honra!» «¿Quiera Dios», continuó Beecher, «que estos predicadores coman pasto por un tiempo, así como Nabucodonosor para que, a cambio, retornen lúcidos y humildes?»<sup>29</sup> La analogía es sugerente puesto que el orgullo tiene una cualidad fundamentalmente «obscena», algo ofensivo al sentido cristiano de lo decente, algo que busca disgustar. Quizás lo más notable acerca de la caída y restauración de Nabucodonosor es que su orgullo derivó en locura, mientras que su lucidez retornó cuando él se humilló.

No obstante, otros predicadores no son como Nabucodonosor, puesto que su orgullo no toma la forma de una jactancia flagrante. Es más sutil, más insidioso, e incluso más perverso, puesto que es posible adoptar una conducta exterior de gran mansedumbre mientras que por dentro nuestro apetito de aplausos es insaciable. Puede que en el mismo momento en que estamos exaltando las glorias de Cristo en el púlpito, estemos buscando nuestra propia gloria. Y cuando estamos exhortando a la congregación a alabar a Dios, e incluso la dirigimos visiblemente en la alabanza, puede que secretamente esperemos que ella guarde un poco de alabanza para nosotros mismos. Necesitamos exclamar con Baxter: «Oh, qué constante compañero, qué tirano comandante, qué astuto, sutil e insinuante enemigo es este pecado del orgullo!»<sup>30</sup>

Con el fin de exponer, combatir y derrotar a este enemigo, creo que el mejor proceder, y el más positivo, será hacer un análisis de lo que debe ser la humildad del predicador.

<sup>26</sup> Dale, p. 231.

<sup>27</sup> En el capítulo 6 entregué algunos ejemplos de lo que hemos tratado de hacer en All Souls Church, bajo el liderazgo de Michael Baughen.

<sup>28</sup> Lloyd-Jones, *Preaching*, p. 13.

<sup>29</sup> Beecher, p. 249. Beecher se refería al incidente registrado en Dn. 4:28-37.

<sup>30</sup> Baxter, *Reformed Pastor*, p. 95.

### *La Palabra de Dios*

En primer lugar, necesitamos la humildad de someternos a la Palabra de Dios. Es decir, debemos resistir la tentación de evitar las verdades poco populares de la Escritura y de ventilar nuestras propias opiniones más aceptadas en su lugar. «Al necio no le complace el discernimiento; tan sólo hace alarde de su propia opinión» (Pr. 18:2).

La humildad cristiana comienza como *tapeinofrosunē*, «un estado mental de humildad». Tiene que ver con nuestra manera de pensar, tanto en relación con los demás (al estimarlos más importantes que nosotros mismos, y así sirviéndolos de buena gana) como en relación con Dios («humillarte ante tu Dios» Mi. 6:8), y particularmente con esto último. La mente humilde no es cerrada ni carente de crítica sino que reconoce sus limitaciones. Su lenguaje es: «Señor, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas» (Sal. 131:1). Y reitera, en referencia a la omnisciencia de Dios: «Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo» (Sal. 139:6). Esto no es el oscurantismo, si siquiera un antiintelectualismo. Se trata simplemente de reconocer sobria, lúcida y humildemente que el ser infinito de Dios está más allá de nuestra comprensión; que su pensamiento y caminos están muy por sobre los nuestros tanto como los cielos son más altos que la tierra (Is. 55:8, 9); que sin la revelación que hace de sí mismo no podríamos conocerlo jamás; y que, por cierto, «la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana» (1 Co. 1:25). Si, entonces, los juicios de Dios son insondables y sus caminos inescrutables, es absurdo suponer que podríamos conocer su mente sin ayuda, y mucho menos darle consejo o instruirlo (Ro. 11:33, 34). Por ende, no tenemos la libertad de contradecir su revelación o criticar su plan de salvación. Sin duda, el mensaje de salvación debe sonar como algo necio a nuestras mentes pecadoras y finitas, y puede incluso que queramos proponer otras formas de salvación que nos parezcan mejores. Pero Dios dice: «Destruiré la sabiduría de los sabios» y en lugar de ellos resuelve salvarnos mediante la «locura» del evangelio, la cual es en realidad sabiduría

de Dios (1 Co. 1:18-25; véase 3:18-20). Por ello, es nuestra responsabilidad hacer todo lo que sea posible de parte nuestra y de los demás para destruir «argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios», y llevar «cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo» (2 Co. 10:5).

¿Cómo se puede manifestar en los predicadores la humilde sumisión de sus mentes a la revelación de Dios en Cristo? Los predicadores humildes evitan agregar a las Escrituras de acuerdo con su propia especulación, o bien sustraer de las Escrituras de acuerdo con sus predilecciones. El primer caso, a menudo, toma la forma del furor por la originalidad. Algunos predicadores piensan que la Biblia es inanimada, así es que tratan de refrescarla con su propia efervescencia. Otros la encuentran insípida, así que tratan de aliñarla con algo de su propio condimento y gusto. No están dispuestos a aceptarla tal cual es y siempre tratan de mejorarla con sus propias ideas brillantes. Pero ésta no es la tarea del predicador. Debemos tratar de ser originales en el sentido de tomar antiguas verdades y buscar exponerlas nuevamente en forma creativa y en términos modernos, y volver a aplicarlas a las condiciones modernas. Pero ser bíblicamente «creativo» no es lo mismo que «inventar» nociones nuevas, no bíblicas. Tampoco debemos ser lo suficientemente vanos o necios como para pensar que nuestra reinterpretación tentativa posee la autoridad que pertenece a la Palabra de Dios.

El predicador de mente humilde evita las omisiones tanto como las adiciones. Debe rehusarse a manipular el texto bíblico de modo de *hacerlo* más aceptable para nuestros contemporáneos puesto que el intento de hacerlo más aceptable significa en realidad *hacernos* más aceptables, y de esto se trata codiciar la popularidad.

El agregar a la palabra de Dios fue el error de los fariseos, y el quitar de ella el de los saduceos. Jesús los criticó a ambos e insistió en que se debía permitir que la Palabra de Dios prevaleciera por sí misma, sin más ni menos, sin amplificación o modificación, suprema y suficiente en su autoridad. Los fariseos y saduceos modernos de la Iglesia, aquellos que alteran la Escritura al desear lo que quisieran que no estuviera presente y agregar lo que

quisieran que estuviera, deben prestar atención a estas críticas de Jesús. Debemos decir, me temo, que existe una cierta arrogancia en el liberalismo teológico que difiere del cristianismo histórico tradicional. «Si alguien enseña falsas doctrinas, apartándose de la sana enseñanza de nuestro Señor Jesucristo y de la doctrina que se ciñe a la verdadera religión, es un obstinado que nada entiende» (1 Ti. 6:3, 4; véase Tit. 1:9, 10). El predicador cristiano no debe ser un especulador que invente nuevas doctrinas que le plazcan, o bien un editor que extirpe las que le desagraden, sino un administrador, el administrador de Dios, que dispensa fielmente a la casa de Dios las verdades encargadas a él en las Escrituras: nada más, nada menos, nada distinto. Para este ministerio es necesaria una mente humilde. Debemos recurrir diariamente a las Escrituras y sentarnos como María, a los pies de Jesús, escuchando su Palabra.

Este «escuchar» es lo que Bonhoeffer tenía en mente al hacer hincapié en la necesidad de ejercitar «silencio». Él no abogaba (como algunos imaginan) por que la Iglesia abandonara la predicación debido a que sus fallas en el área de la acción responsable la habían privado de su derecho a hablar. Por el contrario, lo que condenaba no era la Iglesia «que proclama» sino la Iglesia «que parlotea». Anhelaba que la Iglesia volviera a un silencio respetuoso ante la Palabra de Dios. «El silencio de la Iglesia es silencio ante la Palabra... la proclamación de Cristo es la divulgación de la Iglesia con el silencio debido».<sup>31</sup>

Esta disposición receptiva y expectante ante la revelación de Dios no sólo es apropiada; es también productiva, puesto que, como Jesús lo dijera claramente, Dios esconde sus secretos de los sabios e instruidos, y en lugar de ello se los revela a los que son como niños; es decir, a los que, humildemente y con corazón abierto, buscan la verdad (Mt. 11:25).

### *La gloria de Cristo*

Una mente humilde debe ir acompañada de un motivo humilde. ¿Por qué predicamos? ¿Qué esperamos lograr con nuestra predicación? ¿Qué incentivo nos lleva a perseverar? Temo que con demasiada frecuencia nuestros motivos son egoístas. Deseamos la ala-

banza y felicitaciones de los hombres. Estamos a la puerta luego de los cultos dominicales y nuestros oídos festejan los comentarios de elogio de algunos miembros de la Iglesia, los cuales parece que han sido criados para elogiar al pastor: «¡Excelente sermón, pastor!» «¡Realmente fue de bendición para mi alma!» Sin duda, las palabras genuinas de aprecio pueden contribuir mucho a levantar la moral de un pastor desanimado; pero la adulación inapropiada y la repetición hipócrita de frases prefabricadas (sin importar la real calidad del sermón) son dañinas para el predicador y repugnantes para Dios. Las congregaciones deben ser instadas a arrepentirse de esta tradición, a ser más cuidadosas y a tener más discernimiento en sus expresiones de aliento.

El principal objetivo de la predicación es exponer la Escritura de modo tan fiel y apropiado que Jesús mismo sea percibido en toda su idoneidad para satisfacer las necesidades humanas. El verdadero predicador es un testigo; testifica incesantemente de Cristo; pero, sin humildad, ni puede ni quiere hacerlo. James Denney lo sabía, y enmarcó estas palabras para la sacristía de su iglesia en Escocia: «Ningún hombre puede dar testimonio de Cristo y de sí mismo al mismo tiempo. No hay hombre que dé la impresión simultánea de que él mismo sea inteligente y de que Cristo sea poderoso para salvar».<sup>32</sup> John Watson, quien bajo el seudónimo «Ian Maclaren», escribió la novela de éxito *Beside the Bonnie Brier Bush*, dijo algo muy parecido: «El principal efecto de todo sermón debe ser revelar a Cristo, y el principal arte del predicador, el ocultarse a sí mismo».<sup>33</sup> Pero el propósito del predicador es más que revelar a Cristo; es revelarlo de tal manera que las personas sean conducidas hacia él y que lo reciban. Esto es lo que llevó a Ronald A. Ward a titular su libro sobre la predicación *Royal Sacrament* (Sacramento real). Percibió un paralelo entre el ministerio de la predicación y el ministerio del sacramento, y lo expresó en estos términos: «Tal como en la Santa Comunión brindamos pan y vino y los fieles reciben a Cristo, del mismo modo brindamos palabras en la predicación y los fieles las reciben».<sup>34</sup> Es así como en la Santa Cena y en la exposición de la Escritura, hay un signo externo (pan y vino, o bien palabras) y una gracia espiritual interna (Cristo es recibido por fe).

<sup>31</sup> De su *Christology*, citada en Fant, *Bonhoeffer*, p. 64.

<sup>32</sup> Turnbull, p. 41.

<sup>33</sup> Tizard, pp. 40, 41.

<sup>34</sup> Ward, p. 25.



Otra forma de expresar la misma verdad es que «la predicación comparte la naturaleza de un encuentro personal». O al menos, su propósito es facilitar un encuentro personal. «Sin embargo, el gran encuentro no es entre el predicador y el pueblo, sino entre Dios y el pueblo».<sup>35</sup> Donald G. Miller lo expresa con un énfasis aún mayor. Tomando el aforismo de Forsyth, que «un verdadero sermón es un hecho real», escribe Miller: «Ningún hombre ha predicado en realidad hasta que el encuentro bilateral entre él y su congregación haya dado paso a un encuentro triple, en el que Dios mismo pasa a ser una de las tres partes vivas en cuestión».<sup>36</sup>

Estoy totalmente de acuerdo con estas afirmaciones. La experiencia más privilegiada y conmovedora que un predicador pueda tener jamás es cuando, en medio de un sermón, cae una extraña quietud sobre la congregación. Quienes duermen han despertado, los que tosen han dejado de toser, y los inquietos están sentados en calma. No hay ojos o mentes que divaguen. Todos prestan atención, pero no al predicador porque el predicador es olvidado y la gente ve al Dios vivo cara a cara y escucha su voz baja, calma y dulce. El Dr. Billy Graham a menudo ha descrito esta experiencia. Lo recuerdo al dirigirse a unos 2.400 ministros en el Central Hall, en Westminster, el 20 de mayo de 1954, al final de su campaña evangelística titulada *Greater London Crusade*. El tercero de los tres puntos que trató ponía en relieve el poder del Espíritu Santo, y la libertad de predicar que había sentido como resultado de esto. «A menudo me he sentido como un espectador», dijo, «alguien que está a un lado observando lo que Dios hace. Me he sentido apartado de ello. He querido mantenerme al margen lo más posible, y dejar que el Espíritu asuma el mando...»<sup>37</sup> Es precisamente aquí donde entra en juego el motivo humilde. «He querido mantenerme al margen». Es sumamente fácil obstaculizar el camino, entrometernos entre el pueblo y su Señor. Para ilustrar este punto se utilizan dos imágenes muy útiles.

La primera tiene que ver con una boda. El deseo del padrino de boda es hacer todo lo posible para facilitar el matrimonio de los novios, y no interferir entre ellos. Ahora bien, Jesús hizo uso de la imagen del Antiguo Testamento del matrimonio entre el Señor e

Israel, y en un acto valiente declaró ser el esposo (por ejemplo, Mr. 2:19, 20). De alguna forma, Juan el Bautista parece haber comprendido lo anterior. Sabía que él mismo no era el Cristo, y lo dijo claramente. Era su heraldo, enviado antes que él. Y prosiguió diciendo: «El que tiene a la novia es el novio. Pero el amigo del novio, que está a su lado y lo escucha, se llena de alegría cuando oye la voz del novio. Ésa es la alegría que me inunda. A él le toca crecer, y a mí menguar» (Jn. 3:29, 30). En este aspecto el ministerio del predicador se asemeja al del Bautista, quien prepara el camino para Cristo, se regocija en su voz, lo deja con la esposa y decrece constantemente con el fin de que él crezca. El gran apóstol Pablo vio su ministerio claramente en términos de esta modestia. Escribió a los corintios: «Pues los tengo prometidos a un solo esposo, que es Cristo, para presentárselos como una virgen pura». Incluso sintió un celo por causa de Cristo puesto que la esposa daba signos de infidelidad (2 Co. 11:2, 3). Todo predicador cristiano comprende este lenguaje y ha sentido este celo. «Debemos ser amigos del esposo», dijo J.H. Jowett, «que ganen a los hombres no para sí mismos sino para él, casamenteros para el Señor, ampliamente satisfechos al reunir a la esposa y el esposo».<sup>38</sup> Y más aun, él lo sentía así. Al comienzo de un culto en que él debía predicar, alguien ofreció una oración por él que comenzó con lo que él llamó «esta súplica inspirada»: «Oh Señor, gracias te damos por nuestro hermano predicador. Y ahora, ¡bórralo! Revélanos tu gloria con tal esplendor deslumbrante que él sea olvidado». «Esta persona tenía toda la razón», comentó Jowett, «y confío en que la oración haya sido contestada».<sup>39</sup>

La segunda imagen que ilustra la necesidad de que el predicador se mantenga al margen es la del conductor de orquesta. Tomo a Otto Klemperer como ejemplo, distinguido conductor alemán particularmente afamado por sus interpretaciones de Brahms y Beethoven, quien falleció en 1973 a la edad de ochenta y ocho años. Uno de sus biógrafos resumió su don con la simple expresión: «Él dejaba fluir la música».<sup>40</sup> Y en un artículo en honor a sus ochenta años de edad que lo calificó como «el director en vida más prominente», el crítico musical Neville Cardus escribió: «Nunca ha

<sup>35</sup> Terwilliger, pp. 112, 114.

<sup>36</sup> Miller, D.G., *Fire*, p. 18.

<sup>37</sup> Colquhoun, p. 164.

<sup>38</sup> Jowett, *The Preacher*, p. 24.

<sup>39</sup> En el mismo lugar, pp. 150-1.

<sup>40</sup> Beavan, p. 2.

sido un conductor a la *prima donna*; nunca en su larga vida se ha impuesto entre la música y los oyentes». Ha mantenido una suerte de invisibilidad visible en el podio, un clásico anonimato». <sup>41</sup> Me agrada mucho la expresión «invisibilidad visible». Ésta se aplica de igual forma al director y al predicador. Ninguno de los dos puede evitar ser visto, ya sea en la plataforma o en el púlpito; pero ninguno debe buscar atraer la atención hacia él. La audiencia de un concierto no viene a observar al director, sino a escuchar la música; la congregación de una iglesia no debe llegar a observar o escuchar el predicador, sino a escuchar la Palabra de Dios. La función del director es extraer la música del coro u orquesta de modo que la audiencia pueda disfrutar la música; la función del predicador es extraer la Palabra de Dios de la Biblia de modo que la congregación reciba su Palabra con gozo. El director no debe interponerse entre la música y la audiencia; el predicador no debe hacerlo tampoco entre el Señor y su pueblo. Necesitamos la humildad de mantenernos al margen. Entonces el Señor hablará, y el pueblo lo escuchará; el Señor se manifestará, y el pueblo lo verá; y al escuchar su voz y ver su gloria, la gente se rendirá y lo adorará.

#### *El poder del Espíritu Santo*

Al tercer ingrediente en mi análisis de la humildad de un predicador lo he titulado «la humildad de la dependencia». Todo predicador desea ser eficiente. Espera que escuchen sus sermones, que los entiendan y respondan a ellos en fe y obediencia. ¿Pero en qué confía para este efecto?

Muchos confían en sí mismos. Tienen un temperamento extrovertido y una personalidad fuerte, además de ser comunicativos. Puede que también tengan un intelecto agudo. Así es como causan una impresión en cada persona que conocen puesto que son líderes por naturaleza. Naturalmente, esperan utilizar estos dones al estar en el púlpito. ¿Tienen razón en ello? Sí y no. Ciertamente deben reconocer que las facultades de su mente y personalidad provienen de Dios. Tampoco deben pretender que carecen de estos dones, ni tratar de borrarlos o descuidar su uso en la preparación llevada a cabo en el estudio y en la alocución en el púlpito.

<sup>41</sup> *Guardian Weekly*, 20 de mayo de 1965.

Deben ser ellos mismos. Pero no deben imaginar que incluso los talentos concedidos por Dios pueden traer personas a Cristo sin agregar la bendición divina.

En todo nuestro ministerio debemos recordar tanto la penosa condición espiritual de quienes están sin Cristo como la temible fuerza y habilidad de los «principados y potestades» desplegadas contra nosotros. Jesús mismo ilustró la pérdida humana mediante el lenguaje de la incapacidad física. Por nuestra cuenta, somos ciegos a la verdad de Dios y sordos a su voz. Al estar cojos, no podemos andar por sus caminos. Por estar mudos, no podemos cantarle o hablar por él. Incluso estamos muertos en nuestras transgresiones y pecados. Y más aún, somos las víctimas incautas y esclavos de las fuerzas demoniacas. Por cierto que si lo consideramos exagerado, mítico o francamente falso, no veremos la necesidad del poder sobrenatural; pensaremos que nuestros propios recursos son adecuados. Pero si los seres humanos son realmente ciegos, sordos, mudos, cojos e incluso muertos, espiritual y moralmente hablando, sin mencionar el ser prisioneros de Satanás, entonces es extremadamente ridículo suponer que podemos por nosotros mismos y nuestra predicación meramente humana, alcanzar o rescatar a las personas que se encuentran en tal situación de peligro. Dejemos que Spurgeon lo exprese con su ingenio y eficacia habitual:

No intentaría enseñarle a un tigre las virtudes de ser vegetariano; pero trataría de convencerlo, con la misma esperanza con que trataría de convencer a un hombre impenitente, de la verdad revelada por Dios con respecto al pecado, la justificación y el juicio venidero. <sup>42</sup>

Sólo Jesús puede, mediante su Espíritu Santo, abrir los ojos ciegos y oídos sordos, hacer caminar a los cojos y hablar a los mudos, despertar la conciencia, iluminar la mente, encender el corazón, conmover la voluntad, dar vida a los muertos y rescatar esclavos de la servidumbre satánica. Todo esto es capaz de hacerlo, y lo hace de hecho, tal como el predicador debiera saber por su propia experiencia. Por ende, nuestra mayor necesidad como predicadores es estar «revestidos del poder de lo alto» (Lc. 24:49), de modo que, tal

<sup>42</sup> Spurgeon, *All-Round Ministry*, p. 322.

como los apóstoles, podamos predicar «el evangelio por medio del Espíritu Santo enviado del cielo» (1 P. 1:12), y el evangelio llegue a las personas mediante nuestra predicación, «no sólo con palabras sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción» (1 Ts. 1:5). ¿Por qué es, entonces, que el poder del Espíritu parece acompañar nuestra predicación sólo raras veces? Tengo la firme sospecha de que la principal razón es nuestro orgullo. Con el fin de ser llenos del Espíritu debemos reconocer primero nuestro propio vacío. Para ser exaltados y usados por Dios, debemos humillarnos primero bajo su mano poderosa (1 P. 5:6). Con el fin de recibir su poder, debemos admitir nuestra propia debilidad, e incluso deleitarnos en ella.

Confieso que esta última paradoja es la que más me ha impactado entre todas las distintas formas en que los autores del Nuevo Testamento expresan la misma verdad. El «poder en la debilidad» es un tema recurrente, y quizás el tema dominante de la correspondencia de Pablo a los corintios. Y es que los corintios tenían una necesidad apremiante de ello porque eran orgullosos. Se jactaban de sus dones y logros por un lado, y de sus líderes por otro, lo que dio lugar a un vergonzoso culto a la personalidad. Preferían a un apóstol por sobre otro según su conveniencia, de un modo que horrorizaba a Pablo. Le brindaban a él una deferencia que debemos solamente a Cristo. «¿Acaso Pablo fue crucificado por ustedes?» exclama consternado. «¿O es que fueron bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Co. 1:13). No permite que sigan jactándose, ya sea de sí mismos o de cualquier líder humano. «¡Que nadie base su orgullo en el hombre!», insiste. En lugar de ello, «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor» (1 Co. 3:21; 1:31).

Es contra este trasfondo de vanidad corintia que el tema del «poder en la debilidad» de Pablo resalta y queda en relieve. Son tres los principales pasajes en que recurre el tema.

Es más, me presenté ante ustedes con tanta debilidad que temblaba de miedo. No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de

ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios (1 Co. 2:3-5).

Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros (2 Co. 4:7).

Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensaje de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: 'Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.' Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co. 12:7-10).

Además del contraste entre poder y debilidad, esto es, el poder divino que actúa en la debilidad humana y por medio de ella, hay algo más de mucha importancia que une estos tres pasajes. Es la frecuencia de la palabra griega *hina*, «para que». Veamos cómo esta palabra funciona en estos pasajes. En primer lugar, «...me presenté ante ustedes con tanta debilidad que temblaba de miedo. No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu *para que* la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios». En segundo lugar, «...tenemos este tesoro en vasijas de barro *para que* se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros». En tercer lugar, «pero él me dijo: 'Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.' Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades *para que* permanezca sobre mí el poder de Cristo». Es difícil eludir el significado de este *para que*, o resistir la conclusión a la que apunta. En estos casos se permitió en forma deliberada que continuara la debilidad humana con el fin de ser ésta el medio por el cual pudiera operar el poder divino y la arena en que éste pudiera desplegarse. Ciertamente Pablo fue explícito acerca de su «espina en el cuerpo», cualquiera fuera su debilidad física (o posiblemente psicológica). En verdad era «un mensajero de Satanás». No obstante, el Señor Jesucristo denegó las tres súplicas de Pablo para que fuera eliminado. Fue

dado para hacerlo humilde y se le permitió continuar de modo que, en esa misma debilidad, el poder de Cristo descansara sobre Pablo, y el poder se perfeccionara en él.

No podemos, sin embargo, restringir este principio a Pablo pues tiene una aplicación universal. Uno de los aforismos atribuidos a Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de China, es que «todos los gigantes de Dios han sido hombres débiles» que (según quiso decir) necesitaban por esta razón depender del poder de Dios. Esta afirmación no puede ser comprobada, porque en algunos hombres y mujeres que Dios usó en gran manera no hemos podido saber de debilidad alguna. Entonces, ¿no habrán existido debilidades secretas, escondidas? Creo que sí. En todo caso, se sabe que es considerable el número de predicadores sobresalientes, sólo en el último siglo, que tuvieron ciertas debilidades. Tomemos como ejemplo al Dr. James Macgregor, quien fue ministro de la Iglesia de Saint Cuthbert de Edimburgo por casi cuarenta años. No sólo era pequeño de estatura sino que tenía deformaciones graves desde la niñez. En una ocasión, un profesor de teología pastoral insistía, como requisito indispensable para los ministros, en «una contextura física grande y fuerte». En ese momento «se abrió la puerta, y entró quien era conocido afectuosamente como «chiquitín Macgregor», como cuestionando la afirmación... Porque esa figura, de piernas cortas y torcidas que lo hacían verse enano, era la vindicación triunfante de la trascendencia del espíritu por sobre la limitación corporal».<sup>43</sup>

La debilidad de otros ha sido psicológica, más que física. F.W. Robertson (1816-53), llamado a veces «el predicador de predicadores», cuyos sermones en Trinity Chapel de Brighton tuvieron gran influencia en sus tiempos y aún se leen hoy, no sólo sufrió de mala salud durante su corta vida de treinta y siete años, sino también de introspección y melancolía. Sentía que era un fracaso y, a menudo, estuvo en una profunda oscuridad del alma. Es seguramente de estas mismas debilidades que nacieron la valentía y el poder de su predicación. Muchos se sorprenden al escuchar que Joseph Parker, quien predicó veintiocho años en City Temple de Londres, con plena autoridad y despertando el interés general, se sentía ator-

mentado con un sentimiento de inferioridad por ser hijo de un mampostero de Northumbria y sólo había recibido escasa educación teológica. Para algunos la más sorprendente revelación de todas es que C.H. Spurgeon, conocido invariablemente como «el príncipe de los predicadores», quien era extraordinario en su uso de las Escrituras, confiado, claro, elocuente e ingenioso, dijo de sí mismo en un sermón predicado en 1866: «Soy el objeto de depresiones del espíritu tan terribles que espero que ninguno de ustedes llegue jamás a los extremos de la miseria a los que llego».<sup>44</sup>

Dudo en referirme a mí mismo en relación con este punto porque no pertenezco a la clase de maestros del púlpito a la que acabo de referirme. No obstante, si bien no tengo su poder, creo conocer algo de su debilidad. Por cierto, varias experiencias de mis treinta y cinco años de ministerio ordenado han corroborado la instrucción de Pablo a los corintios acerca del poder mediante la debilidad. Sólo mencionaré una. Fue en Australia en junio de 1958. Dirigía una misión de una semana en la Universidad de Sydney, y había llegado el domingo, su último día. Con una fe emprendedora, los estudiantes habían reservado el imponente Gran Salón de la universidad para la reunión final de la tarde; pero un microbio me asaltó perversamente y me privó de la voz. No pude hablar. Toda la tarde estuve a punto de telefonar a alguien para que encontraran a un predicador suplente. Pero me persuadieron a no hacerlo. A las siete y media, media hora antes de comenzar la reunión final, estaba esperando en una sala lateral. Algunos estudiantes estaban conmigo, y le susurré al presidente del comité de la misión que por favor leyera los versículos sobre «la espina en el cuerpo» de 2 Corintios 12, y así lo hizo. La conversación entre Jesús y Pablo cobró vida:

Pablo: «Te ruego que la quites de mí».

Jesús: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad».

Pablo: «Gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».

<sup>43</sup> Gammie, p. 24.

<sup>44</sup> Wiersbe, p. 263. Véase Spurgeon en su obra «The Minister's Fainting Fits», *Lectures*, Primera Serie, Charla XI, pp. 167-79.

Luego de la lectura, oró por mí con gran deferencia, y caminé hacia la plataforma. Cuando llegó el momento de hablar, sólo puedo decir que hablé el evangelio por el micrófono en un graznido monótono. Era completamente incapaz de modular mi voz o usar mi personalidad de forma alguna. Pero todo el tiempo estaba clamando al Señor para que cumpliera su promesa de perfeccionar su poder en mi debilidad. Luego, al final, después de dar instrucciones directas acerca de cómo venir a Cristo, hice una invitación; la respuesta fue inmediata y el número de personas bastante alto. He vuelto a Australia siete u ocho veces desde entonces, y en cada ocasión alguien se me ha acercado y me ha dicho: «¿Recuerda el servicio final de la misión de 1958 en el Gran Salón de la universidad, ¿cuando perdió la voz? Yo acepté a Cristo esa noche».

Todos nosotros, los predicadores cristianos, somos criaturas falibles, frágiles, caídas y finitas; en el lenguaje bíblico somos «vasijas de barro» (2 Co. 4:7). El poder pertenece a Cristo, y es ejercido mediante su Espíritu. Las palabras que hablamos en nuestra debilidad humana cobran claridad por el Espíritu, mediante su poder, en la mente, corazón, conciencia y voluntad de los oyentes. «Mejor sería decir seis palabras en el poder del Espíritu Santo», dijo Spurgeon una vez, «que predicar setenta años de sermones sin él».<sup>45</sup> Al escribir tengo ante mí una foto del enorme púlpito central desde el cual predicaba Spurgeon en el Tabernáculo Metropolitano. La fotografía está reproducida en el segundo volumen de su *Autobiography*. Quince escalones en cada lado conducían a él, en una extensa curva, y he escuchado decir (pero no he podido confirmarlo) que cuando Spurgeon subía esos escalones con el tranco medurado de un hombre de constitución gruesa, musitaba en cada uno para sí: «Creo en el Espíritu Santo». Podemos estar seguros de que después de repetir quince veces la afirmación del credo, cuando llegaba al púlpito, de hecho que ya creía en el Espíritu Santo. También nos insta a nosotros a hacer lo mismo:

El evangelio es predicado a oídos de todos, pero sólo llega con poder a algunos. El poder que encierra el evangelio no reside en la elocuencia del predicador; de otro modo los hombres convertirían almas.

<sup>45</sup> Spurgeon, *Twelve Sermons*, p. 122.

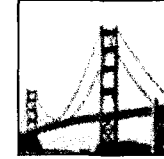
Tampoco reside en la erudición del predicador; de otro modo consistiría en sabiduría de hombres. Podríamos predicar hasta que se nos pudra la lengua, hasta agotar nuestros pulmones y morir, pero nunca se convertiría un alma a menos que lo acompañara un poder misterioso: el Espíritu Santo que cambia la voluntad del hombre. ¡Oh Señores! Podríamos predicar del mismo modo a los muros de piedra que a la humanidad si el Espíritu Santo no estuviera con la palabra, para darle poder de convertir el alma.<sup>46</sup>

Una mente humilde (sometida a la Palabra escrita de Dios), una ambición humilde (que desee un encuentro entre Cristo y su pueblo), y una dependencia humilde (que descansa en el poder del Espíritu Santo): éste es el análisis que hemos hecho de la humildad del predicador. Indica que nuestro mensaje debe ser la Palabra de Dios y no la nuestra; nuestro fin, la gloria de Dios, no la nuestra. Es, de hecho, una humildad trinitaria, como en 1 Corintios 2:1-5, donde el apóstol escribe que en esa ciudad había proclamado la Palabra o «testimonio» de Dios acerca de la cruz de Cristo, con demostración del Espíritu y de poder.

Creo que la mejor manera posible de concluir este capítulo es citando algunas palabras anónimas que el Reverendo Basil Gough encontró en la sacristía de la Iglesia de St. Mary-at-Quay en Ipswich, Suffolk, y en la iglesia parroquial de Hatherley en Devon. Él me las entregó, y están en mi dormitorio desde ese entonces:

Al anunciar libre tu salvación,  
Absorban mi corazón y alma  
los cautivantes pensamientos de tu ser.  
Y cuando cada corazón despierte rendido  
Ante tu Palabra,  
Refúgiame en tu cruz.

<sup>46</sup> El canónigo Fred Pickering me envió esta conmovedora exhortación hace quizás treinta años; él era en ese tiempo párroco de Christ Church de Southport. Sin embargo, no se encuentra en ninguno de los tres volúmenes de *Lectures to my Students*. Tampoco en *All-Round Ministry* o en sus *Twelve Sermons* sobre el Espíritu Santo. No me ha sido posible encontrar la referencia.



## Epílogo

**L**a predicación es indispensable para el cristianismo. Estas palabras, que dieron inicio a este libro, afirman una fuerte convicción personal. Creo en la predicación, y creo que no hay nada mejor dirigido a restaurar la salud y vitalidad de la Iglesia o a llevar a sus miembros a la madurez en Cristo que la recuperación de la predicación verdadera, bíblica y contemporánea. Ciertamente existen fuertes objeciones que hemos tratado de abordar. Pero existen argumentos teológicos aun más sólidos los cuales hemos intentado comprender. Y por cierto, asimismo la tarea de predicar hoy en día es extremadamente exigente, la de buscar construir puentes entre la Palabra y el mundo, entre la revelación divina y la experiencia humana, y relacionar ambas con integridad y pertinencia. Así es cómo nuevamente llega a nosotros el llamado de Dios a permitirnos más tiempo para estudiar y preparar, y a resolver predicar con sinceridad, seriedad, valor y humildad.

La pregunta que salta inmediatamente a nuestros labios es: ¿quién puede con estas cosas? El privilegio es grande; la responsabilidad, gravosa; las tentaciones son muchas, y las normas son altas. ¿Cómo podemos esperar responder adecuadamente?

Como respuesta, quisiera compartir con ustedes un simple secreto. Lucho conmigo mismo por recordarlo y, siempre que soy capaz de hacerlo, resulta extremadamente útil. Comienza con el hecho negativo del Salmo 139 de que, dondequiera que vayamos, no podemos escapar de Dios, y continúa con la contraparte positiva de que, dondequiera que estemos, “aun allí” su diestra nos conduce y sostiene. Y más aún. Sus ojos están sobre nosotros, y sus oídos están abiertos a nuestras palabras y oración (Sal. 32:8; Sal. 34:15 = 1 P. 3:12). Esta verdad es importante para cada cristiano, pero tiene especial significado para el predicador. Como ejemplos escojo a Jeremías en el Antiguo Testamento, y a Pablo en el Nuevo.

Jeremías: Tú bien sabes lo que he dicho, pues lo dije en tu presencia (Jer. 17:16).

Pablo: Más bien, hablamos con sinceridad delante de él en Cristo, como enviados de Dios que somos (2 Co. 2:17).

¡Más bien, hemos estado hablando delante de Dios en Cristo! (2 Co. 12:19).

En verdad, cuando predicamos, hablamos a los ojos y oídos de seres humanos, y ellos nos desafían a ser fieles. ¿Pero cuánto más es el desafío de tener conciencia de predicar a los ojos y oídos de Dios? Él ve lo que hacemos y escucha lo que decimos. Nada nos hará deshacernos más rápidamente de la pereza y la frialdad, de la hipocresía, la cobardía y el orgullo que el conocimiento de que Dios ve, escucha y toma en cuenta. ¡Que Dios nos conceda una conciencia más constante y vívida de su presencia, para la cual todos los corazones están abiertos y ningún secreto encubierto! ¡Dios conceda que, al predicar, tengamos mayor conciencia de lo que él ve y escucha, más de lo que la congregación ve y escucha, y que este conocimiento nos inspire a ser fieles!

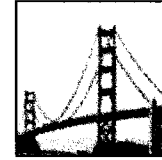
Handley Moule, quien posteriormente se convertiría en primer rector de Ridley Hall de Cambridge, y luego Obispo de Durham, fue ordenado en 1867 para trabajar con su padre como superior en Fordington, Dorset. Ello explica el título de su poema: “Fordington Pulpit —a preacher’s weekday thoughts” (El púlpito de Fordington: pensamientos de un predicador en sus días de trabajo). Si bien difícilmente es buena poesía, contiene el fruto de su autoexamen. Habiendo llamado a Dios “el Gran Oyente”, aquel que está al lado del predicador y escucha sus sermones, finaliza con estas preguntas de examen:

¿Ha determinado Dios que tu mensaje es verdadero?  
 ¿La verdad, y dicha en forma verdadera?  
 Con un propósito intacto  
 Con un alma desprendida  
 Rendida sólo ante la fama  
 del gran Nombre redentor  
 Y ante el perdón, vida y gozo  
 del rebaño redimido?<sup>1</sup>

El olvidarse de sí mismo es un objetivo inalcanzable excepto como un derivado de la preocupación por la presencia de Dios y por su mensaje, su poder y su gloria. Es por esta razón que por varios años me ha sido de utilidad orar lo siguiente en el púlpito antes de predicar:

Padre Celestial, nos inclinamos ante tu presencia.  
 Sea tu Palabra nuestra guía  
 sea tu Espíritu nuestro maestro,  
 y tu creciente gloria nuestro supremo interés,  
 mediante Jesucristo nuestro Señor.

<sup>1</sup> Harford y Macdonald, p. 63.



## Bibliografía selecta

(Para las referencias a las citas ver las notas de cada capítulo; la especificación completa de los libros citados sólo se entrega en esta sección).

### **1. Libros sobre el ministerio y la predicación**

Alexander, James W., *Thoughts on Preaching*, (1864; reimpresión de Banner of Truth, 1975).

Allmen, Jean-Jacques von, *Preaching and Congregation* (original en francés, 1955; Lutterworth, 1962).

Bavinck, J.H., *An Introduction to the Science of Missions* (Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1960).

Baxter, Richard. *The Reformed Pastor* (1656; segunda edición de Epworth revisada por John T. Wilkinson, 1950).

Beecher, Henry Ward, *Lectures on Preaching: Personal Elements in Preaching*, conferencias en Yale de 1872 (Nelson, 1872).



- Bernard, Richard, *The Faithful Shepherd*, (Londres, 1607).
- Black, James, *The Mystery of Preaching*, conferencias Warrack y Sprunt de 1923 (James Clarke, 1924; edición revisada, Marshall, Morgan & Scott, 1977).
- Blackwood, Andrew W., *The Preparation of Sermons*, (Abingdon, 1948; Church Book Room Press, 1951).
- Brilioth, Obispo Yngve, *Landmarks in the History of Preaching*, conferencias Donellan de 1949 (S.P.C.K., 1950).
- Broadus, John A., *On the Preparation and Delivery of Sermons*, (1870; nueva edición revisada de J.B. Weatherspoon, Harper, 1944).
- . *Lectures on the History of Preaching*, (1876; Armstrong, Nueva York, 1899).
- Brooks, Phillips, *Lectures on Preaching*, conferencias en Yale de 1877 (Dutton, 1877; Allenson, 1895; Baker, 1969).
- . *Essays and Addresses*, de carácter religioso, literario y social; ed. John Cotton Brooks (Macmillan, 1894).
- Brunner, Emil, *The Word and the World* (S.C.M., 1931).
- Buttrick, George A., *Jesus came Preaching*, Christian Preaching in the New Age, conferencias en Yale de 1931 (Scribner, 1931).
- Bull, Paul B., *Lectures on Preaching and Sermon Construction*, (S.P.C.K., 1922).
- Coggan, F. Donald, *Stewards of Grace*, (Hodder & Stoughton, 1958).
- . *On Preaching*, (S.P.C.K., 1978).
- Crum, Milton, *Manual on Preaching*, un nuevo proceso de elaboración del sermón (Judson, 1977).
- Dale, R.W., *Nine Lectures on Preaching*, conferencias en Yale de 1876 (Hodder & Stoughton, 1877; Barnes, 1878; Doran, Nueva York, 1900).
- Dargan, Edwin Charles, *A History of Preaching*, Vol 1 A.D. 70-1572 (Hodder & Stoughton y G.H. Doran, 1905).
- . *Vol. II 1572-1900* (Hodder & Stoughton y G.H. Doran, 1912).
- Davies, Horton, *Varieties of English Preaching 1900-1960*, (S.C.M. y Prentice-Hall, 1963).
- Davis, H. Grady, *Design for Preaching*, (Fortress, 1958).
- Fant, Clyde E., *Bonhoeffer, Worldly Preaching* (Nelson, 1975. Incluye las conferencias Finkenwalde sobre Homilética de Bonhoeffer, 1935-1939).
- Ferris, Theodore Parker, *Go Tell the People*, conferencias George Craig Stewart sobre la Predicación (Scribner, 1951).
- Ford, D.W. Cleverley, *An Expository Preacher's Notebook*, (Hodder & Stoughton, 1960).
- . *A Theological Preacher's Notebook* (Hodder & Stoughton, 1962).
- . *A Pastoral Preacher's Notebook*, (Hodder & Stoughton, 1965).
- . *Preaching Today* (Epworth y S.P.C.K., 1969).
- . *The Ministry of the Word* (Hodder & Stoughton, 1979).
- Forsyth, P.T., *Positive Preaching and the Modern Mind* (Independent Press, 1907).
- Gillett, David, *How do Congregations Learn?* (Folleto Grove sobre el Ministerio y la Adoración N° 67, 1979).
- Hall, Thor, *The Future Shape of Preaching*, (Fortress, 1971).
- Herbert, George, *A Priest to the Temple o The Country Parson, his Character and Rule of Holy Life* (escrito en 1632, publicado en 1652; de. H.C. Beeching, Blackwell, 1898).
- Horne, Charles Silvester, *The Romance of Preaching*, conferencias en Yale de 1914 (James Clarke and Revell, 1914).
- Huxtable, John, *The Preacher's Integrity and other Lectures* (Epworth, 1966).
- Jowett, J.H., *The Preacher: his life and work*, conferencias en Yale de 1912 (G.H. Doran, Nueva York, 1912).
- Keir, Thomas H., *The Word in Worship*, (O.U.P., 1962).
- Lloyd-Jones, D. Martyn, *Preaching and Preachers*, (Hodder & Stoughton, 1971; Zondervan, 1972).
- . *The Christian Warfare, an Exposition of Ephesians 6:10-13* (Banner of Truth, 1976; Baker, 1976).
- Mahaffy, Sir John Pentland, *The Decay of Modern Preaching*, (Macmillan, 1882).
- Martin, Al, *What's Wrong with Preaching Today?* (Banner of Truth, 1968).
- Mather, Cotton, *Student and Preacher*, o *Directions for a Candidate of the Ministry* (1726, Hindmarsch, Londres, 1789).
- McGregor, W.M., *The Making of a Preacher*, conferencias Warrack de 1942-43 (S.C.M., 1945).
- McWilliam, Stuart W., *Called to Preach*, (St. Andrew Press, 1969).

- Miller, Donald, G., *Fire in Thy Mouth*, (Abingdon, 1954).
- Mitchell, Henry H., *Black Preaching*, (1970, segunda edición Harper & Row, 1979).
- . *The Recovery of Preaching* (Harper & Row, 1977; Hodder & Stoughton, 1979).
- Morgan G. Campbell, *Preaching*, (1937; Baker Book House; reimpresión de 1974).
- Morris, Colin, *The Word and the Words* (Epworth, 1975).
- Neill, S.C., *On the Ministry*, (S.C.M., 1952).
- Perkins, William, *The Art of Profecying* o «Un Tratado acerca del sagrado y único modo verdadero y método de predicar», el Vol. II (1631) de *The Workes of that Famous and Worthy Minister of Christ in the Universitie of Cambridge, Mr. William Perkins* (John Legatt y John Haviland, Londres, 3 Vols. 1631-35).
- Perry, Lloyd M., *Biblical Preaching for Today's World* (Moody Press, 1973).
- Phelps, Austin, *Men and Books*, o *Lectures Introductory for the Theory of Preaching* (Dickinson, 1882).
- Pitt-Watson, Ian, *A Kind of Folly*, Toward a Practical Theology of Preaching, conferencias Warrack de 1972-75, (St. Andrew Press, 1976; Westminster, 1978).
- Poulton, John, *A Today Sort of Evangelism* (Lutterworth, 1972).
- Quayle, William A., *The Pastor-Preacher* (1910; Baker, 1979).
- Rahner, Karl, (ed.). *The Renewal of Preaching - teoría y práctica*, Vol. 33 de Concilium, (Paulist Press, Nueva York, 1968).
- Ramsey, Michael, *The Christian Priest Today* (Mowbray, 1972).
- Read, David, H.C., *The Communion of the Gospel*, conferencias Warrack de 1951, (S.C.M., 1952).
- Reid, Clyde, *The Empty Pulpit*, A Study in Preaching as Communication (Harper & Row, 1967).
- Robinson, Haddon W., *Biblical Preaching*, the development and delivery of expository messages (Baker, 1980).
- Sangster, W.E. *The Craft of Sermon Illustration* (1946, incorporado a *The Craft of the Sermon*, Epworth, 1954).
- . *The Craft of Sermon Construction* (1949, incorporado a *The Craft of the Sermon*, Epworth, 1954).
- . *The Approach to Preaching* (Epworth, 1951).
- . *Power in Preaching* (Epworth, 1958).
- Simpson, Matthew, *Lectures on Preaching*, (Phillips & Hunt, Nueva York, 1879).
- Smyth, Charles, *The Art of Preaching*, un Estudio Práctico de la Predicación en la Iglesia de Inglaterra 747-1939, (S.P.C.K., 1940).
- Spurgeon, C.H., *An All-Round Ministry*, Una colección de alocuciones a ministros y estudiantes, 1900 (Banner of Truth, 1960).
- . *Lectures to my Students* in 3 Vols., primera serie 1881; segunda serie 1882; tercera serie 1894 (Passmore and Alabaster; Zondervan, 1980).
- Stalker, James, *The Preacher and his Models*, conferencias Yale de 1891 (Hodder & Stoughton, 1891).
- Stewart, James S., *A Faith to Proclaim*, conferencias Yale de 1953 (Scribner's, 1953).
- . *Heralds of God*, conferencias Warrack de 1946 (Hodder & Stoughton, 1946).
- Sweazy, George E., *Preaching the Good News* (Prentice Hall, 1976).
- Terwilliger, Robert E., *Receiving the Word of God* (Morehouse-Barlow, 1960).
- Tizard, Leslie J., *Preaching—The Art of Communication* (George Allen & Unwin, 1958).
- Turnbull, Ralph G., *A Minister's Obstacles*, (1946; edición Baker Book House, 1972).
- Vinet A., *Homiletics or The Theory of Preaching* (traducción al inglés del francés, T. & T. Clark, 1853).
- Volbeda, Samuel, *The Pastoral Genius of Preaching* (Zondervan, 1960).
- Wand, William, *Letters on Preaching* (Hodder & Stoughton, 1974).
- Ward, Ronald A., *Royal Sacrament*, The Preacher and his Message (Marshall, Morgan, & Scott, 1958).
- Welsh, Clement, *Preaching in a New Key*, estudios de la psicología del pensar y escuchar (Pilgrim Press, 1974).
- White, R.E.O., *A Guide to Preaching*, a practical primer of homiletics (Pickering & Inglis, 1973).

Wilkins, John, Obispo de Chester, *Ecclesiastes* o «un discurso relativo al don de la Predicación, según las Reglas del Arte, que muestra las Reglas e Indicaciones más apropiadas, con respecto al Método, la Invención, los Libros y la Expresión, mediante los cuales un Ministro puede armarse de las capacidades que lo hacen un Obrero *que no tiene de qué avergonzarse*» 1646, tercera edición, 1651.

Williams, Howard, *My Word*, Christian Preaching Today (S.C.M., 1973).

Wingren, Gustaf, *The Living Word* (1949, traducción al inglés S.C.M., 1960).

## 2. Libros sobre los medios de comunicación

Berlo, David K., *The Process of Communication*, una introducción a la teoría y práctica (Holt, Rinehart & Winston, 1960).

*Broadcasting, Society and the Church*, Informe de la Comisión de Difusión del Sínodo General de la Iglesia de Inglaterra (Church Information Office, 1973).

*Children and Television*, una encuesta nacional entre los 7 y 17 años de edad (1978) encargada por Pye Limited, Cambridge.

Evans, Christopher; *The Mighty Micro*, El Impacto de la revolución del Microchip (1979, edición Hodder & Stoughton Coronet, 1980).

Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido* (Siglo veintiuno editores, 1970).

*The Future of Broadcasting*, el Informe Annan (H.M.S.O., Londres, 1977).

Gowers, Sir Ernest, *The Complete Plain Words*, (incluye Plain Words y The ABC of Plain Words, H.M.S.O., Londres, 1954).

Hirsch, E.D., *Validity in Interpretation*, (Yale University Press, 1967).

Lewis, C.S., *Studies in Words*, (Cambridge University Press, 1960).

McGinnis, Joe, *The Selling of the President 1968*, (Trident Press, 1969; Pocket Books, 1970).

McLuhan, Marshall, *The Gutenberg galaxy: The Making of Typographic Man* (Routledge, 1962).

—. *Understanding Media, The Extensions of Man* (Routledge, 1964; Abacus, 1973).

—. *The Medium is the Massage: An Inventory of Effects*, con Quentin Fiore (Penguin, 1967).

Miller, Jonathan, *McLuhan* en la serie Fontana de Maestros Modernos (Collins, 1971).

Muggeridge, Malcolm, *Christ and the Media*, las conferencias de Londres de 1976 sobre cristianismo contemporáneo (Hodder & Stoughton, 1977; Eerdmans, 1978).

Packard, Vance, *The Hidden Persuaders*, una introducción a las técnicas de persuasión masiva mediante el inconsciente (David McKay, 1957, Penguin, 1960).

Reid, Gavin, *The Gaggling of God*, el fracaso comunicacional de la iglesia en la era de la televisión (Hodder & Stoughton, 1969).

*Screen Violence and Film Censorship*, Investigación n° 40 del Interior (H.M.S.O., Londres, 1977).

Solzhenitsyn, Alexander, *One Word of Truth*, Discurso de aceptación del Premio Nobel de 1970 sobre la Literatura (Bodley Head, 1972; Farrer, Strausz & Giroux, 1970).

Thiselton, Anthony, *Two Horizons*, Paternoster, 1980; Eerdmans, 1980).

*The Willowbank Report on Gospel and Culture*, Informe de Lausanne n° 2 (1978), también publicado en *Explaining the Gospel in Today's World* (Scripture Union, 1979).

Winn, Marie, *The Plug-in Drug*, la televisión, los niños y la familia (Viking Press, Nueva York, 1977).

## 3. Históricos, biográficos y autobiográficos

Bainton, Roland H., *Erasmus of Christendom*, (1969; Collins, 1970).

—. *Here I Stand*, la Vida de Martín Lutero (Hodder & Stoughton, 1951; New American Library, 1957).

Barbour, G.F., *The Life of Alexander Whyte* (Hodder & Stoughton, 1923).

Beavan, Peter, *Klemperisms*, (Cock Robin Press, 1974).

Bosanquet, Mary, *The Life and Death of Dietrich Bonhoeffer*, (Hodder & Stoughton, 1968).

Cadier, Jean, *The Man God Mastered*, una breve biografía de Juan Calvino, traducida al inglés por O.R. Johnston (Inter-Varsity Fellowship, 1960).

Carlyle, Thomas, *Heroes and Hero-Worship*, (1841; Tercera Edición, Londres, 1846).

- Carus, William (ed.), *Memoirs of the Rev. Charles Simeon*, (Hatchard, 1847).
- Chorley E. Clowes, *Men and Movements in the American Episcopal Church*, conferencias Hale (Scribner, Nueva York, 1946).
- Colquhoun, Frank, *Haringay Story*, (Hodder & Stoughton, 1955).
- Day, Richard Elsworth, *The Shadow of the Broad Brim*, la historia de la vida de Charles Haddon Spurgeon (Judson Press, 1934).
- Dillstone, F.W., *Charles Raven* (Hodder & Stoughton, 1975).
- Dwight, S.E., *The Life of President Edwards*, (Carvill, Nueva York, 1830); fue el primer vol. de los 10 que conforman The Works of President Edwards.
- Gammie, Alexander, *Preachers I Have Heard*, (Pickering & Inglis, 1945).
- Haller, William, *The Rise of Puritanism*, (Columbia University Press, Nueva York, 1938).
- Harford, J.B. y MacDonald, F.C., *Bishop Handley Moule*, (Hodder & Stoughton, 1922).
- Haslam, W., *From Death into Life*, (Marshall, Morgan y Scott, 1880).
- Hennel, Michael, *John Venn and the Clapham Sect* (Luterworth, 1958).
- Henson, H. Hensley, *Robertson of Brighton 1816-1853* (Smith, Elder, 1916).
- . *Retrospect of an Unimportant Life*, (O.U.P., Vol. 1, 1942; Vol. 2, 1943; Vol. 3, 1950).
- Hopkins, Hugh Evan, *Charles Simeon of Cambridge* (Hodder & Stoughton, 1977).
- Inge, W.R. *Diary of a Dean*, San Pablo 1911-1934 (Hutchinson, 1949).
- Jones, Edgar de Witt, *American Preachers of Today*, apreciaciones personales de treinta y dos líderes (Bobbs-Merrill, 1933).
- Keefe, Carolyn (ed.), *C.S. Lewis, Speaker and Teacher*, un simposio (Zondervan, 1971, Hodder & Stoughton, 1974).
- King Coretta Scott, *My Life with Martin Luther King, Jr* (Hodder & Stoughton, 1970; Holt, Rinehart y Winston, 1969).
- Moorman, J.R.H., *A History of the Church of England*, (A. & C. Black, 1953).
- Morgan, Irvonwy, *The Godly Preachers of the Elizabethan Church* (Epworth, 1965).
- Muggeridge, Malcolm, *Chronicles of Wasted Time: Primera Parte: The Green Stick* (Collins, 1972).
- Nicoll, W. Robertson, *Princes of the Church*, (Hodder & Stoughton, 1921).
- Paget, Elma K., *Henry Luke Paget, Portrait and Frame* (Longman, 1939).
- Pollock, John C., *George Whitefield and the Great Awakening*, (Hodder & Stoughton, 1973).
- . *Wilberforce* (Constable, 1977; libro de bolsillo Lion, 1978).
- . *Amazing Grace* (Hodder & Stoughton, 1981).
- Rupp, Ernest Gordon, *Luther's Progress to the Diet of Worms 1521* (S.C.M., 1951).
- Ryle, J.C., *The Christian Leaders of the Last Century o England a Hundred Years Ago* (Thynne, 1868. Nueva Edición).
- . *Light from Old Times* (Thynne & Jarvis, 1924).
- Sangster, Paul, *Doctor Sangster*, (Epworth, 1962).
- Simpson, J.G., *Preachers and Teachers* (Edward Arnold, 1910).
- Smyth, Charles, *Cyril Forster Garbett*, Arzobispo de York (Hodder & Stoughton, 1959).
- Warren, M.A.C., *Crowded Canvas*, (Hodder & Stoughton, 1974).
- Wesley, John, *Journal*, compendiado por Nehemiah Curnock (Epworth, 1949).
- White, Paul, *Alias Jungle Doctor*, Una Autobiografía (Paternoster, 1977).
- Whitley, Elizabeth, *Plain Mr. Knox* (Scottish Reformation Society, 1960).
- Wiersbe, Warren, *Walking with the Giant*, la guía del ministro a la buena lectura y gran predicación (Baker, 1976).
- Williams, W. *Personal Reminiscences of Charles Haddon Spurgeon* (Religious Tract Society, 1895).
- Woodforde, James, *The Diary of a Country Parson 1758-1802*. Editado por John Beresford en 5 Vols. (O.U.P. 1926-31).

#### 4. Varios

- Abbott, Walter M. (ed.), *The Documents of Vatican II* (Geoffrey Chapman, 1967).
- Barth, Karl, *The Word of God and the Word of Man*, una colección de alocuciones publicadas originalmente en alemán, en 1928. (Hodder & Stoughton, 1935; Peter Smith, 1958).

- Baxter, Richard, *Poetical Fragments*, (1681; Gregg International Publishers, 1971).
- Berger, Peter L., *Facing up to Modernity* (Basic Books, Nueva York, 1977).
- Blamires, Harry, *The Christian Mind*, (S.P.C.K., 1963).
- Bounds, E.M., *Power Through Prayer*, (Marshall, Morgan & Scott, 1912).
- Calvino, Juan, *Institución de la religión cristiana*, FELiRe, Rijswijk, 1967.
- Crisóstomo: *Works of St. Chrysostom*, en *Post-Nicene Fathers*, Vol. X (Eerdmans, 1975).
- Coggan, Donald, *Convictions*, (Hodder & Stoughton, 1975; libro de bolsillo, 1978).
- La Didajé* en *Ante-Nicene Fathers*, Vol. VII (1886. Eerdmans 1975).
- Eliot, George, *Scenes of Clerical Life*, (1858; Penguin, 1973).
- Eusebio, *Ecclesiastical History* (S.P.C.K., 1928).
- Golding, William, *Free Fall*, (Faber, 1959; Harcourt Brace, 1962).
- Fant, Clyde E., y Pinson, William M., (ed.), *Twenty Centuries of Great Preaching*, 13 vols. (Word Books, 1971).
- Glover, T.R., *The Jesus of History*, (S.C.M., 1917; Hodder & Stoughton, 1965).
- Green, E.M.B., *The Truth of God Incarnate* (Hodder & Stoughton, 1977).
- Grubb, Kenneth G., *A Layman Looks at the Church*, (Hodder & Stoughton, 1964).
- Henson, Hensley H., *Church and Parson in England* (Hodder & Stoughton, 1927).
- Hernández, José, *Martín Fierro*, (Espasa-Calpe, vigésima edición, 1983).
- Ireneo, *Adversus Haereses*, Libro IV, cap. 26 (approx. 200 DC). En *Ante-Nicene Fathers*, Vol. 1 (1886; Eerdmans, 1962).
- Justino Mártir, *The First Apology*, (ca. 150 d.C.). En *Ante-Nicene Fathers*, Vol. 1 (1886; Eerdmans, 1962).
- Knox, Ronald, *Essays in Satire*, (Sheed & Ward, 1928; nueva edición, 1954).
- Latimer: *Select Sermons and Letters of Dr. Hugh Latimer* (R.T.S.und.).
- . *Works of Hugh Latimer*, (Parker Society Edition, Vol. 1, C.U.P., 1844).
- Leacock, Stephen, *Sunshine Sketches of a Little Town* (McLelland & Stewart, 1948).
- Lehmann, Helmut T., (ed.), *Luther's Works* (Fortress Press, 1965).
- Lewis, W.H., (ed.), *Letters of C.S. Lewis*, (Geoffrey Bles, 1966).
- Luther's Table-Talk*, 1566 (Captain Henry Bell, 1886).
- Luther's Works*, (Concordia Publishing House, St. Louis, 1956).
- Manning, Bernard L., *A Layman in the Ministry* (Independent Press, 1942).
- Maugham, Somerset, *The Moon and Sixpence* (Penguin, 1919).
- Melville, Herman, *Moby Dick o The Whale*, (1851; Penguin, 1972).
- Parker, J.H. (ed.), *A Library of Fathers of the Holy Catholic Church* (O.U.P., 1843).
- Portable Mark Twain, The* (Viking Press, Nueva York, 1958).
- Ramsey, Arthur Michael y Suenens, Leon-Joseph, *The Future of the Christian Church* (S.C.M., 1971).
- Schaff, Phillip, (ed.), *The Nicene and Post-Nicene Fathers*, (1892; Eerdmans, 1975).
- Simeon, Charles, *Horae Homileticae*, o Discursos (en forma de esqueleto), sobre las Sagradas Escrituras, en 11 Vols. 1819-20. Asimismo, Un apéndice a *Horae Homileticae* en 6 Vols., 1828. (Richard Watts, 1819-28).
- . *Let Wisdom Judge*, Discursos universitarios y Esquemas de sermones, ed. Arthur Pollard (Inter-Varsity Fellowship, 1959).
- Spurgeon, C.H., *Twelve Sermons on the Holy Spirit* (Marshall, Morgan & Scott, 1937; Baker, 1973).
- Stewart, James S., *A Man in Christ*, (Hodder & Stoughton, 1935; edición revisada 1972; Baker, 1975).
- Tertuliano, *The Apology*, (ca. 200 d.C.). En *Ante-Nicene Fathers*, Vol. 3, (1885; Eerdmans, 1973).
- Toffler, Alvin, *Future Shock*, (Bodley Head, 1970; Random, 1970).
- Trollope, Anthony, *Barchester Towers*, (1857; J.M. Dent, Everyman's Library, 1906).
- Trueblood, Elton, *The Humour of Christ*, (Harper & Row, 1964; Darton, Longman & Todd, 1965).
- Twain, Mark, *The Adventures of Tom Sawyer* (1876; Pan Books, 1965).
- Walsh, Chad, *Campus Gods on Trial*, (Macmillan, 1962).
- Welsby, Paul A., (ed.), *Sermons and Society*, una Antología Anglicana (Penguin, 1970).
- Wesley, John, *Sermons on Several Occasions*, publicado en 4 Vols. 1746-60 (Epworth, 1944).